

BERNHARD AICHNER

LA DAMA  
DE LOS  
MUERTOS

Un *thriller* que corta el aliento

Lectulandia

Blum tiene una funeraria. También es una mujer encantadora, una esposa feliz y la cariñosa madre de dos niñas. Tiene una buena vida. Una vida que descarrila de pronto, cuando su marido muere en un accidente.

Todo se desmorona. Blum llora su muerte; de repente falta la pieza más importante de su mundo, su sostén, su felicidad. Y entonces, por casualidad, descubre que tras el accidente de su marido puede esconderse algo más.

Blum busca venganza, pero sobre todo se hace preguntas: ¿Por qué tuvo que morir su marido? ¿De verdad fue un accidente y el conductor se dio a la fuga, como dice todo el mundo? Cuando obtiene las respuestas, ataca. Sin piedad. ¿Cómo es capaz de algo así? La explicación viene de muchos años atrás...

**Lectulandia**

Bernhard Aichner

# **La dama de los muertos**

**La dama de los muertos - 1**

ePub r1.0

Titivillus 21.03.16

Título original: *Totenfrau*  
Bernhard Aichner, 2014  
Traducción: Laura Manero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

BERNHARD AICHNER

LA DAMA  
DE LOS  
MUERTOS

*Traducción:*

LAURA MANERO JIMÉNEZ

«Y cuando miras largo tiempo a un abismo,  
el abismo mira también en tu interior».

FRIEDRICH NIETZSCHE

# Ocho años antes

Todo se ve desde arriba. El mar, el velero, su piel. Una joven desnuda en cubierta, el sol que brilla; todo va bien. Está tumbada de espaldas con los ojos abiertos, solos el cielo y ella, las nubes. Es el lugar más bonito del mundo, el barco que sus padres compraron hace veinte años, una joya, una perla que tiene su hogar en el puerto de Trieste. Navegar, vivir sobre el mar y bajo el cielo infinito, donde no hay ni un alma. Solo agua en millas a la redonda, la música en sus oídos y el sudor que se acumula en su ombligo. Nada más.

Desde Trieste hasta el archipiélago de las Kornati, la travesía dura ya tres días y no tienen ninguna prisa, no hay nada que hacer. Unas vacaciones con sus padres, como desde hace tantos años. Ellos cumplirán pronto los setenta, los dos son navegantes curtidos y apasionados. Siempre han viajado en barco. Desde que ella era pequeña. En bañador y biquini, nunca desnudos.

Hace dos horas que la joven se ha quitado la ropa y se ha tumbado sin ponerse crema. Quiere que el sol la quemé, que su piel grite cuando la encuentren. Estará desnuda. Al fin desnuda. No habrá nadie que se lo prohíba, ni un padre ni una madre. Sola en el velero, sus pechos, las caderas, las piernas, los brazos. Una sonrisa en sus labios, y cómo se mueve levemente al ritmo de la música... No querría estar en ninguna otra parte. Se quedará ahí tumbada tres horas más, estirándose, desperezándose, empapándose de verano. Durante tres horas, cuatro quizá. Hasta que los dos se hundan por fin. Hasta que dejen de gritar. Hasta que dejen de salpicar agua hacia arriba. Hasta que se callen de una vez. Para siempre.

Mediodía frente a la isla de Dugi Otok. Ella sigue sin moverse. Que se ha quedado dormida, dirá, que no ha oído nada, que tenía la música demasiado alta, que el sol la ha dejado atontada. Responderá todas las preguntas, rendirá cuentas ante quien haga falta y llorará. Hará todo lo que sea necesario, todo. Pero más adelante, todavía no. De momento solo existe el cielo sobre ella, que lo pinta con sus dedos, dibuja círculos, escribe en su azul. Esboza su futuro, lo imagina, su nueva vida en solitario. La funeraria, que ahora es suya. La cambiará de arriba abajo, la modernizará, conseguirá que la empresa vuelva a funcionar. Estará al frente de todo. Ella sola, sin Hagen. Llevará el barco de vuelta a Trieste y empezará desde cero.

Sudor por todas partes. Cómo disfruta de su desnudez... Una mujer adulta que ya no permite que sus padres le digan lo que tiene que hacer o dejar de hacer. «No te quites la ropa, Brünhilde. En nuestro barco no. Mientras nosotros vivamos, aquí se cumplen nuestras reglas, Brünhilde». Pues ya no. Ya no hay reglas, quien decide es ella y nadie más. Se acabaron las órdenes, las prohibiciones. Se ha desnudado, está tumbada en cubierta y estira su cuerpo al viento. Toda ella ondea como una bandera, se despliega al sol, es feliz. Más aún cada minuto que pasa sola.

Brünhilde Blum. Veinticuatro años de edad. Hija de Hagen y Herta Blum. Adoptada. La sacaron del orfanato cuando tenía tres años, la criaron como a una mascota, la educaron para que fuera la sucesora, la última esperanza de Hagen para la continuidad del negocio familiar. Costara lo que costase. Aunque solo pudieran adoptar a una niña. O una niña o nada, les dijeron. Las listas de espera eran largas y la desesperación de Hagen grande. Tanto, que tras mucho pensarlo se convenció de que era capaz de imaginarse dejando su negocio en manos de una mujer, algún día. Ella debía preservar lo que para él era sagrado, debía conservar lo que había creado, debía convertirse en un hombre, por Hagen. La niña hacía todo lo que él le pedía, todo lo que exigía la profesión. Las Pompas Fúnebres Blum lo eran todo para él, más importantes que cualquier otra cosa.

Un establecimiento con tradición, su habitación infantil, su cárcel. Fundada poco después de la guerra, en una época en que la muerte se convirtió en negocio. Lo que hasta entonces había sido tarea de los vecinos, en 1949 empezó a ser la ocupación de los Blum. Esos vecinos que habían ayudado cuando alguien moría, que se habían encargado de lavar a los muertos, de vestirlos y velarlos, se vieron relevados por la funeraria. Lo que durante tanto tiempo había sido natural se convirtió de pronto en tabú. Tocar a los muertos, despedirse de ellos antes de meterlos en sus ataúdes. Todo el mundo se alegraba de tener por fin a alguien que les quitara aquello de encima lo más deprisa posible, que recogiera los cadáveres y los depositara bajo tierra. Con higiene y profesionalidad.

Los Blum fueron los primeros en Innsbruck. Vivían bien de los muertos. Primero el padre de Hagen, luego Hagen, a partir de ahora Blum. Solo Blum, porque detesta su nombre de pila, porque nunca pudo soportarlo, ni un solo día. «Brünhilde, deja a los muertos en paz. Brünhilde, basta de jugar con ellos. Brünhilde, no les metas los dedos en la nariz». Brünhilde. Un nombre que no tenía nada que ver con ella y que le habían

puesto porque Hagen era más alemán de lo que estaba permitido, porque le encantaban Wagner y los nibelungos, porque quería que su hija encajara en su mundo. Brünhilde. Un nombre que ella había desterrado de su vida. Solo Blum. Se acabó el Brünhilde. Desde que cumplió los dieciséis, desde que dejó de ser el pequeño soldado de Hagen, desde que ya no hacía únicamente lo que él le pedía y ya no obedecía. Solo Blum. Insistió en ello. Le daba igual si después él la castigaba.

Blum. Contempla el cielo. Sube el volumen de la música, el barco se balancea de un lado a otro, no hay nadie en millas a la redonda. Nadie que pueda ayudarles, nadie que oiga sus gritos. Nadie más que ella, que sigue tumbada, desnuda. Casi como los muertos en la sala de preparación. Sobre la mesa, fríos, sin vida desde que ella tiene memoria. Ayudaba a su padre, no tenía amigos. Esa profesión espantaba a los demás niños. Que su padre se ocupara de los muertos, y ella también, era algo que no lograban digerir. Blum se convirtió en la rara, siempre se reían de ella, la excluían, se mofaban, conspiraban en su contra. Blum sufría. Siempre, durante toda la infancia, la juventud. Echaba en falta tener un amigo, una amiga, alguien con quien pudiera compartir su vida, con quien hablar y reír. Pero allí no había nadie, estaba sola, no tenía más que a sus padres. Unos padres adustos. Una madre callada que no daba abrazos y un padre que la obligaba a hacer cosas que ningún niño debería hacer.

Desde que tenía siete años se había ocupado de preparar a los muertos. «Nada de perder el tiempo, Brünhilde; cuanto antes empieces, mejor. Déjate de melindres, Brünhilde, que no te van a morder. No me seas niña, aprieta los dientes y para de llorar. Si no te callas de una vez y haces lo que te digo, te encerraré en el ataúd. ¿Me has entendido, Brünhilde?». De modo que no debía perder el tiempo, le tocaba aprender a asimilarlo, él le pedía un imposible. Blum les lavaba el pelo a los muertos, los afeitaba, limpiaba la sangre de los cadáveres y ayudaba a vestirlos. Al cumplir los diez, cosió por primera vez una boca para cerrarla. Cuando se negaba, su padre la metía en un ataúd. Incontables veces, horas y horas a oscuras, una niña pequeña, asustada, sola. Blum. Hagen quebrantaba así su voluntad, cada vez como la primera. Ella tenía que tumbarse allí dentro y dejar que él atornillara la tapa. «No me das más opción, Brünhilde. ¿Cuándo dejarás por fin de negarte? No tengo más remedio, Brünhilde». Y tapa cerrada. Una niña en una caja de madera. Aguantaba allí todo lo que podía, ojalá hubiese sido más fuerte, pero no era más que una chiquilla. Lo soportaba indefensa, nadie acudía en su ayuda, a nadie le preocupaban sus lágrimas, sus súplicas. «No quiero hacerlo. No puedo. No me obligues, por favor». Justo antes de introducir la aguja en la cavidad bucal desde abajo, atravesando la barbilla. Y el hilo, que traspasaba la carne muerta. Ella lo había hecho todo, pero nunca era suficiente. Poco importaba lo mucho que añorara una caricia, una mirada que le dijera

que sus padres se sentían orgullosos. La piel de Blum seguía sola. Sus anhelos seguían insatisfechos; por mucho que se esforzase, nada les bastaba. Seguía siendo solo una chiquilla. Desamparada e indefensa. La pequeña Blum. «Por favor, déjame salir, papá. No me encierres, por favor. Otra vez al ataúd no, papá. No, por favor».

Era castigo y tormento. Lo que más adelante se convertiría en rutina fue un infierno al principio. Cada contacto, cada mirada, la piel muerta y fría que debía tocar. Miles de veces limpió bocas y ojos, lavó heridas con sangre y larvas, manipuló cadáveres, extremidades cercenadas; allí no había infancia, ni tartas con velas ni muñecas que vestir y desvestir. Solo estaban los muertos. Muñecos grandes, muñecos pesados, brazos y piernas velludos, cabezas que pesaban tanto que casi no podía sostenerlas, bocas inmóviles. Ni una sonrisa ni una palabra amable, nada de nada. Solo su padre, que la obligaba a seguir. Interminables cadáveres, rostros, genitales y excrementos, personas muertas tumbadas delante de ella, de las que tenía que ocuparse. Una niña de diez años con guantes de plástico. Y cómo la llamaba su madre para comer... Como si Blum estuviera en el patio, jugando con unas amigas. «La comida está lista. Lavaos las manos, que os espera el plato preferido de papá». Como lo más normal, como si todo fuese bien. Un buen asado para el padre, una víctima de accidente para Blum. Hagen, que se llevaba a la boca el tenedor bien cargado. Blum, que pensaba en carne descompuesta, en ancianos llagados, en su piel como de papel, en la orina y la sangre de la sala auxiliar que tendría que fregar al terminar la comida. «Esto está buenísimo, Herta. Como siempre, una bendición». Y Blum, que empujaba el plato para apartarlo.

Los muertos han estado ahí desde que tiene memoria. Llegaban en coches fúnebres y en féretros de transporte, llegaban directos desde sus lechos, donde habían conciliado el sueño eterno, llegaban desangrados, mutilados, tras sufrir un ataque al corazón, apuñalados, asesinados de una paliza, habiendo pasado por una autopsia, aparecían en la vida de Blum y se metían en su pequeño mundo. Nadie le preguntaba si ella quería todo aquello. Si podía soportarlo. Estaban allí y punto; personas muertas sobre la mesa de aluminio. Terroríficos al principio, en algún momento ya solo callados y apacibles. Blum se familiarizó con ese mundo, empezó a aceptar que no tenía elección, que no podía marcharse a ninguna otra parte. Que era a los vivos a quienes debía temer, no a los muertos. Comprender eso le hizo bien. Estar a solas con ellos. Siempre que podía se retiraba a la sala de preparación. Los muertos acabaron siendo sus amigos, les hablaba; Blum era más fuerte que ellos. Podía decidir qué les ocurriría. No tenían posibilidad de hacerle daño; por muy pesados y muy grandes que fuesen, ya no se movían. No respiraban, sus brazos y sus piernas estaban ahí tirados sin más. Eran como muñecos, grandes y fríos, con los que jugar. A ellos se confiaba,

se lo contaba todo, siempre. Fuera de allí callaba, a sus padres no les decía una palabra. Quería que la dejaran tranquila, no saber nada, hacer solo lo que se exigía de ella y luego retirarse. A su mundo. Hasta hace un momento.

Blum. Cómo quema el sol. Qué bien sienta que por fin se hayan callado. Se recuerda con sus padres en ese velero desde siempre. Las tres semanas anuales en el mar, el azul recurrente. Para ella era como un intermedio de la realidad, un sueño. Demasiado bonito, sí. De Trieste a Yugoslavia, a Grecia, a Turquía, a España. Semanas enteras en el barco, semanas enteras en que la vida era hermosa. Ella siempre se ponía contenta. Cuando levaban el ancla y el viento hinchaba las velas. Cuando Hagen le enseñaba lo que era importante, cómo se manejaba el timón, cómo se sobrevivía en una tempestad. Blum se acuerda. De todo lo que ha aprendido y también de lo que no ha aprendido. Las islas, el viento y sus padres, que hasta se permitían arrancarse entonces alguna sonrisa. Porque estaban de vacaciones. Sus rostros, normalmente tan cerrados, se abrían; a veces Blum tenía incluso la sensación de que había en ellos amor, solo un instante, un breve destello. Durante veinte años ha buscado, esperado, anhelado ser una chica normal, una muchacha capaz de mucho más que de ocuparse de los cadáveres. Por fin vivirá, por fin tomará decisiones.

No se moverá, pase lo que pase seguirá quieta. Ahí solo están Blum y el sol sobre su piel. Hace oídos sordos a los gritos y los golpes.

Dos cuerpos que nadan desesperados. Se ven desde arriba. Intentan aferrarse a algo, sus uñas siguen arañando todo el costado del casco. El viejo velero, la escalerilla que se puede recoger, esa escalerilla que no está aunque la piden a gritos. Hagen ha insistido siempre en conservarlo todo en su estado original, en no hacer reformas, en no tomar precauciones para casos de emergencia. «No os preocupéis tanto, solo un idiota se olvidaría de bajar la escalera. Si alguna vez me pasa algo así, ya podéis dejar que me ahogue». Qué autoritario era siempre; qué apocado y desamparado ahora. El gran Hagen y su Herta. Ninguno de los dos tiene vuelta atrás, se han zambullido sin pensarlo, dos viejos sin amor. Dos personas con el corazón débil, sin aliento, presas del pánico. Gritan y tragan agua. Desde hace dos horas ya. Quieren subir otra vez al barco, trepar por la borda, lo intentan todo, dan patadas en el agua, nadan junto al velero, lloran, chillan, pegan puñetazos contra la madera, gritan su nombre. «¡Brünhilde!». Y dale con *Brünhilde*. Pero Brünhilde no los oye. Poco importa cuánto griten o lo mucho que les sangren los dedos. Saben que morirán. Hagen y Herta. Lo saben. Que Blum los oye, que está arriba tumbada y no hace nada. Sigue escuchando su música mientras el barco se aleja de ellos. Sonríe porque sabe que pronto todo habrá terminado. Que dejarán de gritar, que por fin todo irá bien. Que encontrará calidez... felicidad, casi. Ahí solo están ella y el cielo. Nada más. Por fin vivirá.

Más de tres horas bajo el sol ardiente. La piel le quema en silencio. En el silencio. Ya no se oye nada, ningún golpe. Nadie le dice lo que tiene que hacer. Hagen y Herta, sin palabras para siempre. No queda nada a lo que regresar, un pasado, la vida de antes. Por fin Blum llevará el timón, guiará el velero de vuelta a Trieste, hará reformas, quitará el viejo revestimiento de madera de las paredes, construirá una nueva sala de preparación, un nuevo salón de despedida, renovará la casa entera hasta el último rincón. Tirará a la basura todo lo que le recuerde a ellos. Ahora se levantará, se vestirá y llamará por radio a los guardacostas, informará con voz desesperada de que sus padres han desaparecido mientras ella estaba dormida, que no hay rastro de ninguno de los dos. Le dará un buen trago a la botella de aguardiente de Hagen y esperará a que llegue la ayuda. De vez en cuando dará muestras de su horror por la radio, gritará y llorará. Ya.

Pasan cuarenta minutos. Blum otea el mar buscándolos mientras espera. Ni rastro de Hagen. Tampoco de Herta. Nada. Ha sido una desgracia. De pronto habían desaparecido, deben de haberse hundido para siempre. Con agua en los pulmones, dos cadáveres que acabarán abotargados y que alguien recuperará del mar.

Blum. Cómo se yergue en cubierta, haciendo señas. Cómo grita pidiendo socorro al ver el otro barco. Un pequeño velero, no son los guardacostas, sino un turista el primero en ser testigo de su desesperación. Blum, temblando, le cuenta lo sucedido. El desconocido, que sube a bordo y le ayuda, que se ocupa de ella, que registra el barco y pasea la mirada por la superficie del mar. Su voz, que la tranquiliza, la consuela; sus brazos, que se cierran a su alrededor. Y así, de repente, ternura. Las manos de él, las quemaduras del sol, la piel de ella. «Me he quedado dormida. Es culpa mía, tenemos que encontrarlos. ¿Dónde están, por el amor de Dios, dónde se han metido? Pero ¿qué he hecho? Tenemos que volver y buscarlos, ya no están, han desaparecido, no los encuentro. ¿Y si están muertos?». Blum grita. Se aparta de él con violencia, se golpea la cara una y otra vez, se culpa de lo sucedido. Que la culpa es suya, chillá. Cuando él quiere sujetarla, también le pega, llora, intenta zafarse, es ahora cuando tiene que hacerlo todo bien. Blum. Todo lo que diga ahora, todo lo que haga tiene que convencerlo, él debe creerla, ese guapo desconocido no debe dudar ni por un segundo. Ella deja que la estreche entre sus brazos, lo siente muy cerca, presiona la cara contra su pecho. Él la abraza, ella respira deprisa, puede olerlo, lo oye. Su voz, que susurra. «Me llamo Mark», dice. «Soy policía, todo irá bien».

Uma salta. Su pequeño cuerpo vuela por el aire con una sonrisa enorme en la cara, dientecitos blancos, ojos alegres. Una niña pequeña, de tres años, que aterriza contenta, se deja abrazar, se acurruca contra ella. «Mamá, he soñado con un oso que gruñía mucho y me quería comer. He tenido que escaparme corriendo, mamá». Blum la abraza, sus dedos acarician con ternura la pequeña cabecita, roza la mejilla de la niña y le dice que el oso solo quería jugar con ella. Que ha sido un sueño. «No te pasará nada, yo te protejo. No tienes que tener miedo». Blum le da un beso a Uma en la frente. Uma Blum tiene tres años y habla desde hace varios meses, un ángel de rizos rubios. Todavía un ángel. Nela ha vuelto a quedarse dormida y yace contenta en los brazos de su padre. En la cama de matrimonio, por la mañana. Blum y Mark. Un día como cualquier otro.

Hace ocho años que se tocaron por primera vez. Él la abrazó en el velero. Un hombre maravilloso, desde el primer momento, de repente estaba allí y se ocupó de ella. Mark esperó a su lado hasta que llegaron los guardacostas, hasta que Blum respondió cientos de preguntas. No se separó de ella. Les contó a los agentes cómo la había encontrado, reiteró que no tenía duda alguna de su versión de la historia. Todo parecía corroborar que la joven decía la verdad. La piel quemada, la desesperación, las lágrimas, Blum había perdido a sus padres en un trágico accidente. Y Mark la había encontrado. Un agente de Investigación Criminal de vacaciones, austríaco como ella. Navegante apasionado, soltero. Todo encajó, fue el destino el que los unió entonces; se habían encontrado el uno al otro y siguen sin separarse hasta el día de hoy.

Sus cuerpos entrelazados, piel contra piel, que se tocan amorosamente. Están muy unidos, sus bocas se susurran los buenos días antes de ponerse a jugar con sus hijas mientras se desperezan. Uma y Nela. Mark y Blum. Todo es bonito, ellos se quedan tumbados, felices el uno junto al otro, y miran a las niñas, que bajan de la cama y suben a ver al abuelo. «Yo quiero chocolate, papá. Yo quiero salami, mamá. Nos vamos con el abuelo. Sois unos aburridos». Blum ríe. Mark la abraza con cariño, no la suelta, se acurruca junto a ella con un ronroneo. «Quiero quedarme contigo en esta cama para siempre», dice ella. Blum disfruta. De todo. De cada día, de cada hora, de

su vida. Hace ocho años que los dedos de él danzan sobre ella, hace seis que están casados, hace cinco que son una familia, se lanzaron a ese amor con pasión. Es como un estado de euforia permanente, todavía es así.

—¿Mark?

—¿Sí?

—¿No puedes quedarte en casa y ya está?

—Por desgracia no, pero volveré luego. Ahora mismo hay mucho que hacer.

—¿El qué?

—No quieras saberlo, mi amor.

—¿Y no podríamos fingir que el mundo de ahí fuera no existe?

—Sí, podríamos.

—¿Pero?

—Tengo que perseguir a los malos.

—No tienes. Quieres.

—Y tú quieres irte a jugar con tus muertos, que te conozco. De todas formas no aguantarías mucho aquí, dentro de diez minutos saltarías de la cama y me dirías que tienes que darte prisa con una preparación, que el anciano caballero que entró ayer no puede esperarte mucho más.

—¿Eso haría?

—Sí, eso harías.

—Dos minutos más, ¿vale?

—Y diez, si quieres.

—¿Sabes qué sería lo peor?

—¿Qué?

—Que ya no quisieras abrazarme.

—Yo siempre te abrazaré, Blum, mi flor.

—No me sueltes nunca, por favor.

Ya en el barco sintió que ese hombre la haría feliz. Cómo la había abrazado y consolado, un desconocido. Un agente de Investigación Criminal, qué absurdo. Habría podido descubrir su juego, arrancarle la máscara y encerrarla, habría podido terminar con todo antes aún de que empezara. Sin embargo, todo había resultado de otra forma. Blum quiso que ese abrazo que la estrechaba de pronto no se acabara jamás, quiso llegar a conocer esos brazos, esas manos. Quiso tenerlo, por primera vez un hombre, por primera vez le parecía posible. Estaba dispuesta a dejar que se acercara a ella, sin dudas, sin miedo. Muy cerca. Mark. Su presencia le sentaba bien, él no le hacía preguntas, sencillamente la dejaba ser como era. Y tampoco se arredró al saber cuál era su trabajo, los muertos no le daban miedo.

Blum volvió a coincidir con él. En el puerto de Trieste y luego en Austria, se entendían, se encontraban sin demasiadas palabras. Era un amigo, su protector, estuvo allí cuando ella enterró a sus padres, estuvo allí cuando reformó la funeraria, le ayudó en todo lo que pudo. Y en algún momento llegó el primer beso. Sucedió sin más. Estaban sentados en la cámara frigorífica, bebiendo cerveza, agotados y contentos. Acababan de alicatar toda la sala de preparación, a finales de verano, sudaban y reían sentados sobre cajas de cerveza.

—¿Blum?

—¿Sí?

—Esta es la cámara frigorífica más genial en la que me he tomado algo.

—¿Sueles tomarte algo en cámaras frigoríficas?

—Soy policía.

—¿Y los policías suelen tomarse algo en cámaras frigoríficas?

—Por supuesto.

—Estás loco.

—No más que tú. No olvides que ha sido idea tuya tomarnos aquí dentro la cerveza de después del trabajo.

—Pues ya es la cuarta.

—Deja de contar, Blum.

—¿De verdad no te molesta que normalmente esto esté lleno de cadáveres?

—No.

—Yo pasé mucho tiempo aquí, de niña.

—¿Con muertos o sin muertos?

—Con.

—¿Puertas cerradas o abiertas?

—Cerradas.

—¿Por qué?

—Era mi escondite. Aquí no me buscaban, muchas veces me quedaba horas. Me sentaba y los observaba. Me fijaba en lo muertos que estaban.

—Haría algo de frío con la puerta cerrada.

—Ropa interior de esquiar, traje de esquiar, guantes, gorra.

—Suena algo retorcido, pero te creo.

—Puedes creerlo.

—Tú nunca me mentirías, ¿verdad?

—¿A qué viene eso?

—Eres sincera conmigo.

—¿Por qué no iba a serlo?

—¿Puedo confiar en ti?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque tengo que besarte.

—¿Tienes que besarme?

—No puedo evitarlo, hace dos meses que quiero hacerlo. En realidad ya quise besarte cuando te vi en el velero. Lo siento, pero tengo que hacerlo.

—¿O sea, que tienes que besarme? ¿Y para eso tienes que poder confiar en mí?

—Es que, cuando te haya besado, querré casarme contigo. Por eso convendría que pudiéramos confiar el uno en el otro, ¿no te parece?

—Pero si casi no me conoces.

—Sí, te conozco.

—De niña jugaba con muertos.

—Y yo encerraba gatitos en sacos y los ahogaba. También metía petardos en el cuerpo de las ranas y miraba cómo estallaban.

—No hacías eso.

—Sí, sí.

—¿Por qué?

—Tenía curiosidad.

—Yo también.

—Por eso tengo que besarte.

—¿Y yo? ¿A mí no me lo consultas?

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque seguramente dirías que no.

—¿Eso haría?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Porque hace dos meses que te da miedo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a quitarte ese miedo.

Qué bonito fue. Cómo se acercaron sus caras, sus labios. Cómo se encontraron, suaves, excitados, trémulos. Familiares y extraños y hermosos. Mark y Blum en la cámara frigorífica. Cómo se besaron, largo rato y con ternura.

Todavía hoy siguen unidos sus labios, todavía hoy sigue sin aparecer el miedo. Hace ocho años que se tocan, que se abrazan. Ocho años de mañanas compartidas, de la cama en la que duermen, de esa casa que han convertido en el paraíso.

Una villa modernista en pleno centro de Innsbruck, un gran jardín con manzanos, tres plantas. Cuando Hagen y Herta estuvieron bajo tierra, Blum destrozó todo lo viejo de la casa, el dormitorio de sus padres, el antiguo revestimiento de pino, la cocina, todo. No quedó nada, solo dejó los antiguos suelos de madera, que acuchilló durante horas y horas de trabajo. Limpió y pintó, y Mark le ayudó a hacerlo. Se ofreció, y ella le dio las gracias. «Si no tienes nada mejor que hacer. ¿Cómo puede alguien ser tan amable? Mark, eres como mi hada madrina. ¿De verdad no tienes novia?». Él dijo que no arrugando la frente, y a Blum le encantó. Que él siempre regresara a su lado, que hubiera decidido ocuparse de ella. Que le pareciera guapa y que se tomara días libres para ayudarle. Que incluso convenciera a sus compañeros de trabajo para que echaran una mano; la mitad del departamento de Investigación Criminal había ayudado a tirar paredes y sacar escombros.

La casa de los Blum fue vaciada y construida de nuevo, las paredes cobraron color y los espíritus del pasado fueron ahuyentados. Una noche Blum recorrió toda la casa junto a Mark con un sahumero. Caminaron de una habitación a otra mientras el humo se extendía y el aroma a enebro, canela y peladura de naranja impregnaba el aire. Poco importaba si Mark creía en ello o no, de todas formas la acompañó, asistió a la bruja, se esforzó por percibir el mal. Peinaron la casa del sótano al desván, cada rincón quedó inundado de pensamiento positivo, todo lo que había antes desapareció. Blum tiró a la basura el recuerdo de Hagen y Herta, el día a día con ellos. Para siempre. Lo que quedó fue un hogar de ensueño, un oasis de paz en mitad de Innsbruck, una funeraria moderna a la sombra de los manzanos, dirigida por una joven que trataba con respeto a difuntos y allegados. El negocio empezó a florecer. Igual que la propia Blum.

Ese beso en la cámara frigorífica. Mark, que se fue a vivir con ella. El amor que llenó de pronto la vieja villa. Todo era como un sueño, un cuento de hadas hecho realidad, igual que en los libros que Blum había leído, como en esas historias en las que se había refugiado. Había sido la felicidad de los demás lo que la había mantenido con vida, el anhelo de encontrarla ella también. Y aquello en lo que nunca creyó del todo está ahora tumbado a su lado. Todavía hoy. Ocho años después, los brazos de él alrededor de las caderas de ella, su aliento en el oído, sus susurros. Todo debería permanecer así, nada debería cambiar. Todos los días lo dice, todos los días le pide que no deje de quererla. Todos los días, un beso antes de empezar la mañana. Agradecida, se separa de él y se levanta de la cama. Agradecida por el beso. Agradecida por las niñas. Ni un segundo había soñado Blum en aquel entonces que la

felicidad pudiera llegar a tanto. Que tendría el privilegio de traer al mundo a esas personitas, de quererlas. En aquel entonces Blum no quería ni planteárselo, solo se lanzó al abrazo de Mark. Jamás se había atrevido a pensar en tener hijos. Le daba miedo que la felicidad pudiera terminar si ella la ponía a prueba, que el amor pudiera desaparecer de la noche a la mañana. Tener sus propios hijos, verlos crecer, quererlos... Blum estuvo luchando contra esa idea durante tres años. No podía imaginarse siendo madre, tenía miedo a repetir lo que había aprendido. La falta de amor, la frialdad, no quería descubrir si ella era como Herta y Hagen. Cada vez que Mark sacaba el tema, aparecía ese miedo que le cerraba la garganta y la hacía callar. Durante mucho tiempo no se atrevió, pero finalmente consiguió superarlo. El anhelo fue demasiado grande, el deseo de tener hijos. Sucedió dos veces. Hace cinco años y hace tres, dos pequeños milagros. Blum se ocupa de cada lágrima, de cada grito, se inquieta, las toca siempre que puede, las lleva en brazos durante horas, las acaricia, les habla con cariño. Ha pasado despierta noches enteras contemplando a sus ángeles cuando duermen. Hasta el día de hoy, a veces duda de que sea verdad. De que estén ahí.

Uma y Nela. Están arriba, con Karl. El padre de Mark, que todas las mañanas ya se ha sentado a leer el periódico cuando ellas irrumpen en su cocina. Un anciano afable que les prepara chocolate caliente a las niñas, se ríe y hace manualidades con ellas, su abuelo, que las quiere y haría cualquier cosa por sus nietas. Uma se le ha subido en brazos, Nela echa cucharadas de cacao en polvo en una taza fucsia. Karl les cuenta historias durante el desayuno, es una bendición para todos los de la casa. Mark y Blum se lo llevaron a vivir con ellos hace dos años, le había picado una garrapata y la meningitis acabó provocando que se jubilara anticipadamente, que se transformara. Que necesitara ayuda en ciertas situaciones. Una ayuda que él jamás pediría, pero que se alegraba de recibir. Había cosas que se le olvidaban, que ya no era capaz de recordar, cosas cotidianas que le costaba hacer. Mark no quería dejarlo solo en su pequeño piso, por eso le propuso a Blum reformar la planta de arriba de la casa, la que no utilizaban. Blum sabía que Karl debía vivir con ellos, que era importante para Mark. Karl lo había sido todo para él durante mucho tiempo, la madre de Mark había muerto joven, para él siempre había estado solo Karl, desde que tenía memoria. Cuando despertaba, cuando se iba a dormir, solo Karl. Padre e hijo, familia monoparental, dos hombres a la mesa del desayuno, palabras paternas cuando el horario se lo permitía. Si podían, estaban juntos. Mark había pasado mucho tiempo a solas, a menudo el día entero, también de noche. Un chiquillo solo bajo el edredón, un chiquillo que siempre sentía la certeza de que su padre regresaría. De que no le sucedería nada malo, de que el lazo que los unía a su padre y a él era más fuerte que todo lo demás. Mark estaba solo, vagabundeaba, era como un perro callejero pero era feliz. Todo lo feliz que podía. Porque Karl se esforzaba. Siempre. Incluso hace veinte años, en la cocina, cuando su hijo era un quinceañero; Mark le había hablado a Blum de su vida sin madre, de esas conversaciones entre padre e hijo que se repetían tantas veces, de Karl, que se había sentado un día a la mesa de la cocina con la cervecita del final del día mientras Mark fregaba los platos.

—¿Sabes ya lo que quieres hacer, Mark? ¿Cuando acabes el instituto?

—Quiero ser policía. Como tú. De Investigación Criminal.

—Ay, chico, no sabes lo que estás diciendo.

—Sí, sí que lo sé.

—Esta profesión no siempre es bonita.

—¿Y qué profesión lo es?

—Hoy hemos encontrado a una madre muy joven en su piso, había sacudido tanto a su bebé que lo ha matado. Su hermana la ha encontrado y nos ha llamado. La madre estaba sentada en el suelo, con el bebé en brazos, y lloraba cuando el personal médico le ha quitado al pequeño. Decía que no paraba de gritar. Que ella solo quería que se callase.

—Se nos ha terminado el lavavajillas.

—¿Has oído lo que he dicho, Mark?

—Así es la vida, papá.

—No, la vida no es así. Solo es así para personas como yo, para los que hemos decidido ganarnos el pan de esta forma. Tú no tienes por qué ver esas cosas, tú puedes evitarlas.

—Pero es que no quiero.

—Deberías estudiar, Mark, tienes el mundo entero a tu alcance. Siempre puedes hacerte policía más adelante.

—Pero es que yo lo quiero así.

—¿Por qué?

—Si es bueno para ti, también lo será para mí.

—Seguro que tu madre habría preferido que estudiaras. Economía. O Medicina.

—Ya, pero mi madre no está.

—Lo sé.

—No tienes que preocuparte por mí.

—Siento mucho todo esto, Mark.

—¿El qué?

—Todo.

—Tú lo has hecho todo bien, todo, ¿me oyes? Y, ahora, bébete esa cerveza y deja de preocuparte de una vez.

Karl. Veinte años después les cuenta historias a las niñas. Uma y Nela lo quieren, adoran esa barba contra la que frotan su piel infantil, su voz, sus brazos, que las lanzan al aire, su risa. La vida de Karl se ha vuelto sencilla, ya no hay crímenes ni víctimas mortales, solo las niñas y ese sillón orejero en el que pasa sus días. Cómo escucha música durante horas enteras, o vuelve el rostro hacia el sol en la terraza, siempre con una sonrisa satisfecha en los labios. Karl. Y cómo está Mark siempre pendiente del viejo, cómo lo tapa cuando se queda dormido en su sillón. Las niñas lo quieren, se les ve en la cara cuando bajan de la planta del abuelo y explican todo lo que les ha contado.

Todo lo que había antes está olvidado. La vida antes de Mark. Todo lo que hay ahora

Blum quiere conservarlo para siempre. Blum, con una sonrisa junto a la mesa del desayuno. Cómo levanta Mark su taza de café mientras la mira. Cómo unta ella la rebanada de mantequilla, cómo les explica a las niñas que las abejas hacen la miel, cómo les dice que no se entretengan demasiado, que tienen que ir a la guardería. Qué impaciente es y, aun así, cariñosa; cómo azuza a sus hijas y, aun así, les pregunta una vez más si quieren otra rebanada. Cómo mastican las niñas haciendo ruido, cómo dejan toda la mesa pringada de miel mientras Blum habla todavía un poco más con Mark antes de que se vaya a empezar su jornada.

—¿A qué hora volverás?

—Tarde.

—¿Un tema complicado?

—Sí.

—¿Qué tema?

—No quieras saberlo, Blum.

—Pero es que quiero.

—El mundo es feo, basta con que yo tenga que pelearme con él.

—Porque tú quieres.

—No puedo evitarlo.

—Mi héroe, mi salvador, la buena conciencia de la ciudad.

—Aquí pasa algo raro.

—¿Te refieres a tanta zalamería?

—Sí, me refiero a tanta zalamería.

—¿No quieres hablarme del caso?

—No.

—Sabes que puedes, he visto muchas cosas.

—Ya. Pero de todas formas no. Antes tengo que estar seguro. Ahora mismo estoy solo en esto, soy el único que ve un delito donde no lo hay.

—Confía en tu instinto.

—Ese es el problema, que eso es lo que estoy haciendo.

—Atraparás a los malos, los meterás entre rejas y te encargarás de que se haga justicia. Y yo bajaré a preparar al viejo.

—¿Cómo murió?

—No quieras saberlo.

—Pero es que quiero.

—Eres un cielo cuando te ríes.

—Qué cosas me dices...

Ni enfados ni disgustos ni tristeza, nada. Solo hay cosas bonitas, nada duele, no tiene clientes que molesten, las niñas se lo han puesto fácil esta mañana. Nada le causa inquietud, es un buen día, Blum disfruta de esa sensación de despreocupación,

de la felicidad cuando lo mira. Mark. Las comisuras de sus labios, que se tuercen hacia arriba, la tranquilidad que irradia, la fuerza. Se siente protegida y amparada, Mark es hogar, siempre está ahí, no desaparece. Poco importa lo mucho que grite ella, poco importa que pierda los papeles y se ponga a rabiarse, poco importa que a veces dude de la vida y tenga miedo. Mark está a su lado cuando ella flaquea. Lo siente ahí, siempre. Mark.

Blum sabe que algo lo atormenta, que lo tiene preocupado. Algo lo reconcome en secreto y en silencio, pero Blum se da cuenta. Por mucho que él se esfuerce en dejar a un lado su día a día en la Policía, no siempre lo consigue. Blum ve que le da vueltas a la cabeza, que no consigue desconectar, que la atención que les reserva a las niñas y a ella es cada vez menor. Mark y su pasión por ese trabajo. El agente de Investigación Criminal. Cómo se entusiasma cuando le preguntan a qué se dedica. Que no hay ninguna profesión más bonita en el mundo, que no hay nada que pueda impedirle seguir adelante, seguir creyendo en la bondad. Adora lo que hace, cree en ello y también está dispuesto a salirse alguna que otra vez del camino establecido para conseguir su objetivo. Mark cree en su instinto, siente más que piensa, la lógica no es siempre lo suyo, se deja llevar por lo que le dicen sus entrañas, sigue su olfato, una palabra, una impresión. Cree en la intuición y cree en todo lo que le ha enseñado su padre, en la cantidad de detalles que ha observado con el paso de los años, en las opiniones compartidas por Karl con la cerveza del final del día. En horas de conversaciones sobre casos sin resolver. Antes aún de que se decidiera a ser policía. Karl fue su maestro, le enseñó a ser humano. Aquello de lo que se burlaba con dieciséis años lo sigue llevando aún hoy muy dentro de sí. «A veces hay que tomar decisiones, Mark. Da lo mismo lo que digan los demás, tú haz lo que te dicte el corazón. Sin violencia, sin abusos. Cuando alguien esté en el suelo, no lo pises. Tú eres uno de los buenos. No lo olvides nunca». Karl hizo de Mark un policía. Uno de los mejores. Uno que a veces también sabe ser compasivo. Mark se esfuerza por conocer siempre el motivo de un delito, quiere comprender cómo ha llegado alguien a eso, por qué ha incurrido alguien en una ilegalidad. Por qué se arriesga alguien a que lo atrapen y lo encierren. Por qué está alguien dispuesto a arremeter contra un cajero automático con una maza. Alguien como Reza.

Fue hace seis años. Reza solo quería algo de dinero, un poco, solo lo bastante para sobrevivir, quería comprar comida, tenía hambre. Reza había dejado fuera de combate la cámara de seguridad de la fachada con una piedra; la del cajero la había cegado con cinta aislante. Cuando Mark llegó, volvía a arremeter contra el cajero automático. Con todas sus fuerzas, justo donde estaba el dinero, una y otra vez. Reza no se dio cuenta de que alguien se le acercaba corriendo. Mark tiró de él hacia atrás y fue como en la guerra, un soldado en el suelo, herido, el enemigo sobre él empuñando un arma. Mark, que apuntaba a Reza, que lo obligaba a tumbarse boca abajo, a rendirse.

Reza es bosnio. Hace seis años que trabaja en la funeraria. Es el ayudante de Blum, su mano derecha. Lo perdió todo en la guerra, a su hermano, a sus padres, su casa. Todo ardió, ya no quedaba nada. Que él hubiera sobrevivido era un milagro, se había escondido, había presenciado cómo los serbios los aniquilaban. De un día para otro tuvo que aprender lo que significaba la guerra, lo brutal que podía volverse la vida, la muerte, sangrienta, ruidosa. No le quedaba nada, no había nadie a su lado, nadie se preocupaba por él, Reza estaba solo y sin un techo bajo el que cobijarse, sin dinero, ya no tenía nada. Solo sangre y guerra y muertos. Cuántas veces no había atacado él también. Qué fácil había sido. Había matado a personas. En la guerra, para sobrevivir, antes aún de cumplir los dieciocho años. Los recuerdos regresaban, Reza se pasó la mitad de la noche explicando, desplegó su vida ante ellos. Mark y Blum lo escucharon, atendieron a sus palabras con la boca abierta, historias increíbles de un niño con un arma en la mano.

Mark iba de camino a casa y vio al hombre de la maza por pura casualidad. Un raudo vistazo hacia la derecha lo había cambiado todo. La vida de Reza dio un giro repentino. Lo que él esperaba no llegó, todo sucedió de otra forma. En lugar de acabar en la cárcel, Mark se lo llevó a la villa. En lugar de verse pisoteado y humillado, le dieron comida y un techo bajo el que dormir. No había testigos. Ni cámaras ni transeúntes, Reza no había robado nada, todo había quedado en daños materiales. Mark lo decidió y punto, lo sintió, lo supo. El hombre del suelo no era ningún peligro, encerrarlo y castigarlo no era la solución. Y por eso se lo llevó

consigo a casa. Acogieron al indigente bosnio. Temporalmente. Nadie sospechaba entonces que se quedaría años con ellos. Blum preparó una sopa de pollo, se sentaron a la mesa de la cocina y lo escucharon. «Gracias», decía él todo el rato. «Gracias». Blum no lo dudó ni un segundo. Mark había decidido ayudarle y ella lo apoyó. En aquella época ella estaba buscando un nuevo colaborador, así que tal vez fuera cosa del destino que Reza apareciera y que no le tuviera ningún miedo a los muertos. Para él, la muerte había formado parte de la vida cotidiana durante mucho tiempo, los cadáveres de la mesa de preparación no lo impresionaban. Todo encajó, convirtieron el taller del sótano en una vivienda y Reza se instaló en sus vidas.

Está en el jardín, limpiando el coche fúnebre. Hace seis años que trabaja fielmente para Blum, Reza es una bendición para todos. Les cae bien a los clientes, y también a Karl y a las niñas. Para Uma y Nela, Reza siempre ha estado ahí, el hombre que habla con acento extranjero es de la familia, las lanza al aire en verano, las vuelve a atrapar y sonrío. Reza, que abrillanta el coche con esmero. Mark se monta en su moto, Karl llevará a las niñas a la guardería y Blum por fin se ocupará del viejo de la cámara frigorífica con Reza.

Blum siente curiosidad, todavía no ha visto el cadáver, solo sabe que fue de un tiro en la cabeza, un suicidio. Un hombre de ochenta y cuatro años que ya no quería seguir viviendo, que le puso fin a todo con una bala. Reza y un compañero del servicio de transporte lo fueron a buscar ayer al Anatómico Forense, la curiosidad es grande, Blum quiere saber qué aspecto tiene esa cabeza, el tamaño del agujero que abrió la bala al entrar. Solo un beso la separa todavía de su siguiente aventura, un beso para Mark. «Te quiero», dice su marido. Luego se marcha en la moto.

Blum no aparta los ojos de él. Todo sigue su curso habitual, cómo ruge el motor, cómo se aleja su amor a encarar el día. Al llegar a la verja, a veinte metros, Mark pone el intermitente e incluso se vuelve un momento hacia Blum y Reza, luego acelera. Blum está a punto de entrar ya en casa cuando oye el estrépito.

Lo ve, un Rover, un coche grande de color negro, al principio no entiende qué es lo que sucede, no le cuadra. El coche. Mark, que ha desaparecido sin más. Cómo se lo ha llevado por delante ese coche enorme, cómo le ha hecho volcar. Cómo cae. Con qué facilidad lo arrolla. Cómo echa a correr Reza. Y Blum tras él. Cómo desaparece Mark bajo el coche, el fragor del metal, cómo se ve arrastrada la moto. Mark, que acaba atropellado. Su cuerpo se retuerce igual que un muñeco, sale despedido por el aire como un juguete. Ante los ojos de Blum, que corre hacia él, que quiere ayudarle. Cómo intenta retenerla Reza. Y el coche, que se marcha y listos. Deprisa y para

siempre. Sin ofrecer ayuda, sin lamentarlo, sin horrorizarse. Solo un coche que se ve desde atrás mientras se aleja de allí. Un accidente, una moto destrozada sobre el asfalto. Un cuerpo sin vida. Tirado ahí, inmóvil. Ni un solo sonido. Ya no hay nada. Todo lo que antes retumbaba de pronto ha quedado en silencio. Casi es como si nada hubiese sucedido. Un bonito día comienza, brilla el sol. Mark yace en sus brazos. Blum grita.

Mucho rato y muy fuerte. Su voz inunda la calle durante minutos. Sus súplicas, sus ruegos, su boca, que se abre y se cierra. Su torso, que se inclina hacia delante, hacia atrás, la cabeza de Mark en su regazo, por todas partes hay sangre. Por todas partes caen lágrimas, manan de sus ojos, resbalan por sus mejillas, se precipitan hacia el suelo, lo mojan a él, quieren que se mueva, que respire, que diga algo. Mark. Blum le ha quitado el casco y sostiene su rostro con las manos, lo mira, escudriña sus ojos vacíos, suelta un alarido, gime, no deja de acariciarle el pelo con la palma de la mano. Todo está lleno de sangre, todo está destrozado, nada ha quedado intacto. Nada.

Reza llama a emergencias, a la Policía. Camina en círculos como un animal asustado, no sabe qué hacer, cómo puede ayudar, todo es inútil. Vecinos que miran, rostros horrorizados, nadie puede hacer nada. Nadie puede hacerlo volver, nadie. Cinco minutos antes todo iba bien, cinco minutos antes aún había vida. Ahora ya solo está la muerte. Muy cerca, lo ha demolido todo, lo ha aplastado. Blum sabe que no hay vuelta atrás. Que él jamás volverá a tocarla, que sus dedos callarán, sus manos, su boca. Lo sabe. Lo ha visto miles de veces, la vida que de pronto ya no está. Solo un cuerpo, piel que se enfría. Se ha terminado. Para siempre. No habrá ninguna conversación más, ninguna risa, nadie que la proteja, que cuide de ella. Mark no volverá nunca. Jamás. Blum lo sabe, lo percibe, lo siente. Cómo se le parte el corazón, cómo la cercena por dentro. Cómo sigue gritando. Porque el dolor se hace más grande cada segundo que pasa.

Blum y Mark. En medio de la calle. La moto ha quedado cincuenta metros más allá. Blum oye a las niñas, también ellas gritan, lloran; Blum ve que Karl y Reza las sujetan. Quieren ir con su padre, quieren acercarse a Blum, oyen a su madre. Lo desesperada que está. Lo atronador que es su dolor. Porque en su interior todo ha quedado frío y muerto, porque de repente está oscuro. Oscuro y frío. Todo. Qué vacío está todo de pronto. Cómo bajan los policías de sus coches, y el personal médico, que le arrebató el cuerpo. Blum. Sus dedos, que lo tocan una última vez. Mark. Cómo yace ahí mientras la jeringuilla pincha el brazo de ella. Cómo la sostienen, la inmovilizan en el suelo, cómo grita Blum. Hasta que de pronto siente calidez. Hasta

que se apaga la luz.

Ha dormido treinta y seis horas. Cada poco despertaba un momento y volvía a cerrar los ojos con fuerza, no quería regresar a la luz, no quería la realidad, ni sentir ni ver ni aceptar lo que de verdad ha ocurrido. Nada de eso. Solo quería dormir, volver a hundirse en esa niebla que lo hace todo soportable. Blum da vueltas de un lado a otro y vuelve a quedarse dormida. No quiere despertar, jamás. Quiere seguir narcotizada, días, semanas enteras. No vuelve en sí hasta que Uma y Nela se meten en la cama con ella y la acarician.

Las pequeñas manitas en sus mejillas, Blum siente el miedo y la desesperación en sus dedos. Oye las palabras de consuelo de sus hijas, que se esfuerzan por ser valientes, que quieren recuperar a su madre, quieren que se levante y siga viviendo. «Mamá, tú no estés muerta. Levántate, por favor, mamá. Tienes que abrir los ojos, mamá. Por favor». Nela. Quiere que la estreche en sus brazos, quiere que Blum le seque las lágrimas, quiere oír que todo va bien. Los dos seres mágicos no entienden por qué su padre ya no está con ellas. Por qué estaba cubierto de sangre. Por qué se lo han llevado. No quieren que su mundo se desmorone, que corra peligro, lo que quieren es seguridad, quieren acurrucarse con su madre, deslizarse junto a ella en la cama, ocultarse en ella, dejarse proteger. Quieren hacer como si todo fuera aún como siempre. Como si Mark todavía estuviera allí. Con ellas. Respirando, riendo. «Mamá, tienes que levantarte ya. Levántate, por favor. El abuelo no para de llorar. Te necesitamos, mamá». Cómo le llegan esas palabras a Blum, hasta lo más hondo. Le entran por los oídos y penetran hasta el último rincón de su cuerpo. Los gritos de socorro de sus hijas, su miedo, llenan todos sus recovecos. Cómo arrancan esas palabras a Blum de su sueño, cómo le dan una fuerza inesperada y no dejan que siga inerte ni un momento más. Ni un segundo más. Se incorpora con todas sus fuerzas y sigue viviendo. «No estoy muerta», dice.

—Mi niña grande, lo conseguiremos.

—¿El qué, mamá? ¿Qué conseguiremos?

—Venid aquí conmigo, las dos.

—¿Qué le ha pasado a papá, mamá? Yo quiero que vuelva.

—Papá no volverá.

—¿Por qué no?

—Ya sabes, Nela, que papá es un príncipe.

—¿Y qué?

—Pues que los príncipes cabalgan por los bosques y luchan contra dragones.

—Los dragones no existen, mamá.

—Sí que existen, Nela. Hay dragones, y papá se ha ido a luchar contra ellos. Vuestro papá es un príncipe muy valiente.

—¿Por qué había sangre por todas partes, mamá?

—Era sangre de dragón. El dragón hirió a papá, pero ahora ya está curado. Ahora vuelve a cabalgar por el bosque en su corcel blanco.

—Nos cuentas mentiras, mamá.

—Nela, tú imagínate cómo cabalga y sonrío, y ya está.

—Papá no tiene caballo, solo una moto. Y la moto está rota. Estaba tirada en la calle. Igual que papá.

—Vuestro padre está bien.

—Papá está muerto.

—No.

—Que sí, mamá. Ahora papá también es un cadáver.

—Cállate.

—Es que acaban de traerlo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que papá está abajo, en la cámara frigorífica.

Blum se incorpora de golpe. Las palabras de Nela han sido como agua fría. Un agua helada en la que ha caído y en la que casi se ahoga, en la que casi se le para el corazón, porque le hace un daño enorme, porque de repente todo vuelve a estar ahí. Porque la idea de que las niñas vean a su padre muerto es como un puñetazo. Eso no debe suceder. Así no. No antes de que ella se haya ocupado de él. Tiene que levantarse, pensar con claridad, tiene que ocuparse de todo, volver a poner a flote el barco que zozobra. ¿Dónde está Karl? ¿Y Reza? ¿Por qué todo le duele tanto?

Mark. Por dentro llora, grita, suplica. «Vuelve, por favor. Te necesito. Sin ti no soy capaz. No puedo. Las niñas. ¿Cómo voy a hacer esto sin ti? No lo sé. Por favor, Mark. Míralas. Son muy pequeñas. Cómo se aferran a mí. No soy capaz, Mark. Sin ti no puedo». Y, aun así, se viste y va con sus hijas a la cocina. Aun así, abre la nevera y prepara algo de comer. Aun así, actúa como si todo estuviera controlado de nuevo. Poco importa si su fuero interno chilla, poco importa si dentro de ella todo se desmorona, si cada centímetro de su piel grita, cada milímetro de carne. Todo le duele como si la estuvieran desgarrando y partiendo en mil pedazos, toda ella. Se descompone; cada maniobra le hace daño, cada movimiento, todo. Aun así, unta mantequilla en la tostada, incluso intenta sonreír, quitarles el miedo a las niñas. Ahora

no debe llorar. Por mucho que quiera, no debe. Ni desesperarse. No levantarse más, simplemente quedarse tumbada. Inerte, como muerta.

Se sientan a la mesa todas juntas. Las niñas mastican, Blum las mira. Les dice que todo irá bien y sabe que no es verdad. Que nada volverá a ir bien. Nunca. Todo lo que iba bien yace ahora en la cámara frigorífica de la planta baja. Las manos de Mark, su risa. Nunca volverá a leerles un cuento a sus hijas, nunca volverá a reñir con ellas ni encenderá más hogueras para ellas en el jardín. Se acabaron las canciones juntos, las cenas juntos, las excursiones, las vacaciones en el mar. Juntos en el barco. Cómo les ponía los chalecos salvavidas a las niñas, y lo felices que eran. Es como si Blum los estuviera viendo. Un mes antes, en las playas más bonitas de Croacia. Entraban corriendo en el agua, él las lanzaba al aire, eran tan felices... Nada amenazaba su pequeño mundo, mamá y papá estaban allí cuando ellas dormían, sentados en cubierta tomando una copa de vino. Allí estaban sus voces, sus risas ahogadas y la absoluta certeza de que ninguna tempestad del mundo podría hacer zozobrar el barco. Allí había amor. Todo iba bien. De noche, en el mar.

—¿Quieres un poco más?

—Mucho más.

—Mi querida señorita, debería asegurarse usted de estar en condiciones para navegar.

—Estoy de vacaciones.

—Estás borracha, Blum, mi flor.

—¿Y qué? ¿Hay algo que me lo impida?

—No.

—Pues eso.

—Lo que no sería de extrañar es que esta noche te abalanzaras sobre mí.

—Sí, no sería de extrañar, pero para eso falta aún un ratito. Como media botella más.

—Pues bebe rápido, mi amor.

—No hay prisa, cielo.

—Que sí, las estrellas están a punto de caer.

—No es verdad.

—Te digo que sí.

—Entonces, sí, será mejor que beba deprisa.

—No tenemos tiempo que perder.

—¿Se caerán tal cual del cielo, o cómo?

—Sí, caerán al mar, tal cual. De arriba abajo, se zambullirán y desaparecerán. Una detrás de otra. Hasta que el cielo se quede vacío.

—Eso tengo que verlo.  
—Es precioso, Blum.  
—Tú sí que lo eres.  
—¿El qué?  
—Precioso. Mi marido. Tú.  
—Mmm...  
—Aquí todo es bonito.  
—¿No te hartarás algún día? Hace veinticinco años que navegas por estas aguas.  
—Es mi hogar.  
—¿Tu hogar?  
—Aquí siempre he sido feliz.  
—Menos el día que te encontré.  
—¿Qué quieres decir?  
—Ese día todo fue muy triste.  
—¿Tenemos que hablar de eso ahora?  
—Lo siento. Olvídalo, Blum.  
—Ojalá fuera tan fácil...  
—Puedo besarte.  
—¿Ayudará?  
—Seguro que sí.  
—En realidad, ese día la fortuna dio comienzo a algo. Cuando tú subiste a bordo. Antes solo existía el verano. Solo había una estación, no cuatro. No había otoño ni invierno, o primavera. Solo existían las pocas semanas del verano.  
—Qué belleza.  
—¿El qué?  
—Tú. Todo lo que dices. Eres como un poema.  
—Estoy borracha, no lo olvides.  
—Eres como una frase hermosa.  
—¿Una frase?  
—Una frase preciosa. Una que te embriaga, te hechiza, que ya no te suelta. Una frase que se puede sentir. Sin una palabra de más, sencilla y clara.  
—¿Como, por ejemplo...?  
—El cielo ha girado despacio.  
—¿Eso ha hecho?  
—El cielo ha girado despacio.  
—Estás como una cabra.  
—Precioso, ¿a que sí?  
—Mark, mi querido Mark, eres un poli romántico. Primero las estrellas se caen del cielo, y ahora, por si fuera poco, el cielo gira.  
—Es que así es. Y todo solo para ti.  
—Déjame que te dé un beso, mi vida.

Mark y Blum. En algún lugar frente a las costas de Zadar. Desnudos en cubierta, desnudos el uno en el otro, el mar está liso como un espejo y en calma. El mar era su hogar. Y ahora, de repente, ya no está. De repente se ha esfumado, ya no hay ningún murmullo, ningún azul. Mark no volverá a verlo. Allí solo están el masticar de las niñas, sus ojos tristes y el silencio de la cocina. Cómo anhela recordarlo Blum. Recupera mentalmente las imágenes con violencia, no desea la realidad, lo que quiere es regresar al ayer, a ese barco, a la piel cálida de Mark. Lo desea. No puede conseguirlo. Tiene que abrazar a sus hijas, tiene que jugar con ellas, leerles cuentos, tiene que ocuparse de ellas. Hasta que sus ojitos se cierren, hasta que la noche la salve. Entonces regresará junto a él. Entonces, todavía no.

Cómo yace ahí. Su cuerpo destrozado. Piel herida. Lo han diseccionado y lo han vuelto a coser, le han abierto la cabeza, le han analizado la sangre, los órganos, querían saber si estaba sobrio, si había consumido drogas, querían descartar que la culpa fuera suya. Después de que ella se derrumbara, a él lo trasladaron al Anatómico Forense, no querían cometer ningún error. La decisión de hacer o no la autopsia en un caso de muerte por accidente con conductor a la fuga competía a los agentes responsables de la investigación y al fiscal. Y este decidió que sí. Que le serraran el cráneo, que le extrajeran el cerebro, que le abrieran el tórax como una bolsa de deporte, que lo volvieran a coser después. Han destrozado aún más cosas, le han infligido más heridas aún. Mark. Sus manos, su boca. Cómo yace ahí.

Blum quiere estar a solas con él. Le ha pedido a Reza que se marche. No sabe lo que pasará, si llorará, si gritará. Ya no sabe nada, solo que tiene a su marido inmóvil ante ella, desnudo y muerto. Igual que todos esos de los que se ha ocupado en los últimos veinte años. Cadáveres, cuerpos sin vida con la boca abierta, reclamados por la muerte. Nunca ha tenido que llorar, nunca ha sentido dolor y duelo. Para Blum ha sido algo cotidiano, la muerte no la asustaba. Hasta ahora, nunca. Esta vez es diferente. Muy diferente. Todo lo que ha visto en su vida es como un chiste, algo ridículo en comparación con lo que tiene delante. Su amor, atropellado, destrozado, vaciado.

Durante un buen rato no hace más que estar ahí de pie, mirándolo. Sin lágrimas. La sangre seca, su rostro, que ha quedado intacto como de milagro. Los ojos de Blum recorren todo su cuerpo, todo lo que conoce tan bien. Ha besado cada centímetro de su piel. Ama cada centímetro de él. Tanto, que no sabe si podrá seguir viviendo. Sin Mark. Cómo sigue ahí de pie y mira, respira, traga saliva. Cómo desea morir, ponerle fin a todo, no sentir nada, absolutamente nada, nunca más. Que no le recuerden que la vida fue bonita una vez, que ella fue feliz. Blum quiere golpearse la cabeza contra la pared, dar cien veces con la frente contra los azulejos blancos, quiere que deje de dolerle, quiere que el cuchillo de su pecho deje de hurgar de una vez, de clavarse y de cortar. Estar muerta como él. Yacer ahí como él. Junto a él. Una vez más.

Procede igual que siempre. Hace su trabajo como dirigida por control remoto. Empieza con la preparación de buenas a primeras, limpia la sangre de su piel con algodón y disolvente de albúmina, le lava las heridas con cariño, hasta el último rincón malogrado. Sin temblar, sutura e intenta volver a recomponerlo todo, abre la costura de la cabeza, detiene la hemorragia, la cose de nuevo a conciencia, punto a punto. Lo arregla lo mejor que puede. Rellena las heridas más profundas con celulosa, devuelve el volumen a las partes del cuerpo deformadas, le lava el pelo, lo seca con secador. Lo afeita. Blum hace su trabajo. Por un breve instante incluso olvida que es él a quien tiene ahí tumbado, que es su boca la que está cerrando para siempre. Tal como le enseñó a hacer Hagen. Introduce una aguja circular por un pliegue de piel bajo el mentón, hace que atraviese la base blanda de la lengua, luego da una puntada por la cara interior del labio superior y llega a la narina derecha, donde hace salir la aguja por un pequeño pliegue junto al tabique nasal. Después atraviesa el tabique hacia la narina izquierda, toma el mismo camino de vuelta pero por la mitad izquierda del labio superior y hacia abajo. La cierra a puntadas. Su boca. Una ligadura maxilar, cuántas veces no la ha realizado antes, con qué naturalidad clava la aguja bajo la barbilla, cómo tira de los extremos del hilo para apretar la mandíbula y lo anuda después. Cómo da forma de sonrisa a sus labios. Cómo se queda mirándolos y llora. Las lágrimas se precipitan y caen. Se estrellan en la piel de Mark. Y cómo se obliga Blum a seguir trabajando, a ensamblarle la cabeza, a ocultar las heridas. Luego la ropa. Lo viste con mucho trabajo. Sin la ayuda de Reza el cuerpo es pesado. Cómo lo vuelve hacia un lado. Sus piernas destrozadas. Sus pantalones preferidos, su camiseta blanca.

Cómo yace ahí. Y cómo se sube Blum a la mesa de preparación y se tumba a su lado. Porque no puede evitarlo, solo una vez más. Estar junto a él, tomarle de la mano, sentirlo muy cerca antes de que desaparezca para siempre bajo tierra. Solo un momento. Nadie la verá, Reza no volverá, tampoco Karl entrará en la sala de preparación, Blum está a solas con él. Mark y Blum. Dos cuerpos fundidos en la mesa estrecha, los dedos de Blum se han cerrado sobre los de él, pero no logra que se muevan, poco importa lo fuerte que apriete. Poco importa lo mucho que lo desee. Ni un solo temblor. Solo su piel fría, algo parecido a la cercanía una última vez, un recuerdo de lo que fue, antes de meterlo en el ataúd. Antes de que los demás entren para verlo por última vez, Reza, Karl, los amigos, las niñas. Se despedirán de él, mañana, todo seguirá el curso habitual, el velatorio, el funeral, el entierro. Lo bajarán a la tumba y le echarán tierra encima, se descompondrá en un ataúd de roble, se lo comerán los gusanos, se pudrirá. Hasta que ya no quede nada de él, solo huesos, y más adelante ni siquiera eso. Nada quedará de él. Muy pronto. Ahora, sin embargo, su mano sigue estando en la de Blum. Todavía puede tocarlo, sentirlo, yace junto a

ella, su cuerpo, su cara. Todavía está ahí. Toda una noche, apenas unas horas. Y por eso sigue ahí tumbada. No hace ruido, intenta no respirar, contiene el aliento, prueba desesperadamente a distinguir un sonido, a oír algún ruido, algo que le diga que sigue vivo. Que solo duerme. Pero no hay nada. Solo su propia respiración, su torso, que se eleva y desciende. Solo ella. Blum y su marido muerto. Solo sus pensamientos, su dolor, su rabia, su desesperación, su corazón que arde, grita, llora. Blum y Mark. Arrasados sin más, de la mañana a la noche. Todo ha terminado. Todo ha oscurecido. Los ojos, cerrados.

Massimo llora. Su mujer está junto a él. Y a su lado, Karl. Blum y las niñas están de pie junto a la tumba, muy al frente, y tiran girasoles dentro. Caen, amarillos, sobre el ataúd; una imagen que no ofrece ni un segundo de consuelo. Flores para papá. Flores para Mark, flores que duelen. Tanto, todavía, más aún que al principio, tres días después, tres días sin él. Tres días en los que han buscado con desesperación su rutina. Reza ha gobernado el barco, lo ha organizado todo. Ha estado ahí cuando Blum lo ha necesitado, y las niñas, y Karl. Sin él, el barco habría zozobrado. Él es fuerte. No llora. Solo su sonrisa ha desaparecido, esa sonrisa que asomó a su rostro hace años, cuando empezó su vida en la villa. Esa sonrisa ya no está, se nota que se ha convertido en un llanto en algún lugar de su interior, que lo echa de menos. Mark y Reza.

Reza ha ayudado a llevar el ataúd, lo ha coordinado todo, ha puesto las esquelas, ha organizado el funeral. Blum no ha tenido que ocuparse de nada, Reza se ha encargado y ella ha podido estar con las niñas, distraerlas, prepararlas, explicarles paso a paso lo que sucedería. Intentar decirles que su padre no volverá. Nunca. Que el ataúd desaparecerá bajo tierra y ya está. Que la muerte forma parte de la vida, que sencillamente toma lo que quiere. Igual que un animal salvaje que se cobra un cordero. Un coche salido de la nada. Un accidente que lo destroza todo. Girasoles que caen sin más. Se lo ha dicho con palabras bonitas, con flores, con mentiras, no quería asustar a sus hijas, quería ahorrarles la realidad.

El cementerio. El sol brilla. Reza se ocupa de Karl. Sujeta al viejo, Karl apenas se tiene en pie, sus piernas no quieren aguantarlo, no ha comido, no ha dormido. En tres días ha envejecido años. Tampoco para él es nada como lo era antes. Ahí está, llorando. Muchas personas lloran, la banda de la Policía toca una marcha fúnebre, han venido incontables compañeros, Massimo habla. El mejor amigo de Mark, que recuerda los mejores momentos, las misiones compartidas. Dice que era uno de los buenos, con corazón y alma, inolvidable, una pérdida para todos los que lo conocían. Massimo llora.

Uno tras otro tiran un puñado de tierra. Los dolientes lo dejan atrás, solo. Mark en su ataúd, ahí abajo. Mientras sigue tumbado, ellos entran sin él en la fonda y beben a su salud. El convite del funeral. Todos se sientan juntos y se infunden ánimo. Ofrecen su apoyo a Blum, le aseguran que todo volverá a ir bien, la acompañan en el sentimiento, apenas son capaces de mirarla a los ojos, están tan desamparados como ella. Blum, desmayada, sigue sentada frente a su sopa de pollo; desmayada, intenta convencer a las niñas de que coman. No puede hacer más. Estar presente, quererlas, darles todo lo que tiene. No debe dejarlas solas con su dolor, con su miedo, las niñas son todo lo que le queda de él. Qué tristes están. Qué fuertes son, aun siendo tan pequeñas. Cómo soportan lo sucedido, se resignan. Cómo se sientan sin decir nada y esperan a que pase la tormenta. Cómo les acaricia Blum el pelo, el de Uma, el de Nela. Y cómo se lleva Massimo a Blum aparte. Con qué cariño la rodea con su brazo.

—Bébetelo.

—No.

—Sí, bébetelo ya.

—Si insistes.

—Lo siento muchísimo, Blum.

—Ya lo sé.

—También sabes que estoy para lo que necesites.

—Pero no puedes devolvérmelo, ¿verdad?

—No, eso no puedo hacerlo. Mark también era una de las personas más importantes de mi vida, se lo debo.

—¿Qué le debes?

—Ocuparme de ti.

—Nadie tiene que ocuparse de mí.

—Sí, Blum. Ute y yo podemos ayudarte con las niñas.

—No hace falta.

—Te irá bien toda la ayuda que puedas encontrar, Blum, no seas tozuda, solo quiero lo mejor para ti. Para vosotras. Ya sabes lo mucho que os quiero.

—Tú ya tienes suficientes problemas.

—Eso ahora no importa.

—Mark me dijo que quieres divorciarte.

—Aquí no, Blum, por favor.

—¿Por qué no? Hablemos del fracaso de tu matrimonio, hablemos de tu mujer, de su pequeño problemilla.

—¿Por qué haces esto, Blum?

—¿Qué hago? Mírala bien. Se le traba la lengua, ya casi no puede caminar y no

es más que mediodía. Tal vez será mejor que te ocupes de Ute, y no de mí.

—Tal vez será mejor que te deje tranquila.

—Sí, tal vez sí.

—Como quieras. Me voy, pues.

—No.

—¿No, qué?

—Quédate, por favor. Lo siento, Massimo. No quería decir eso.

—No pasa nada.

—No sé si seré capaz. Sin él. Las niñas, todo. No lo sé.

—Lo conseguirás.

—¿Y si no?

—Tienes a Reza y a Karl. Me tienes a mí.

—Quiero morirme. ¿Lo entiendes? Morirme y punto, estar muerta.

—No quieres eso. Tú eres fuerte, Blum, podrás conseguirlo, incluso sin él.

—No.

—Te prometo que estaré cuando me necesites. Por ti y por las niñas.

Massimo le acaricia la espalda con la mano derecha. Arriba y abajo. Es lo único que puede hacer, lo único que ayuda. Ninguna palabra sirve de mucho, Blum no quiere oír nada, no quiere pensarlo, imaginarse el futuro, solo quiere que se haga de noche, que las luces vuelvan a apagarse, que el sueño lo haga soportable. No pensar, no sentir nada. Solo la mano de Massimo, que se mueve arriba y abajo.

Dos semanas después. Dos semanas sin él. Todavía es verano, las niñas corren con sus vestidos cortos por el jardín, Karl está sentado en su sillón orejero, Blum tiende la ropa. Casi es como si el mundo volviera a estar en orden, las cosas que se ven no se diferencian de las de antes. El jardín, los viejos manzanos, el columpio que se balancea adelante y atrás; Uma, que inunda el arriate de flores con la manguera; Nela, que le restriega tierra en el pelo a una muñeca. El cielo está tranquilo, no hay ni una nube. Y todavía duele. Cuando se despierta, cuando se queda dormida, cuando las niñas hablan de él. Blum sabe que no mejorará, que nunca dejará de consumirla y, aun así, ha decidido no morir, no dejarse caer, no quedarse tumbada, levantarse todas las mañanas y vivir con las niñas. Cada día de nuevo. Poco importa lo mucho que le cueste, tiene que perseverar, seguir, dar un paso detrás de otro, poco importa lo mucho que le pesen las piernas. Poco importa lo mucho que anhele anestesiarse, con pastillas, con alcohol, para que los recuerdos se vayan. La decisión de cada noche, cuando las niñas ya están en la cama, de no tomar Valium ni vodka. Blum tiene que seguir funcionando, por mucho que solo quiera olvidar, no sentir nada. Todas las mañanas vuelve a intentar ser fría, invulnerable. Todas las mañanas fracasa. También hoy.

Todavía no hay rastro del coche. No han logrado dar con el conductor, ha desaparecido para siempre. Seguramente iba borracho, conducía demasiado deprisa, debería haber visto a Mark. Ni rastro de él, no hay ningún Rover negro en los talleres, han repasado todas las posibilidades. Accidente con víctima mortal y conductor a la fuga, dice el informe, nada más. Culpable desconocido, culpable que sale con vida, una vida en libertad. Lo extinguió todo y punto, tal vez iba hablando por teléfono, o escribía un correo electrónico o un mensaje de texto, tal vez se durmió un momento de nada. Blum no lo sabrá jamás, no lo encontrarán. Aunque Massimo hace todo lo que está en su mano.

Massimo ha cumplido su promesa. Desde el entierro ha estado cuando ella lo ha necesitado, le ha ayudado a cancelar la vida oficial de Mark. Visitas a superiores, a aseguradoras, a abogados, a notarios. Massimo consigue protegerla del día a día, él y Reza. Para que ella pueda ocuparse de las niñas, para que sobreviva, para que las

lágrimas no la ahoguen. El negocio sigue en marcha porque la muerte no se detiene. Reza va a recoger los cadáveres a residencias de ancianos, los va a buscar al bosque, a sus despachos, a sus camas, a la calle, sigue desempeñando su cometido tal como le enseñó Blum. Trabaja sin descanso, habla poco, sus sentimientos están ocultos en algún lugar. Solo se intuye lo mal que lo está pasando. Sigue viviendo, sigue trabajando porque al margen de eso no le queda nada más. Solo tiene esa vida, solo la que acaba de transformarse completamente. De repente otros colores, otros sonidos. Reza oye esos sonidos y calla. Blum lo sabe. Él tiene menos palabras que Massimo, no tiene ninguna. Por eso se siente agradecido de que otro cuide de Blum, de que le ayude a levantarse, la escuche. Massimo.

Un amigo desde hace años. Un compañero de trabajo, policía, el superior de Mark. Massimo solo tiene tres años más que Mark, pero se ha saltado un par de peldaños en el escalafón profesional. Massimo pasa más tiempo en la jefatura que en su casa. Porque le encanta su trabajo, dice. Porque no quiere estar en casa, decía Mark. Su matrimonio está acabado, Ute se ha dado a la bebida. Los niños que querían tener juntos nunca llegaron. Lo intentaron durante años. Ute y Massimo tuvieron que ver cómo Blum traía dos niñas al mundo. Una felicidad ajena que les señalaba a ellos su fracaso. Por mucho que lo desearan, Ute no se quedaba embarazada, ni siquiera la inseminación artificial surtió efecto. No llegó ningún niño. La tristeza fue creciendo, la desesperación, ese deseo que lastraba cada vez más su relación. Tanto, que Ute empezó a beber. Eso hace sufrir a Massimo, cada mes más que el anterior, lo lleva escrito en la cara, esa tristeza con la que despierta por las mañanas. Todos sus intentos por ayudarla han fracasado. Las curas de desintoxicación de las que pretendía convencerla, la terapia de grupo a la quería ir con ella. Nada ha servido, Ute no se ha dejado ayudar, por nadie. Y él sufre por ello. Blum sabe que más de lo que está dispuesto a reconocer. Sabe que ya ha renunciado a ella. Que no quiere seguir estando ahí cuando vuelva a subirse borracha a la mesa. En el funeral. Las piernas de Massimo se pusieron en marcha poco a poco, hace dos semanas. No era más que su obligación, hacer callar a Ute solo para contener los daños. Sacudiendo la cabeza, turbado y avergonzado porque en la sala todo el mundo lo estaba mirando y lo compadecía. Porque Ute había perdido el control. Cómo gritaba, cómo chillaba. «¿Es que no hay aquí ningún maldito hijo de puta que pueda hacerme un hijo, joder? ¡Que alguien me folle! ¿Es que no puede ninguno de vosotros sacarse la polla, mierda de hombres?». Ute saltaba por las mesas y gritaba, Massimo la seguía, intentaba retenerla y llevársela fuera.

Casi todos los días se producen pequeños dramas. Massimo aprovecha cualquier ocasión para no tener que estar con ella. Para ayudar a Blum. Todo lo que le queda se

lo entrega a Blum. Y ella le agradece no tener que estar sola, que haya por ahí alguien más aparte de Reza. Aparte de Karl. Alguien que la abrace. No un sustituto, solo un consuelo. Massimo. No Mark. Se alegra cuando el coche de él aparca en la entrada. Cuando abraza a las niñas, alborota un rato con ellas en el jardín, intenta hacerlas reír. Massimo es un amigo, es uno de los buenos, como Karl y Mark. Desaparece dentro de casa con una sonrisa y vuelve a salir con una botella de vino blanco y dos copas. Que todo va bien, le dice. Y que económicamente puede estar tranquila, que Mark contaba con un seguro de vida. Que no tiene de qué preocuparse, le dice, descorcha la botella y sirve las copas. Dinero a cambio de su muerte, piensa ella. Mucho dinero. «Menuda mierda de mundo», dice Blum, y bebe. Tragos grandes, largos.

Las niñas duermen. Massimo se ha ido ya, las ha metido en la cama y les ha leído un cuento. Después se ha marchado, aunque quería quedarse un rato a charlar un poco con Blum. Pero ella prefería estar sola. Con una botella de tinto en el estudio de Mark. En su sillón, con las piernas encima del escritorio, tal como se sentaba él siempre. Vino en vaso de barro. Los trajeron de Grecia y les encantaba beber en ellos, renunciar a copas finas. Vasos verdes de barro, hechos a mano. Vino tinto que baja por su garganta. Cómo va sintiendo la calidez, cómo vuelve a disfrutar por primera vez de algo parecido a la facilidad. Lo único que hace Blum es estar sentada y mirar. Su ordenador, sus documentos y miles de cosas más, todo permanece igual que veintidós días antes, cuando Mark salió con la moto. En esa habitación todo lo sigue esperando, aguarda su vuelta; objetos que quieren ser tocados, aparatos que desean que los usen. En esa habitación nada parece indicar que haya muerto, ella aún no se ha atrevido a cambiar nada. Es la primera vez que Blum entra. Se había limitado a cerrar la puerta, casi como si quisiera retener ahí dentro lo que todavía quedaba de él. El aire que había respirado, sus efectos personales, sus películas, el desorden que insistía en mantener; su pequeña libertad, como decía él siempre. Esa habitación era su refugio, la cueva en la que se atrincheraba cuando trabajaba o simplemente quería escapar de las niñas. Su sala de preparación particular, decía, y se echaba a reír. Su lugar para reflexionar.

Ya se ha encargado de todo lo demás. De la ropa de Mark, de sus zapatos. Se lo ha llevado todo, lo ha tirado. Ha vaciado las cajas. Solo su despacho seguía cerrado, Blum no había encontrado valor para desmontarlo, solo con pensarlo le dolía. Ahora está ahí sentada bebiendo vino. Sin dolor, sin que su miedo la abrume. Ha conseguido dominar el miedo, puede quedarse ahí, sentada. Beber, aguardar. El vino lo vuelve todo bonito por un momento. Hace más de una hora que está sentada y solo mira, todavía no se atreve a tocar nada, a abrir un cajón, a recordar más de lo que por ahora es bueno para ella. Vacila, quiere pero no puede, tiene tiempo, tiene toda la noche por delante y el sótano está lleno de vino. Doscientas botellas. Y solo con pensar eso reúne valor. Un corcho más que sube, unas lágrimas que ya no son importantes, ahora no. Solo ella. Cómo levanta el vaso de vino y da un trago a su salud. Por su marido, por su felicidad. Cómo recuerda todas las cosas bonitas sin acabar enterrada por ellas, detalles cotidianos, su sonrisa en el baño por las mañanas, sus chistes después del

cuarto vaso, los caprichos del rey del bricolaje. Lo torpe que era, la de veces que se hacía daño porque no iba con cuidado, no le ponía cabeza. Lo encantador que era.

Blum hace de tripas corazón y estrecha el móvil de él en su mano. Ya. Se abre un pequeño mundo, su agenda, notas, juegos. Blum ojea el tiempo libre de su marido, revuelve en él, se sonríe satisfecha al ver lo infantil, lo juguetón que era. Un hombre adulto, un policía, que juega al Tetris. Mark. Cómo se desplazaban sus dedos por la pantalla. Cómo le enviaba mensajes de texto a Blum, incontables al cabo de los años, mensajes de Mark para Blum. De Blum para Mark. Su amor iba de aquí para allá, a menudo después de tan solo media hora de no estar juntos, siempre unidos. Entonces llegaba un beso de parte de él. Otro de ella. Los mensajes que él había enviado, todos grabados. Lo que dijo ella, lo que dijo él. Recuerdos que ahora sientan bien. Blum salta, se zambulle en ellos y nada. Durante casi dos horas no existe nada que no sean Mark y ella. Pero entonces aparece Dunja.

El dictáfono. Blum abre la carpeta con todas las conversaciones. En realidad solo quiere mirar un momento qué hay detrás de ese icono, no pretende curiosear, simplemente sucede. Una grabadora digital en el móvil, la voz de él que de pronto vuelve a estar ahí. Mark, cómo respira y habla. Igual que la última vez que lo oyó. Vuelve a estar ahí, un suave roce en la tecla de *play* y lo oye. Cómo habla con una mujer, una desconocida, Blum no sabe quién es. Al principio Blum no entiende qué le está explicando, qué quiere saber de ella. Solo oye la voz de su marido, lo comprensivo que es, lo cuidadoso, casi cariñoso. Mark quiere que ella siga hablando, quiere que le cuente su historia. Blum escucha. Segundos, minutos, Blum bebe, quiere saber quién es esa mujer, por qué habla él con ella, por qué está asustada. Dunja y Mark, cómo intenta él tranquilizarla.

—Déjeme en paz. Por favor. Yo no he hecho nada.

—A mí no debe tenerme miedo.

—Déjeme. No me toque. Márchese, por favor. Márchese de una vez.

—Quiero ayudarle.

—Yo no he hecho nada.

—Eso ya lo sé, no he venido a llevármela, ya le he dicho que solo quiero hablar con usted. De lo que ocurrió.

—Quiero que desaparezca y que me deje tranquila. Váyase, por favor.

—La creo. Lo que ha explicado, lo creo.

—Solo dije tonterías. Todo eran tonterías, estaba borracha.

—Estaba bajo la influencia de las drogas, de unos tranquilizantes muy fuertes.

—Y precisamente por eso imaginaba, me lo inventé todo.

—No es verdad.

—Sí lo es. Y por eso ahora mismo regresará usted a su bonito mundo. No querrá estarse paseando por aquí, nadie quiere eso.

—Puedo ayudarle a encontrar a esos hombres.

—No.

—Confíe en mí.

—He dicho que no.

—¿Por qué no?

—Porque usted es un hombre.

—Soy policía.

—Ya fui a la Policía. Se lo conté todo, supliqué y les rogué, y ellos se me quitaron de encima. Así, como si tal cosa. Me enviaron a una cama de hospital sacudiendo la cabeza.

—Siento mucho que sucediera eso. De verdad. Sé que deberíamos habérselo tomado mucho más en serio. No deberíamos haber dudado de su historia ni un segundo.

—Tendría que haberme ayudado entonces, ahora es demasiado tarde. Estoy bien aquí.

—Vive debajo de un puente de la autopista. No tiene un techo bajo el que cobijarse, alguien debería ocuparse de usted.

—¿Quién? ¿Usted? ¿Puedo irme a vivir a su casa? ¿Me conseguirá un permiso de residencia? ¿De verdad quiere ocuparse de mí? Pues, entonces, déjeme tranquila. Solo así me estará ayudando de verdad.

—Todo tiene solución.

—Esto no.

—Todo irá bien.

—Cuando esos hombres hayan muerto, entonces irá bien.

—Le ruego que acceda a hablar de ello.

—Si hablo con usted, moriré. Armará jaleo, se meterá en un avispero y las avispas se pondrán nerviosas. Usted no sabe lo que significa eso, pero yo sí sé que las avispas me encontrarán y se encargarán de que no diga nada. Me matarán de una paliza. Dándome puñetazos en la cara.

—No llegarán tan lejos.

—No, si me quedo aquí muy quieta. Aquí nadie vendrá a buscarme. Ahora la vida me va bien, mil veces mejor que antes. Quiero olvidarme de todo aquello, ¿lo entiende? De todo.

—No, no puede hacerlo, tiene que recordarlo, hasta el último detalle. Tiene que contármelo todo. Así encontraré a esos hombres, me encargaré de que los juzguen, de que los encierren y los castiguen por lo que le hicieron. Le prometo que a usted no le pasará nada.

—¿Por qué hace esto?

—Porque quiero ayudarlo.

—Tendría que haberlo hecho antes.

—Cuando desapareció del hospital me recorrí la ciudad buscándola.

—Estaba sobria la segunda vez que hablaron conmigo.

—Pero no dijo nada. Solo se quedó mirando la pared. ¿Qué habríamos tenido que hacer? En esos casos nos vemos obligados a seguir determinados protocolos, no nos quedaba más alternativa que esperar a que le dieran el alta del hospital.

—Era un hospital psiquiátrico. Me tuvieron allí encerrada dos semanas. En aislamiento. No podía marcharme. Trece días enteros con ese médico intentando convencerme de que no había sucedido. Quería oírme decir que solo habían sido fantasías mías. A toda costa quería que no fuera verdad. Y por eso le di la razón y me marché. Aproveché la primera ocasión de desaparecer para siempre. Para siempre, ¿me entiende? No soy más que una inmigrante ilegal drogadicta que quiere impedir que la expulsen, como sea. Eso es todo.

—Eso no es todo ni mucho menos, y estoy aquí para hablar con usted de ello. La escucharé hasta que haya terminado de contar su historia.

—Querían librarse de su pequeño problema lo antes posible.

—En el hospital le pregunté, podría haber hablado usted conmigo, pero se quedó callada.

—A veces es mejor callar.

—Puedo protegerla.

—No, no puede.

—Quiero atrapar a esos hombres. Por alguna razón la creo, estoy absolutamente convencido de que dice la verdad.

—¿Por qué?

—Lo he visto en sus ojos.

—¿El qué?

—El horror, el miedo. Era auténtico.

—Márchese de una vez.

—No puedo hacerlo.

—Por favor.

—Dígame cómo se llama.

—No lo sé. Ni cómo me llamo ni cuántos años tengo. Solo así podré quedarme. Eso nos enseñaron los tratantes.

—Yo me llamo Mark.

—No quiero saberlo.

—Tengo mujer y dos hijas. Vivo en Elisabethstrasse, y me quedaré aquí hasta que acceda usted a hablar conmigo.

—O sea que Mark.

—Sí.

—Apague eso, Mark.

—Es solo para mí, nadie más lo escuchará.

Nadie salvo Blum. El teléfono en su mano. La voz de él y la de Dunja. Una indigente que cuenta su historia. Cómo le ofreció Mark su propia vida privada para que confiara en él. Con miedo, con dudas, ella empezó a recordar, minuto a minuto iba abriéndose un poco más. Dunja y Mark. No le habló a Blum de ella, no le contó nada, no le dijo ni una palabra aunque lo había tenido tan ocupado. Mark quería subsanar un error, se ocupó de esa mujer durante su tiempo libre, en su teléfono hay más de veinte archivos, siempre con la voz de ella. La de ella y la de él. Veinte conversaciones con una mujer que sufrió algo inconcebible, conversaciones que Blum no debería haber escuchado, actas detalladas de un delito grabadas en algún lugar de la ciudad, bajo la autopista, en el coche de él, en aparcamientos subterráneos, escondidos, ocultos. Dunja tenía miedo, un miedo enorme que Mark se tomaba muy en serio. No quería que le sucediera nada, quería ayudarle.

Blum comprueba las fechas, quiere saber si hay algo más, quiere saberlo todo, ya, enseguida. Se estuvieron viendo durante dos semanas. Su última cita fue el día antes del accidente. A veces Dunja ponía fin al encuentro porque los recuerdos le resultaban dolorosos, porque tenía miedo a que todo aquello regresara. El mal, los cinco hombres del sótano, sus cuerpos, los gemidos, el dolor, los gritos. Lo que Blum oye es increíble. Cómo salen las atrocidades por el pequeño altavoz. Se queda sentada durante horas en el estudio de Mark, escuchándolos a ambos. Una y otra vez quiere parar, detener la grabación, no quiere oír el cariño con que Mark se preocupa por esa mujer. Cómo llora ella en sus brazos en la cuarta conversación. No quiere imaginárselo. Varios minutos sin palabras, la intimidad que existe entre ambos. Otra intimidad, otra mujer. Mark y Dunja. Sin Blum. Ni rastro de ella entre ambos. Blum sola frente a su escritorio. Poco importa si Dunja ha soportado mucho, poco importa si era solo compasión, Blum no lo acepta. Dunja en los brazos de él, que le seca las lágrimas. Mark.

Dunja. Esa mujer. Cómo vacía Blum su vaso de vino con tragos largos. Por qué ha aparecido de repente, por qué no podían estar ahí solo el vino y el escritorio, por qué se ha dejado llevar por la curiosidad, por qué no se ha limitado a reconfigurar el móvil con los ajustes de fábrica y venderlo en algún portal de internet. Sin hurgar en él. ¿Por qué no? Por qué tiene que darle vueltas ahora a algo que supera el poder de su imaginación. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no puede ser feliz y ya está, un rato, solo una noche? ¿Por qué no? ¿Por qué es tan bonita la voz de Mark, por qué no

puede dejar de escucharlo? ¿Por qué no deja de dolerle?

Toda la noche. Dunja y Mark. Hasta que sale el sol. Hasta que la rueda vuelve a girar de nuevo y la expulsa de la vida de él. Cómo cierra con llave la puerta del estudio, aturdida, y se tumba en la cama. Cómo espera a que las niñas vengan y se echen en su cama, se acurruquen junto a ella. Igual que todas las mañanas se deslizan bajo el edredón, igual que todas las mañanas ella se toma un rato para acariciarlas. Amor para Uma y Nela. Y un corazón que late fuerte en su pecho. Porque ese teléfono sigue sobre el escritorio de él.

Una Ducati Monster 900. La moto sobre la que Mark soltaba discursos enardecidos, su segundo gran amor después de Blum, una joya. El rugido de ese motor sobre el que podía pasarse horas hablando con pasión, el traqueteo, ese sonido inconfundible que era como música para sus oídos. A Mark le encantaba ir a toda velocidad, poco importaba que estuviera prohibido, siempre más deprisa, por la autopista, por la carretera, poco importaba que Blum se preocupara, él tenía que hacerlo. Quería sentir, sentirse a sí mismo; el viento en contra, el asfalto. «No puedo evitarlo. Volveré, cariño, no te preocupes. No es ni la mitad de horrible, estás exagerando, Blum, mi flor». Le costaba trabajo describirle a ella eso que tanto le fascinaba, su Monster 900, su niña. Una moto maravillosa que ahora dos amables señores descargan del remolque.

Qué bonita está, cómo brilla a la luz del sol. Igual que antes de quedar hecha pedazos. Nueva, la compañía aseguradora la ha reemplazado. Massimo le preguntó hace dos semanas qué quería hacer, si prefería el dinero o una moto nueva. Si el seguro tenía que reemplazársela. Blum dijo que sí sin pensarlo, ensimismada, y le pidió a Massimo que se ocupara de todo. En algún momento llegó la llamada para informar de que se la entregaban ya. La moto de Mark. Vuelve a estar ahí. Casi igual que ha ocurrido con su voz. La han dejado delante de la villa, Blum casi cree que Mark saldrá al jardín por la puerta y se montará en ella. Casi. Blum les da una propina a los hombres y se sienta en el banco. Desde allí disfruta de una amplia vista, las niñas, la verja que da a la calle, la moto. Blum se queda sentada pensando en lo que ha sucedido esa noche. En Mark y Dunja, en qué habrá sido de ella. Qué increíble parece todo. Lo que le explicó, todo lo que vivió y en lo que Mark creía. Lo vio en sus ojos. Aunque el psiquiatra le diagnosticara a Dunja alucinaciones, Mark lo vio en sus ojos.

Inmóvil en el banco. Quiere llorar. Quiere que la abracen, quiere volver al estudio de Mark, quiere entender lo que sucedió. Lo que dijo esa mujer. Dunja. Quiere volver a escucharlo todo sobria, todas las conversaciones. Es como un sueño del que solo conserva un recuerdo vago, una pesadilla que ha preferido olvidar. Blum no quiere creer que lo que explica esa mujer sea cierto, quiere que Mark estuviera equivocado, que de verdad fueran alucinaciones. Nada más, solo las aterradoras fantasías de una

drogadicta. Nada de eso es cierto. No puede serlo. Nada. Ni un solo detalle. Porque las cosas no deben empeorar más aún. Porque el sol brilla. Porque las niñas se columpian. Porque Karl ha vuelto a salir al jardín por primera vez desde hace semanas.

Karl. Apenas ha hablado desde que Mark murió. Se ha retirado a la segunda planta, ha pasado días sentado en su sillón orejero, llorando. Ni siquiera las niñas lo han podido consolar, les ha pedido que lo dejen tranquilo, quería estar solo. Únicamente porque Reza insistió, Karl le abrió la puerta de la nevera y dejó que se la llenara. Karl ha perdido a su hijo. Karl intenta sonreír. Karl se sienta en el banco junto a ella. Se entienden con pocas palabras.

—¿Cómo estás, Blum?

—Todavía duele.

—Sí.

—Me alegro de que hayas bajado con nosotras.

—¿Qué tal las niñas?

—Para ellas la vida sigue.

—¿Y la moto?

—Volvemos a tenerla aquí.

—¿Por qué?

—Mark la adoraba.

—Sí, es cierto.

—La montaré yo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Te da miedo.

—Sí.

—¿Y aun así quieres montarla?

—El miedo paraliza.

—También yo tenía miedo siempre, por él.

—Él lo quería así.

—Era un buen chico.

—Más que eso, Karl.

—Lo conseguiremos, Blum.

—Sí.

Están sentados juntos en el banco y guardan silencio. Karl la toma de la mano y

aprieta. Solo sus manos y las niñas y la moto. Un día de verano en el jardín. Ya está todo dicho. Karl y Blum. Comprensión y cariño, a Blum le gusta el viejo, nunca ha lamentado que se fuera a vivir con ellos. Karl es como un espíritu bueno de la casa. Un espíritu que reanuda su servicio. Karl ha regresado, ya no quiere seguir encerrándose, ha echado de menos a las niñas, dice, quiere vivir, aunque duela. Seguir viviendo, como Blum. Seguir con la vida y empujar el columpio adelante y atrás. Estar cuando las niñas lo necesiten, mientras Blum sale a hacer algún recado. Mientras intenta estar cerca de Mark.

Sin casco. Mete la llave y aprieta el botón. La Monster ronronea. Blum se despide de las niñas con la mano y da gas. Tal cual, sale por la entrada y ya está en la calle. Sin mirar, simplemente sale sin volver la vista hacia la dirección por la que llegó el Rover. Acelera y punto. A fondo. Poco importa lo que suceda, ella se pone en marcha. Blum, el viento en la cara, los bichos. Cómo gira el manillar y siente los cambios que se producen. Qué deprisa va. Baja por la calle residencial para tomar la autopista con los ojos tan entornados que solo puede ver como a través de una pequeña ranura. Solo una raya de mundo. Un mundo que pasa volando. Cambia de marcha, acelera más. Poco importa lo que suceda, poco importa adónde va. Deprisa y lejos. Solas la carretera y Blum.

No llevaba una moto desde que se sacó el carné de conducir. Una amiga del colegio murió en un accidente poco después de que aprobara el examen. Murió de pronto. Igual que Mark. Ese miedo la ha acompañado hasta el día de hoy, hasta este momento. Siempre que él quería llevarla en la moto ella decía que no, que tenía miedo a morir. Miedo al Rover. Va indefensa hacia el infierno, sin cuero en la autopista, sin casco, sin protecciones, sin nada que la escude, solo su atrevimiento, su imprudencia, lo cerca que se siente de la muerte, el anhelo de morir. De estar junto a él. Deprisa, sin pensarlo, a ciento noventa kilómetros por hora, los insectos se le adhieren a la piel, siente como si le estuvieran clavando agujas en la cara. Y aun así sigue, cada vez más deprisa, más lejos y más deprisa, doscientos veinte kilómetros por hora. Adelantar, el ruido del motor. Más. Respirar. Morir.

Blum quería entender a Mark. Por qué deseaba eso, por qué lo necesitaba. La velocidad, esa sensación. Se ha preguntado por qué lo hacía, por qué estaba dispuesto a morir. Cada vez que él aceleraba, que iba más deprisa de lo permitido, que volaba. Por qué lo hacía. Tenía familia, hijas, amor. Un pequeño instante habría bastado, una breve distracción. «Me encanta», le había dicho él. «Es como una canción. Es como bailar, como el champán. Tienes que vivirlo, Blum, solo una vez. Yo cuidaré de ti». Había intentado convencerla durante años. De que se montara, de que compartiera con él esa sensación. Ella se negó durante mucho tiempo. Ahora lo ha sentido. Lo mismo que sentía él. Ha sido como caer, ninguna otra cosa era importante, solo existía ella. Blum.

Ha ido en la moto una hora entera. Nadie la ha detenido, ni la Policía ni ningún radar. Durante una hora ha jugado con su vida, ha imaginado cómo se golpeaba la cabeza contra el quitamiedos, cómo chocaba contra el parabrisas de un coche que venía en sentido contrario. Ha imaginado su final mientras conducía. Moría en todos los colores; ha regresado ilesa. El mundo está en orden. Karl se está ocupando de llevar a las niñas a la cama, Reza saca un cadáver del coche fúnebre.

—Gracias, Reza.

—No tienes que dárme las.

—Sí, Reza, sí que tengo. Sin ti nada de esto funcionaría.

—No pasa nada.

—¿A quién llevas ahí?

—A una mujer de la residencia de ancianos, hemos tenido que sacarla por la cocina.

—¿Por la cocina, por qué?

—No querían que los demás internos vieran que había muerto alguien.

—¿Internos?

—Residentes.

—¿Y por qué la cocina, por el amor de Dios?

—Porque no quieren recordarles a los internos que pronto puede llegarles la hora.

—Habíamos acordado que *residentes*.

—Por mí...

—¿Y los familiares?

—Vendrán mañana, quieren verla una vez más.

—Reza, eres el mejor.

—La tumba ya está reservada, he organizado el funeral.

—Si necesitas ayuda, dímelo.

—Todo va bien.

—¿Ah, sí?

—No.

—No dices nada.

—No.

—De cómo estás.

—Mark era mi amigo.

—Sí.

—Es como un pastel sin velas.

—¿Un pastel?

—Mark era la vela.

—Comprendo.

—Y la han apagado.

—Sí, todo está oscuro sin él.

—El pastel ya no tiene velas.

—Hoy Karl me ha dicho que lo conseguiremos.

—¿Ha dicho eso? Eso está bien. Está muy bien.

—Lo conseguiremos, Reza. Juntos.

—Sí.

—Tú, Karl, las niñas y yo.

—Sí.

—Mejorará.

—¿Cuándo?

—Pronto, Reza, pronto.

Blum sube al piso de arriba. Casi lo cree hasta ella, por un momento se enciende algo positivo en su interior, algo parecido a la esperanza. La sensación que ha tenido en la moto ha sido como un chute. Ha sobrevivido, ha sentido lo que sentía él, ha desafiado a su destino, quería saberlo. Si debía vivir. O morir. Se ha decidido por la vida, por las niñas, por todo lo que vendrá. También por Dunja. Descubrirá lo que sucedió, con qué carga esa mujer sobre las espaldas, de qué tiene tanto miedo. Blum quiere saberlo, presiente que es importante. Que todo es cierto. Mark no creía que fueran alucinaciones, así que tampoco ella lo cree. Él quería ayudar a esa mujer. También ella quiere hacerlo. No tiene otra opción, ha oído lo que le ocurrió, no puede hacer

como si no hubiera sucedido nada, como si no supiera nada. Se ha convertido en cómplice por casualidad, ha apretado el *play* y por eso ahora investigará, no podrá evitarlo, volverá a escucharlo todo una vez más. Pasa un momento a ver a las niñas, se tumba un rato con ellas y les da un beso, luego desaparece en el estudio de Mark.

Se sienta en la silla de él. En su mano tiene el teléfono, esa historia increíble. El secuestro de tres personas, violación, cautiverio. Horror, durante años. Todo había empezado de una forma muy inofensiva, iba a ser una nueva vida, un empleo en las montañas, la huida de un país pobre. Dunja llegó a Austria con unos tratantes de personas, quería dejar su patria de Moldavia para siempre. Allí no tenía perspectivas, ni siquiera sus estudios le ayudaron, no había trabajo para una traductora e intérprete. No tenía futuro, lo único que sabía hacer era hablar alemán. Se presentó la oportunidad de marchar a Austria o a Alemania. Le prometieron felicidad, trabajo en un bonito hotel, al principio como camarera, luego tal vez en la recepción. El sueldo no estaba mal, todo parecía perfecto, entró en el país sin problemas, todo lo que le habían prometido se había hecho realidad, el dinero invertido había valido la pena.

Su nuevo hogar estaba en Sölden, el hotel de diseño Annenhof era como un cuento de hadas. Un edificio independiente para los trabajadores, buena comida. A ella le daba igual no estar asegurada, que oficialmente no residiera en el país, que el dueño del hotel se ahorrara un buen dinero. Estaba contenta, todo habría podido seguir así, se había construido una vida nueva, incluso había hecho amigos. Otros trabajadores ilegales, los duendecillos del hotel, las manos laboriosas que trabajaban a escondidas, en la cocina, en la lavandería, en las habitaciones, nadie se los encontraba cara a cara, tenían prohibido salir. Ningún contacto con los habitantes del pueblo, les decían. El dueño del hotel no quería problemas, y Dunja se atuvo a eso. Paseos a primera hora de la mañana, o ya de noche. Cuando todos dormían, ella salía a caminar y respirar el aire de las montañas. Le gustaba. En cuanto ahorrara suficiente dinero quería ir a Alemania, a una gran ciudad. Berlín, tal vez, o Hamburgo, quería conseguir el permiso de residencia, quería una vida de verdad, durante un tiempo había creído en ello. En que el mundo era bueno, que fuera de Moldavia todavía quedaba algo diferente, algo que era mejor. Pero solo seguiría indemne una breve temporada, un par de meses más.

Hacía cinco años justos que había llegado a Austria. Mark quería saberlo todo desde el principio, no quería que Dunja se dejara nada. Le pidió que explicara y se ganó su confianza, así que ella habló. Mark no quería pasar nada por alto, quería cerciorarse de que todo encajaba, la escuchaba, interrumpía con alguna pregunta.

Constantemente ahuyentaba el miedo de ella, le aseguraba que no le sucedería nada, que estaba a salvo. Le daba su palabra. Y ella le contó su historia, que había empezado en una furgoneta. Eran nueve, hacinados en cuclillas bajo la superficie de carga, más de un día y medio de trayecto, sin beber, sin comer. No volvieron a ver la luz hasta llegar al Tirol. Mark quería saber cómo se llamaban los tratantes, quién era el contacto del hotel, quién la había recibido, qué había sido de los otros ocho. Mark insistía con delicadeza, no quería espantarla, actuaba con cuidado. Buscaba puntos de referencia, en algún lugar tenía que empezar a seguirles la pista a esos hombres. Algún detalle de lo que ella explicaba debía ayudarle a investigar. Todo era demasiado vago, a Dunja le faltaban respuestas para cantidad de preguntas. Había mucho de lo que ya no se acordaba, lo sucedido hacía cinco años quedaba demasiado lejos, entretanto la habían sometido a demasiado sufrimiento y dolor, le habían administrado demasiados estupefacientes. No había nada que condujera a un lugar concreto, a personas con quienes Mark pudiera hablar. Por mucho que él se esforzaba, Dunja no podía ayudarle más, no de la manera en que a él le habría gustado. Ella estaba sentada a su lado en el coche. Él seguía insistiendo con preguntas.

—Por favor, Dunja. Tienes que acordarte.

—Estaba convencida de que por fin había tenido suerte de verdad.

—Siento mucho todo lo que te pasó, Dunja.

—Mis padres prácticamente se mataron de hambre para que yo pudiera estudiar. Querían que tuviera mejor vida que ellos.

—Tu vida no ha acabado aún.

—Sí ha acabado. No puede suceder nada más. Nada que lo repare.

—¿Viven aún tus padres?

—No lo sé. Yo quería traérmelos, más adelante. De verdad creía que lo conseguiría. Se lo prometí.

—Encontraremos a esos hombres, Dunja. Recibirán un castigo por lo que hicieron. Y tú encontrarás una vida, yo me encargaré de ello. También volverás a ver a tus padres.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es lo que creo.

—Eso es muy poco. No deberías darme esperanzas.

—Sí, sí que debo. Quiero. Esto solo puede mejorar, Dunja. Pero tienes que contármelo todo, todo, ¿lo entiendes?, hasta el último detalle, todo lo que se te ocurra, todo lo que te resultara extraño por cualquier motivo en el hotel. La noche antes de que comenzara. Mientras no me des nada concreto no podré investigar oficialmente, todo lo que hago por el momento es durante mi tiempo libre. Oficialmente ni siquiera existes. Así que, Dunja, por favor, necesitamos algo, lo que sea.

—Esa noche jugábamos a las cartas. Ilena y yo. Todo era como siempre. El trabajo estaba listo, el edificio del personal era bonito. Incluso teníamos una pequeña piscina, para el hotelero era importante que estuviéramos contentos allí.

—¿Cómo era él?

—Bueno.

—¿Johannes Schönborn?

—Sí.

—Ahora está metido en política, el hotel ya no es suyo, lo vendió hace cuatro años.

—Entonces, ¿por qué vamos allí?

—Para que vuelvas a recordarlo todo.

—Allí no hay nada. ¿Cuántas veces más quieres que te lo diga?

Me quedé dormida y al despertar estaba en el sótano. Me quedé dormida en el hotel y ya no desperté allí. A Ilena y a Youn les pasó lo mismo.

—Los otros dos.

—Sí. Ilena vino conmigo en la furgoneta.

—En la furgoneta de Moldavia.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Está muerta.

—¿Muerta?

—Se desangró.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Tuvo un niño. Estábamos nosotros solos... Youn y yo intentamos ayudarle, pero no dejaba de sangrar.

—En el sótano.

—Murió en mis brazos. Youn tenía al niño.

—¿Dunja?

—Sí.

—¿Es la verdad?

—Sí.

—Por favor, tienes que decirme si todo eso es realmente cierto.

—¿Cuántas veces más?

—Me explicas que tu amiga dio a luz un niño y que después murió en tus brazos. En el sótano de un edificio donde estabais los tres encerrados.

—Sí.

—Te creo, pero sabes bien cómo suena eso.

—¿Por qué iba a inventarme algo así? ¿Por qué?

—¿Qué sucedió con el niño?

—Se lo llevaron.

—¿Adónde?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Qué pasó con Ilena?

—Se pusieron a insultar y a gritar sin parar, estaban fuera de sí. No les gustó nada que todo estuviera lleno de sangre. Que de repente estuviera muerta. El cazador nos drogó, luego se apagó la luz. No sé qué hicieron conmigo.

—¿El cazador?

—¿Cuántas veces más? Todo eso ya se lo conté a la Policía.

—Lo sé, leí las actas, pero quiero oírlo de tu boca. Una vez más, por favor. Para mí. Es importante, Dunja.

—Siempre era él quien nos disparaba dardos tranquilizantes. Nos perseguía, nosotros corríamos por el sótano y él nos disparaba. Como a animales. Eso le divertía.

—¿Qué le ocurrió a Youn?

—No lo sé. Sigue en el sótano. Seguramente también está muerto. No lo sé.

—¿Por qué no escapó contigo?

—Aún no se había despertado. Lo zarandeeé, intenté arrastrarlo, pero pesaba demasiado. Yo no podía esperar, tenía que salir, la puerta estaba abierta, ¿lo entiendes? Quería que viniera también, de verdad que lo intenté todo. No habían cerrado con llave, la puerta estaba abierta, tenía que irme, salir corriendo sin tiempo que perder.

—¿Qué viste?

—Nada.

—¿Qué viste cuando llegaste a la calle? ¿Se cruzó alguien contigo, había algún edificio del que te acuerdes, habló alguien contigo, pediste ayuda? ¿Qué hiciste? Tienes que recordarlo, por favor.

—Me fui corriendo, nada más.

—¿Adónde?

—Lejos. Muy lejos.

—Pero allí tuviste que ver algo, una señal con el nombre de la población, una montaña con una forma especial, un negocio, una fábrica, algo de lo que puedas acordarte.

—Ya he dicho que solo corrí, quería alejarme, no sé qué era aquello ni dónde estaba. En algún momento me encontré sentada en un camión.

—¿Intentaste parar un coche?

—No lo sé.

—¿Dónde fue eso, Dunja? ¿Dónde? Tenemos que encontrar a Youn. Algo tiene que venirte a la cabeza, un poste indicador, una valla publicitaria junto a la carretera, algo que me diga dónde estabas, dónde está ese maldito sótano.

—No.

—¿Había mucha gente? ¿Era un lugar en el campo?

—Allí solo estaba ese apestoso camionero.

—¿Quería ayudarte?

—No. Dijo que solo quería divertirse. Eso sí lo recuerdo.

—¿No vio que necesitabas ayuda?

—No lo sé.

—Pero tuvo que ver que te había ocurrido algo.

—Por eso me echó del camión.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé.

—¿Qué tipo de camión conducía?

—Ni idea.

—Algo, Dunja, por favor.

—No hay nada. Solo ese hombre contando chistes verdes. Yo estaba aturdida, no me encontraba del todo en este mundo, caía inconsciente a cada rato. Solo recuerdo la carretera. Y cómo se reía él. Yo estaba ausente. Había salido de ese sótano después de cinco años. Cinco años, ¿entiendes? Y de pronto otra mano encima, sobre mi muslo. El camionero. Grité. Muy fuerte, y no paré hasta que abrió la puerta. Me tiró del camión y listos.

—¿En el área de descanso donde te encontraron los agentes?

—No lo sé.

—Te trajeron a comisaría desde allí.

—Sí, puede.

—Me gustaría mucho saber dónde tengo que buscar ese sótano, Dunja.

—Era una sensación tan bonita...

—¿El qué?

—Estar por fin sola, allí tumbada. Sobre el asfalto en un aparcamiento perdido. Por fin era libre. Allí no estaba ninguno de ellos. Ninguno. Solo yo, ¿entiendes? Ya solo estaba yo.

Uma no quiere comer. Nela deja perdido el suelo de la cocina, se le cae agua, tira macarrones. Es mediodía, Blum las contempla. Las deja hacer. Blum sabe dos cosas. Primero: que tiene que ocuparse de las niñas, tiene que quererlas, darles todo lo que ella nunca tuvo. Segundo: que tiene que encontrar a Dunja. La mujer del móvil, la mujer con la que Mark se vio tantas veces antes de su muerte. Blum quiere mirarla a los ojos, ver si Mark tenía razón. Quiere ver lo que vio él.

En su segundo encuentro empezaron a tutearse. Él debió de pasar a recogerla, seguramente por el salón de té donde le daban comida. Se fueron en coche al hotel, siguieron hablando. Mark no aflojó, pero no obtuvo nada. Ninguna pista sobre cómo consiguieron los hombres secuestrarlos de sus camas. Dunja no tenía la menor idea. Cualquiera que se lo hubiera propuesto habría podido entrar en el edificio del personal, incluso un turista habría podido colarse sin ningún impedimento en las habitaciones del servicio. La puerta de entrada estaba siempre abierta, a nadie se le había ocurrido que pudiera suceder nada. Por eso precisamente sonaba tan poco verosímil, tan increíble. Que alguien los hubiera sedado y se los hubiera llevado de la casa. Tres adultos secuestrados de un hotel, así sin más, sin que nadie se diera cuenta. Hace cinco años. En plena noche, en Sölden. Un enclave turístico de invierno. La gente va de vacaciones, se pasea por las pistas y por las *boutiques*, los hoteles intentan superarse unos a otros. Allí se vende encanto tirolés, los restaurantes de madera sirven caviar y champán, en los bares *après-ski* se empina bien el codo. Y siempre de buen humor. Blum conoce el lugar, estuvo esquiando allí con Mark, bebieron tequila y bailaron canciones tontorronas. Sölden es igual que cualquier otra localidad turística del Tirol. Que a alguien se le ocurriera secuestrar a tres personas allí es algo que cualquiera pondría en duda. Mark no lo hizo. Blum tampoco lo hace.

¿Por qué se mete en el trabajo de él, por qué se interesa? No puede evitarlo, algo en su interior la obliga a hacerlo. Tiene que investigarlo, no puede quedarse de brazos cruzados, hacer como si no se hubiera enterado de nada. Allí fuera hay una mujer que tiene miedo. Una mujer a la que secuestraron y tuvieron encerrada durante cinco años. A la que violaron. A la que maltrataron. Lo que ha oído Blum no le permite dudar ni por un minuto de que ahora es tarea suya descubrir si todo eso es cierto. Si

Mark iba tras la pista de algo grande, de algo horrible. «¿Por qué iba a inventarme algo así?», había dicho Dunja. Blum quiere saberlo. Y quiere que Uma se coma de una vez los macarrones, quiere que Nela deje de restregarse el tomate por la cara. Quiere no seguir pensando en lo que ha oído. Que Ilena estaba embarazada. Que gritaba.

Ilena, Youn, Dunja. Y cinco hombres que siempre volvían para pasar un buen rato. Para hacerles daño. Blum no quiere seguir pensando en eso. Ni un segundo más, cuando tiene a las niñas sentadas ahí delante, inocentes, riendo. No pensar ni un segundo más en lo que ha oído. En esas conversaciones, las grabaciones, en las preguntas de Mark, en las respuestas de Dunja. No quiere, ni un instante más. Pero es que no desaparece, sigue ahí, se niega a borrarse, Blum no consigue pensar en ninguna otra cosa. En nada más. Ya solo existe esa larga historia. Desde Sölden hasta el área de descanso de una autopista cerca de la frontera con Italia. Todo lo que sucedió no desaparece, sigue ahí. Y está presente todo el día, la noche, los días siguientes, siempre. Dunja.

Blum ya no siente el dolor, esa sensación que la ha consumido por dentro durante tres semanas, ese anhelo de recuperarlo que casi la ha destrozado. Esa sensación ya no está presente, ya solo está Dunja. Y Mark. De algún modo es como si su marido hubiese vuelto a la vida, Blum comparte algo con él, ha descubierto algo de lo que no sabía nada. Algo que él le mantuvo en secreto. Mark, su marido, su amor, el padre de sus hijas. Sigue vivo. En las conversaciones que ella escucha mientras conduce por la ciudad, buscando. Dunja, una desconocida, una mujer sin rostro. Blum únicamente conoce su voz, no sabe qué aspecto tiene, solo que es de Moldavia. Blum sabe que habla muy bien alemán, que vive en la calle, en algún lugar bajo la autopista. Dunja. Una mujer sin apellidos que de repente lo ha transformado todo. La rutina de Blum, ya nada es como hace un par de días. Todo está en movimiento, todo se transforma.

Ni una palabra a nadie. Ha decidido callar por el momento, primero quiere hablar con ella. Después acudirá a Karl, o a Massimo, les pedirá ayuda. Si es verdad. Si realmente consigue encontrarla. Innsbruck no es grande, pero si uno se propone pasar desapercibido puede resultar complicado. Blum se prepara para buscar durante mucho tiempo, los empleados del salón de té y del comedor social del monasterio de los servitas no le pueden ayudar en nada. Nadie conoce a ninguna Dunja, ese nombre no les dice nada. Tampoco los indigentes con quienes habla Blum saben nada de ella. Ni siquiera con dinero consigue que le digan dónde buscar. Ni rastro de la mujer, ni una pista, nada. No le queda otra opción que peinar la ciudad, los parques, debajo de los puentes, debajo de la autopista. Hace horas que va en coche de aquí para allá, hace horas que pasea, que habla con personas de quienes espera recibir ayuda. Pero nada. Ninguna Dunja. Ninguna moldava que habla un alemán casi sin acento. Nada de ella. Nada durante tres días.

Y entonces, de pronto, ahí está. Una mujer esbelta con ropa vieja. Para Blum solo es una mujer entre muchas otras. Resulta demasiado guapa, brilla demasiado para ser una indigente. Blum y Dunja. En el supermercado, Dunja lleva una bolsa con botellas retornables, quiere cambiarlas pero la máquina no funciona. La dependienta llega y le quita las botellas, las ordena en diferentes cajas y le extiende un tique a mano. Todo sigue sin cambios aún, Blum está buscando, Blum está a punto de darse por vencida,

ha registrado hasta el último rincón de la ciudad, ha mirado en todos los agujeros en los que podría esconderse alguien. Dunja no estaba allí. Dunja había desaparecido. Y de pronto la tiene al lado.

Dunja toma el tique que le entrega la dependienta, Blum deja en el carro los fideos de arroz que acaba de alcanzar del estante y sigue su camino. No ve cómo Dunja sacude la cabeza y abre la boca, solo oye cómo la desconocida le pide a la dependienta que vuelva a hacer los cálculos. Que faltan cincuenta céntimos, dice. La dependienta quiere marcharse, no quiere volver a calcular, está convencida de que todo es correcto. Aun así, esa voz familiar no deja de reclamar los cincuenta céntimos. Blum se vuelve. Que por cincuenta céntimos haga el favor de no montarle un espectáculo, le dice la dependienta. Pero Dunja insiste. Pide educadamente sus cincuenta céntimos. Una voz alta y segura que consigue que la mujer rectifique la cantidad en el ticket de las botellas. Una voz alta y clara que está ahí, la voz que Blum busca desde hace tres días.

Su rostro, su cuerpo, sus ojos. Blum observa a Dunja. La había imaginado diferente. Más maltratada, herida. Después de todo lo que ha oído, esa mujer debería estar aplastada en el suelo, no debería quedar nada de ella, ni un rasgo hermoso en su cara, ni una chispa de esperanza. Su rostro, sin embargo, no delata nada de lo sucedido, Blum duda un instante si de verdad es la misma voz. Solo un instante. Porque después está segura, es ella, Dunja. Blum lo sabe, no vacila, la sigue. Cómo recorre el supermercado directa hacia la caja, cómo le tiende a la cajera el ticket de las botellas, recoge su dinero y se marcha. Blum va tras ella, ha dejado su carro de la compra abandonado, no debe perderla, tiene que hablar con esa mujer, seguirla.

Blum camina, no tiene tiempo para reflexionar, Dunja va deprisa, cruza el aparcamiento y aprieta el paso hacia la orilla del Eno. Recorren el paseo a buen ritmo, Blum pisándole los talones, ahora tiene que hacerlo todo bien, hablará con ella. No podía suceder en ningún lugar mejor, allí apenas hay gente. Un momento más para respirar, para pensar. Todo sucede tan deprisa... Blum estaba a punto de rendirse y de pronto ha alcanzado su meta. Le dirá algo a Dunja al llegar al puente peatonal. Hasta entonces todavía le queda tiempo para contener las imágenes que nacen súbitamente en su interior. Los celos la consumen de pronto. Los siente por todas partes, su corazón vuelve a gritar, el dolor ha vuelto a aparecer. Todo duele. La idea de que él estuvo con otra mujer. De que tal vez se había enamorado de ella. Mark y Dunja, que recorrían el paseo uno al lado del otro. Que se sentaban en un banco y hablaban con confianza. Cómo se abría ella a él y se lo confesaba todo, cómo desplegabla su fuero

interno ante Mark. Desnuda ante él. Blum cree verlo. Cómo la rodeaba él con un brazo. A la guapa desconocida. Su comprensión, su bondad, su instinto de salvarla. Esa idea duele, los posibles escenarios que se imagina a cada paso. Blum ya no quiere hablar con esa mujer, Blum quiere que desaparezca. Que se marche. Que siga andando. Blum se detiene. Y cierra los ojos.

No ver nada, no sentir nada. No saber si es capaz, esa nueva vida, todo, Dunja. ¿Por qué no ha podido regalar el móvil y punto? ¿Por qué ha tenido que escucharlo todo? ¿Por qué tiene que ser tan guapa esa mujer? ¿Por qué no puede hablar con ella y prescindir de todo lo demás? ¿Por qué le da miedo que él la haya engañado? ¿Por qué? ¿Y si Mark tocó a Dunja? O la besó. La asió con sus manos al verla presa de la desesperación, la acarició. ¿Y si Dunja le dijo que sí, y si lo aceptó todo? Todo lo que él le ofrecía. Igual que ella misma hace ocho años. Dunja vivió un horror, y en la voz de él había algo más que compasión. Mucho más. Y a Blum eso le da miedo. Le da miedo abrir los ojos y mirar, correr tras ella, averiguarlo. Mucho miedo. Aun así, lo hace. Sus ojos se abren y echa a correr. «¡Dunja!», grita.

—Por favor, espera. Dunja, por favor, solo quiero hablar contigo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Por Mark.

—Vete.

—Soy su mujer.

—Tienes que irte.

—Espera un momento, vamos a hablar, por favor, solo un rato.

—Ya he hablado suficiente.

—Lo sé.

—Tú no sabes nada.

—Lo sé todo. Lo he escuchado todo.

—Ese cerdo...

—¿Por qué dices eso?

—¿Os lo pasáis bien? ¿Escuchando esas cosas? ¿Coméis palomitas mientras tanto? ¿Os gusta?

—No.

—Me dijo que nadie lo oiría, jamás.

—No se lo ha dejado escuchar a nadie.

—Pero tú estás aquí, ¿o no?

—Ha sido casualidad, quería borrar los archivos de su móvil. Y me topé con esas conversaciones, vuestros encuentros.

—Quiero que te vayas y que no vuelvas a molestarme.

—Soy Blum.  
—Y yo Dunja. Y, ahora, lárgate.  
—Mark se lo tomaba muy en serio. Todo lo que te ocurrió.  
—No quiero que conozcas mi historia.  
—Ya es demasiado tarde.  
—Tienes que largarte.  
—Él te creía. Y le gustabas. Eso se oye.  
—No ha servido de nada.  
—Él lo habría hecho todo por ti, Dunja. Créeme.  
—Justo. Primero me exprime como un limón y luego de repente desaparece. No es diferente a los demás.  
—Sí era diferente.  
—Entonces, ¿por qué no ha vuelto?  
—Habría venido otra vez, puedes creerme.  
—Me dijo que se ocuparía de todo. Que me ayudaría. ¿Por qué no se ha encargado de que todo vuelva a estar bien? Dímelo. ¿Por qué?  
—Porque está muerto.  
—¿Qué has dicho?  
—Murió hace cuatro semanas.  
—¿Cómo?  
—Fue un accidente.  
—No, por favor.  
—Sí. Cada día y cada minuto. Sí. Está muerto. No volverá. Jamás. Estamos solas, ¿lo entiendes?  
—¿Cómo murió? ¿Cómo sucedió?  
—Lo atropellaron.  
—¿Y el conductor? ¿Qué le ha pasado al conductor?  
—Se dio a la fuga. No hay rastro de él. Está desaparecido.  
—No, por favor.  
—Sí. Murió en el acto.  
—Debo marcharme.  
—Tenemos que hablar.  
—No. Es mejor que me evites. Es mejor que te mantengas alejada de mí.  
—¿Por qué?  
—De verdad que pensé que todo acabaría bien. Créeme, yo no quería esto.  
—¿El qué?  
—Que muriera.  
—Fue un accidente.  
—No, no lo fue.

Sentados a la mesa de la cocina. Blum ha preparado cena para todos, Reza, Karl, las niñas. Y Dunja. Se ha traído a la mujer a casa, la ha arrastrado hasta el aparcamiento y la ha sentado en su coche. Blum no ha admitido un no por respuesta, simplemente ha dejado a un lado los reparos de Dunja. No quería correr el riesgo de perderla de vista. Blum quería saber qué significaba eso de que no había sido un accidente. Que él no había muerto porque sí. Le ha gritado, le ha suplicado a Dunja que le dijera lo que sabía. Pero Dunja callaba. Solo sacudía la cabeza, no hacía más que disculparse. Quería echar a correr, pero Blum se lo ha impedido. En coche hasta la villa, sentadas una junto a otra. Sin palabras, temerosas. Dunja no quería perjudicar a nadie más. «Lo siento mucho», ha dicho.

Dunja. Una joven indigente. El jardín, la villa, parecía sorprendida de encontrarse en una funeraria. Les ha dado la mano a Reza y a Karl con timidez, no se apartaba del lado de Blum, estaba junto a ella en la cocina, se sentía insegura, desbordada por tanta hospitalidad. Allí nadie la conocía, nadie sabía quién era y, aun así, le sonreían. Blum y Karl. Él ha abierto el vino, no ha oído cómo susurraba Dunja. Quería saber por qué Blum había hecho eso, por qué la había llevado allí, por qué no había cerrado los ojos y ya está. Igual que los demás. «¿Por qué no?», ha preguntado.

Blum ardía por dentro, pero ha intentado sonreír. Se ha limitado a mirar a Dunja sin decir nada. Quería la verdad, no quería ni un segundo más de dudas. Quería saber qué le había ocurrido a Mark, conseguir que Dunja se quedara. Ha echado la pasta en el agua sin palabras. Dunja no ha podido oír nada, nada de lo que sucedía dentro de Blum. Dudas, ira, odio. Blum gritaba sin sonido pidiendo la verdad. «Si mientes, deja de mentir. Si dices la verdad, lárgate de aquí, déjanos en paz, no nos pongas en peligro. Quiero que hables de una vez, Dunja. Abre la boca de una vez por todas, que quiero ver lo que hay ahí dentro. Después volveré a lanzarte al mar, Dunja. Solo quiero saber si es posible. Lo que explicas. O si estás loca. Porque todo eso no puede ser cierto, ni en mil años. Nadie, jamás, te haría algo así. Esas atrocidades no existen. Dime que solo utilizaste a Mark porque estabas sola, Dunja, porque necesitabas a alguien que te escuchara, que te abrazara. Dímelo. Todo lo demás es una locura. No hay persona que pudiera soportarlo. Dime que nada de eso es verdad. Por favor».

Dunja. Blum la ha mirado con su sonrisa forzada. Una sonrisa que dolía, una sonrisa que debía conseguir que esa mujer abriera por fin la boca. Ha sonreído mientras la pasta hervía, varios minutos sin palabras, solo sus miradas, que se cruzaban, que se evitaban mientras Blum troceaba la cebolla. Quería llorar, gritar, soltarse, quería borrarlo todo, a Dunja, el día, la vida. Borrarlo y ya está, mientras troceaba los tomates. Solo quería fingir durante un rato que todo iba bien, que nada de todo aquello había sucedido. Únicamente sonreír, elevar las comisuras de la boca, cerrar los labios con fuerza para que nadie viera lo que sucedía por dentro. Cómo ardía, cómo se atropellaban las ideas. Porque esa posibilidad era espantosa. Todo lo que había oído que había soportado esa mujer.

Y ahora, comida italiana. Casi es como si Dunja se hubiera sentado siempre con ellos a la gran mesa de la cocina. Aunque a Blum nada le habría gustado más, no hablan de Mark, tampoco de la funeraria, ni una palabra sobre los muertos. Solo hablan del tiempo y del otoño que se avecina, del jardín, que Karl y Reza quieren preparar para el invierno durante los próximos días. Y de las niñas. Uma y Nela sienten curiosidad, quieren conocer a la extraña. Le han enseñado toda la casa y le han cedido voluntariamente su cuarto. Han llevado a Dunja de la mano por todas las habitaciones, la nueva amiga de su madre, una vieja conocida de su padre. No parece molestarles que sea tan lacónica, tampoco a los demás. Comen y beben, una gran familia compartiendo la mesa. Espaguetis, ensalada y vino. Mucho vino. Después de que Blum haya acostado a los monstruitos abren otra botella, casi resulta una velada agradable, es la primera vez desde la muerte de Mark que se sientan todos juntos. Karl, Reza, casi como antes, cordiales, casi relajados. El vino ahuyenta la oscuridad por un momento, Karl incluso cuenta chistes. Hasta que se le cierran los ojos y se queda dormido allí sentado. Reza se despide y se lleva al viejo arriba.

Hace dos minutos que están solas. Blum y Dunja a la mesa de la cocina. Ante ellas, dos copas de vino llenas. En otra vida ahora el día terminaría, pero para ellas sigue. Aún les quedan horas por delante si así ha de ser. Blum tiene tantas preguntas, grita por conseguir tantas respuestas, todo lo que Dunja le ha dicho esta tarde llena la sala. Desde que vuelven a estar las dos solas, a Blum le da miedo. La pregunta de qué quería insinuar Dunja. Con eso de que no había sido un accidente. Sino un asesinato. Antes aún de enterarse de que había sido víctima de un atropello, Dunja ya lo sabía. Que el Rover no había salido casualmente de la nada. Parecía convencida de que había sido intencionado, de que lo habían matado. Ejecutado, la más preciosa posesión de Blum.

Medianoche a la mesa de la cocina. Dunja lo expresa de nuevo. Está convencida de que alguien esperaba a Mark. Esperaba a que saliera de la villa con la moto. Uno de los cinco hombres, uno de ellos, que aceleró y lo atropelló sin titubear. Se lo quitó de en medio. Dunja lo sabe, lo intuye, no cree en las casualidades. «Lo han asesinado», dice. Blum se lo plantea por primera vez. Que podría ser cierto. Que ahí hay algo más. Mucho más.

—Por favor, Dunja.

—¿Qué?

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque conozco a esos hombres. No quieren que los encuentren, serían capaces de cualquier cosa con tal de evitarlo. Por lo que han hecho los encerrarían en la cárcel de por vida.

—Hablas de un asesinato.

—Sí.

—Mark no le hizo nada a nadie.

—Sacudió un nido de avispas. En nuestro último encuentro me dijo que tal vez había logrado dar con uno de ellos. El fotógrafo.

—¿Que hizo qué?

—No sé más. Solo me dijo que no me preocupara.

—Venga ya. Eso no está en las grabaciones, no dice ni una palabra de eso. No puede ser.

—Sí.

—Te digo que no.

—Ya había apagado el teléfono, no quería que nadie lo oyera. Nadie, ¿entiendes? Fue lo último que me dijo. Luego se marchó y no volvió más. Lo he odiado por eso.

—Pero llevaban puestas máscaras, ¿verdad? Todos. ¿Siempre? Nunca los visteis, en todos esos años.

—No. Solo las máscaras. Nunca les vimos la cara.

—Entonces, ¿cómo pudo descubrir quién era? ¿Cómo pudo encontrar a ese fotógrafo? ¿Cómo?

—No lo sé.

—Hay cientos de fotógrafos en el Tirol. Y nadie dice que tenga que ser tirolés precisamente. No sabemos dónde está ese sótano, también pudiste estar en Baviera, o en Italia. Te encontraron a solo cinco kilómetros de la frontera italiana.

—Lo siento muchísimo. Solo puedo decirte lo que ya le dije a él.

—Pues ahora tendrás que volver a explicármelo todo a mí.

—Mi historia lo destrozó, y también te destrozará a ti.

—No, no será así.

—Tengo miedo.

—Explícamelo. Todo acerca del fotógrafo, hasta el más mínimo detalle, todo lo que te venga a la mente.

—Pero si ya lo sabes todo. El teléfono, todo está en el teléfono.

—Por favor, Dunja.

—No, por favor.

—Sí, Dunja. Por Mark.

**B**lum da gas. Otra vez. Se ha puesto un casco, se ha comprado un traje de cuero. Tiene hijas. No deja de recordarse que no quiere morir, quiere vivir, tiene que ir con cuidado, por Uma y por Nela. De ahí el casco, de ahí el cuero. Aun así, da gas. A toda velocidad por la autopista, por el puente que conduce al valle de Ötz. Muchas curvas que suben, muchas curvas para pensar, solo veinte minutos más hasta llegar al pueblo en el que tal vez encuentre respuestas. Todo lo que Dunja le ha contado arrancó allí. En ese hotel, hace cinco años, en el edificio del personal. Alguien sabrá algo, alguien debió de echarlos en falta. Blum hablará con todo el mundo, no dejará de buscar hasta que encuentre algo. Algo que le diga dónde tiene que buscar a ese fotógrafo. Algo que le diga que no son solo desvaríos.

Blum va al doble de la velocidad permitida. Atraviesa la pequeña aldea tirolesa de Ötz como una exhalación, no hace caso de las cabezas que se sacuden junto a la carretera, deja el pueblo atrás en un suspiro, tiene que seguir, tiene que llegar a Sölden, enseguida. Mark averiguó algo, Blum lo sabe. Sabe que Dunja está en lo cierto, no hay ninguna duda, ni la más mínima. Pasa de largo las cruces de los humilladeros, sube serpenteando, todo lo que le ha sucedido a Dunja aguarda ante ella, Blum lo presiente. Le impresiona mucho el miedo enorme que siente esa mujer herida. Miedo a que aquello regrese, a que no termine, a no escapar una segunda vez. Miedo a que esos hombres maten a cualquiera que revuelva en la mierda, a que acaben con absolutamente todo. Dunja está segura. Lo que ha vivido no da pie a imaginar ningún otro final. Cuántas veces no lo ha repetido. Que era terrorífico. Que no puede haber nada más horrible en el mundo. Un cuento espantoso que da miedo, una película escalofriante en la que Dunja interpreta a la protagonista, una película que Blum tiene que ver. Una película de terror sobre cinco hombres, sobre ese fotógrafo. Y muchos detalles que se calló durante las conversaciones con Mark, cosas espantosas que la han hecho llorar, que la han obligado a buscar refugio en los brazos de Blum. Casi toda la noche se ha pasado Blum intentando quitarle ese miedo, le ha acariciado el pelo y la ha escuchado. La voz de Dunja. Sus heridas. Grietas profundas por todas partes. E incontables lágrimas, hasta que se ha quedado dormida en su regazo. Dunja. «Gracias», ha dicho aún antes de dormirse. Gracias. Y entonces Blum se ha quedado a solas con ellos.

Cinco hombres. El fotógrafo, el sacerdote, el cazador, el cocinero y el payaso. Dunja se los ha descrito, a todos. Lo que les hacía cada uno, ha intentado recordarlo bien, quería ayudar a Blum. Le ha explicado todo sobre los retratos del fotógrafo. Lo entusiasmado que estaba, la pasión con que hablaba sobre ello, sobre sus trabajos, su proyecto. Eran obras de arte, fotografías con las que quería hacerse famoso, imágenes únicas, composiciones sobre el dolor. Cómo se deshacía en elogios para con los demás, cómo se alababa a sí mismo y seguía siempre fotografiando como un poseso. El rostro de Youn mientras el sacerdote lo partía por detrás. Los gritos de Youn, su boca abierta, la desesperación. E Ilena, su mirada perdida porque nada le dolía ya. Solo quedaba el vacío, poco importaba la fuerza con que la apalearan, cuántas veces la penetraran, cuántas veces le golpeará el payaso y le clavara los puños en el vientre. Solo esos ojos vacíos, entumecidos. Cómo se entusiasmaba. El fotógrafo, que se extendía durante minutos sobre lo únicos que eran esos momentos, esas imágenes. Lo auténticos y crudos, lo extraordinariamente verdaderos que eran. Ataba bien a Dunja a la mesa y la violaba. La fotografiaba. Si volvía la cabeza hacia un lado, le daba un puñetazo.

—¿Seguía fotografiando mientras te hacía todo eso?

—Sí.

—¿Estabas desnuda?

—Solo fotografiaba caras.

—¿Solo las caras?

—Se sentía orgulloso de ello. De ese concepto. Con él quería obtener un gran éxito.

—¿Solo las caras?

—Sí. Daba igual si estábamos desnudos o no.

—¿No era pornografía?

—No. Solo el dolor.

—Qué hijo de puta.

—Sí.

—¿Y los demás colaboraban? ¿Les parecía bien? ¿Nadie decía nada?

—No. A todos les gustaba. Que alguien inmortalizara lo que hacían con nosotros.

Que pudiera verse en nuestras caras. Todo.

—¿Qué edad tiene?

—No llegará a los cuarenta.

—¿Su voz?

—Suave. Simpática. Pero solo la voz. Nada más.

—¿Qué os decía?

—Miles de cosas.

—¿Como qué?

—Que me fotografiaría cuando yo muriera.

—¿A qué se refería exactamente?

—Justo a lo que decía.

—¿Quería matarte?

—Decía que me follaría por el culo sin parar hasta que muriera. Y que entonces haría una foto. De mis labios. Mis labios le parecían preciosos. Quería fotografiarlos cuando estuviera muerta. Después de haberme matado follándome. Cuando ya nada más se moviera. Cuando todo quedara inmóvil. Cuando mis labios estuvieran quietos.

—Estás aquí, Dunja.

—Ya no queda nada de mí.

—Siento muchísimo todo eso. Me alegro tanto de que pudieras escapar, de que estés aquí...

—Por mi culpa tú ahora estás sola.

—No. Por tu culpa no.

—Sí.

—Lo mataron ellos, no tú.

—¿Por fin me crees?

—Sí. Y cuidaré de ti, Dunja.

—Tengo miedo.

—Ya lo sé.

—¿Puedes abrazarme?

Blum la estrechó entre sus brazos. No había nadie en el mundo que necesitara en ese momento sus brazos más que Dunja. Nadie estaba más desamparado, más herido, nadie tenía más lágrimas que ella. De pronto ya no había lugar para su propio duelo, ya solo estaba esa mujer. Dunja en su regazo, Dunja desgarrada y despedazada. Heridas, por todas partes heridas, con qué violencia gritaban en la cocina de Blum. Todo el cuerpo de Dunja temblaba, todas sus palabras contenían miedo, todos sus recuerdos dolían. Blum la estrechaba con fuerza, Dunja gimoteaba. Después se quedó dormida sin dejar de temblar. Anoche, una desconocida en sus brazos.

Blum sobre la moto, tiene que encontrar a ese hombre. Al fotógrafo. Es uno de los cinco culpables de la muerte de Mark. Él es la llave con la que se abre la puerta. Mark hizo rodar una piedra, una piedra que acabó arrollándolo. Que no fue un accidente, ha dicho Dunja. El Rover no fue un accidente, alguien es responsable de ello, alguien dio la orden de disparar. Mark debía morir, había localizado al hombre de la cámara, al hombre que había disparado miles de veces. Que fotografiaba, que disfrutaba, que durante cinco años retrató el horror. Sus gritos, su desesperación,

inmortalizados en papel para la posteridad. En algún lugar están ocultas las pruebas del delito, siguen ocultas en algún sitio, unas pruebas que Dunja no tiene. Nadie la ha creído, solo Mark. Ahora también Blum. El horror la impulsa. Poco importa lo mucho que acelere, el dolor la acompaña.

A ciento sesenta kilómetros por hora en una carretera de montaña. No siente miedo, ni un segundo. Solo ira. Ni miedo a la muerte ni miedo a esos hombres, solo odio y la carretera bajo ella, los neumáticos y todo lo que tiene por delante, lo que vendrá a continuación. Sölden. Lo que ha quedado atrás, Mark. Todo lo que le hicieron a Dunja, esa violencia, esa impotencia. Blum los encontrará, Blum descubrirá quién iba al volante del Rover. No parará de preguntar, morderá y ya no soltará su presa.

Blum entra en Sölden. Por todas partes hay hoteles cerrados, calles vacías. Donde en invierno se arremolinan muchedumbres ahora todo está tranquilo, el pueblo es como muchos otros enclaves turísticos del Tirol, pensados para la estación invernal. Por mucho que intenten fomentar el turismo de verano, los clientes no aparecen. La mayoría de los hoteleros prefieren cerrar a cocinar solo para un puñado de huéspedes. Sölden, centro turístico por excelencia, meca de esquiadores, destino también de rusos ricos desde hace unos años. Ahora, sin embargo, no hay ni rastro de ellos, no hay trajes de esquí dorados ni propinas de tres dígitos ni carpas con bares llenos de música y borrachos. Nada de eso, solo hierba en las pistas. Aberraciones arquitectónicas vacías, feas, abandonadas allá donde se mire, y el paisaje, oculto en algún lugar tras ellas. El glaciar está allí, como siempre, muy al fondo del valle. Solo una montaña, piensa Blum. Solo una montaña, y sigue recorriendo el pueblo a velocidad de a pie. Bares cerrados, carteles que indican el camino hacia los hoteles: el Alpenblick, el Edelweiss, el Bergblick, el Alpenrose, el Felseneck, el Zirbenhof, el Lerchenhof, el Rosenhof. Y luego el Annenhof. Detrás del aparcamiento del remonte. Qué desierto está todo, qué triste. La idea de vivir ahí, ese continuo esperar el invierno, esa vida que solo transcurre a medias, las tiendas cerradas, un pueblo dormido. Los dos paseantes con los que se cruza Blum parecen perdidos, el cielo gris hace que la estampa sea más deprimente todavía. Dos ancianos atraviesan un aparcamiento vacío en verano. Cómo suben los escalones. Hacia el Annenhof, uno de los pocos hoteles que están abiertos. El hotel en el que empezó todo. Blum aparca la moto.

Cruza el vestíbulo y entra en el bar. Primero el camarero. Hablará con él mientras se toma una cerveza, con calma, sin ceremonias, puede que incluso coquetee con él. Lo que haga falta. Blum no saldrá del hotel hasta que no sepa algo más. Algo aparte de

que el dueño vendió el negocio. Blum quiere rumores, cotilleos, quiere colarse entre bastidores. Solo así se descubren cosas. Eso decía Mark siempre. Se sienta con una sonrisa y pide. Está sola en el bar. Casi tiene la sensación de que está sola en el hotel. El camarero saca brillo a los vasos, no tiene nada que hacer, solo hablar del pasado con Blum.

—Una cerveza, por favor.

—¿Grande?

—Desde luego.

—¿Viene de lejos?

—Solo he salido a dar una vuelta.

—Esto es bonito, ¿a que sí?

—¿Tú crees?

—¿Usted no?

—No.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—¿Por qué estás tú aquí? Por tu acento pareces de la Alemania oriental, y eso no queda precisamente aquí al lado.

—Aquí hay trabajo. Y tengo ocasión de servir a damas tan encantadoras como usted.

—Gracias.

—No hay de qué. La cerveza también es de la Alemania oriental, por cierto.

—¿Y eso?

—El jefe es de allí.

—¿En serio?

—¿Le parece mal?

—Pues sí, la verdad.

—¿Por qué?

—Antes, aquí los alemanes eran los clientes.

—Y lo siguen siendo.

—Pero ahora les sirven otros alemanes.

—¿Y qué?

—No me malinterpretes, por favor, me parece bien que hayas encontrado trabajo, que estés aquí. Solo me extraña que ya no queden tiroleses dispuestos a aceptar estos empleos.

—Hace ya tiempo que eso es así.

—¿De verdad?

—Aquí trabajaban rumanos. Montones de personas del bloque del Este, hace tiempo que es extraño encontrar tiroleses aquí.

—¿Personas del bloque del Este?

—Sí.

—¿Legales?

—No.

—¿Trabajadores clandestinos?

—Seguramente por eso, entre otras cosas, cerró el hotel.

—¿Es lo que pasó?

—Ni idea. Qué sabe un alemán oriental como yo... En esa época no estaba aquí.

—Los alemanes orientales son buena gente.

—Eso solo lo dice ahora, para que no crea que es xenófoba.

—Cierto.

—Es usted graciosa.

—¿Te lo parezco?

—Además de muy guapa.

—Estás coqueteando con una clienta.

—¿Qué más me queda por hacer? Por favor, sea usted benévola con el pobre alemán oriental.

—Está bien.

—Gracias. También por esa bonita sonrisa.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Tres años.

—Entonces, ¿no trabajaste para el antiguo jefe?

—No, ninguno de los que estamos ahora en la casa. Sustituyeron a todo el personal. Seguramente querían pasar página.

—Lástima. Quería hablar con alguien que trabajara aquí hace cinco años.

—¿Por qué?

—Por entonces me enamoré de un camarero. Me di cuenta de ello demasiado tarde, y ahora no sé dónde encontrarlo.

—Qué romántico.

—Sí, lo es. ¿Podrías ayudarme en mi búsqueda? ¿Quién podría estar enterado de algo? ¿Algún habitante del pueblo trabajó aquí? Debe de quedar alguien que conociera a los de aquella época.

—Por lo visto vaciaron el hotel de la noche a la mañana, tres cuartas partes del personal ni siquiera fue informado, el antiguo jefe no se tomaba esas cosas muy en serio.

—Pues ahora es ministro de nuestro estado federado.

—Eso he oído. Seguramente saltó del tren a tiempo. Un inversor de la Alemania oriental aprovechó la oportunidad, el trato se hizo a toda pastilla. Creo que ese Schönborn tenía las manos tan sucias que ya no podía continuar. Corría peligro de acabar entre rejas, por lo visto. Así que decidió tirar del freno de emergencia.

—¿O sea que eso es lo que cuentan aquí en el pueblo?

—Exacto.

—¿Y qué más?

—Nada por lo que yo estuviera dispuesto a poner una mano en el fuego. Solo disparates. Rumores que difunde el antiguo portero. No puede ver a Schönborn ni en pintura, por eso siempre lo pone de vuelta y media. Además, el buen hombre bebe bastante, así que en realidad nadie le hace demasiado caso. No dice más que tonterías, y por eso yo prefiero callarme y ceñirme a los hechos.

—¿Qué cuenta ese hombre?

—Ni idea, tendrá que preguntárselo usted misma. Pero cuidado, que no está muy bien de la cabeza.

—¿Eso dicen de él?

—Antes venía a menudo por aquí, yo mismo lo he visto. Menudos gritos soltaba por todo el bar... Responsabilizaba a Schönborn de que su vida se hubiera ido al garete. Si hay que creer lo que dice, él mismo dirigía el hotel. El pobre es un poco megalómano.

—Me gustaría hablar con él.

—Tal vez debería dejarlo correr. Aunque en algún momento supiera adónde fue a parar su amigo, seguro que a estas alturas ya lo habrá olvidado.

—Pero merece la pena intentarlo, ¿no?

—No, si eso significa que va a dejarme aquí solo.

—Lo siento mucho, cielo.

—Es usted terrible, ahora no puede plantarme así.

—Pues sí, no tengo más remedio.

Blum sonrío y se levanta. Le pregunta dónde puede encontrar al hombre, luego se va. Rodea el hotel, se acerca al edificio del personal y echa un buen vistazo. Imagina cómo metieron a tres personas en un vehículo, en plena noche, sin que nadie lo viera. Un secuestro en el paraíso. Del cielo al infierno. Y Blum quiere descubrir dónde se encuentra ese infierno. Sube a la moto y arranca.

Una habitación de la primera planta. Todo es cutre, le ha costado localizar la entrada, el edificio está rodeado de montañas de basura, Blum sube unos escalones exteriores podridos y llama a la puerta. Se ve luz, el hombre está dentro, ella lo oye, pero aun así tarda un rato en abrir. Blum no tiene nada que perder, siente curiosidad, quiere saber qué es lo que cuenta ese tipo. Cualquiera cosa es mejor que dar media vuelta y regresar. Las manos arrugadas del viejo, aguardiente, caras diabólicas por todas partes.

Se llama Sebastian Hackspiel. Blum toma asiento frente a él en un sofá raído y lleno de agujeros. Se ha abierto camino por el salón, se ha obligado a controlar las náuseas, a sentarse ahí tal como él le ha ofrecido. «Llámame Hackspiel». No le ha preguntado demasiado qué quiere de él, solo ha abierto la puerta y ella lo ha seguido por el pasillo hasta la sala del fondo. Blum ha visto muchas cosas a causa de su profesión, ha estado en cientos de casas para ir a recoger a difuntos, un sinfín de veces ha entrado en habitaciones privadas sin previo aviso, un sinfín de veces ha visto la vida de otras personas sin maquillar. Sin embargo, el espectáculo que ofrece Sebastian Hackspiel constituye una categoría aparte. Esa casa, esa habitación, las máscaras de las paredes, el hombrecillo nudoso con la navaja de tallar en la mano. Por todas partes hay virutas de madera, crisoles con tintes, pinceles, cuchillos, madera, colillas. Y botellas. Cerveza y aguardiente. «¿Quieres un trago?», le pregunta. Blum sonríe y dice que sí. Sin pensarlo, vacía el vaso y lo mira mientras el hombre vuelve a llenárselo.

—¿Vienes por un demonio?

—No.

—Pues mala suerte, muchacha, solo tallo demonios.

—Quiero hablar con usted del Annenhof.

—Un buen demonio es lo único auténtico. Unas fauces bien abiertas, una lengua como debe ser y cuernos como corresponde. Vamos, lo que es un buen demonio.

—Sus trabajos me parecen bonitos.

—No son trabajos, son demonios.

—Me gustan sus demonios.

—Tutéame.

—Me gustan tus demonios.

—Son buenos demonios. De artesanía, ¿sabes? Pongo todo mi amor en ellos. Cada demonio lleva todo mi corazón.

—Eso se ve.

—Buena chica.

—Salud.

—Quieres hablar del Annenhof. ¿Por qué?

—Porque mi marido ha muerto.

—¿Y el Annenhof ha tenido la culpa?

—En cierto sentido, sí.

—Lo siento. Lo de tu marido. Que esté muerto.

—Ya.

—¿Qué quieres saber, muchacha?

—Todo. Lo que sucedía en tu época, antes de que cambiara de manos. Trabajadores clandestinos y sin papeles.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Me lo ha contado una antigua empleada.

—¿Quién?

—Dunja. Una chica de Moldavia.

—No la conozco. Eran tantos... Todo el edificio del personal estaba lleno de esos extranjeros.

—Tal vez sí la recuerdes. Es guapa, pelo negro, ojos oscuros, un metro sesenta de altura aproximadamente, y compartía habitación con otra chica que se llamaba Ilena. También de Moldavia.

—No me aprendía los nombres, muchacha. Tenía otras cosas que hacer, tenía que ocuparme de la casa.

—Pero ¿sabías que eran ilegales?

—Claro.

—Y no decías nada.

—Schönborn nos pagaba muy bien para que estuviéramos callados.

—¿Os pagaba?

—A quienes lo sabíamos. Aun así, le resultaba muchísimo más barato que si todos los duendecillos del hotel hubieran estado dados de alta. Trabajaban por un mendrugo, estaban contentos de poder vivir aquí, en nuestro hermoso Tirol. Eran callados y fuertes y se escondían en el edificio del personal.

—¿Lo denunciaste? A Schönborn. ¿Por qué?

—Porque se desentendió de mí y me tiró como si fuera una colilla, se cagó en mí y se quedó a gusto, le vendió el chiringuito a un alemán y desapareció del mapa.

—¿Qué habría tenido que hacer por ti, según tú?

—Yo siempre tuve la boca cerrada, acudí siempre que me necesitó, hice de todo

por ese mierda. Y luego va el muy cabrón y me pone un billete de quinientos euros en la mano y me dice que adiós.

—¿Era poco?

—Era un chiste, una desfachatez, una humillación. Yo siempre le guardé las espaldas, sin mí no habría funcionado nada en ese negocio.

—¿Eras el buen tipo del Annenhof?

—Sí.

—Ayudabas a Schönborn con sus chanchullos.

—¿Y qué?

—¿Por qué?

—Por dinero. Mira a tu alrededor.

—¿Y los ilegales?

—A todos les iba bien, cien veces mejor que en el lugar del que procedían. Incluso tenían su propia piscina.

—Ya lo sé.

—Pues eso.

—¿Hackspiel?

—¿Qué?

—Ponme otro aguardiente.

—Como quieras, muchacha.

—No he venido aquí para reprocharte nada.

—Pues tanto mejor.

—He venido porque tengo que saber más sobre ese hotel, como sea.

—Pero eso te va a costar algo.

—¿Cuánto?

—Doscientos.

—¿Lo vale?

—Ya lo creo.

—Bueno, pues salud. Y empieza a contar.

—Es delicado.

—Por doscientos euros deberías dejar a un lado los escrúpulos.

—Aunque ni dios haya querido hacerme caso nunca, Schönborn tenía un puticlub en el sótano.

—¿Qué has dicho?

—Lo que oyes. Un puticlub. Putas y polvos. Muchacha, ya te he dicho que era delicado.

—¿Un puticlub?

—Oficialmente solo se daban masajes.

—¿Pero...?

—Era putiferio del más alto nivel. De primera división, ya me entiendes.

—¿Estuviste allí?

—No, lástima. No era para mi cartera. Pero tenía a unas chicas de lo más elegantes, los clientes se dejaban verdaderas fortunas ahí abajo.

—¿Abajo?

—En la zona *wellness*.

—¿Prostitución?

—Exacto.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—¿Y quién más?

—En eso no hay nadie que quiera mojarse, muchacha. Quienes lo sabían prefieren no hablar de ello, ¿entiendes?

—¿Por qué no?

—Porque estuvieron en el puticlub, y eso sus mujeres no lo ven muy bien.

—¿Me estás diciendo que también iban a darse masajes los hombres del pueblo?

—Eso digo.

—Pero, claro, tú no sabrás quiénes. Y tampoco tienes ninguna prueba de que realmente fuera prostitución.

—Sé lo que había allí, fui el imbécil para todo del Annenhof durante años.

—Y, a pesar de eso, ¿no puedes darme ningún nombre que me corrobore lo que dices?

—No quiero ninguna guerra aquí en el pueblo, muchacha, pero una cosa sí puedo decirte: lo de ese sótano fue una locura durante años y, poco antes de que todo se destapara, Schönborn vendió el hotel. Se lo olió, seguramente la cosa no habría aguantado ni dos meses más. Lo de los trabajadores clandestinos, lo del puticlub y qué sé yo cuántas otras cosas.

—O sea que solo tienes rumores, ¿ya está? Eso es muy poco por doscientos euros, deberías darme algo más.

—Puedes tomarte otro aguardiente si te hace falta. Salud, muchacha.

—Busco a un fotógrafo.

—Como he dicho, aquí solo hay demonios, aquí no encontrarás a ningún fotógrafo.

—Un fotógrafo que tuviera algo que ver con el Annenhof.

—Eso es fácil, ahí sí que puedo ayudarte, y con gusto.

—¿Sí?

—El hijo de Schönborn es fotógrafo. Estoy seguro de que también él disfrutaba de algún que otro masaje cuando venía a casa de visita. Ese crío arrogante. Edwin, se llama.

—¿El hijo de Schönborn es fotógrafo?

—Sí. Pero ¿qué te pasa, muchacha?

—¿Puede ser tan fácil?

—La verdad es que no tengo ni idea de qué quieres decir, pero, sí, el joven

Schönborn es fotógrafo. Tiene un estudio en Innsbruck, el pequeño artista. Todo financiado por papá, porque él es un inútil de cuidado.

—Hackspiel.

—¿Qué?

—Es magnífico, con eso me has ayudado mucho, te has ganado los doscientos euros.

—Muy bien, pues bebamos por ello.

—Sí, bebamos.

Blum bebe. Es realmente sorprendente. No había imaginado que pudiera resultar tan fácil. Que sea el hijo del antiguo propietario del hotel, que por lo menos exista la posibilidad de que sea él. El hombre que hacía las fotos. Uno de los cinco torturadores, tal vez el asesino de Mark. Estuvo muchas veces en el hotel cuando Dunja trabajaba allí, que iba los fines de semana, dice Hackspiel. Subía de celebración con sus amigos, de fiesta a las montañas, era el hijo del jefe y se comportaba como tal. Hackspiel lo detesta, no tiene ni una buena palabra que dedicarle. Edwin Schönborn era hijo de profesión, engreído, malcriado. Hackspiel cuenta historias, pero ninguna de ellas convierte a Schönborn en asesino. Y sin embargo, Blum siente que algo se mueve, que ahí pasa algo, que sigue la pista correcta. Hackspiel vuelve a servir aguardiente e intenta convencer a Blum para que le compre una máscara de demonio. Blum sonríe, nada más. El alcohol la calienta por dentro, está entusiasmada, planifica ya los siguientes pasos, le hará una visita a Edwin Schönborn, hablará con él. Descubrirá si tuvo algo que ver en ello. O si no es más que casualidad.

Blum sigue bebiendo. No piensa en cómo regresará a casa, sigue sentada en el sofá destartalado y escucha al tallista de demonios. Gran parte de lo que dice carece de sentido, o eso sospecha ella, pero mucho debe de ser cierto. Ese viejo loco puede haberla conducido hasta su objetivo de golpe, Blum desea creer en la solución más sencilla, intuye que también Mark lo hizo, que descubrió lo más obvio. Edwin Schönborn tuvo la posibilidad de secuestrar a Dunja y a los otros dos, conocía la casa, tuvo ocasión de drogarlos, estaba cerca de ellos. Dunja estaba allí, él estaba allí. Ilena y Youn. Le habría sido posible planear el secuestro y llevarlo a cabo sin que nadie se diera cuenta. Edwin Schönborn, el hijo de uno de los hombres más influyentes del Tirol. Blum irá a verlo. Mañana. En cuanto todo deje de dar vueltas.

Siete aguardientes. Vasos llenos hasta arriba, Blum no puede más. No puede conducir. Quiere, pero Hackspiel se lo impide, le quita la llave y vuelve a empujarla

al sofá. «Muchacha, tú te quedas aquí», dice. Después sigue tallando imperturbable. Blum llama un momento a Karl por teléfono y le pide que acueste a las niñas, que se ocupe de Dunja. Que ha tenido una avería, le dice, se le ha pinchado un neumático y tendrá que esperar hasta mañana, que no se preocupe por ella y que les dé un beso a las niñas de su parte. Luego se queda ahí tumbada, simplemente mirando cómo se hunde la navaja en la blanda madera de pino cembro. Durante una hora entera solo existe el demonio que nace de la madera, los ojos de Blum ven cómo cobra forma, cómo abre las fauces despacio y enseña los dientes. Un demonio viene al mundo, otros demonios le arrebataron a Dunja su vida. Hombres con máscaras. Hombres sin historia, sin nombres, desconocidos, están por todas partes, en las paredes, en la cabeza de Blum, le da miedo cerrar los ojos. De pronto todo da vueltas, por mucho que se esfuerce en mantenerlos abiertos, no es capaz. Los párpados le pesan demasiado, los demonios tiran de ellos hacia abajo. Hacia lo más hondo, lejos. Hasta que todo se vuelve negro.

**B**lum aparca frente a la Dirección Regional de Investigación Criminal. Desde que ha despertado no piensa en otra cosa. Está segura de que necesita ayuda, todo esto le queda muy grande. Lo que sabe, lo que le ha contado Dunja, las grabaciones de Mark, tiene que hablar con Massimo, ponerlo al corriente. Piensa en ello desde que ha abierto los ojos, tiene que decirle lo que sabe, no puede y no quiere estar sola en esto. Quiere apoyarse en él, reclinarse en él, quiere dejarlo en sus manos. Que sea él quien dirija, quien siga escarbando, ella quiere retirarse. Ocuparse de sus hijas. Ocuparse de Dunja. Solicitarle asilo político, tal vez encontrarle un trabajo. Ya no puede seguir sola.

Todavía estaba oscuro cuando ha abierto los ojos. Hackspiel debía de haberse caído de la silla en algún momento, mientras tallaba, porque estaba tumbado en el suelo con todas las extremidades extendidas y roncaba con fuerza. Ese runrún la ha despertado, la ha sacado de sus sueños. Y Blum lo ha agradecido porque sus sueños eran atroces. Despertar junto a Hackspiel en esa casa venida a menos ha sido como una salvación. Ha respirado hondo y ha intentado sacudirse de encima lo que la atormentaba. Se ha puesto de pie sin hacer ruido, ha dejado doscientos euros sobre el pecho del hombre y ha salido hacia la noche. No eran más que las cinco de la mañana, ni un alma en la calle, Blum circulaba sola en la autopista. Solo sus pensamientos y una determinación que era más firme cuanto más se acercaba a Innsbruck. Buscar ella sola al fotógrafo era peligroso, sabía hasta dónde eran capaces de llegar esos hombres. Seguramente Dunja tenía razón al dar por sentado lo peor, al suponer que tampoco se arredrarían ante un segundo asesinato. Blum quería ir a casa a ver a sus hijas, no quería ponerlas en peligro, quería impedir que sucediera nada más. Debía protegerlos, a Karl, a Reza, a las personas que tenía más cerca. Si todo era cierto, entonces tenía que dejar de husmear. Debía acudir a Massimo, enseguida, cruzando las tierras altas del Tirol a doscientos kilómetros por hora y con dolor de cabeza.

Pregunta por él en la entrada de la Dirección Regional de Investigación Criminal. Blum sabe que tiene turno de noche, ayer habló con él por teléfono, poco antes de marcharse a Sölden. Massimo llamó para interesarse por ella. Haría cualquier cosa por Blum, y ella lo sabe. Lo dejaría todo por ella. A su mujer, su vida anterior. Cómo

la mira, cómo la toca. Blum lo nota. Y disfruta de saber que está ahí. De tener ahí esos hombros cuando se siente pequeña y herida. Hombros, brazos, manos. Blum sube la escalera hasta la segunda planta, conoce el camino. Cuántas veces no había ido a buscar a Mark. Cómo se había deslizado por la barandilla, traviesa, al bajar. Cómo la seguía Mark riendo por los escalones. Blum abre la puerta del despacho de Massimo y lo sorprende. Qué contenta está de ver su rostro radiante, de sentir su abrazo. «Tienes que ayudarme», dice.

Massimo y Blum. No le hace falta hablar mucho para convencerlo de que baje con ella al café de la esquina. Él se alegra de verla y con ello ahuyenta los demonios de su cabeza, las imágenes que Dunja ha sembrado en ella. Verlo le ayuda. Sentarse a su lado en la pequeña pastelería. Cómo le agarra la mano, porque Blum tiembla. Cómo le deja hacer ella, que se aparta el pelo de la cara con la mano libre. Piensa por dónde empezar. Qué debe decirle. Toda esa historia increíble para desayunar. Le duele la cabeza, tiene que beber agua, contárselo, todo, ya. Desde el principio. Empieza con cuidado, por el estudio de Mark, por cómo estaba recogiendo ella sus cosas, cómo encontró las grabaciones, la voz desconocida de esa mujer. Massimo la escucha. Al principio no dice nada, siente curiosidad, deja que Blum hable. Todavía no sabe adónde quiere ir a parar. Qué es lo que la ha alterado tanto. Hasta el momento en que pronuncia el nombre de Dunja solo escucha. Entonces la interrumpe con cariño y le quita el miedo. Blum no llega a explicarle todo lo que había grabado en el móvil de Mark. Tampoco que ha encontrado a Dunja, que ha hablado con ella, que la tiene en su casa y la está esperando. No llega a decirle que ha ido a Sölden y que sospecha que el fotógrafo Edwin Schönborn es uno de los hombres que le hicieron eso a la mujer. Ni que la muerte de Mark tal vez no fue un accidente, sino un asesinato. Nada de todo eso, porque Massimo lo pone todo patas arriba. Vuelve a imprimir color en todo lo que era negro y oscuro. La tranquiliza, le dice que no son más que disparates. Todo lo que explicaba esa mujer. Unas mentiras impresionantes, solo los desvaríos de una mente enferma. Massimo le dice que todo son embustes. Que recuerda muy bien a Dunja, que el jefe de la clínica psiquiátrica le diagnosticó alucinaciones. Que Dunja estaba bajo el efecto de las drogas, que huyó del hospital aunque allí todos querían ayudarle. Mark. Massimo. Y muchos más.

Blum lo escucha. Tiene la boca cerrada, todo lo que quería decir se lo guarda para sí. Está sin habla, solo mira a Massimo. Lo que dice. Sobre Mark. Sobre Dunja. Cómo se transforma todo de repente, la visión que tenía Blum del mundo. Lo que ha creído hasta ahora, todo mentiras. Solo era Mark quien quería creer a toda costa que esa mujer decía la verdad. Solo él. Massimo le aconsejó ya entonces que dejara correr el asunto, que se preocupara de cosas más importantes, pero Mark no quería escucharlo. Perforaba en busca de petróleo donde no lo había. Solo un intento más de salvar a alguien. A una joven guapa en un barco. A una joven guapa en una cama del

psiquiátrico. A Dunja.

Blum guarda silencio. Quería decir tantas cosas... y se ha quedado callada. Lo que le ha contado Dunja, eso de lo que hace diez minutos estaba tan convencida, ya no es importante. En su interior solo perdura una idea que le habla con fuerza. ¿Por qué seguía viéndola Mark cuando todos se lo habían desaconsejado? ¿Por qué ese pesar en el rostro de Massimo? ¿Qué sabe él? ¿Qué hizo Mark? ¿Es que no se trataba precisamente de la historia de Dunja? Blum tiene miedo a que todo se venga abajo, a que Mark le haga daño. Toma la mano de Massimo y le pide que le diga la verdad. Sin miramientos. Debe decirle si Mark tenía una relación con Dunja, quiere saberlo. Pero Massimo no dice nada. Solo que Mark era su amigo. Evita responder. Nada sobre si Mark tenía una aventura, si se lo estaba jugando todo. Le pide a Blum que se olvide del asunto y ya está, que considere esas grabaciones como los delirios de un alma perdida y que no vuelva a pensar más en ello. Le pide que no dude de Mark. Ni por un segundo.

Un mal sueño. Blum se levanta y se va. Sin despedirse, se va. Cruza la puerta de la calle, tiene que respirar, tomar el aire, quiere comprender lo que acaba de ocurrir. Se marcha sin más. Un pie delante del otro, la moto sigue ahí parada. Aire. Seguir adelante. La mirada de Massimo. Mark. De nuevo todo es confuso, de nuevo Mark le parte el corazón, de nuevo todo grita a un volumen insoportable, todo duele. El recuerdo de lo que tenían el uno en el otro, amenazado por lo que ha dicho Massimo. Por lo que no ha dicho. Ella no quiere, pero se lo imagina. Mark y Dunja en una habitación de hotel, después del cuarto encuentro ya no pudieron evitarlo, se habían enamorado, él se compadecía de ella. Esa idea que ha estado ahí desde el principio, que la reconcome por dentro como un gusano, ha resurgido. Con la misma convicción que durante todos esos años le ha hecho creer que Mark nunca le había mentado, ahora lo duda. Porque él ya no está, no puede justificarse, no la abraza ni le dice que despierte. Que deje de soñar.

Lágrimas. Hace días que habían desaparecido, Blum se había distraído, volvía a sentirse cerca de Mark porque había hecho lo que él había hecho. Intentaba seguir la misma pista que él, ambos tenían el mismo objetivo, ambos tenían el mismo presentimiento. Que Dunja era más que una indigente drogadicta. Que cada palabra suya contenía una verdad brutal. Él lo había creído. Blum también. Y lo cree todavía, aunque sus celos la paralicen y casi la dejen sin aire. La perspectiva de que el recuerdo pueda quedar mancillado impulsa a Blum calle abajo. Blum se lo repite una y otra vez, tiene que tranquilizarse, tiene que pensar con claridad. No dudar. De

Mark, no. De Dunja, no. Todo sucedió tal como ella explica. Cree a esa mujer. Cree en Mark. Él la buscó porque quería ayudarlo, solo por eso. Poco importa lo que diga Massimo. Poco importa lo improbable que parezca. Poco importa si ella es la única en todo el país que está convencida de que ese sótano existe, y esos hombres. Blum lo ha visto en los ojos de Dunja. Igual que Mark. Por eso ahora se detendrá y dará media vuelta. Respirará hondo, regresará junto a la moto y volverá con ella a casa. Abrazará a las niñas y buscará el número de ese fotógrafo. Encontrará una prueba de la historia de Dunja, convencerá a Massimo con hechos de que ahí hay más que una sarta de mentiras. De que Mark no tuvo nada con esa mujer. Nada de nada. Solo compasión.

Dunja se pasó el día entero en la cama. Karl se asomaba de vez en cuando, la invitada estaba en la cama de Nela, envuelta en sábanas de color rosa, escondida y protegida por el olor de las niñas. Durmió durante horas, no salió de la habitación de las pequeñas hasta que Karl insistió en que tenía que comer algo. Cuando llamó Blum para decir que no regresaría a casa esa noche, Dunja ya estaba durmiendo. Karl dice que fue casi como si un animal herido se hubiera retirado a un rincón seguro. Dunja fue amable, constantemente daba las gracias por su hospitalidad, pero quería estar sola. Con Karl y con Reza solo habló lo necesario, para las niñas siempre tenía una sonrisa, pero no podía ofrecerles más. Karl les pidió a Uma y a Nela que fueran consideradas con Dunja, les dijo que la amiga de su madre estaba cansada, que hacía mucho que no dormía. No tenía otra explicación.

Cuando Blum ha llegado a casa, hace cinco horas, Dunja seguía dormida. Tumbada como una niña pequeña, hecha un ovillo con las piernas dobladas. Blum se ha acercado a la cama, igual que hace cuando Nela duerme ahí. Ha mirado a Dunja desde arriba y ha sentido cómo se esfumaba la última de sus dudas. Dunja está desvalida. Ahí tumbada, qué quebrada se la veía. Igual que un papel desgarrado. Seguramente era la primera vez desde hacía años que dormía en una cama de verdad, en una cama de la que no tenía nada que temer, en la que nadie le haría daño, de la que nadie la expulsaría. Su rostro estaba en paz, agarraba con fuerza el edredón. Blum ha cerrado la puerta y ha subido a ver a Karl. Las niñas jugaban montadas sobre su espalda.

Blum se toma su tiempo. Está haciendo lechuzas de trapo con sus hijas, cose unos saquitos de tela, los rellena de papel y deja que las niñas les peguen ojos, narices y bocas. Lechuzas. Porque a las niñas les encantan las lechuzas. A saber qué les verán, pero corren contentas con sus pequeñas lechuzas de trapo por toda la casa. «Estamos volando, mamá. Somos lechuzas, mamá. Uhuhhh. Uhuhhh». Dos niñas, tan cándidas. En este momento no hay nada en sus rostros que indique que echan de menos a su padre. Que han comprendido que no volverá jamás. Nada, solo sienten alegría por las lechuzas. Porque no quieren que el bosque donde vuelan sus lechuzas quede calcinado, porque no tienen fuerza para correr entre las llamas y salvar la vida. No

pueden evitarlo, no quieren hablar de ello ni que se lo recuerden. Porque les duele mucho. Porque es horrible y amenazador, porque habría destrozado sus pequeños corazones. El camino natural es hacer caso omiso. Mientras puedan, no estar despertando siempre a la vida real, la pena, las lágrimas, la añoranza de papá. Jugar con lechuzas, con perros y gatos de peluche, sumergirse en libros infantiles y reír. Mientras puedan. La mayor parte del tiempo. Solo a veces no pueden evitarlo.

Hace cuatro días, Uma en la calle. Cómo estaba allí de pie, gritando. Una y otra vez. «Papá. Tienes que venir a casa. Por favor, papá. Ven». Había bajado ella sola, había recorrido el camino de la entrada hasta donde él había muerto. Sus gritos subían con fuerza hacia arriba. Cómo bajó Blum corriendo y levantó a su hija en brazos y la estrechó contra sí. Incapaz de decir nada, de quitarle el dolor a Uma. Ambas estaban desamparadas. La calle vacía les dolía. Ya no quedaba ninguna señal, la sangre había desaparecido, todo estaba como si nunca hubiese ocurrido nada. Ni rastro de Mark, solo los temblores de Uma. Porque la realidad le daba miedo. Blum la abrazó. A Uma. Luego a Nela. Igual que hace siempre. Con todos los brazos que tiene.

Lechuzas. Con ojos, narices y bocas pegadas. Vuelan por el salón mientras Blum busca a Edwin Schönborn en internet, mientras explora a clics su página web y marca su número. Las lechuzas se posan en el cuarto de baño mientras ella habla con él por teléfono y le pide cita. Todo muy espontáneo. Decide jugar. Le echa el cebo dedicándole laureles anticipados, que lo quiere solo a él, dice, que quiere que le haga unos desnudos, que es el mejor del país, o él o nadie. Blum no quiere esperar ni un solo día, quiere saberlo ya, ahora mismo. Que le gustaría hablar con él de la sesión de fotos, que tiene unas ideas muy concretas, que casualmente está de paso por la ciudad y que el dinero no será un problema. Blum lo da todo y consigue una cita. Él se alegra, le pide que esté en su estudio dentro de una hora. Ella no había contado con que la cosa pudiera ir tan deprisa. Blum cuelga y le pide a Karl que cuide otra vez de las niñas. Después se ducha, se cambia y se acerca al centro.

Palpitaciones. No hay tiempo que perder. Ya es por la tarde. Herzog-Friedrich-Strasse, casco antiguo de Innsbruck. Ubicación inmejorable, el alquiler debe de costar una fortuna. Blum se planta ante la puerta, llama. Sube despacio. Blum respira hondo y expulsa el aire. No perder los nervios, mantener la calma. Quiere enfrentarse a ese hombre sin prejuicios, se limitará a hablar con él. Sobre fotos, sobre desnudos, sobre su trabajo. Y grabará la conversación, se llevará su voz consigo a casa y se la pondrá a Dunja. Blum aprieta el botón de grabación, luego abre la puerta del estudio. Edwin Schönborn sonrío y le da la mano.

Una preciosa sala abovedada. Antiguos techos altos, todo en blanco, grandes ventanales, un sofá blanco de piel, Blum se sienta. Edwin Schönborn está radiante. Dientes blancos, regulares, ropa cara, un hombre que se cuida, guapo, de unos treinta y tantos, le ofrece un café. El estudio es maravilloso, un espacio diáfano enorme, sitio de sobra para hacer fotografías, escritorios, sofás, tocadores. Schönborn es el perfecto anfitrión. Un hombre encantador, no hay nada en él que espante a Blum en un primer momento. Nada que lo convierta automáticamente en enemigo. Schönborn podría ser del todo inocente. ¿Por qué tendría que ser él y no otro el hombre al que busca Blum, un animal? Le sirve el café y se sienta. Empiezan a charlar, todo parece normal. Blum miente, Blum improvisa, Blum cuenta ya con dar media vuelta y bajar la escalera con las manos vacías. Hasta que la conversación empieza a adquirir ritmo y a ella la invade una sensación, algo que le dice que Schönborn sí es ese hombre. Sin darse cuenta, se va quitando la careta de minuto en minuto. Cada vez lo ve más claro. Entre el saludo y el final de su encuentro suceden mil cosas, la bajamar da paso a la pleamar, una imagen empieza a cobrar forma. La imagen de un criminal.

—Qué bien que me haya encontrado.

—Sí, yo también me alegro. Creo que aquí estaré en buenas manos.

—La condición indispensable para un desnudo bonito es la confianza. Que se haya decidido usted por mí me alegra mucho.

—Sus trabajos son preciosos.

—Es usted muy amable.

—Tan sugerentes... Siente una que pone usted todo el corazón en sus fotografías.

—Todo lo que tengo. Cada imagen debe convertirse en una obra de arte, debe reflejar su alma y mostrar su voluptuosidad.

—¿Voluptuosidad?

—Lo que seguramente le ha gustado tanto de mis tomas es lo invisible.

—¿Lo invisible?

—Lo que no se ve pero que uno puede imaginar y sentir, la voracidad, el ansia. Mostrar demasiado estropea cualquier foto. Destruye el erotismo.

—También yo lo veo así.

—Es usted una mujer inteligente. Además de guapa.

—Gracias.

—¿Las fotografías son para su marido?

—Sí.

—Bien.

—Serán una sorpresa.

—¿Ropa interior?

—¿Cómo dice?

—¿Quiere que aparezca lencería en las fotos?

—No, quiero estar completamente desnuda.

—Buen plan.

—Y quiero masturbarme.

—Vaya.

—Quiero que me fotografíe mientras tengo un orgasmo.

—¿Eso busca?

—Sí, eso busco.

—¿Mientras se masturba?

—Exacto.

—Me apunto.

—Y solo tiene que fotografiar mi cara.

—¿Perdón?

—Un retrato que muestre mi voluptuosidad. Ha dicho usted que una imagen cobra vida cuando se mantiene el secreto. Cuando no se muestra demasiado. Por eso no quiero que se vean ni pechos ni dedos ni vagina. Solo mi cara.

—Eso es muy poco común.

—Como le he dicho, el dinero no será ningún problema.

—Nada común.

—Si representa un problema para usted, olvidémonos de todo y ya está. Tal vez ha sido una idea estúpida.

—No, no lo es. Al contrario. Es maravillosa.

—¿Le parece buena?

—Más que buena. Me parece genial.

—¿De verdad?

—Debo reconocer que yo mismo había tenido una idea similar.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

—Entonces, ¿lo haremos?

—Con mucho gusto.

—¿En el bosque?

—¿Cómo dice?

—Me gustaría hacerlo en el bosque. Entre Igls y Patsch hay una zona boscosa muy bonita, querría tumbarme sobre el musgo del suelo.

—¿Quiere masturbarse en el bosque? En cualquier momento podría pasar por allí un paseante, no estaríamos tranquilos. ¿Está segura de que quiere eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me excita.

—Vaya.

—Me pone. Me corro mejor al aire libre. Me pongo a cien cuando sé que alguien

puede presentarse, que a lo mejor hay alguien observando.

—Alucinante.

—Sí. Por eso estoy aquí.

—Menuda zorra.

—¿Cómo dice?

—Estoy entusiasmado.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—Me ha llamado *zorra*.

—Lo siento mucho. Perdóneme.

—No lo sienta.

—¿No?

—No.

—Está bien. Eso está muy bien.

—Sí, está muy bien. Me alegro de haber venido.

—Una vez más, para que no haya malentendidos: le fotografiaré la cara mientras usted se corre.

—Sí.

—Saldrá bien. Saldrá muy bien.

—Mañana a las cuatro de la tarde. Lo recogeré con mi coche. Nos encontraremos delante del Teatro Estatal del Tirol, venga a pie. Y sea puntual.

Blum se levanta y se marcha. Antes de que él pueda contestar ya está en la escalera. Aborten misión, escapen de ahí, echen a correr. Lo que ha dicho es una locura. Lo que se le ha ocurrido, la historia de los retratos. Le ha salido sin más, quería subir la apuesta, quería ver cómo reaccionaba él, qué decía. No había contado con que daría justo en el clavo. Edwin Schönborn. Blum está convencida de que es él, de que Dunja reconocerá su voz. Sus ojos ávidos, cada palabra de las que habría seguido diciendo, el fuero interno de Blum grita. Ese cerdo perverso. Que ya había tenido una idea similar. Ese cerdo asqueroso. Baja los escalones deprisa, sin mirar atrás, sin reaccionar a sus gritos. Solo un descarado «Hasta mañana» y ya está en la calle. ¿Qué habría sucedido si se hubiera quedado más? Él quería retenerla, le ha tocado el brazo. Tiene que ver a Dunja, enseguida, quiere ver el rostro de ella cuanto antes. Cómo se transformará cuando oiga su voz. Blum está convencida de que verá miedo. Miedo y repugnancia. Dentro de diez minutos despertará a Dunja y sabrá si tiene razón. Dunja reconocerá esa voz. No existe otra posibilidad.

En el coche fúnebre por la ciudad. Un Cadillac Superior viejísimo, de 1972. Su padre lo compró en Estados Unidos, quería ofrecerles a sus clientes algo especial, el último viaje en automóvil debía ser extraordinario. Tras la muerte de Hagen, Blum pensó mucho tiempo si debía deshacerse del vehículo, pero decidió no hacerlo. Con el paso de los años había llegado a tenerle cariño a esa joya. Sin embargo, para que no le recordara constantemente a Hagen le había cambiado el color. Un coche fúnebre blanco como la nieve. Blum casi tuvo que gritarle al chapista, porque le preguntó por lo menos diez veces si de verdad estaba segura del color. Un Cadillac blanco. Lento y elegante. Una vieja dama vestida de blanco que trata a sus pasajeros con consideración. Blanco, no negro. Vida, no muerte. Ataúdes tras los cristales tintados, la muerte y la vida. Blum quería ser distinta, diferenciarse de la competencia. Un coche blanco era pura provocación. A ojos de sus colegas aquello no encajaba con la muerte. El luto era negro, siempre lo había sido.

Blum y Mark se habían ido de vacaciones con ese coche. Los primeros dos años, cuando las niñas todavía no existían. Estuvieron en una playa de Cerdeña, durmiendo en la superficie de carga. La propia Blum había cosido las bonitas cortinillas. En ese coche fúnebre blanco fueron felices, se amaron, se abrazaron y escucharon el mar. Ella fumaba con la ventanilla trasera abierta. Igual que ahora. Música y un cigarrillo en la mano. Porque de todas formas los muertos ya no huelen nada. Porque así Mark vuelve a estar cerca, porque Blum es capaz de sentirlo, porque desea que esté con ella cuando se encuentre con ese hombre. Con Schönborn. Blum da una calada y cierra los ojos. En el semáforo en rojo lo ve; Mark, que se ríe, que le quita el cigarrillo de la mano y lo tira a la arena. Cómo la besa. Qué caliente tiene la piel. Blum oye los bocinazos, no quiere abrir los ojos. No quiere, pero tiene que hacerlo. El semáforo vuelve a estar verde, dentro de cinco minutos se encontrará con Schönborn. No tiene miedo. Da otra calada y pisa el acelerador.

Dunja guardó silencio. No dijo nada. Solo afirmó con la cabeza. Blum no tuvo que preguntar nada más, ni siquiera hizo falta ponerle la conversación hasta el final. Dunja se encogió en cuanto esa voz salió del móvil. Edwin Schönborn le dio miedo, sus palabras, el sonido de su voz. Dunja se volvió pequeña, toda ella se contrajo. «Sí,

es el hombre que me violó una y otra vez. No, no hay ninguna duda, estoy segura. Sí, es él, reconocería su voz entre mil más. Su voz y el chasquido de la cámara. Sí. Él me hizo daño. Muchas veces, repetidamente, era esa voz, era un sádico. Sin nombre». Dunja solo movió la cabeza. Ni una palabra, solo la mirada gacha por miedo a que la castigaran, a sentir un puño contra su cara. «Sí, me pegaba. Sí, una y otra vez. Por todas partes, siempre donde más duele. Sus puños, sus zapatos, con su cabeza contra la mía. Porque él era más duro». Dunja asintió y se echó a llorar. Sin palabras, temblando, ayer. Blum la abrazó en la habitación de las niñas, estaba conmocionada. Qué fácil había sido localizarlo. El hijo del propietario del hotel, Blum había dado en el clavo, lo había engañado, lo había desafiado. Había empezado algo que ahora terminará.

Tira el cigarrillo por la ventanilla. Dentro de tres minutos estará a su lado. Sin un plan, sola. No tiene otra opción. Cuando se vio sentada frente a él se le ocurrió espontáneamente pasar a buscarlo, ir con él a algún lugar, narcotizarlo, llevárselo a casa, dejar al enemigo fuera de combate de alguna forma. Una auténtica locura, una insensatez, y no tiene la menor idea de cómo se ha metido en todo esto. Blum lo interrogará, se lo sacará todo, los nombres de los demás, todo, una confesión, pruebas, una grabación sonora. Él sabe quiénes son los otros. Él sabe si atropellaron a Mark y, en tal caso, quién de ellos fue. Edwin Schönborn. Desde ayer lo ve constantemente ante sí, lo oye. Cómo la llama *zorra*. Blum ha conseguido que muestre quién es, le ha arrancado la máscara, de anfitrión solícito a cerdo baboso. Cruel, inhumano. Dentro de dos minutos llegará junto a él, que la estará esperando frente al Teatro Estatal del Tirol. Acudirá, y ella lo sabe, no dejará escapar la oportunidad. Esos retratos. Blum.

Se ha pasado toda la tarde y la noche pensando. Cómo debe actuar, cómo conseguir que le diga lo que sabe. ¿Cómo logrará dejarlo inconsciente sin que él la venza antes? Debe ser rápida, hacerlo mientras todavía se fíe de ella, mientras no piense más que en lo cachondo que está. Debe llevarlo a la sala de preparación, allí no los molestará nadie, Reza ha salido de viaje, no regresará hasta mañana. Karl y las niñas nunca entran allí, estará completamente a solas con él. Lo interrogará cuando vuelva a despertar.

Pretendía encontrar un rincón de la pequeña ciudad donde pudiera reducirlo sin que nadie los viera. En la estación de Westbahnhof, en el polígono industrial, en un aparcamiento subterráneo, no acababa de decidirse, en todas partes existe la posibilidad de que la sorprendan mientras lo hace. Mientras le golpea la cabeza con

una piedra. En el bosque, donde tendría que fotografiarla, desde atrás, mientras él se inclina para recoger algo. Imagina que le golpea con tal fuerza que empieza a brotarle sangre de la cabeza. Le corre por la frente a raudales. Desesperada, ella intenta llevarlo a rastras hasta la camilla de transporte, meterlo en el coche. Todo embadurnado de sangre, el hombre gime, ella no consigue levantarlo y un tipo llega entonces por el camino haciendo *jogging*. No. Eso no es una opción. Schönborn pesa demasiado, seguro que unos cien kilos, tiene que dejarlo inconsciente dentro del coche. Sin atacarlo, porque se resistiría, conseguiría sacarla a ella del vehículo y le daría una paliza. Tal como hacía con Dunja algunos días, cuando no le gustaba su expresión. Sedarlo es la única posibilidad. Ha buscado en Google cómo lo hacen otros, violadores, asesinos.

Quería algo de efecto rápido. Algo que pudiera administrarle oralmente sin que él se diera cuenta. Un somnífero, algún fármaco que pudiera encontrar en las siguientes veinticuatro horas, algo que fuera legal. Blum nunca ha tenido nada que ver con drogas, tampoco conoce a nadie que se mueva en esos círculos. Esa vía era inútil. Por internet sí que podían encargarse numerosas drogas para violaciones, pero no hay tiempo, el envío tarda hasta cinco días. Blum ha maldecido. No quería aplazar la cita, quería pillar a Schönborn desprevenido, no darle tiempo para meditar, en lo único en lo que debía pensar era en su vagina, en nada más. No debía hacer preguntas, no debían surgirle sospechas. Parecía imposible, pero aun así se ha pasado toda la noche buscando una solución. Como una posesa. Hasta que ha entrado en una página donde le han dicho que solo tenía que ir a su garaje.

Limpiador de llantas. Un disolvente fuerte para pegamentos. La gamma-butirolactona, GBL, materia prima para la fabricación de fármacos y drogas, entre ellos el GHB, una «droga de las violaciones» conocida también como éxtasis líquido. Un producto de limpieza que cualquiera puede adquirir libremente. Un litro por sesenta euros. Blum ha leído al respecto y sabe que lo tiene en el garaje. Desde hace años. Hagen compró el disolvente hace más de una década, cuando unos chavales le pintaron unos grafitis en el muro del jardín. Está muy escondido, junto a los neumáticos de invierno. Un detergente industrial que Hagen había guardado ya antes de su ataque al corazón y que la juventud utiliza ahora para drogarse. Un colocón por catorce céntimos, lo más barato que hay en estos momentos en el mercado y que puede comprarse de forma legal. Blum lee el artículo hasta el final y baja corriendo. El efecto es el mismo que el del éxtasis líquido, un bidón que ha pasado desapercibido junto a los demás productos de limpieza. Todo va bien.

Blum en el coche. De camino hacia él. La botella en su regazo. Un aguardiente claro en una botella transparente. Ha disimulado el mal sabor con azúcar y Red Bull, lo ha agitado lo bastante como para que apenas se note ya el olor a disolvente. No ha escatimado con la GBL, ha doblado la dosis recomendada en internet, no quiere correr ningún riesgo. Así solo tendrá que darle un trago, con eso bastará. Cuando suba al coche, ella se llevará la botella a los labios, hará como si bebiera. Para animarnos, dirá. Le tenderá la botella y le pedirá que haga lo mismo. Que beba. Edwin Schönborn. Ya lo ve, plantado frente al teatro. Con un maletín negro de fotógrafo a su lado, en el suelo. Dentro de veinte segundos se abrirá la puerta. Ella lo dará todo. Dentro de diez segundos. Por Mark.

Qué repugnante puede llegar a ser un hombre. Qué previsible es todo cuando solo lo impulsan los instintos: deseo, codicia, perversión. Schönborn. Blum lo ha sorprendido, él acepta la botella de buena gana, de buena gana bebe y sonrío. Sin pensar, sin hacer preguntas. Cerdo repugnante, piensa Blum, y sonrío también. El aguardiente en su boca, la botella en su mano y esa risita. No pasan ni dos segundos y Schönborn ya retoma la conversación de ayer, se muere de impaciencia, no quiere hablar de ninguna otra cosa. Primero tiene que asegurarse de que todo sigue igual, de que ella no ha cambiado de opinión. «¿Nuestro plan sigue en pie?», pregunta. Blum asiente, sonrío como dirigida por control remoto, se obliga a pasar por alto que en cada una de sus frases hay algo indecente. Él ni siquiera intenta ocultar su deseo. Al contrario. «¿Te molesta que me excite? Cuando te masturbes. No puedo prometerte que consiga controlarme». Ríe con fuerza y da otro trago a la botella. Su risa asquerosa, cómo le gustaría a Blum golpearle en la cabeza con una piedra para poner fin a esa risa. Quiere que esté callado, que deje de hablar, no quiere imaginarse ni por un segundo que la toca. Que le hace fotografías, que ella tiene que desnudarse ante él. Ni por un segundo, por eso conduce despacio. Da rodeos para salir de la ciudad. Empieza a hablar de Helmut Newton, el único fotógrafo famoso cuyo nombre conoce. Una conversación irrelevante sobre fotografía, quiere frenarlo, ralentizar su ritmo inicial, tiene que hacer durar el trayecto diez minutos más. Hasta que estén en el bosque, para entonces estará inconsciente, la GBL le habrá hecho perder el contacto con la realidad. Solo diez minutos. Blum sonrío, da lo mejor de sí, ya se ve ganadora, y de repente él le hace esa pregunta. No había pensado en ello, el corazón empieza a latirle con fuerza, con violencia. ¿Cómo no lo había pensado? Blum se odia por ello. Reflexiona a toda velocidad, ahora tiene que andarse con cuidado. No cometer ningún error. Responde con toda la naturalidad de la que es capaz. Mentir, deprisa, sin exaltarse, sin dudar.

—Esto es un coche fúnebre, ¿verdad?

—Sí.

—Alucinante.

—Uno se acostumbra, créeme.

—¿Por qué llevas un coche fúnebre?

—¿Te gusta?

—¿Por qué lo llevas?

—Porque me parece tan alucinante como a ti. Lo encontré en internet.

—¿Quién se compra un coche fúnebre por gusto?

—Yo.

—¿Así, porque sí?

—Lo compré en Estados Unidos, por lo visto llevaron al presidente Kennedy de Dallas a Washington en este Cadillac. Tenía que quedármelo como fuera.

—¿No estarás metida en el negocio de las pompas fúnebres?

—¿Cómo dices?

—¿Te dedicas a pasear cadáveres por ahí?

—¿Estás loco?

—Parece lo más lógico, ¿o no?

—Lo único que se tumba ahí atrás soy yo. Acabo de volver de Cerdeña. Ahí dentro se duerme de maravilla.

—Me gustaría probarlo.

—No entiendo por qué todo el mundo tiene tantos reparos.

—Yo no tengo ninguno.

—Solo es un coche. Y un coche puede lavarse.

—¿O sea que no te molesta que antes se transportaran cadáveres en él?

—¿Y a ti?

—No. Es un coche genial.

Poco importa lo que le haya pasado a Schönborn por la cabeza, Blum lo ha ahuyentado. Conduce subiendo la pendiente hacia Igls, un barrio periférico de Innsbruck, y espera a que por fin suceda. A que por fin se le caiga la cabeza hacia atrás. Pero la cabeza no cae. Schönborn sigue hablando, sigue haciendo bromas obscenas, está contento por lo que está a punto de suceder, entusiasmado. Blum cuenta los segundos, reflexiona si no haría mejor dando media vuelta, si debería detenerse en el centro del municipio de Igls. Ganar tiempo. Bajo ningún concepto quiere quedarse sola con ese hombre en el bosque, debe tomar una decisión, ya están en la carretera entre Igls y Patsch, el bosque los envuelve por ambos lados. Schönborn pregunta que dónde está ese rincón en el que ella se desnudará. Está despierto. No se duerme. Habla. No deja de estar ahí. «Ya falta poco», dice Blum. No sabe qué hacer, si arriesgarse a seguir conduciendo. Debe detenerse, apearse. No podrá retrasarlo mucho más y, aun así, las imágenes se atropellan en su cabeza. Ella, que intenta darle largas. Él, que se impacienta y la lanza al suelo, se tumba sobre ella, se baja los pantalones. Ella, que siente en su cabeza la presión del musgo del suelo. Blum lo imagina todo y, aun así, gira el volante. No tiene más remedio, debe hacerlo, recorre el estrecho sendero del bosque y piensa en Mark. Cómo está sentado junto a ella, riendo. Cómo le acaricia la mejilla con sus dedos maravillosos. «Todo saldrá

bien», le dice. Blum todavía no sospecha que esta vez Mark no tendrá razón. Que será mucho peor aún de lo que ella había imaginado. Mucho peor.

—Qué bien que hayas venido.

—¿Y las niñas?

—Durmiendo. Pasa.

—¿Qué te ocurre, Blum?

—No me encuentro bien.

—¿Qué te ha pasado?

—Esta noche no quiero estar sola.

—Yo estoy aquí, y sabes que no hay nada que no haría por ti.

—Gracias.

—¿Puedo ayudarte de alguna forma, Blum?

—No lo sé.

—Estás temblando.

—Sí.

—Por favor, dime cómo puedo ayudarte.

—Estás aquí. Eso me ayuda.

—Por favor, Blum. Me has llamado. Estoy contigo. Sea lo que sea, lo superaremos.

—¿Puedes abrazarme fuerte?

—¿Ahora?

—Túmbate conmigo en el sofá y solo abrázame.

—Vale.

—Es lo único que me ayuda.

—¿Así?

—Sí.

—Mejorará, ya lo verás.

—¿De verdad?

—Sí.

—Eso decía siempre él.

—¿Mark?

—Sí.

—Ahora me tienes a mí.

—Gracias, Massimo.

—Todo irá bien.

—No digas eso. Solo abrázame y ya.

—Vale.  
—Y... ¿Massimo?  
—Dime.  
—¿Podrías dormir conmigo?  
—¿Qué quieres decir con eso?  
—¿Podrías?  
—Sí.

Massimo la sigue. Blum lo conduce de la mano por la casa. Pasan de largo el dormitorio y llegan al estudio de Mark. Massimo calla, la sigue y punto, hace lo que ella quiere de él. La mira. Cómo se desviste. Cómo se queda desnuda ante él. Blum quiere sentir algo, algo bueno, quiere distraerse, no pensar más en Schönborn. Se tumba en el sofá de Mark y le dice a Massimo que se desvista también. Él titubea, casi es como si dudara, como si no estuviera seguro de si Blum le está gastando una broma. Massimo y Blum. Ella lo atrae hacia sí, él se tumba a su lado. Está callado, actúa con cuidado, con cariño. Blum toma su mano y la posa sobre su pecho, no hablan, los ojos de Blum están cerrados. Quiere que él la haga feliz. Ya. Deprisa, quiere sentirlo, quiere temblar, absorber la vida, a él, nada importa. Solo quiere no seguir pensando en Schönborn. Acepta su boca, su piel, sus manos, todo. Cómo se tumba él sobre ella y la besa. Cómo se deja hacer Blum. Cómo desaparece Schönborn por unos instantes, su rostro, todo lo que ha hecho. También lo que ha hecho ella. Blum lo abraza, a Massimo, lo estrecha con fuerza, lo aprieta contra su cuerpo. El mejor amigo de su marido, Blum quiere que se quede, que le dé calor, que la toque, por todas partes, que la proteja, la ayude. Sin decir una palabra. Entre murmullos, es más de medianoche. Blum no quiere que las niñas se despierten. Dunja. Nadie debe enterarse. De que él está tumbado a su lado. De que la abraza.

No dicen nada durante un buen rato. Blum quiere seguir con los ojos cerrados, no abrirlos, no ver lo que ha hecho. Que él la ha penetrado, que la lengua de ella ha desaparecido en su boca. No quiere verlo, su piel, no quiere olerlo, no quiere hablar con él. No puede. Por mucho que se lo hubiera propuesto no lo hará, no le contará lo que ha ocurrido. No sabría cómo explicárselo todo y tampoco sabe si él podría ayudarle siquiera. Tiene las manos atadas, debe acatar las normas, no puede hacer nada por ella. «El fotógrafo Edwin Schönborn está abajo, en mi sótano, Massimo. ¿Podrías ayudarme a salir de esta, por favor? Lo he drogado y lo he secuestrado, está tumbado abajo, en la sala de preparación. Venga, Massimo, finge que no has visto nada y arréglalo todo. Me he metido en un buen lío. Puede que me haya pasado de la raya, tal vez nada de esto habría tenido que ser, pero ya ha sucedido. Y por eso tienes que ayudarme. Ya sabes que tengo dos hijas, no puedo ir a la cárcel. Así que ocúpate

de esto, cariño, por favor. Gracias, eres muy amable». No. Las cosas no son así. Ahora acompañará a Massimo a la puerta. Él se vestirá, regresará a su casa, y después ella bajará a ver a Schönborn. Está sola en esto, encontrará una solución a su problema, algo se le ocurrirá, volverá a enderezar el curso de la embarcación. Enseguida. No tiene tiempo que perder. Poco importa lo bien que le haya sentado la piel de Massimo, poco importa si se odia por ello. Blum le da un beso y se levanta a toda prisa. «Ahora tienes que marcharte», dice. «¿Puedo volver?», pregunta él.

Tres horas antes. Blum abre la puerta de la cámara frigorífica. Está tumbado en la mesa de aluminio, entre dos ataúdes. Lo ha atado y lo ha colocado entre los féretros. Bien sujeto, hecho un hatillo. Le daba miedo que despertara antes de que ella volviera a bajar, debía ocultarlo por si al final alguna de las niñas o Karl entraban en la sala de preparación por error. Blum está a solas con él.

Cómo yace ahí. El monstruo al que ella ha dado caza. Lo ha tumbado, lo ha sacado a rastras del coche hecho un trozo de carne inerte. Ya no tiene nada de peligroso, lo ha llevado a la sala de preparación sin que nadie la viera, lo ha subido a la mesa de aluminio sin ningún problema y, sobre sus ruedas, lo ha empujado hasta la cámara frigorífica. Ha sido un juego de niños, casi perfecto, todo lo que ella había esperado ha sucedido. Lo tiene tendido entre dos cadáveres. Dos ataúdes y Schönborn. Cinco grados. Blum cierra la puerta y lo deja solo. Ahí deberá esperarla. Hasta que las niñas estén dormidas, hasta que pueda quedarse a solas con él sin que nadie los moleste.

Sin embargo, las niñas no se duermen. No la dejan marchar, Blum ha tenido que leerles, contarles cuentos, una y otra vez. Y otra más. Mientras Schönborn dormitaba en la cámara frigorífica, Blum estaba tumbada junto a Uma y Nela. «Quédate, por favor, mamá. Tenemos miedo, mamá. Hasta que nos hayamos dormido, mamá. Por favor». Aunque Blum ardía en deseos de despertar a Schönborn, de hacerle hablar, ha tenido que quedarse con las niñas. No había nada más importante. Uma y Nela, que tenían miedo a cerrar los ojos. Querían seguridad. Y Blum se la ha dado, se ha quedado con sus hijas hasta que se han sentido a salvo. No ha bajado a verlo hasta que las ha dejado profundamente dormidas y en paz.

Schönborn. Cómo se había quedado ahí plantado con su cámara. Qué verde era el musgo. Y él, esperando a que ella se desvistiera. Blum en el bosque. Blum sola. Aquello se le había ido de las manos, se sentía invadida por el pánico, se había pasado de la raya. Blum. Tenía que hacer algo. Él no se había dormido, seguía lleno de energía, el disolvente no parecía hacerle ningún efecto, todo lo que habían acordado tendría que suceder. El siguiente paso habría sido que ella se desnudara. No quería llegar tan lejos, el juego debía terminar, Blum debía tomar una decisión, deseaba verlo en el suelo, inconsciente; más adelante sí querría hacerle preguntas,

querría respuestas. Querría saber quiénes eran los demás. Dónde estaba ese sótano. Qué había sido de Youn. Por eso debía acelerar las cosas, darles un empujoncito. Esperar a que él se abalanzara sobre ella no era una opción.

No podía salir corriendo y abandonarlo todo, así que no dudó. Cuando Schönborn se agachó para sacar algo de su maletín de fotógrafo, Blum atacó. La piedra estaba ahí mismo, a sus pies, y le dio a Schönborn con ella en la nuca. Fue tal como lo había imaginado, solo que con menos sangre. No se quedó dormido lentamente, sino que cayó de golpe, Schönborn, se inclinó hacia delante y se desplomó. Casi sin hacer ruido, como si el aire mismo se hubiera apartado de la bestia. De pronto estaba ahí tumbado, inmóvil, y ella se dispuso a atarlo sin perder ni un segundo. Manos, pies, lo dejó indefenso, fuera de combate, un cerdo preparado para asar.

Blum lo hizo y punto, sacó la camilla de transporte del coche y la colocó junto a él. Tenía que cargarlo de algún modo y luego arrastrar la camilla hasta el coche, era su única posibilidad. Lo empujó con todas sus fuerzas, arremetió con todo su peso contra él. Blum maldijo, gritó, le escupió. No había manera, Schönborn pesaba demasiado, ella comprendió que se estaba quedando sin fuerzas. Había imaginado que sería más fácil, en su mente había sido muy sencillo, pero en la realidad había raíces, el suelo era irregular y diez metros eran una distancia inabarcable. Blum estuvo a punto de rendirse, de dejarlo ahí tirado, de llamar a Massimo. Se le saltaron las lágrimas. De nuevo le escupió, y entonces logró levantarlo. Colocó un extremo de la camilla sobre la superficie de carga, la elevó desde el otro y ese cerdo asqueroso desapareció en el interior del coche. Cargado provisionalmente, las extremidades desmadejadas, ocultas bajo una manta. Edwin Schönborn de camino a la funeraria. Blum estaba convencida de que era lo correcto. De que no tenía otra opción. Pronto todo iría bien.

Las niñas en sus brazos al dormirse. Esas caritas satisfechas antes de que Blum regrese junto a él. Escalera abajo. Hacia la cámara frigorífica. Hacia la puerta, que se abre despacio. Schönborn. Cuánto tiempo lleva ella ahí de pie, mirándolo. Blum no se mueve, solo mira. Porque lo sabe. Que ha esperado demasiado, que ha estado mucho rato con las niñas. Habría tenido que bajar antes, despertarlo, volver a activar su circulación. Demasiado frío, cinco grados durante más de cuatro horas, la GBL, la herida de la cabeza. Blum se ha dado cuenta enseguida, nada más abrir la puerta de la cámara. De que ya no respira. De que su tórax ya no se mueve. Es como los demás, como los que lleva toda la vida viendo ahí, cuerpos inertes, un trozo de carne fría, piel y huesos. Ningún corazón late ya en la cámara frigorífica, no hay ninguna señal

de vida, solo se oye el motor de la refrigeración. Solo se ve su cara, su boca, que está abierta. Abierta sin palabras. Porque está muerto.

Blum no sabe cuánto tiempo lleva ahí de pie sin hacer nada. Media hora, tal vez, o incluso más. Paralizada. Desesperadamente intenta comprender que ella ha sido la responsable. De su silencio. De que esté muerto. Solo mira. Y siente frío. Mucho frío. Tirita. Sigue ahí de pie. Después marca el número de Massimo. «Ven a casa, por favor», dice. «Dentro de veinte minutos estoy ahí», contesta él.

En mitad de la noche. Massimo ya se ha marchado, por todas partes hay sangre. La hidroaspiradora absorbe sin parar. Blum ha abierto la cavidad abdominal, la ha rajado y la ha separado en dos mitades. Blum extrae los intestinos, los saca del abdomen y los mete en una bolsa de basura azul. Riñones, hígado, todo lo que encuentra lo tira a la bolsa. Fija con una pinza la aspiradora en el interior de la cavidad, cantidades ingentes de sangre y otros fluidos corporales desaparecen por el tubo hacia el alcantarillado. Abre el tórax con unas tenazas de corte, extrae el corazón y los pulmones, vacía el torso antes de serrarlo en trozos manejables. Separa los huesos con la sierra mecánica de Hagen, la sangre salpica, se derrama en la cubeta, ella la aspira, está por todas partes, su carne, su grasa, su cabeza repugnante, que ella sierra sin más. Schönborn. Lo descuartiza sin compasión, sin titubeos, lo corta en pedazos, y los empaqueta, ordenada y limpiamente, bien empapados en una solución de formol. Blum lo conserva, no quiere que llegue a heder, que alguien pueda olerlo.

Empaqueta y limpia hasta que se hace de día. Todo lo de prisa que puede, con todas sus fuerzas. Dentro de pocas horas Reza volverá de Bosnia, por la tarde tienen programados dos funerales, dos entierros. Él no debe sospechar nada, intuir nada, de modo que Blum ha de dejarlo todo tal y como estaba antes de que él se fuera. Blum saca los ataúdes de la cámara frigorífica. La idea se le ha ocurrido de repente. Cuando estaba tumbada junto a Massimo. Piel contra piel, dos personas muy juntas, casi pegadas. Lo ha visto claro mientras Massimo la acariciaba. Las piernas de Schönborn, sus órganos y su cabeza en el ataúd de la anciana. Los pedazos de su torso y los brazos en el ataúd del excursionista muerto en un accidente de montaña. Edwin Schönborn, empaquetado y bien conservado, oculto bajo una tapa blanca con ribetes barrocos. Es la idea salvadora, su única posibilidad de escapar de la cárcel, de no dejar tiradas a las niñas. Ha tenido que hacerlo. Enviar a Massimo a su casa. Bajar a la sala de preparación. Sacar el escalpelo.

Blum recoge los paquetitos y los mete en los ataúdes. Encaja los trozos del cadáver entre las piernas de los difuntos, los sujeta bien, los esconde. Todo él, oculto para siempre. Blum cierra las tapas y las atornilla. Nadie lo descubrirá jamás, la idea es brillante. No existe mejor lugar para un cadáver que un ataúd, un cementerio. Nadie

lo buscará en la tumba de una anciana maestra solterona. Nadie imaginaría ni por un segundo algo así. Blum sonríe. Agotada pero contenta, vuelve a empujar los dos ataúdes a la cámara frigorífica. No ha sucedido nada. Todo va bien.

Nadie se ha dado cuenta. Nadie sabe que Massimo ha yacido desnudo a su lado. Que se han besado. Las niñas no sospechan nada, tampoco Karl, que estaba durmiendo profundamente en su sillón. Blum ha ido a taparlo antes de regresar junto a las niñas. Está tumbada con ellas cuando abren los ojos, les sonríe. «Mamá os cuida. Mamá os quiere mucho. Mamá preparará ahora el desayuno para sus ratoncitos». Blum las sube en brazos y las estrecha. Qué inocentes son. Qué pequeñas. Qué lejos queda todo. El cuerpo de Schönborn. Cómo le ha cortado la ropa para quitársela. Cómo ha hundido el escarpelo en su grasa.

Dentro de pocas horas desaparecerá bajo tierra. Dentro de pocas horas Blum irá con Reza al cementerio de Ostfriedhof y lo enterrará. Desplegará todas las formas posibles de despedida, coronas, velas, unas palabras. Para los difuntos con quienes ha hecho yacer a ese cerdo asqueroso. Reza ha preparado el pequeño discurso, Blum lo pronunciará. Hablará con gesto compungido sobre la vida de los fallecidos y, mientras tanto, pensará en Schönborn. Lo acompañará hasta la tumba y contemplará cómo los sepultureros hacen descender el ataúd en el hoyo. Las piernas y la cabeza a las dos de la tarde; el tórax y los brazos a las cuatro. Dos entierros, y después la historia de Schönborn no será más que recuerdo. Añorado, desaparecido. Para siempre.

Blum quemará su ropa e irá a su casa. Por la noche, cuando las niñas vuelvan a dormir. Con la llave que ha encontrado en el bolsillo de su cazadora abrirá la puerta, borraré sus huellas, limpiará todo lo que tocó. Y buscará las fotografías. Esas pruebas que todavía le faltan, las fotos que explican lo que Schönborn ya no puede explicar. Blum tiene que encontrarlas y encargarse de que se haga justicia. Por Mark. Por Dunja.

No le pregunta por él. Dunja. Ni una palabra. Tampoco por lo que tiene previsto hacer Blum, cómo actuará ahora que ha descubierto quién es ese hombre. Dunja no quiere saberlo. Cuando Blum saca el tema, ella lo evita. Blum quiere decirle que no puede hacer nada, que no sabe cómo ayudar, que tiene las manos atadas. Quiere

mentir, pero Dunja la detiene, se lleva el índice a los labios y sacude la cabeza. «No. Por favor, no. No quiero saber nada más de eso». Está en sus ojos, está por todas partes, su miedo, no le queda ni una palabra más para aquello, ya está todo dicho. Blum se alegra de no tener que explicar nada. Una cita como cualquier otra, solo que en ella el fotógrafo ha encontrado la muerte por descuido. Ni una palabra. Blum no dice nada y Dunja se lo agradece. Se ofrece para ir a hacer la compra, quiere resultar útil. Acepta con la cabeza gacha el dinero que Blum le tiende, luego se va. Pan para el desayuno, huevos, zumo de naranja. Todo parece estar en orden, la tormenta parece haber amainado.

Pan, huevos, zumo de naranja. Blum sigue esperando. Las niñas han comido yogur, luego han subido a ver a Karl. Blum se ha quedado en el piso, mantiene su posición, espera a Dunja. Desde hace dos horas ya. Blum no piensa que Dunja podría no regresar. Sabe que se siente a gusto, que quiere aceptar su ayuda. Que quiere quedarse. Blum se encargará de que pueda hacerlo, de alguna forma lo logrará, llamará a todas las puertas. Por Dunja, para que en algún momento su miedo desaparezca. Para que pueda dormir tranquila, despertar. Pero Dunja no regresa.

Dunja se ha escondido debajo de una piedra, piensa Blum, ha encontrado una guarida en el rincón más oculto de la ciudad, o se marchará a otra localidad, a algún lugar donde nadie la conozca. Quiere estar a salvo, quiere alejarse de esa voz que sale del teléfono móvil de Blum. Con un billete de cincuenta euros en el bolsillo. Deprisa. Muy lejos. Blum deja de mirar por la ventana. Dunja se ha marchado. Ya solo es una voz. Una voz que explica la historia del sótano. Blum la oye en su interior. La historia de Ilena, Dunja y Youn. Un fotógrafo, un sacerdote, un cazador, un cocinero, un payaso. Hombres con máscaras. Un sacerdote, un cazador, un cocinero, un payaso. Blum los encontrará.

Por la tarde. Todo es como siempre. La ceremonia, las lágrimas, el ataúd que se hunde en la tierra. Después de semanas, Blum vuelve a estar de servicio por primera vez. Reza se alegra, el ayudante con el que ha estado peleándose lo sacaba de quicio. Abraza a Blum y le da las gracias. Blum se alegra. «Qué bien que estés aquí otra vez. Sin ti esto no funciona». Como agua sin flores. Reza. Allí de pie con su traje negro. Se ha pasado toda la noche al volante para poder llegar a tiempo. Bosnia. Blum no sabe qué ha ido a hacer allí, él no habla de ello. A quién tiene aún en el país, si lleva dinero a su antiguo hogar. Reza no cuenta nada y Blum no pregunta. Reza. Cómo le sonrío mientras el pastor da sus bendiciones, mientras se derraman lágrimas infinitas. Una sonrisa pequeña y casi imperceptible para Blum. «Lo conseguiremos. Juntos. Tú y yo». Se comprenden sin palabras. Reza y Blum, un equipo bien avenido. Cuántas preparaciones no han realizado ya entre los dos, cuántos cadáveres no han ido a recoger, cuántos entierros no tienen a sus espaldas. Reza es un regalo. Reza le sonrío. Blum le corresponde esa sonrisa con los ojos. Esperarán a que todas las rosas hayan caído a la tumba, a que todo el mundo se haya despedido, a que el último doliente se marche del cementerio. Siguen ahí de pie escuchando la música, un quinteto de viento, amigos que dan su adiós. Blum, que mira abajo, al ataúd. A Schönborn. Luego a Reza otra vez. Él no deja de mirarla, para él Blum es esperanza. De una vida en Austria, de una vida que en las últimas semanas ha creído que se desvanecía. Sin Blum no tiene posibilidad. Solo no puede hacerlo. Vivir ahí. Y Blum lo sabe. Que la necesita. Y ella también a él. Reza.

No se ha dado cuenta de nada. De que los ataúdes pesaban más que antes. No le ha llamado la atención, no tiene ni idea de lo que ha hecho Blum. Es el único que aún podría estropearlo todo, con una sospecha, con un vistazo en el interior del ataúd. Pero nada de eso ocurre. Desde que ha regresado, Blum no ha hecho más que conversar con él, Reza no ha tenido tiempo de extrañarse, no ha dicho nada, nada es diferente en él, no hay dudas, no hay extrañeza. La vida de Blum sigue siendo como siempre. Casi le sienta bien que Schönborn ya no exista, que esté muerto. Blum lo nota. No piensa en Mark, tampoco quiere llorar, solo piensa en el tronco descuartizado y en los brazos que yacen ahí abajo. Lo ha matado. Le ha dado una sobredosis, le ha golpeado, lo ha metido en una cámara frigorífica como si fuera un pedazo de carne. Lo ha hecho. Lo ha sacrificado como a un cerdo.

Le sonríe satisfecha a Reza. Esta vez con los labios. Los curva ligeramente hacia arriba, solo un poco. Le parece lo correcto. Le sienta bien. Sin culpabilidad. Sin vergüenza. Solo la sonrisa en su rostro, apenas visible y aun así fuerte y alegre. Blum. «Ese cerdo asqueroso está muerto», canta. Los m sicos tocan una vieja melodía popular, Blum está satisfecha, baila. Ha hecho lo correcto, no se arrepiente de nada. Solo de que no haya podido contarle más. De que no haya podido decirle quiénes son los otros. Dónde debe buscarlos. Todo lo demás ha sido correcto, de eso está segura. Volvería hacerlo. Sin dudarlo. Volvería hacerlo. Por Dunja. Por Mark.

La tierra cae al hoyo. Blum se queda más rato que otras veces. Reza est  a su lado, los dos miran cómo los sepultureros cierran la tumba. Tierra sobre el ataúd, el sonido que hace al caer sobre la madera, cuando cubre lo que debe permanecer oculto. Un sonido hermoso que transmite seguridad. Nadie volvería abrir nunca esa fosa, nadie buscaría Sch nborn ahí abajo. Blum sigue bailando, sigue alegrándose de que la pesadilla haya encontrado un buen final. Se quedan hasta que todo termina, hasta que ya solo queda un montículo de tierra cubierto de flores. Solo entonces se van, Reza y Blum, uno junto al otro, sin palabras. Los dos entran después en un bar a tomarse una cerveza. Se sientan juntos con confianza y beben. Dos cervezas, media hora. Después ella se marchar , abrazar  a Reza y se marchar . «Todavía tengo que ocuparme de algo», le dirá. Reza asentir . Blum ir  dando un paseo hasta el casco antiguo, entrará con la llave, subir , abrirá la puerta del estudio y cerrar  de nuevo con llave por dentro. Lo registrará todo hasta encontrar las fotografías. Retratos de Ilena, de Dunja, de Youn. Se pondrá guantes, limpiará todo lo que tocó hace dos días, no encontrarán ni una sola huella suya cuando alguien denuncie la desaparición. Nada los conducirá hasta ella, borrar  la primera cita de su agenda, si es que Sch nborn la anot . Blum no cometer  ningún error, desaparecer  con las fotos sin que nadie la vea, se retirará al estudio de Mark y contemplará las imágenes. Ver  lo que sucedió en ese sótano. Lo verá en sus rostros. Todo lo que sucedió. Y llorará, lo sabe. Empezar  a odiar a esos hombres. Despacio, un poco más con cada nueva imagen. Dentro de pocas horas, ya. Blum. Ahora se terminará la cerveza, se levantará y abrazar  a Reza. Se acercar  al casco antiguo dando un paseo y abrirá la puerta. «Todavía tengo que ocuparme de algo», dice.

Karl se encuentra mejor. Desde que ha vuelto a dejar entrar a las niñas en su vida. Pasa mucho tiempo con ellas, vuelve a reír. Las niñas son como un medicamento, son lo único hermoso en muchos kilómetros a la redonda. En la vida de Blum, en la de él. Están de acuerdo en eso cuando se sientan juntos en el banco del jardín y las miran. Uma y Nela. Las hijas de Mark. Sin que ellas lo sepan, cada día consiguen que el barco no zozobre, que su madre se levante y afronte la jornada, que Karl no se quede tumbado sin más para siempre. Mark sigue vivo en sus pequeños rostros. Con eso se consuelan, con eso evitan darse por vencidos.

—Vuelves a trabajar, eso es bueno. Está muy bien.

—Gracias, Karl, por ayudarme con las niñas.

—Ellas me ayudan a mí.

—¿Qué haría yo sin ti?

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque es al contrario. ¿Qué haría yo sin ti? Si no me hubierais acogido, ahora mismo estaría muriéndome en algún asilo.

—Déjalo.

—Sabes que es así, Blum.

—Tu sitio está aquí, te queremos, Karl.

—Y a ti ¿quién te quiere?

—Vosotros.

—Pero hay algo que te inquieta.

—No tienes que preocuparte, Karl. Yo estoy bien.

—Pasa algo, te conozco. Tiene que ver con esa mujer.

—Venga, Karl.

—Sé que tengo razón.

—Vaya, vaya... El poli ha vuelto.

—¿Qué le ocurre?

—¿Qué quieres que le ocurra?

—Se ha ido sin despedirse.

—¿Y qué? No hay nada que deba angustiarte, Karl, todo va de maravilla. Dunja es una amiga de antes. Siempre ha aparecido y se ha vuelto a marchar cuando ha

querido.

—Tonterías.

—¿Qué son tonterías?

—Que no es amiga tuya. Apenas la conoces.

—Déjalo estar, Karl, por favor.

—Puedo ayudarte.

—Puedes ayudarme cuidando a las niñas. De todo lo demás me ocupo yo.

—Aquí hay algo que no cuadra, lo huelo.

Blum puede imaginarse cómo era Karl antes de que la garrapata lo convirtiera en un anciano. Implacable, una sanguijuela él mismo, un hombre que no deja de escarbar, que sigue preguntando hasta que saca la verdad a la luz. Que era un buen policía, le dijo Mark, que lo aprendió todo de él. Su olfato, su tenacidad. Karl. Ella no le dirá nada, no lo pondrá al corriente, no lo pondrá en peligro. Aunque Blum sabe que él jamás la delataría ni la acusaría, guarda silencio. No dice nada, lo deja a solas con esa sensación oscura. Blum le toma de la mano y aprieta. Sin decir más, se quedan sentados uno junto al otro. Karl la conoce, su tozudez, su cabezonería, sabe que no le explicará nada. Hace lo suficiente que la conoce. Ha aprendido a quererla con todo lo que es ella. Lo que no es. Blum callará, no le dirá que ha matado a un hombre, que lo ha descuartizado y lo ha enterrado. No le dirá que seguramente era el asesino de Mark. Y que todavía quedan otros cuatro. Nada de todo eso. Solo sus dedos entrelazados. La mano de Blum en la suya tendrá que bastar. Debe confiar en ella. Karl.

Cómo se alegra de tenerlo ahí. Por las niñas, mientras ella trabaja. Mientras sigue buscando. Como una posesa. A esos hombres, a cualquiera de ellos, algún indicio. Las niñas. Karl les cocina, las acuesta, les lee cuentos. Esos hombres. Tienen que estar en alguna parte, Blum los encontrará como sea. Aunque sepa menos que nada, dará con ellos, conseguirá que hablen. Los cuatro. Dunja estará por fin a salvo, Blum se encargará de ello. No hace más que darle vueltas. No sabe por dónde empezar, en qué continente debe buscar la aguja. Podrían estar en cualquier lugar, podrían ser cualquiera. Cuatro hombres entre treinta y sesenta años, seguramente discretos y amables, seguramente nadie en el mundo sospecharía ni por un segundo que son capaces de algo tan depravado. Corderos blancos, inocentes, que pacen en algún prado. Seguramente llevan una vida muy normal, seguramente muy cerca de Blum, en algún rincón de Innsbruck. Ciudadanos sin tacha, igual que Schönborn. Hombres apreciados, psicópatas, asesinos. A estas alturas Blum ya está convencida de que son responsables de la muerte de Mark. No hay duda alguna, todo encaja. Todo lo que Dunja le ha explicado. Sucedió de verdad. Tiene que hacer algo. Lo que sea. Ya.

Debe de tener unos cincuenta y tantos años. Un hombre de traje. Johannes Schönborn, el padre de Edwin, ministro del estado federado austríaco del Tirol, antiguo propietario del hotel de Sölden. Blum se ha acercado al Gobierno estatal, ha subido a la segunda planta y ha preguntado por él. Que el ministro no podía atenderla, le han dicho, y que no podían concertarle cita con él hasta dentro de cinco semanas. Blum ha dado las gracias y lo ha esperado delante de su despacho. Se ha pasado una hora mirando el cuadro que colgaba en la pared de enfrente, una mujer con cabeza de ciervo, pechos, cornamenta. Blum y la mujer ciervo. No tiene ninguna otra posibilidad de descubrir más. Schönborn es el único que puede decirle la verdad sobre el presunto burdel de la zona *wellness*, sobre los posibles puteros, sobre Dunja, Youn, Ilena. Él debe de saber algo, seguramente tuvo algo que ver. De alguna forma. Por eso lo ha seguido cuando ha salido de su despacho. El hombre ha ido paseando hasta un restaurante, ella se ha quedado en la barra y lo observa. Que se haya sentado a comer solo ha sido un golpe de suerte. Que la silla que tiene delante esté libre y solo la espere a ella.

A Blum le sorprende la calma que irradia ese hombre. Con qué tranquilidad sigue comiendo. Casi parece que se divierte con ello, como si su aparición le resultara un cambio bienvenido. Un hombre que no tiene nada que temer, un hombre que se ha protegido por los cuatro costados, que es consciente de su poder y está dispuesto a hacer uso de él en cualquier momento. El ministro de Hacienda del Tirol y la enterradora. Schönborn y Blum.

—Tengo que hablar con usted sobre su puticlub.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Su puticlub, el burdel del Annenhof. ¿Se acuerda?

—No estoy seguro de haberla entendido bien.

—Sí, sí que me ha entendido.

—Me gustaría comer tranquilo.

—A mí no me parece mal, siempre que mientras come me explique lo que hacían allí.

—No está hablando en serio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué se ha creído? Me aborda durante mi pausa para almorzar y tiene la desfachatez de fastidiarme el apetito con esas calumnias infundadas sobre el pasado.

—Como le he dicho, por mí puede seguir comiendo con toda tranquilidad.

—¿Nos conocemos?

—No, pero podría decirles a todos los que están aquí que trabajé para usted en aquella época.

—¿A qué se refiere?

—En la zona *wellness* de su hotel. Podría decirles a todos los que están aquí que me prostituí para usted. Podría montar una buena escena, y estoy segura de que alguno que otro me creería. Soy una buena actriz, debe usted saberlo.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque quiero saber si existió ese burdel en el hotel.

—Es usted divertida.

—¿Lo soy?

—Muy graciosa, sí. La pasta de este sitio es fantástica, por cierto, debería probarla. Ya que está aquí.

—¿Y bien? ¿Qué me dice?

—No hubo ningún burdel. Jamás, en ningún momento.

—Venga ya.

—Las señoritas daban masajes, nada más. Masajes de espalda clásicos, masajes con cuencos tibetanos, de drenaje linfático, masajes subacuáticos de chorros a presión, masajes ayurvédicos y con piedras calientes, toda la gama. A nuestros clientes les gustaba mucho.

—A los puteros.

—Los huéspedes del hotel, querida mía, huéspedes satisfechos. Incluso el pastor de la iglesia del pueblo era cliente habitual de la casa.

—¿El pastor?

—Eso dice mucho por sí solo, ¿verdad? Un clérigo le dio su bendición a todo el negocio. Tenía problemas con los discos intervertebrales, el pobre hombre. Las señoritas le ayudaron mucho. Todo era muy decente.

—De modo que tenía al pastor contento.

—Sí. Un hombre muy santo. Según parece, será el próximo obispo.

—¿Era cliente habitual?

—Sí. Y con ello espero que hayan quedado contestadas todas sus preguntas y podamos bebernos juntos una copa de vino la mar de a gusto.

—Por mí...

—¿Qué le ha hecho pensar que allí había algo ilegal? ¿Y por qué ahora? Después de tantos años. ¿Por qué se interesa por ese tema tan desagradable?

—Usted es cazador, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Cinco hombres que se divertían.

—¿Cómo dice?

—Ilena, Dunja y Youn.

—No sé de qué me habla, pero usted siga con toda tranquilidad. Siempre estoy disponible para mis votantes. Sobre todo cuando son tan guapas como usted.

—¿Es usted un violador?

—¿Cómo dice?

—¿Es usted uno de los cinco hombres?

—¿Está borracha? Pero ¿qué está diciendo? Será mejor que se marche ahora mismo.

—Secuestro, privación de libertad, maltrato, violación. Y asesinato.

—Ya basta.

—Padre e hijo. ¿Tal vez incluso se divertían juntos?

—¿Qué pasa con mi hijo? ¿De qué va todo esto?

Blum da media vuelta y se marcha. Ni una palabra más. Ni una mirada. Se marcha y punto. Guarda en su oído todo lo que él ha dicho. Todo lo que no ha dicho. Que no sabe de qué le habla, que no ha oído nunca esos nombres. Ilena, Dunja, Youn. Se ha sorprendido. Los ha buscado mentalmente pero no ha encontrado nada. No los conoce, no tiene ni idea, su sorpresa ha sido auténtica. Igual que sus mentiras sobre el burdel. Con qué seguridad retuerce la realidad, borra lo sucedido. Solo masajes. Masajes para el pastor. Qué ridículo.

Que haya mencionado a un pastor ha sido como un regalo. Un paquetito que alguien le ha puesto en la mano y que Blum puede abrir. Quitar el lazo, arrugar el papel. Un regalo que le ha hecho Johannes Schönborn sin saber lo que provocaba con ello. Un alud. Blum se imagina al pastor feliz que castiga a Dunja por sus pecados. Un hombre de Dios en el burdel, un hombre de Dios en un sótano de algún rincón del infierno. El hijo de la casa es fotógrafo. Un sacerdote es cliente habitual. Blum lo conoce. Lo ha visto en algunos entierros, sabe qué cara tiene, sabe cómo habla, cómo se mueve. Lo ve ante sí.

Herbert Jaunig. Con qué bondad mira y pronuncia sus pequeños discursos en los funerales. Cómo estrecha las manos de los allegados. Cómo viola a Youn. Cómo saca a las chicas de las jaulas, a rastras. Todo lo que Blum ha oído vuelve a estar ahí. Cada palabra de Dunja, cada minucia, todo. Que él la castigaba por sus pecados, una y otra vez restallaba su cinturón contra la espalda de ella. La hebilla que se le clava en la piel, gritos en el sótano. Cómo cita la Biblia mientras ata al joven a la mesa. Cómo lo

agarra del cabello y arremete, cómo le tira de la cabeza hacia arriba y se abre camino en él, la sagrada polla del pastor que redime de sus faltas al muchacho. Una y otra vez, durante años. El salvador que lleva a las tres almas descarriadas de vuelta al redil, el futuro obispo que se ocupa con cariño de su grey. Golpe a golpe. Arremetida a arremetida. Castiga a sus víctimas por la fornicación en la que han caído, y un puño en la espalda del joven. Con tal fuerza que apenas si le llega el aire. Dunja está en su jaula y grita. No puede ayudar.

Blum sale del restaurante y no duda ni un segundo. De que ese burdel existió en el Annenhof, de que el pastor no solo iba allí por los masajes. De que tiene algo que ver con Edwin Schönborn, de que junto con él y otros tres hombres hizo lo inconcebible. No duda. No mira atrás. No siente compasión. Solo ve la cara del pastor ante sus ojos, solo las fotos que hizo Edwin Schönborn. Siempre esas caras. Blum las ha observado bien, ha leído esos rostros durante toda la noche. Las fotografías que ha encontrado en el estudio de Schönborn. En un cajón sin cerrar con llave, bien ordenadas y apiladas. Fotografías. Blum no ha dejado de mirarlas, esos ojos, las bocas abiertas, el horror, el vacío. Lo ha visto todo, lo que sucedió. Todo lo que hizo Herbert Jaunig. Todo aquello de lo que ahora deberá responder. El buen sacerdote, uno de los más queridos del país. Blum conseguirá hacerle hablar.

**M**assimo. Quiere volver a tocarla, su piel, acurrucarse contra ella. Se lo dice en voz baja. Se sienta a su lado a la mesa del comedor, las niñas juegan en el suelo. La cena. Massimo. Se ha presentado de improviso, quiere estar cerca por si lo necesita. Su buena disposición, sus cuidados, su mano cálida, que la toca. «Necesito tiempo. Por favor. No sé si fue inteligente, me sentía sola. Te lo agradezco, Massimo. Por favor, no nos precipitemos. Tengo que pensarlo, Massimo. Eres un cielo, pero aun así estuvo mal. Por Mark. Lo sabes. Perdóname». Se lo dice sin palabras. Solo sus dedos, que tocan los de él. Le hablan, lo acarician, lo consuelan. Blum sabe que él quiere más. Quiere estar con ella, día y noche. Massimo y Blum. Pero ella no puede. Todavía no. Le da miedo, no quiere. Que las niñas lo vean. O Karl. La intimidad que existe de pronto entre ambos. Esa cercanía de la que ahora Blum quiere deshacerse, de la que quiere librarse. De repente es como una carga, que él esté ahí, que desee algo de ella, Massimo. Tener que decirle que mejor se vaya, que prefiere que la llame antes de presentarse así. Blum sabe que ha cometido un error, que solo pensó en sí misma, que le hará daño cuando le diga que se marche. Que quiere estar sola. Lo sabe. Y los dedos de él también lo sienten. Se alargan hacia ella, la anhelan, gritan. Massimo suplica amor sin un solo sonido, pero Blum aparta la mano. No quiere que la toque más, no quiere tener que pensar más, tomar ninguna decisión. «Ahora no, por favor, Massimo. Dame tiempo, por favor». Lo mira y le ruega que se marche. «Tengo que acostar a las niñas, ya te llamaré. Gracias, eres un ángel». Lo acompaña a la puerta, lo abraza, siente su calidez. Pero entonces se frena, se separa de él y cierra la puerta. Vuelve a estar sola. Con las niñas. No hay ningún otro hombre. Solo Mark. Son una familia, quiere aferrarse a eso, no quiere que se acabe. La felicidad. La vida tal como era antes.

Se queda todavía dos minutos junto al perchero. No se permite llorar. Tiene que lavarles los dientes a las niñas, quiere jugar con ellas, ser una buena madre, leerles un cuento. Tiene que estar cuando la necesiten, tiene que acallar su mala conciencia por que Karl se encargue de tantas cosas. El abuelo está cuando las niñas lo necesitan. Porque ella tiene otras cosas en la cabeza. Blum. Todo lo que sucede, lo que mantiene su vida patas arriba desde hace cinco semanas, no puede librarse de ello. Está ahí, ocupa su mente, cada minuto piensa en ello. Cuando las niñas duermen, cuando están despiertas. Piensa en Dunja. En los Schönborn, en el sacerdote. Siempre. Mientras las

niñas se ponen el pijama, mientras les lee el cuento del caballo que baila, mientras se tumba con ellas en la oscuridad y les tararea. Porque es como una fiebre. Ese sentimiento, esa rabia, la certeza de que Mark podría seguir con vida. Todo está en marcha, todo se transforma.

La noche. La mañana. El día a día que ha recuperado. Funerales, Reza, las niñas. Preparaciones, cadáveres y lágrimas de los seres queridos. Entre lo uno y lo otro siempre las mismas preguntas. ¿Cómo se las va a arreglar? ¿Cómo conseguirá reducirlo? ¿Dónde podría estar a solas con él? ¿Cuándo lo hará? Busca respuestas, durante días no piensa en ninguna otra cosa. En Herbert Jaunig. Lee todo lo que encuentra sobre él en internet. Descubre su dirección, cómo vive. Lo observa, lo sigue. Lo ve diciendo misa en la catedral, cómo alza las manos y parte el pan, cómo bebe el vino de un cáliz dorado. Un sacerdote como cualquier otro, uno de esos hombres de Dios.

Hagen las arrastraba todos los domingos a la iglesia. Todos los domingos Blum esperaba que el hombre de la sotana le ayudara. Ese hombre a quien le había dicho que no quería seguir viviendo. Ocho años tenía entonces. Una tarde se había quedado a solas con él, solos el cura y ella. Con él en el confesionario, recogida y triste. Se lo había soltado de golpe. Que ya no podía respirar. Que añoraba un abrazo. Una niña de ocho años que había reunido todo su valor. Que intentaba expresar su desdicha con palabras, suplicar ayuda. Al hombre de la sotana. Al hombre que siempre hablaba de amor, de hermandad, de misericordia. Blum había llorado. Lo recuerda, cómo gimoteó en voz muy baja. Él la oyó y le dijo que parara. Su voz había llegado a través del enrejado. No había hecho nada por arreglarlo. En lugar de estrecharla en sus brazos, le había dado su receta para la felicidad. Dos padrenuestros y un avemaría. Tres oraciones para una infancia feliz. Una niña que quería morirse. Y un hombre de Dios.

Todos los domingos había esperado que se la llevara aparte y le ayudara. Que se acordara de lo que le había contado tantas veces ya. Blum había creído durante mucho tiempo que él podría socorrerla. Estaba convencida. Porque Jesús era una buena persona, porque Blum había sido tan tonta como para creer en ello. Hace treinta años. La pequeña Blum, que gritaba suplicando recibir amor. Ahora, en el templo, muy al fondo. Adulta, mira hacia el altar, ve sin emoción alguna cómo Herbert Jaunig da sus bendiciones, cómo extiende los brazos y promete el azul del cielo. Un hipócrita, un actor, no un hombre de Dios. No es Jesús, es solo un cincuentón. No es un cordero, es un lobo.

—¿Blum?

—¿Qué?

—¿Cuánto más?

—Ya falta poco. No te impacientes ahora, que he oído a alguien. Tenemos que esperar hasta que todos los empleados se hayan marchado.

—¿Te he dicho ya que estás loca?

—Sí, me lo has dicho. Pero no te servirá de nada, vamos a hacer esto.

—Sabes que soy policía, ¿verdad?

—No te pongas a temblar de miedo, cielo.

—Podríamos descorchar ya el champán.

—Estamos dentro de un armario, Mark.

—¿Y qué? ¿Es que en un armario no se puede beber champán o qué?

—Queríamos hacerlo en la sección de colchones.

—Tú querías.

—Porque tú no quieres una cama de agua. ¿Qué otra opción me queda?

—Es verdad. Como estoy en contra de una cama de agua, tenemos que pasar la noche a escondidas en una tienda de muebles y decoración.

—Exacto.

—Si nos pillan, esto podría resultar bastante bochornoso para mí.

—No te pongas a temblar de miedo, Mark.

—Quiero brindar contigo ya.

—Todavía tenemos que esperar un poco.

—Entonces quiero besarte.

—Ahora no.

—Pues ¿cuándo?

—No podemos hacer ruido.

—Pero es que quiero, ahora. Si no me besas, grito, y entonces ya puedes olvidarte de lo de la cama de agua.

—Tú no harías eso, jamás.

—Que sí, pienso hacerlo.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí.

—Entonces ven conmigo.

Blum abrió la puerta del armario y echó a correr. De puntillas por la tienda de muebles, tirando de la mano de Mark escalera arriba. Departamento de colchones, cama de agua. Cómo se hundieron, cómo rieron y se abrazaron. Cómo se besaron. Mark y Blum el día de su boda, hace seis años. La felicidad en una zona prohibida, ese cosquilleo que ella sigue sintiendo aún cuando lo recuerda. Es como si todavía lo viera, la cara del vigilante que apareció de repente. La linterna que se encendió, el rayo de luz que los iluminó. El uno en brazos del otro, dos amantes, impertérritos en la cama de agua. En lugar de saltar, se quedaron tranquilamente tumbados, solo alzaron la mirada a lo largo del uniforme hasta encontrar el rostro del vigilante. Nadie dijo nada, tampoco el hombre se movió. Solo había una sonrisa en los labios de Mark y de Blum. No opusieron resistencia, se entregaron, no intentaron siquiera escapar, se quedaron abrazados y esperaron a ver cómo reaccionaba el hombre. El vigilante, la figura oscura con linterna, el guardián de la ley. Contaban ya con lo peor, pero no sucedió así. En lugar de castigarlos, de amenazarlos y de ejercer su poder, el vigilante sonrió de oreja a oreja y les señaló con educación que la tienda estaba cerrada. Luego los acompañó a la salida. Nada más.

Mark y Blum hace seis años en el aparcamiento de la tienda de muebles y decoración. Apenas podían creer lo que acababa de ocurrir. Que los habían pillado, que no habría consecuencias. Solo la risa que resonaba por el aparcamiento. Y Mark, que descorchó el champán, y cómo bebió Blum de la botella, cómo se sentaron ambos en el coche porque había empezado a nevar. Hace seis años, el pequeño Polo en el que Blum espera ahora a Jaunig. Hace seis años, champán en dos bocas, manos entrelazadas. Y unas carcajadas que nada podía acallar. Hasta que la botella se terminó y se quedaron en el coche mirando cómo nevaba. Cómo caían los copos. Mucho rato, hasta que el parabrisas quedó blanco, hasta que estuvieron a solas. Ocultos bajo una capa de nieve. Mark y Blum.

Ahora solo está Blum. No hay nieve en el parabrisas. El asiento del copiloto está vacío. Es verano, lo que antes fue ya solo es un bonito recuerdo que duele. Mientras Blum espera. A Jaunig. A que suba por la pendiente. Sabe que pronto pasará corriendo por ahí delante, que no tardará mucho más. Siempre a la misma hora, los últimos cuatro días ha sido así. Ella se ha apostado frente a la casa parroquial. El hombre ha salido todas las tardes a la explanada de la catedral con su chándal gris y ha empezado a correr. Poco antes de que caiga la oscuridad, abandona el casco antiguo. Por el puente del Eno, por la calleja de Höttinger, hacia arriba, hacia el bosque.

Blum espera. Está sentada en el pequeño Polo y espera a Jaunig. No hace más que mirarse en el retrovisor, la cara, los ojos. Se mira. La piel en el espejo, las comisuras de la boca, los labios. Lo que Mark le decía siempre. Que su boca está triste. Cuando ella estaba decaída, cansada, cuando ya no era capaz de sentirlo. El bien que había llegado con Mark. El bien que había desterrado todo lo que había sido antes. Su cara en el espejo le dice que vuelve a no estar ahí. Bajo su piel solo hay vacío y frío.

Blum. Está convencida de que el hombre pasará. Sabe que pasará. Lo ha planeado todo. Que necesitaba dos días para ella, ha dicho. Dos días junto al mar. «Por favor, Karl, ocúpate tú de todo. Te estoy muy agradecida, Karl». Les ha prometido a las niñas que les traería algo, conchas y arena. Ha abrazado a Karl. Después se ha bebido un vaso de vino en la cocina. Las niñas estaban jugando con plastilina y ella ha decidido cuál sería el siguiente paso. Todo lo que sucederá dentro de nada, en cuanto Herbert Jaunig aparezca al final de la calle. Blum lo repasa, con todas sus fuerzas. Todo lo que ya no está ahí, todo lo bello, Mark. Todo eso le ayuda a justificar lo que sucederá dentro de nada.

El hombre de Dios. Cómo se acerca corriendo. Blum en el coche. Preparada para girar la llave en el contacto. Él puede verla. Un utilitario en el arcén. No se fija en el vehículo, solo sigue corriendo. Hasta que llegue a su altura, hasta que ella gire la llave y dé gas. Veinte segundos todavía. Tiene que hacerlo. Ahora, ya.

Herbert Jaunig. Cómo choca su cuerpo contra el coche. Cómo cae al suelo el futuro obispo. Su expresión de horror solo está ahí un instante, ella no duda ni un segundo, lo atropella, le parte los huesos, el hombre desaparece bajo el vehículo. Blum frena y da marcha atrás. Sin piedad. Tiene que darse de prisa, tiene que arrastrarlo hasta el coche, meterlo en el maletero, sus piernas, los brazos, el tronco. Antes de que aparezca alguien, de prisa. Blum salta del Polo, lo arrastra con todas sus fuerzas, tira de él, levanta al sacerdote hasta el pequeño maletero. Solo es un trozo de carne, huesos. Lo dobla, no tiene ninguna consideración por no hacerle daño. Lo inmoviliza con cinta adhesiva, lo amordaza, lo maniata. Un accidente, piensa. Solo un accidente lamentable, nada más. Cierra la puerta del maletero sin aliento, vuelve a subir al coche y arranca. Dentro de seis horas estará en Trieste. Dentro de seis horas hablará con él. Eso, si es que aún está vivo.

Por la autopista. Ningún control de tráfico. Se esfuerza por no llamar la atención en la carretera, lleva el depósito lleno, no se detiene. Sin piedad con el sacerdote. No oye

sus gemidos, los ruidos que salen del maletero. El rugido del motor es más fuerte, la carretera, el paisaje italiano. Todo le resulta familiar, cada área de servicio por la que pasa de largo, los carteles de las salidas. Blum y Jaunig de camino al mar. Mucho tiempo para reflexionar, mucho tiempo para acostumbrarse a la situación, al hecho de que ha secuestrado a un hombre. Al hecho de que ha matado. De que tal vez lo haga de nuevo. Le recuerda a esa serie.

*Dexter.* A Mark le gustaba. Se pasaba noches enteras en su estudio viendo cómo un forense se toma la justicia por su mano durante su tiempo libre. Cómo retira a los malos de la circulación. Cómo libera al mundo de la escoria. Dexter Morgan, siete temporadas de locura, Mark no se saltaba ni un capítulo, le entusiasmaba, siempre quería convencer a Blum para que se sumergiera con él en el mundo del asesino en serie, y Blum siempre se reía de él. No era capaz de comprender cómo podía creer Mark que la realidad se pareciera a la serie ni por asomo. Qué tontería, decía ella, y se tumbaba con él en el sofá. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, un policía que se encarga de los malos. De los que han conseguido escapar. Un policía que se encarga de hacer justicia porque no hay nadie más que lo haga. Un cuento de venganza sin ningún parecido con la realidad, una pérdida de tiempo. Aun así, Blum se quedaba tumbada a su lado y veía cómo el hombre de la pantalla inmovilizaba a sus víctimas en la mesa con film transparente. Cómo les clavaba un cuchillo en el corazón y al final los despedazaba y los lanzaba al mar. Blum no podía evitar reírse. De Mark, de Dexter. Un asesino, nada más. Ella intentaba convencer a Mark, pero él lo defendía con discursos enardecidos, apoyaba lo que hacía Dexter. Que matara. Aunque Mark era policía. Lo comprendía, no lo condenaba. Dexter. Mark.

Poco antes de Verona. Blum sonríe. Ha secuestrado a un hombre. Ha troceado a un hombre. Igual que en la serie. Los trozos del cadáver en los ataúdes. El coche fúnebre, la funeraria, la cámara frigorífica, la sala de preparación. Condiciones ideales. El guion de Blum es mejor.

Blum sigue conduciendo. Está relajada, casi siente indiferencia. Una calma que nace de su interior. Aunque el mundo está patas arriba. Conduce en línea recta. Igual que aquella vez en el barco. Hace ocho años, al sol. No hay nada que la detenga. Sabe lo que tiene que hacer. En plena noche, poco antes de Trieste. Herbert Jaunig vive aún. Cuando reduce la velocidad puede oírlo, sus gemidos y las ruedas sobre el asfalto. El viento, el motor y esos gritos sordos, amortiguados por la mordaza. Dolor, desesperación, miedo. Blum sigue conduciendo. Sin piedad. Él aún respira, puede hablar, dirá algo. Sobre lo que ocurrió. Pronto llegarán a su destino. Las curvas

cerradas que bajan al puerto. El muelle de siempre, la Lanterna di Trieste, el viejo velero, el mar. Y Blum.

Cierra la puerta del maletero golpeándole la cabeza. La empuja con una violencia enorme hacia abajo y le da a Jaunig una segunda vez. Él quiere incorporarse, quiere gritar para pedir ayuda, pero Blum le golpea de nuevo. No deja pasar ni un segundo, ha aparcado el coche muy cerca del barco. Jaunig no tiene ninguna posibilidad, sus ojos no pueden decir nada, se cierran. Ahí no hay nadie para ayudarle, nadie que le impida a Blum sacarlo del maletero y llevárselo a rastras hasta el barco. Blum lo hace sin más, poco importa lo mucho que pesa, lo deprisa que debe suceder todo porque en cualquier momento podría aparecer alguien. El hombre se lo ha hecho en los pantalones, está mojado. Un pedazo de carne que ella lanza a la cámara de oficiales. Jaunig cae directo sobre la mesa. Inconsciente en el vientre del barco. Indefenso como un niño.

Blum aparca el coche y suelta la amarra. En menos de diez minutos ya está lista para zarpar, quiere abandonar el puerto lo antes posible, quiere estar a solas con él cuando despierte. Nadie lo oirá. Allí solo estará el mar. Y el lobo herido. Ya no es capaz de tenerse en pie, pero todavía muerde, Blum lo sabe. Lo ata bien fuerte a la mesa y lo rocía con gasolina. Después pone en marcha el motor y aleja el gran barco del muelle con cuidado. Sola al timón, sola por la bocana. Qué bien huele todo, como siempre. Abajo, Jaunig, que vuelve en sí. Arriba, la noche que lentamente se convierte en día. Qué maravilla, piensa Blum, y respira. Una inspiración larga y profunda. Italia.

Sobre el agua, lejos de todo. Libertad. También ahora. Poco importa lo que suceda. Al final está sola con el agua. Únicamente el azul, las olas, la sal sobre la piel. Tal vez haga sol, quizá llueva. Poco importa cómo resulte el día, Jaunig acabará callado. Los gimoteos y los lamentos pronto cesarán. Enseguida habrá pasado todo. Blum se queda un poco más en cubierta, lleva el barco más allá del rompeolas, lo adentra trece millas en mar abierto y entonces apaga el motor. Deja la embarcación al paio y baja con Jaunig. Que pare de alborotar, le dice. Que le prenderá fuego, le grita. Entonces le arranca la cinta adhesiva de la boca. Tiene fuertes dolores y ella se da cuenta, pero el hombre no dice nada. Le tiembla todo el cuerpo, pero intenta controlarse. Tiene miedo, pero no lo demuestra. Mira a Blum, no puede moverse, ni un centímetro. Cómo yace ahí, esperando. Blum está de pie junto a él. Con un mechero en la mano.

—Si mientes, te prendo fuego.  
—Las piernas. No puedo moverlas. Tiene que ayudarme.  
—¿Me has entendido?  
—Tiene que llevarme al hospital.  
—Ahora me lo explicarás todo.  
—¿Qué quiere de mí? Esto es una locura. Suélteme. Por favor.  
—Quiero que me digas quiénes son los otros tres hombres. Dónde puedo encontrarlos, cómo se llaman.  
—Necesito algo para el dolor.  
—Ahora tu dolor no es importante.  
—Por el amor de Dios, aparte de una vez ese mechero.  
—Erais cinco. Edwin Schönborn, tú y otros tres más.  
—¿De qué está hablando?  
—No te equivoques con lo que digas. No tendrás una segunda oportunidad.  
—Soy sacerdote.  
—Eso no les sirvió de nada a las dos chicas y al chaval.  
—Podemos hablar sobre lo que quiera. No es como usted piensa.  
—Es peor. Mucho peor. Y lo sabes.  
—No conozco a esos hombres. Llevaban máscaras. No tengo ni idea de quiénes son los demás. Tiene que creerme.  
—¿Por qué mientes?  
—No miento.  
—Ninguno de ellos te ayudará ahora.  
—¿Quiere dinero? La diócesis pagará lo que haga falta, puedo conseguirle dinero, todo el que quiera.  
—Crees que puedes regresar a tu catedral y hacer el bien. Como si no hubiera ocurrido nada.  
—Nunca he hecho ninguna otra cosa, tiene que creerme.  
—Dunja. Ilena. Youn.  
—Eran almas perdidas. Yo me ocupé de ellas. ¿Lo entiende?  
—¿Eran?  
—Aparte el mechero y desátame.  
—¿Qué le ocurrió al chico? ¿Qué hicisteis con él?  
—Puedo ayudarle. Todavía está a tiempo de dar marcha atrás. Todo esto no tiene por qué terminar así. Dios la perdonará, créame. Su bondad es inconmensurable.  
—Cierra la puta boca.  
—Puedo ver que es usted desgraciada, que se ha equivocado, que ya no encuentra el buen camino. Está desorientada y desesperada, déjeme que le ayude. Por favor. Desátame.

—Una vez fui muy feliz.

—Y volverá a serlo, pero solo si suelta ese mechero de una vez. Lo que está haciendo aquí no le servirá de nada a nadie.

—Mi felicidad está muerta.

—Le propongo que recemos juntos. Sea lo que sea lo que le haya sucedido, puede dejarlo atrás. Míreme. Me ha atropellado, tengo los huesos rotos. Me ha metido en un maletero, me ha golpeado, me ha echado gasolina encima. Y aun así estoy dispuesto a ver la bondad en usted. Con la ayuda de Dios, cualquier dolor puede soportarse.

—El policía al que atropellasteis era mi marido.

—Lo siento muchísimo. Pero toda pérdida puede superarse, debe mirar usted de nuevo hacia delante, dejar otra vez paso a la vida.

—Sí, eso debo hacer.

Lo que Jaunig dice. Lo que no dice. Qué poco sentido tiene cualquier otra palabra suya. Porque callará, porque prefiere morir a hablar. Blum lo sabe. Y por eso le prende fuego. Despacio y con calma, se inclina hacia delante y acerca el mechero a su ropa. Como si quisiera encender una vela, le prende fuego al sacerdote. Cómo brama de dolor, cómo la insulta. Cómo intenta el lobo despedazarla, con palabras. Cómo arde Jaunig.

Blum se levanta despacio y sube a cubierta. No se vuelve, ya no oye los gritos del hombre. Sale y mira cómo el cielo va llenándose de luz. No ve cómo Jaunig quiere soltarse, cómo se lanza de aquí para allá con desesperación. Cómo grita para salvar su vida, quiere protegerse la cara. Su ropa en llamas, su pelo, su piel. No lo ve. Se queda ahí inmóvil, contemplando el cielo de la mañana. Durante dos largos minutos solo existen el rayar del alba y ella. En su interior todo está en calma. Una vez más. Después vuelve abajo.

La espuma ha librado al barco de daños mayores. Blum lo ha protegido todo alrededor del hombre. Ha vaciado el contenido de tres extintores por el suelo, sobre los bancos. Ha atado a Jaunig tan fuerte a la mesa que las llamas se han mantenido bajo control. Solo han arreciado sobre él. Blum lo ha hecho todo bien. Actúa con celeridad. Lanza tres mantas sobre el hombre, apaga el fuego. Hay humo y hollín por todas partes, el purgatorio. Jaunig yace en la mesa ante ella. Jaunig ya no respira. El buen Dios lo ha abandonado.

Blum está quieta y mira. El barco ha sufrido. El suelo, la tapicería, el techo, el mástil.

Aun así, sonrío. Repararé la cámara de oficiales. Ya hace años que quería ahuyentar de ahí los espíritus de Herta y de Hagen. Renovar el barco; a su gusto, no al de Hagen. Ahora lo hará, Jaunig le ha dado un motivo, el fuego. En primavera lo reformaré todo, tirará los muebles viejos a la basura. Cumpliré un sueño, construirse un nuevo nido. Navegar con las niñas en mayo. Todo lo que ve todavía ante ella formará parte del pasado. Nada se lo recordará. A Jaunig. Nada.

Blum observa. Ayer todavía estaba en el mar. Hacía sol. Fue maravilloso, se dejó llevar por las corrientes, todo el día sobre las olas. Agotada y contenta. Lo que había hecho estaba bien. Jaunig estaba muerto. Yacía carbonizado ante ella. Su ropa, la piel, el pelo, el cuero cabelludo. Muy pocas veces en su vida ha tenido Blum víctimas de incendios en la mesa de preparación. Bajó y lo observó. Le fascinaba lo que había hecho el fuego con él en solo dos minutos. Con su cara, con sus manos, con todas las partes de su cuerpo que quedaron sin protección y fueron pasto de las llamas, el fuego había atacado sin compasión, lo había mutilado. Jaunig. Un sacerdote muerto al que Blum decapitó.

Todo fue fácil, todo funcionó sin pegas, ella puso una cubeta bajo la mesa y golpeó. Con un hacha, hasta que cayó la cabeza. La sangre quedó recogida en la cubeta. Todo salió bien. Todo lo que hacía estaba bien. Tenía que deshacerse del cadáver, tenía que limpiar, eliminar la sangre. No había sido más que un pequeño incendio en un camarote, un accidente en la cámara de oficiales, una vela que se había dejado encendida. El hollín del techo, la mesa carbonizada. Blum limpió y frotó. Casi lo dejó todo como si no hubiera sucedido. Metió la cabeza de Jaunig en una bolsa de plástico. Su cuerpo lo lanzó a los tiburones.

Mark le había hablado de ellos. Que de verdad los había frente a las costas de Trieste, que se acercaban a tierra firme acompañando a los cargueros desde mar abierto. Tiburones que amenazaban a los veraneantes, tiburones de los que había que proteger con rejas las playas de bañistas. Nadaban allí donde Blum navegaba con su barco, bajo ella, en un mar con veinticuatro metros de profundidad en ese punto. Un buen lugar para Jaunig. Para su cuerpo, no para su cabeza. Cuando ya casi había dejado de salir sangre, lo subió a cubierta con el cabrestante, un cuerpo decapitado que Blum lastró con el ancla de repuesto. Fue solo un cuerpo lo que lanzó al agua. Herbert Jaunig. Sin cabeza.

Blum no quería que simplemente desapareciera y todo quedara olvidado. Quiere que se sepa que ese hombre hizo algo. Algo por lo que debía morir. Blum quiere armar

alboroto, sacar a los sapos de la maleza, espantarlos, que sientan miedo. Algo sucederá, alguna cosa que le diga qué será lo siguiente. Jaunig ha muerto. Ha preferido callar a hablar. A confesar. Lo que hizo. Que era pecado. Ni una palabra, ni un nombre. Blum no ha descubierto nada. Solo que Jaunig participó y que estaba enterado de la muerte de Mark. Que se ha reído de ello. «Toda pérdida puede superarse, debe mirar usted de nuevo hacia delante, dejar otra vez paso a la vida». Blum lo sigue oyendo. Lo que le dijo. Y el sonido del mechero.

Doce horas antes todavía estaba en el mar. Ahora contempla la bolsa de plástico. Está sentada bajo un árbol a cincuenta metros de la cabeza del sacerdote. A primera vista no se la ve. Encaja en esa imagen apacible. La catedral, la plaza, la fuente. Y Blum. Una mujer que lee un libro por la mañana. Una mujer que espera a que alguien saque esa cabeza asquerosa de la bolsa.

Un hombre de ochenta y cuatro años que se ha ahorcado. Reza y Blum lo han descolgado de la viga del techo. Está abajo, en la cámara frigorífica. Nela pinta un dibujo, Uma tiene diarrea. Cotidianidad por todas partes. Massimo ha llamado varias veces. Están a mediados de septiembre. Unos chavales borrachos encontraron la cabeza de Herbert Jaunig, los periódicos no hablan de otra cosa. Al principio los chicos pensaban que se trataba de una pelota. Blum los vio sacar de una patada la esfera de la bolsa, un puntapié contra la cabeza del pastor. Y cómo de repente se quedaron quietos, cómo uno vomitó. Blum lo vio. Blum lo lee en el periódico. El pastor Herbert Jaunig brutalmente asesinado, decapitado. Todo ello inexplicable para el mundo de ahí fuera.

Blum se sienta con las niñas a la mesa del desayuno. El periódico trae una foto de la plaza de la catedral cerrada al público, recuerdos del día anterior. Una rebanada de pan con mermelada casera en la mano. Uma y Nela, que se desvisten y corren desnudas por toda la casa. «Quítate la ropa, mamá, por favor. Vamos desnudas». Blum mastica. Mira a sus hijas. Qué despreocupadas, qué cándidas son. Esos momentos en los que no piensan en su padre, en los que actúan como si no hubiera ocurrido nada. Uma y Nela. Han perdido a Mark. Esa es su realidad. La cabeza del candidato a obispo no es más que una noticia en el periódico, nada más. Un crimen que ha sacudido la pequeña capital de provincias. Un tema que despierta indignación. Solo un sacerdote que ha perdido la cabeza. Blum sonrío y se prepara una segunda rebanada.

No sabe qué sucederá ahora. Seguramente embalsamarán la cabeza de Jaunig, o la congelarán, la almacenarán en el Anatómico Forense y buscarán su cuerpo como locos. Los fieles pedirán a gritos un entierro, pero la cabeza de Jaunig seguirá en la nevera meses, años. Porque no encontrarán su cuerpo, porque los tiburones lo han devorado. No hay ni rastro de él. Ni rastro del sótano, de Blum. Nadie creyó a Dunja, para la Policía su historia no fue más que una invención. En el entorno de Jaunig no encontrarán nada. Analizarán a sus amigos y conocidos con rayos X, pero ninguno de ellos será culpable. Porque no han tenido nada que ver con su muerte. El verdadero asesino sigue oculto. No es un hombre, sino una mujer quien ha acabado con él.

Quien se ha encargado de que no le haga daño a nadie más. Nunca más.

Blum, que sigue ahí sentada mirando a las niñas. Todavía estará con ellas un rato, luego las dejará en manos de Karl y se ocupará del ahorcado junto a Reza. Una preparación de buena mañana ahuyenta preocupaciones e inquietudes, decía siempre Hagen. Hagen y Herta. Schönborn. Jaunig. Cuatro cadáveres. Blum inspira hondo y exhala. No tiene mala conciencia, volvería a hacerlo. Todo. Incluso lo de Massimo. Sucedió, él estaba a su lado cuando ella lo necesitaba. No se avergüenza de ello. Aun así, piensa si descolgar o no. Su nombre en la pantalla, llama ya por quinta vez. Blum duda un instante, luego oye la voz de él en su oído.

—¿Dónde estabas?

—En el mar.

—¿Por qué?

—Massimo, por favor, no hagas esto.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Por favor.

—Te echo de menos.

—Ahora mismo no tienes tiempo para esto precisamente. Parece que tenéis organizado un buen lío.

—Ya lo creo.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, Blum, pero es una depravación total. Todo esto es macabro, muy macabro.

—¿Lo han decapitado?

—Eso parece.

—¿Quién haría algo así?

—Ojalá lo supiera.

—¿A quién se le ocurre asesinar a un sacerdote, por el amor de Dios?

—Lo descubriré.

—Hazlo, Massimo, descúbrelo.

—Hoy estaré aquí ocupado todo el día, Blum, pero después podría pasar a verte.

—¿Dónde estás?

—En su casa.

—¿Hasta cuándo estarás ahí?

—Me queda un buen rato todavía.

—Voy yo a verte.

—Eso no puede ser, Blum, tengo que trabajar.

- Solo un momento. Para sentirte cerca. Un segundo.
- No.
- Por favor.
- Plaza de la Catedral, 5. Llámame cuando llegues.
- Qué haría yo sin ti.

Massimo. No la manda a casa. El apartamento de Jaunig. Blum quiere saber qué ocurre. Si hay algo allí que delate la verdad. Algo que los conduzca hacia Dunja. Hacia ella. Le ha dicho a Massimo que lo echaba de menos. Que lo necesitaba. Luego ha subido enseguida al coche. Él la ha abrazado un momento. Blum se ha abierto paso por el piso de Jaunig entre agentes con monos blancos, no ha llamado a Massimo, ha subido directamente a buscarlo. Muchos de los policías la conocen. Han compartido con ella barbacoas en el jardín. Blum ha dicho que tenía que hablar con Massimo y ha cruzado la puerta sin que nadie se lo impidiera. Está familiarizada con los procedimientos de conservación de rastros. Cuántos cadáveres no habrá ido a buscar ya, cuántos no habrá llevado al Anatómico Forense. Cadáveres que hacían pensar que se había cometido un crimen. Los hombres de los monos blancos recogen rastros, recopilan huellas dactilares, muestras de ADN. Blum lo ve, a Massimo, se acerca a él. Han desplegado el departamento al completo, recogen todo lo que pueda ayudarles a investigar. Pero no saben lo que buscan. A Massimo se le nota en la cara. Todo es un enigma. Un sacerdote, víctima de asesinato. Un hombre sin enemigos. Alguien que estaba al servicio de Dios. Alguien que hacía el bien. ¿Quién querría hacerle daño, quién tendría un motivo para prenderle fuego y decapitarlo? Para colgar su cabeza como señal de advertencia a la puerta de la catedral. Lo único que pueden hacer es recopilar rastros, hablar con amigos y conocidos, examinar su vida con rayos X, buscar incongruencias, peculiaridades. Rastrean todo el piso sin tener ni idea. Massimo le da un beso en la mejilla derecha y otro en la izquierda, y no tiene ni idea. «Ven, vamos un momento a la vinoteca de abajo», dice. «¿Puedo quedarme un rato más, por favor?», pide ella.

Blum logra convencerlo. Puede quedarse, un rato. Por Mark, dice ella. Quiere recordarlo, recordar su trabajo, a lo que se dedicaba. Lo ve ante sí. Normalmente él también habría estado ahí. Metiendo cosas en bolsas, recogiendo huellas dactilares. Desde que encontraron a Jaunig ayer a primera hora, Mark habría estado de servicio ininterrumpido, igual que Massimo. Ahora mismo todos se ocupan de ese caso. La Iglesia, la Policía, los creyentes, todos piden la resolución a gritos. Blum los oye. Su horror, el miedo que le tienen a un monstruo. Jaunig ha sido ejecutado, todos buscan a su verdugo. Todos buscan a Blum.

Se sienta en un rincón sin llamar la atención, tras su escritorio. «Aquí ya hemos terminado», dice Massimo. Blum se sienta en su silla, sus ojos recorren la habitación, ven todo lo que veía él. Herbert Jaunig. Nunca volverá a sentarse ahí, nunca volverá a sacar un libro de la estantería, nunca volverá a rezar. Ni a violar. Blum se ha encargado de ello. Se sienta satisfecha y mira. Ha estado bien no pedirle ayuda a Massimo. ¿Cómo habría podido ayudarlo? Habría tenido que olvidar todo aquello en lo que cree por ella, por ocultar un crimen. Blum no puede hacerle algo así. Ponerlo en esa situación. No puede y tampoco quiere. Es su historia, no la de él. Ella lo ha empezado, ella le pondrá fin. De algún modo.

Se queda allí sentada diez minutos. Después Massimo le pide que se marche. La acompaña abajo, en el portal la abraza, la besa. Está impaciente, deseoso, quiere estar con ella. Sus labios se posan de pronto sobre los de Blum, su lengua en la boca de ella, sin previo aviso, su cuerpo muy cerca. Blum lo permite. Lo que hace Massimo, lo que anhela, el amor que pide a gritos, ella no lo siente dentro de sí. Lo busca, pero no lo encuentra. Ahí solo está él, su ansia, sus manos sobre ella, sus susurros, su deseo. Massimo. Qué difícil se le hace rechazarlo, decirle que ella no puede, que debe comprenderlo. Que ella solo piensa en Mark. Y en Jaunig. En los hombres que le han arrebatado a Mark, que se lo han arrancado del cuerpo, en su ternura, en su amor. Solo piensa en eso. En que no dejará de buscarlos. En que también encontrará a los demás. Al payaso, al cocinero, al cazador.

La ha agarrado del brazo. Más tarde. Después de despedirse de Massimo. Blum ha querido quedarse un rato en la vinoteca, beber algo, reflexionar sobre lo que ha sucedido. El beso. Lo que ha visto en el piso del sacerdote. Ha abrazado a Massimo, ha entrado en el local y ha pedido un vino blanco. Una copa antes del siguiente cadáver, antes de la siguiente recogida. Una copa que debería hacerlo todo más sencillo. El vino acababa de entrar en su boca cuando de repente Schönborn ha aparecido a su lado y la ha agarrado. Sus dedos carnosos sobre el antebrazo de Blum; sus dedos, que le dicen que va en serio. Su rostro muy cerca. Cómo ha vuelto a soltarla. Lo que le ha dicho. Cómo se lo ha dicho.

—¿Qué ha hecho con mi hijo?

—¿Cómo dice?

—Ha desaparecido, hace días que no consigo dar con él. Quiero saber qué ocurre aquí.

—Como vuelva a ponerme la mano encima, grito.

—Quiero saber dónde está mi hijo.

—No conozco a su hijo.

—Si no me dice ahora mismo lo que sabe, lo lamentará mucho.

—¿Me está amenazando?

—Sí.

—Porque tiene miedo. Eso es bueno.

—Eso es absurdo. ¿De qué debería tener miedo? Estoy aquí porque sé que sucede algo. No es normal que Edwin desaparezca sin decir palabra. Y usted me preguntó por él. También me preguntó por el sacerdote. No puede ser casualidad.

—Al sacerdote lo mencionó usted, no yo.

—Y ahora está muerto.

—O sea... que sí tiene miedo.

—Pare ya de una vez. Me acosa durante la comida, me bombardea con acusaciones, se trae algo entre manos.

—Si usted lo dice.

—Sé quién es.

—Felicidades.

—Es usted enterradora.

—Bravo. Buena investigación. Pompas Fúnebres Blum, una empresa con tradición. Con mucho gusto puede usted contratarnos y dejar pagado y planificado su entierro hasta el último detalle con antelación. Me hará mucha ilusión encargarme personalmente de todo.

—Ahora dígame qué es lo que quiere de mí. Qué sabe sobre mi hijo, dónde está. Por qué revuelve en una mierda de hace tantos años.

—Esa mierda no es tan antigua. Por lo que parece, sigue usted metido en ella hasta el cuello.

—Será mejor que rece por que no le haya sucedido nada a Edwin.

—Rezar no sirve de mucho, créame.

—Si ha tenido algo que ver con su desaparición, acabaré con usted.

—¿También a mí piensa encerrarme en una jaula?

—Se le va a borrar esa sonrisita de la cara.

—No había pensado que pudiera ser tan fácil.

—No pienso quitarle los ojos de encima.

—Padre e hijo. El cazador y el fotógrafo. Y el pastor del pueblo. ¡Menudo trío! Ya solo faltan el cocinero y el payaso.

—Ya le dije que no sé de qué está hablando. Pero le prometo que lo descubriré.

—Ánimo.

—Volveremos a vernos.

Ha dado media vuelta y se ha largado. Blum ha tenido que tragarse lo que aún quería decirle. Sus palabras no han hecho más que darle vueltas en la cabeza. Que sabía quién era, que se había tomado la molestia de localizarla. Blum quería creer que Johannes Schönborn era el cazador. Sería tan fácil, tan lógico. Padre e hijo. Mientras hablaba con él ya lo estaba viendo tumbado en su mesa, mentalmente le cortaba piernas y brazos, lo trinchaba como si fuera un trozo de venado. Por un momento ha creído en su culpabilidad, pero él no tuvo nada que ver. Lo intuye. Johannes Schönborn no era uno de los hombres del sótano. Su rostro se lo ha confesado. En el restaurante y también esta vez, su sorpresa ha sido auténtica, sus ojos interrogantes. No tiene ni idea de lo que ha insinuado ella. Ni idea de las jaulas ni de los dardos anestésicos, y tampoco los tres nombres le dicen nada. El viejo Schönborn únicamente está inquieto, preocupado, quiere recuperar a su hijo. Seguirá con vida, Blum no lo descuartizará, no lo enterrará con el siguiente cadáver que va a recoger.

Blum en el coche de camino al Anatómico Forense. Tienen un muerto para ella, una autopsia rutinaria. Aparca frente a la entrada, se apea y espera al empleado que le hará entrega del cadáver. Cuántas veces no ha estado ya ahí, qué familiar resulta todo. Las neveras, los cuerpos que aguardan en los pasillos. Nada le da miedo, solo son

cadáveres, desconocidos metidos en sacos, abiertos y vueltos a coser. Extraños que no la afectan emocionalmente, simples transportes. Cuerpos que van de una nevera a otra. Nada más. Nada menos.

Blum camina pasillo arriba y pasillo abajo. Piensa que el día ha empezado bien, piensa en el despacho de Jaunig, en la carta de restaurante que había sobre su escritorio. Espera tener razón con su sospecha. Es su instinto lo que la impulsa desde que ha salido con Massimo del piso del sacerdote. Mientras espera, piensa qué será lo siguiente que hará. Solo un par de minutos, le han dicho. Esperar. Reflexionar. Esperar. Caminar arriba y abajo. Y de pronto está ahí, a su lado. El rostro familiar, su cuerpo, su melena. La mirada de Blum se posa en ella unos instantes, casi la pasa de largo, casi no la reconoce bajo el plástico. Blum se detiene. Yace dentro de una bolsa con el torso abierto, piel blanca. Un cadáver recuperado del agua. Al principio Blum no logra entenderlo, no asimila lo que ve. Que está ahí muerta, en el sótano del Anatómico Forense. Sin más, sobre una camilla porque en la nevera no queda sitio para ella. Blum está ahí quieta y quiere gritar, pero no puede. Porque de repente siente frío. Y silencio. Solo es un cadáver más, un cuerpo al que nadie echa en falta. Nadie la conoce. Solo es una mujer sin nombre. Dunja.

Ni una palabra. Todo es silencio. Durante un buen rato no hay nada. Solo Dunja. Solo ella. Incapaz de reaccionar, de formar un pensamiento claro. Solo Dunja. Y todo lo que fue. Cómo la conoció. Primero apenas una voz, luego un rostro, después una sonrisa incluso. Blum no deja de mirarla. No hay ninguna palabra que sirva de nada, ningún pensamiento que pueda deshacer lo ocurrido. Blum se obliga a no llorar, a no mostrar sentimientos. No quiere que nadie se dé cuenta de que se conocían, de que algo las relacionaba. El ayudante del forense la aparta de Dunja, está a todas luces molesto porque se ha quedado plantada frente al cadáver de esa mujer y no se mueve, porque la mira con unos ojos muy fijos y vacíos. Le pregunta si se encuentra mal, si puede ayudarle en algo, si quiere un vaso de agua. Ella dice que no con un gesto, como si todo fuera bien. Se hace cargo del cadáver que había ido a buscar y se marcha.

Dunja. El ayudante del forense ha respondido todas sus preguntas. La verdad es que no sabía por qué quería saber Blum todas esas cosas, pero ha respondido. Que seguramente fue un suicidio, ha dicho. O un accidente. La autopsia ha corroborado que murió ahogada sin lugar a dudas. Se ha descartado cualquier acción ajena. Ya en otras ocasiones se han encontrado cadáveres en la reja de la entrada de agua de la central eléctrica del Eno. Una excavadora los saca del río, donde acaban junto a

ramas y basura. Cada pocas semanas limpian la reja de todo lo que ha arrastrado la corriente y encuentran los cuerpos por casualidad. Un ahogado más, seguramente una indigente, sin papeles, no ha habido aviso de desaparición, nadie la conoce. Seguramente estaba borracha y se cayó al río. O ya no soportaba seguir en esta vida y saltó. «El caso es que está muerta», ha dicho el ayudante del forense.

Blum. En el coche fúnebre con una mujer de cincuenta y tantos. Un infarto tras un trasplante de pulmón, los familiares ya le han llevado la ropa a la funeraria. Blum de camino a casa. La sacará de la bolsa de plástico, la lavará, reparará sus heridas, le coserá la boca. Volverá a vestirla. Cómo le gustaría hacer eso mismo por Dunja. Cuidarla, tocar con sus manos su cuerpo maltrecho, dedicarle cariño una vez más, respeto. Cómo le gustaría. Pero Dunja ha tenido que quedarse donde está. Acabará en la cámara de larga estancia, allí dentro la temperatura es aún más baja y los cadáveres a menudo se quedan meses. Todos los que no se han podido identificar. Víctimas de asesinato que los investigadores no pueden entregar por motivos técnicos. Víctimas como Jaunig. Con toda probabilidad Dunja acabará en el mismo frigorífico que él. Verdugo y víctima, tranquilamente apilados uno sobre otro. El destino es cruel. Y Blum no puede hacer nada para evitarlo. Toma carrerilla hacia una piscina sin agua. Se lanza de cabeza, cae sin tomar aire. Blum en un coche fúnebre que atraviesa la ciudad. Sus lágrimas resbalan en silencio.

Cuántas lágrimas tiene una persona. Si pudieran contarse. Recogerse, llenar con ellas un recipiente, un cubo. Una piscina llena de lágrimas. Para que no se haga daño cuando caiga en ella. De cabeza. Blum. Tres días sin respirar, realiza su trabajo, está con las niñas, intenta seguir viviendo. La tristeza vuelve a estar presente. La paraliza. No haber podido ayudar a Dunja le resulta duro. Blum habría tenido que ir con más cuidado, protegerla. Ha fallado. No habría tenido que dejarla ir sola al supermercado. Podría seguir viva. Pensarlo le duele. Que Dunja está muerta. De Moldavia al sótano, del sótano a la cámara frigorífica. Nada hermoso en años, solo miedo. Desde que se levantaba hasta que se iba a dormir. Miedo a que volviera a suceder. Miedo a que la encontraran. Miedo a no olvidar. A que aquello nunca la abandonara. A no poder quitárselo de la cabeza, del cuerpo. Miedo.

Hace tres días que Blum le da vueltas. Retirarse o atacar. ¿Hacer como si las cosas fueran a mejorar o destrozarlo todo? Tres días de tregua, tiempo muerto. La rabia vuelve a cobrar forma en su interior, el odio hacia los responsables. No duda ni por un instante de que ha sido un asesinato. Dunja no ha saltado, no se ha caído simplemente al agua, tampoco huyó. Se sentía a gusto en la habitación de las niñas, habría regresado. Alguien la hizo callar. Luego se deshicieron de ella, la lanzaron al agua como un pececillo miserable y muerto. La boca de Dunja. Abierta ante ella en el Anatómico Forense. Fría y sin palabras.

Un asesinato. Uno más. Ilena, Mark, Dunja. Durante tres días no piensa en ninguna otra cosa, se atormenta, busca a toda costa una explicación para ello. Por un instante piensa en olvidarlo, en tomar la decisión de seguir siendo feliz con las niñas. Pero no es capaz, le falta Mark, la vida de antes ya no existe, la nueva apenas está empezando. Blum bebe vino en su terraza. Los pensamientos vuelan incontrolados de aquí para allá, las niñas se han quedado dormidas en su regazo. Nada de lo que hacen, de lo que son, de lo que dicen consigue mejorar la situación. Lo que Nela ha dicho antes de dormirse.

—¿Mamá?

—Sí, cariño.

—Tengo felicidad en la tripa.

—¿Felicidad?

—Sí, mucha felicidad.

—¿Por qué?

—He visto a papá.

—¿Qué has visto?

—Está bien, mamá. Iba en su moto y me ha sonreído. Y me ha guiñado el ojo, mamá.

—No.

—Que sí, mamá, y ha dicho que no estés triste.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, eso ha dicho.

Cuánto hace que está muerto. La última caricia queda ya muy atrás, la última sonrisa. Cómo le habría gustado a Blum ver lo que ha visto Nela. Cómo le habría gustado ahorrarle todo eso a su hija. Tener que ser tan fuerte. Todos los días, sobrevivir de algún modo. Porque ahí fuera hay asesinos. Asesinos que acaban con todo. Blum bebe y acaricia a sus hijas. Hace una bonita noche de otoño, el cielo está despejado, todo es muy sencillo. Duele, pero es sencillo. Ellos han atacado, Blum contraatacará. Porque no le queda nada más que hacer, no hay nada que le devuelva a Mark. Encontrará también a los que faltan, ahora se irá a dormir con sus hijas. Después despertará y los encontrará.

La noche. La mañana. Karl, que se hace cargo de las niñas como siempre. Reza, que le pregunta a Blum qué tiene pensado hacer. Blum no dice nada, le sonrío. Igual que Mark le ha sonreído a Nela. «No te preocupes por mí, Reza. Volveré. Sí, tendré cuidado. Sí, puedes estar seguro. Gracias, Reza». Blum sobre la moto, cruza la entrada y sale a la calle. Blum de camino a Kitzbühel. Aunque sabe que no tiene sentido, que seguramente no sacará nada de ello, de todas formas lo hace. Ha sido como una inspiración. Vio esa carta de restaurante y se preguntó por qué estaba allí. Una carta de un restaurante de Kitzbühel en el escritorio de un sacerdote de Innsbruck. ¿Por qué se la habría llevado? ¿Un sacerdote roba cartas en los restaurantes? ¿Un sacerdote conoce tan bien al dueño que le han dejado llevarse una? Cincuenta y cuatro kilómetros más hasta el restaurante de Kitzbühel. El Puch-Stube. Solo una corazonada.

En las afueras de Kitzbühel, mirando al bosque. Muchas casas y apartamentos con que los ricos han conquistado el terreno, chalés vacacionales, segundas residencias, entre ellos un restaurante de etiqueta. Pequeño, de cuarenta comensales, elegante,

discreto. Blum ha preguntado por el cocinero. Todo el mundo sabe a quién busca, todo el mundo conoce a ese hombre, Bertl Puch. El cocinero de la tele. Un restaurante fantástico, muy caro. Blum aparca. Es mediodía, dentro todos están sentados frente a sus platos vestidos de etiqueta. Kitzbühel. Blum siempre ha odiado esa meca de los ricos, esa aglomeración de dinero y poder. Se reúnen, se atiborran de salchichitas blancas y caviar. Están entre los suyos, se aíslan.

Kitzbühel. Finales de septiembre, mediodía en un restaurante. Le ruegan a Blum que abandone el local, el camarero le comunica que tienen unos requisitos en cuanto a la vestimenta. Blum, sin embargo, no se mueve. No tiene nada que perder, quiere saber si sigue la pista correcta. Si se conocían. El cocinero y el fotógrafo. El cocinero y el sacerdote. Lo descubrirá. Se quita la ropa. Delante de todos esos ojos, la cazadora de piel, los pantalones, las botas. Saca de su bolsa unos zapatos de tacón. Sus piernas largas, los pies descalzos, se yergue como un cisne con su vestido veraniego de flores y guarda el uniforme de cuero en la mochila. El camarero la mira con los ojos muy abiertos. Acepta apretando los dientes que la mujer se quedará. Le indica una mesa. Blum toma asiento.

No está ahí por voluntad propia, se siente a disgusto, detesta la ostentación. Lo hace por Dunja. Pide e intenta sonsacarle algo al camarero. Pero él se mantiene discreto. Pasa por alto las preguntas de Blum sobre el propietario. ¿Cuándo regresará Bertl Puch? ¿Venía Herbert Jaunig muy a menudo al restaurante? Ninguna respuesta. Durante los entrantes, nada. Tampoco en los entremeses. De pronto, no obstante, la mujer de la mesa de al lado se sienta con ella. Una cotilla, lo que había esperado Blum. Respuestas, detalles, información de primera mano. Todo ello servido como plato principal. «Me llamo Kordula Heidmann», dice la mujer. Una cincuentona desconocida y ricachona a quien Blum da la bienvenida, toda oídos. Su rostro modelado, su ropa, su reloj, que debe de haber costado un dineral, el bolso de diseño. Todo en esa mujer apesta a dinero. Que va a menudo allí, dice. Que puede ayudarle, le susurra. Y lo hace con mucho gusto. Blum es su momento álgido del día, su distracción para la comida. La mujer contempla con curiosidad a la belleza exótica con vestido veraniego de flores. Kordula Heidmann habla. Sin preguntar por qué le interesa nada de eso a Blum. Una mirada al plato. *Magret* de pato sobre pan integral con una capa de chocolate. Blum corta trocitos de *magret* mientras Kordula Heidmann le habla de Bertl Puch. Y de Herbert Jaunig.

—El chef no está, por desgracia.

—¿Y adónde ha ido? Me habría gustado muchísimo conocerlo, todo el Tirol

comenta cosas sobre él.

—¿Todo el Tirol? Toda Austria, querrá decir, ese hombre es un genio, tiene unas manos de oro. No imagina usted la suerte que tenemos con él.

—Sí, seguramente tienen mucha suerte.

—Ahora mismo está grabando la nueva temporada de su programa de cocina. En Viena. Es un hombre muy activo. Y muy joven aún. Se ha labrado una carrera ejemplar. Para ponerse de rodillas, ese hombre. El país entero viene hasta aquí para disfrutar de su cocina. La comida es espectacular. ¿No le parece?

—Espectacular, tiene razón.

—No se pierda los huevos de codorniz. Y el cordero, en la vida ha comido una carne tan tierna.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Por supuesto que puede.

—Herbert Jaunig. ¿Lo conocía?

—Uy, ya lo creo. Una auténtica desgracia, con lo amable que era ese hombre. Le encantaba la comida, era todo un *gourmet*, un sibarita. En el Puch-Stube todos quedaron muy afectados por su muerte. No puede ni imaginarse lo mucho que me afectó a mí también cuando me enteré.

—¿Tenía amistad con él?

—No, no, pero muchas veces comía a su lado y lo contemplaba.

—¿Haciendo qué?

—Comer.

—Comprendo.

—Era un buen hombre, el señor pastor.

—Sí, lo era.

—Siempre se sentaba allí, siempre en el mismo sitio. Contemplarlo mientras comía era un gran placer.

—¿Se sentaba solo?

—Casi siempre. Una vez quise acompañarlo a la mesa, pero estaba orando. Decía que aprovechaba toda ocasión para rezar por nosotros. Un hombre extraordinario. Y luego eso... ¡Decapitado! Todavía no me lo puedo creer.

—Es increíble, sí.

—¿Quién haría algo así? Debe de ser una bestia, un monstruo.

—Tal vez el señor pastor se lo merecía.

—Por el amor de Dios, ¿cómo se le ocurre? ¡Jamás!

—Podría ser.

—Nadie se merece algo así. ¿Qué tendría que haber hecho el buen hombre que justificara semejante acto? Créame, esto ha sido cosa de un loco asesino.

—Seguramente tiene razón.

—Por supuesto que tengo razón.

—¿Y el dueño?

—¿Qué pasa con el dueño?

—Jaunig y él debían de conocerse.

—¿Que si se conocían? Esos dos eran los mejores amigos del mundo. Uña y carne. No podían estar más unidos. Lo suyo era una de esas camaraderías masculinas hermosas de verdad, se lo digo yo.

—Algo así es poco común.

—Todo esto ha dejado muy tocado a Bertl. Está destrozado.

—Ellos dos debían de conocerse desde siempre, ¿verdad?

—Creo que se conocieron en el valle de Ötz.

—¿En el valle de Ötz?

—Sí, Bertl estuvo trabajando allí de cocinero antes de poner en marcha esto. En el hotel Annenhof, un establecimiento sencillo. Comida casera, sin etiqueta. Y de repente despegó. Al cabo de cinco años, Bertl se había convertido en una superestrella.

—¡Caray!

—No hay un restaurante mejor en todo Kitzbühel.

—De un pequeño hotel de provincias al cielo gastronómico.

—De cero a cien.

—Y querido por todo el mundo. Qué bonito. Seguro que usted conoce a todo el que pasa por aquí, ¿verdad?

—No a todos, pero, como ya le he dicho, por aquí acaba pasando todo el que tiene categoría y un nombre. Este es un sitio para gente con clase, ¿comprende? Desde presidentes del Tirol hasta Arnold Schwarzenegger. Todos comen aquí.

—¿El nombre de Edwin Schönborn le dice algo?

—El fotógrafo, por supuesto. También es cliente habitual.

—¿Y también amigo de Bertl?

—Bertl conoce a todo el mundo. Y todo el mundo quiere ser su amigo. Ya sabe usted como son estas cosas. A la sombra de la fama, el vino sabe mejor.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pues, entonces, salud.

Blum se limpia la boca. Piensa en las piezas de Lego de sus hijas. Una pieza sobre otra. Poco importa dónde busque, siempre da con una que encaja. Cada pieza, un acierto. Schönborn. Jaunig. Puch. Dunja lo hizo todo bien. Les contó a Mark y a Blum lo más importante. Dunja no conocía ni rostros ni nombres y, aun así, Blum los ha encontrado. A dos de ellos, pronto al tercero. Se conocían, habían comido y bebido juntos. El cocinero se ocupaba de su bienestar físico. Del bienestar de sus amigos y del de sus víctimas.

Dunja se lo explicó. Lo que hacía el cocinero con ellos. Cómo los cebaba. «Tengo que dar de comer bien a mis cerditos», les decía siempre. Buen acomodamiento, buena alimentación, buena carne. Solo lo mejor pasaba por las trampillas de las jaulas, solo lo mejor para sus cerdos de engorde. Cómo los examinaba, los pesaba, cómo tenían que desnudarse. Cada vez que él bajaba al sótano. Que el control lo era todo, decía mientras se aseguraba de que echaran carnes. Los pesaba y apuntaba los datos. También procuraba que hicieran gimnasia, que estuvieran en forma. Una buena alimentación era lo más importante. Que follarse a un corzo famélico no era divertido, decía, y los azotaba con su cinturón. Azotes cuando tras incontables flexiones se dejaban caer agotados boca abajo. Cuando no querían comer más. Turnedó de ternera con *foie*, las manos atadas a la espalda mientras engullían de cuencos de plástico. Vieiras en salsa de champán, les embutían la comida con los dedos. Los tenían como a ganado. Dormían sobre heno, montones de veces se hacían sus necesidades encima porque no podían ir al baño. Peste a meados y cocina *gourmet*. «Margaritas para los cerdos», opinaba el payaso. Aun así, el cocinero insistía en una alimentación equilibrada. «Tenemos que cebar bien a nuestros cerditos», decía. «Tenemos que limpiar bien a estas puerkas», añadía el payaso, y se reían. El sacerdote los duchaba. Los regaba con una manguera de jardín, les dirigía el agua a presión a la cara, a las heridas. Ellos tenían que desnudarse. Tenían que limpiar sus jaulas, fregar bien el suelo. Tenían que hacer todo lo que les decían. Y así durante años. Ragú de caracoles con mollejas de ternera.

Blum paga y se marcha. Quiere salir de ahí, no quiere oír nada más, no quiere ver más imágenes de Dunja en su mente. Escenas del sótano. Cosas que al principio no quería creer. La idea de que todavía hay alguien encerrado en una jaula esperando su comida. Youn. Tiene que encontrarlo, alguien tiene que hablar, Blum no puede permitir que suceda nada más. Que muera alguien más. Uno de los buenos. No. Por favor, no.

Blum en la moto. A toda velocidad regresa por la autopista a su vida, a la villa, a su pequeño mundo intacto. Intacto aunque Mark está muerto. Intacto porque ella es libre, porque puede hacer todo lo que quiere. Nadie se lo impide, nadie le dice que está loca. Nadie la detiene. Nadie le quita de la cabeza la idea de ver el cuerpo de ese hombre troceado. Bertl Puch. Quiere saber cómo es. Quiere llenar esa laguna, conocer al personaje que cautiva a todo el mundo. El hombre que los azotaba a todos con su cinturón. Que los flagelaba mientras se masturbaba. Bertl Puch ante ella en la pantalla. En YouTube. El cocinero de la tele con su enorme sonrisa y su dialecto tirolés. El cocinero bajito y activo que ha llegado a alturas estratosféricas. Adorado por la nación entera, un hombre de sonrisa eterna que transmite a todas las amas de

casa la sensación de que son capaces de cambiar el mundo con su cucharón. Un actor, un comediante con encanto de profesor de esquí. Bertl Puch. Blum se pegará a sus talones y descubrirá si de verdad es tal como ella lo ha imaginado. Hablará con él y después lo matará. Muy pronto.

Viena. Distrito séptimo, Neubaugasse, segunda planta. Un piso pequeño que da a la calle. La cerradura no es ningún problema, Mark le enseñó a hacerlo hace años. Se habían dejado las llaves dentro de casa y él tardó apenas unos minutos en abrir la puerta. Un juego de niños. En aquel entonces y también hoy. Bertl Puch va de camino a la cadena, estará ocupado todo el día. Han reservado el Estudio Uno toda la semana para su programa de cocina. Bertl Puch en sesión continua. Blum lo esperó ayer delante de la cadena. Lo siguió, entró en el mismo local que él, se bebió una cerveza y lo vio mientras se reunía con unos amigos. Un hombre querido, a primera vista tan inocente como los demás. Ninguno de sus amigos lo creería capaz de algo así. Puch pagó y se marchó a casa. Blum fue tras él. Se sentaron en el mismo vagón de metro, seis paradas, después diez minutos más a pie. Él abrió la puerta del portal y desapareció dentro. En la segunda planta se encendió una luz, Blum lo vio desde la calle, su silueta en la ventana, Bertl Puch en su piso de Viena, la estrella de la cocina poco antes de irse a dormir. Veinte minutos, entonces se apagó la luz. Ella siguió allí todavía un rato más y después fue a por su coche. Esperó a que quedara libre una plaza de aparcamiento desde donde se veía el portal, después recostó el asiento y puso el despertador. Ha dormido hasta las cinco de la madrugada, luego ha vuelto a enderezar el asiento. Ha esperado a que saliera de casa. Bertl Puch de camino al trabajo.

Una anciana respetable la ha dejado entrar en el edificio. Blum se ha colado con toda naturalidad junto a ella cuando ha abierto la puerta. Le ha sonreído a la señora con amabilidad. La señora le ha sonreído también y ha desaparecido tras una puerta de la planta baja.

Blum en la segunda planta, ningún cartel con nombre, la cerradura. Un destornillador, un trozo de madera, un martillo. Solo se oyen unos golpecitos, luego la puerta se abre y se cierra otra vez. Blum está en su piso. Los zapatos cubiertos con fundas de plástico, un gorro de plástico en la cabeza, guantes. Mark siempre comentaba lo idiotas que eran algunos criminales, cuántas pruebas dejaban en el lugar de los hechos, cabellos, sudor, piel, huellas dactilares. Blum quiere hacerlo todo bien, en el piso no debe quedar nada que haga pensar que allí ha estado alguien buscando algo.

Las pruebas de un crimen. Vídeos.

Un ordenador sin contraseña. Un portátil en la mesita auxiliar del salón junto a unas patatas fritas y dos latas de cerveza vacías, un cenicero lleno. Todo sin recoger, manchas de grasa en la pantalla. Blum lo enciende. Qué idiota es. Qué imprudente. Blum abre el explorador para obtener una vista general de las carpetas. Bertl Puch, a pesar de todo el desorden de su piso, es una persona metódica, sus archivos están bien catalogados, su portátil está claramente en orden. Lo que busca Blum se le clava en los ojos, brilla, las letras le gritan. Cría de cerdos, pone. Cría de cerdos.

Blum en el piso de otra persona. Hace cosas que dos meses antes todavía le habrían resultado inimaginables. No lo piensa dos veces, haría mucho más aún. Todo lo que sea necesario para descubrir si ese hombre de verdad ha tenido algo que ver con la muerte de Mark. Con la de Dunja. Blum cruzó una frontera cuando le puso a Schönborn la botella de aguardiente con GBL en la mano. Cuando lo sacó muerto de la cámara frigorífica. Era una frontera con las barreras abiertas, no había ningún alambre de espino. Blum le prendió fuego a Jaunig. Le cortó la cabeza. Y mientras lo hacía pensaba en Dunja. Veía esos ojos vacíos. Las fotos de Edwin Schönborn. Eran bestias. Schönborn y Jaunig. Y Puch, el cocinero.

Cría de cerdos. Tomas de vídeo que grabó con el móvil. Archivadas en una carpeta de su portátil, sin contraseña. Cualquiera habría podido encontrarlas, ver lo que sucedía en ese sótano. No es ningún secreto, Bertl Puch no ha pensado que alguien podría encender el ordenador, que alguien podría robarle el portátil. Se siente seguro. No ve razón para borrar los archivos. Esas diecisiete pequeñas películas de terror. Documentos de la cría, del fortalecimiento físico, de los castigos corporales. Ahí están Dunja, Ilena y Youn. Dunja tal como la conoció Blum, solo que más delgada, más vejada, más herida. Estaban en el infierno, no tenían escapatoria. En sus rostros ya no se ve siquiera desesperación, solo resignación, un grito mudo cuando los dejan en paz. Mudo porque ya no les quedan fuerzas. Solo el deseo de morir, de que todo acabe. Cuando los criminales no estaban allí, cuando los tres esperaban solos en sus jaulas. De ponerle fin a todo aquello de algún modo. Dunja se lo había contado. Que lo habían pensado, los tres, todo el rato. Que lo ansiaban, pero que no podían. Matarse. Por eso lo soportaban, las humillaciones, la violencia.

Diecisiete pequeños vídeos. Breves visiones de un mundo enfermo. Una sala bien preparada, con baldosas donde están las jaulas. Para poder limpiarlas bien. Zona de

desechos, zona de follar. Bien delimitadas y separadas una de otra. Vídeos de la ingesta de alimentos. Desprecio por el género humano. Patadas y golpes mientras comen, ira y placer y castigo. Para regocijo del cocinero. Ese era su proyecto. Hablaba de ello mientras los grababa. Enseñaba a sus animalitos. Filmaba a sus pequeños cerditos ingratos, que despreciaban la carta de su restaurante de etiqueta. Bertl Puch les pega hasta hacerles sangre. En una mano, el cinturón; en la otra, el móvil. Castigo corporal en la zona de desechos. En el suelo, una Ilena embarazada que ya no se mueve. Youn, que tiene que comérselo todo. Hasta que no quede nada. La comida servida en cubos.

Blum sigue en el piso de Bertl Puch y hace clic en un vídeo tras otro. En algunos se ve al sacerdote, que limpia a Youn con la manguera, que lo lava, lo cuida antes de hacerle daño. Su estatura, su voz. Y también Schönborn está allí, con su cámara de fotos en la mano. Blum está segura al cien por cien de que es él. A pesar de la máscara. Lo ha visto desnudo, lo ha cortado en pedazos, sabe que es él. Es como una orgía. El sótano es una tierra sin ley donde todo se permite, nada está prohibido. Ni siquiera los dardos anestésicos del fusil de caza. En un vídeo se ve lo que describía Dunja. Es inútil echar a correr. El cazador dispara.

El cuarto hombre. Un desconocido. Una máscara mayor que las otras. Un cuerpo cualquiera. Lo único que puede decir Blum con certeza es que no se trata del padre de Schönborn. Johannes Schönborn es más robusto, debe de pesar unos veinte kilos más que el hombre del vídeo. Suelta gritos de alegría cuando aprieta el gatillo, canta a la tirolesa, tararea. Lo que Blum ve la perturba. Es la actuación de un demente. Un hombre medio desnudo que baila con pose de vencedor por la zona de follar, toda tapizada en terciopelo y felpa. El cazador celebra su disparo, celebra la vida. A voz en grito canta una de las canciones más famosas del mundo, *'O sole mio*. «No hay ningún sol más hermoso que tú». Youn está en el suelo. El cazador vocifera la canción por toda la sala. *Ma n'atu sole cchiù bello, oje né'*. Con fervor y pasión, casi es bonito. Cómo canta. De no haber existido imágenes, solo su voz, a Blum le habría gustado. *'O sole mio*. Mientras viola a Youn.

El cazador. Cómo canta para la cámara. Posa, es una representación privada para el cocinero. Un pequeño vídeo que le ofrece a Blum lo que necesita. Su rostro, apenas un instante. No había contado con eso, con que él mismo desvelara el secreto, con que se quitara la máscara dos segundos. Poco antes del final del vídeo. Sus ojos, su nariz, sonrío a cámara, remata su representación con una sonrisa. Dos segundos y vuelve a ponerse la careta. Dos segundos, el violador, el asesino. La prueba de su

culpabilidad. Blum rebobina, vuelve a verlo una y otra vez, aprieta la pausa. Congela la imagen.

Solo su rostro y esa sonrisa en la pantalla. Una sonrisa que ella conoce. Un rostro que ya ha visto antes. Está segura al cien por cien, lo conoce. En ese momento no cae, pero está segura. Esa cara tiene un nombre. Un actor, el protagonista de una serie. Blum lo ha visto haciendo *zapping*. Un paraíso terrenal en las montañas, paisajes idílicos y amor. A nadie se le habría ocurrido pensar jamás que llevara una segunda vida. El cazador.

Blum está exultante. Había contado con tener que poner todo el piso patas arriba. Había contado con revolver, hurgar, quería pasar el día ocupada en eso. Pero al cabo de una hora vuelve a estar en la calle. Ha encontrado lo que buscaba. Tiene los vídeos en un lápiz USB, ha borrado los originales del disco duro. No ha dejado rastros. Nadie debe sospechar que existe un motivo para lo que sucederá. Bertl Puch desaparecerá. Sin más. No regresará al estudio, no grabará ningún otro programa, jamás volverá a Kitzbühel, nunca más cocinará para Kordula Heidmann, simplemente desaparecerá, para siempre. Blum lo ha decidido el segundo mismo en que ha visto los vídeos. El propio Puch ha dictado su sentencia. Ella la llevará a cabo, retirará al cocinero de circulación. Al cocinero y al cazador, a ambos. Deprisa.

Blum en Viena. Nadie la detiene, nadie la disuade, la agarra del brazo, le dice que lo deje estar. Que no llame por teléfono a Bertl Puch, que no quede con él. Que no lo mate, que no le corte la cabeza de un hachazo, que lo drogue, que lo apuñale, que lo destroce. Nadie se lo impide. Solo existe esa sensación, el éxtasis repentino mientras forja un plan: meterlo en su coche sin que nadie la vea, transportarlo hasta Innsbruck, desconectarlo como si fuera una lámpara. Apretar el botón, apagar la luz, paralizar el cuerpo, su rostro, su boca, las manos, los dedos. No será más que otro cuerpo sobre su mesa. Solo piel y grasa por las que pasa su aguja al coser. Simplemente tirar del enchufe, romperlo como si fuera un juguete. Golpearlo cien veces contra la pared, hasta que ya no emita ningún sonido, hasta que ya no se mueva. Hasta que llegue la redención, hasta que el dolor remita, el pánico en el rostro del hombre, el miedo. Golpear el juguete contra la pared hasta que ya no sea más que un cuerpo sin vida. Blum lo hará. Aceptará el desafío. Lo castigará. Por Dunja. Irá a por él. Lo matará.

—**B**ertl Puch, diga.

—Escúchame con atención.

—¿Quién llama?

—Si no quieres que tu historia salga por la tele, escucha con atención. Lo sé todo. Sobre el sótano, sobre Schönborn, y el actor. Sé lo que hicisteis, que matasteis a ese policía. Y también a la chica. Hay pruebas, y esas pruebas las tiene un notario. Si no le doy señales de vida, él entregará los documentos a los medios. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Ahora no cometerás ningún error y caminarás hasta el final de la calle. A mano derecha hay un aparcamiento subterráneo. Baja al segundo piso, plaza doscientos cuatro. Espérame allí.

—¿Usted dónde está?

—Detrás de ti.

—¿Dónde?

—El coche blanco.

—¿De qué va esto?

—Una vez más. Si no haces lo que te digo, tu vida se convertirá en una pesadilla. Eso te lo prometo.

—¿Qué quiere de mí? ¿Cómo ha conseguido este número?

—¿Que cómo he sabido que criabas cerdos?

—¿Qué quiere de mí es lo que necesito saber.

—Vas a dar media vuelta y a seguir andando. Plaza doscientos cuatro. Cuando aparque, abrirás el maletero y te tumbará en el ataúd.

—¿Qué voy a hacer?

—Ya me has oído.

—¿Está usted loca?

—Tú eliges. O te tumbas en el ataúd o el mundo entero contemplará dentro de una hora tus bonitos vídeos.

—¿Ha estado en mi casa?

—Y en tu restaurante.

—Necesito saber qué quiere de mí.

—Lo que tú necesites no es importante.

—Eso es un coche fúnebre, ¿se ha vuelto loca?

—Es un Cadillac Superior de 1972. Un coche verdaderamente bonito, te

encontrarás muy a gusto en él.

—Déjeme en paz.

—Puedo quedarme o puedo marcharme. Tú decides.

—¿Quién eres?

—Deja de tutearme. Si no, me largo.

—¿De qué va esta mierda? Todo esto no puede estar pasando.

—Que sigas andando.

—Voy a colgar.

—Ya te lo he dicho. Si no caminas ahora mismo en esa dirección, me marcharé.

—No pienso tumbarme en un ataúd.

—Sí, sí que lo harás. Plaza doscientos cuatro. Dejarás el móvil en el techo del coche y abrirás el maletero. Si se te ocurre la idea de abrir la puerta del conductor o atacarme, todo habrá terminado. Tú solo te meterás en el ataúd y te quedarás ahí tumbado. Yo me apearé y cerraré la puerta.

—¿Está mal de la cabeza?

—Si no sucede exactamente así, habrás perdido tu oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

—Eso tendrás que descubrirlo tú mismo. Pero me parece que no tienes alternativa.

—¿Por qué hace esto?

—¿Por qué has hecho tú todo lo que has hecho?

Plaza doscientos cuatro. Blum apaga el motor. No hay cámaras que enfoquen esa plaza. Un ángulo muerto. El lugar ideal para invitar al criador de cerdos a firmar su propia sentencia. Bertl Puch. Cómo sigue de pie tras el coche, dudando. Está ahí plantado y piensa. Respira al teléfono, Blum puede oírlo. El cocinero. Ese asqueroso cerdo sorbeostras. Cómo sigue ahí, buscando una escapatoria. Durante diez segundos no sucede nada, solo se oye su respiración. No habla. Espera a ver qué ocurre. Bertl Puch detrás del coche, a punto de echar a correr. O de atacar. Diez segundos de desesperación y rabia, Blum puede oírlo, puede verlo. Diez segundos que son una eternidad. Como no quiere que su plan falle, que él dé media vuelta y escape corriendo, decide no esperar más, no darle la oportunidad de encontrar una salida. Blum gira la llave y pone marcha atrás. «Tú lo has querido», dice al teléfono, y cuelga.

Pánico. El cocinero salta a un lado, quiere detenerla, no quiere que se marche. Golpea con las manos abiertas contra los cristales. Grita, quiere que se quede. Blum frena. Vuelve la cabeza hacia un lado y lo mira. Con una sonrisa en los labios. «No tengas miedo. Tú sube y confía en mí». Una sonrisa altanera. Porque él deja el móvil sobre

el techo del coche y levanta las manos en alto. «Haré lo que quieras», dicen esos brazos. «Me rindo, haré lo que me digas, no quiero que esto acabe. Todavía no, quiero saber cómo continúa, qué tienes pensado hacer conmigo. Quiero una oportunidad más. Tendré una ocasión de matarte. Por eso me meto en el maldito ataúd, bruja enferma». Eso dicen sus brazos, sus ojos, su boca. Qué fijamente la mira a través del cristal. Cómo queda su móvil en el techo del coche y se abre el maletero. Cómo se tumba el hombre en el ataúd. Sin resistencia. Igual que una res cuando va al matadero. Bertl Puch. No se defiende porque sabe que no tiene sentido. Debe esperar, hacer lo que dice Blum. No emite ningún sonido, no debe decir nada, no debe hablar. Blum se lleva el índice a los labios poco antes de cerrar la tapa. «Ni una palabra», advierte. Luego la atornilla. Sin ayuda ya no podrá salir del ataúd. Es el mejor modelo de Blum, un arcón sólido de madera de nogal, una joya que cuesta dos mil quinientos euros.

Un aparcamiento subterráneo en algún lugar de Viena. Blum se sienta otra vez al volante y arranca. Ahí no queda nada. Bertl Puch ha desaparecido. Nadie más que Blum volverá a verlo, seguirá perdido, para siempre. Lo buscarán, removerán cielo y tierra pero no lo encontrarán. Nadie sabe que ella lo conoce, que tiene algo que ver con él. Nadie sospechará de Blum, nadie conoce la verdad, nadie quiere saber que la muerta sin nombre del Anatómico Forense no se ahogó porque sí. Nadie quiere escuchar su historia. Solo Blum. Ella y esos hombres. El cocinero, el actor y el payaso. Solo ellos saben lo que sucedió en realidad. Nadie más, ningún notario, ningún pelotón de asalto aparecerá de pronto si la cosa se pone fea. No hay red de seguridad. Blum está sola. Solo quería darle más empaque a sus palabras, lo ha visto muchas veces por televisión, lo ha leído en libros. «Si no tienen noticias más, soltarán a los perros. Mi seguro de vida está en una caja de seguridad. Hay un francotirador apuntándote». Qué fácil ha sido. Lo ha amedrentado con lo que le ha echado en cara, con lo que sabe. La realidad le ha dado miedo. Lo que él mismo ha hecho lo ha dejado sin escapatoria. Bertl Puch se ha metido voluntariamente en un ataúd. Bertl Puch recorre la margen izquierda del paseo del río Viena. Bertl Puch morirá.

Por la tarde. Poco antes de Linz. El hombre se ha pasado más de una hora gritando, golpeando la tapa del ataúd con los puños. Blum escucha música, Freddie Mercury canta a todo volumen contra Bertl Puch. *The Show Must Go On*. A todo volumen por la autopista. A todo volumen el ataúd tras ella. Hasta que el pequeño cocinero de la tele comprende que el coche no se detendrá, que sus gritos son inútiles. Poco después de pasar Sankt Pölten ya solo se oye a Freddie; el ataúd está en silencio. Ya nadie se rebela. Blum conduce deprisa. Blum pasa Linz. No es más que un coche fúnebre que recorre la autopista a toda velocidad. Blum conduce deprisa. Tres horas y media aún para llegar al Tirol. Tres horas y media de olor a meados desde el ataúd. Tiempo suficiente para recordar. A Hagen y a aquella mujer.

Blum tenía diez años. Él la obligó a estar presente en la preparación de una anciana. Era pleno verano, hacía calor, ella era demasiado joven para lo que tenía que hacer. Hagen no dejaba de incordiarla. «Brünhilde, tú te quedas. Ahora observarás con atención. Es tu profesión, Brünhilde». Que era una niña, le había contestado ella. Entonces él empezó a cortarle la ropa a la anciana. Era más que obesa. Era lo más horroroso que había visto en su vida. Hagen no le permitía salir de la habitación, Blum lloraba. A la anciana la habían sacado del coche entre cuatro y la habían depositado en la mesa de preparación con la grúa, era una mole de carne. Imponente, desmesurada, solo grasa y piel por todas partes. Blum sentía asco, quería huir corriendo. De ese olor. Pero Hagen la agarró del brazo y se lo impidió. «Quédate, Brünhilde. Ahora aprenderás lo que se hace con los excrementos». Y Blum se quedó. Y Hagen le enseñó lo que se hacía con un cadáver que todavía tenía los intestinos llenos.

Todo olía a orina. La mujer se lo había hecho encima, su piel hedía, toda ella apestaba. Orina y excrementos. Hagen llevaba unos guantes blancos y aquello brotaba ininterrumpidamente del ano aunque él lo había taponado. No paraba, el algodón se salía, heces por todas partes, en las manos de él, en la mesa de preparación, en los muslos de la mujer. El ayudante de Hagen le levantó las piernas, el propio Hagen cosió. «Es lo único que puede hacerse en una situación así, Brünhilde. No nos queda más remedio. Tenemos que cerrar el ano cosiendo,

Brünhilde». Aquella cosa no dejaba de derramarse desde su interior. Mierda, una mierda marrón y apestosa que salía del cuerpo de la gorda. Blum estaba justo delante, mirando. No tenía que hacer nada, solo mirar. Y eso lo empeoraba más aún. Otros días, cuando ella misma debía ponerse manos a la obra, no tenía tiempo para pensar, para sentir repugnancia. Debía concentrarse, clavar la aguja a través de la piel y la grasa. Mirar era peor. Mucho peor. Los dedos marrones de Hagen cosiendo el ano a ciegas. El cadáver de la gorda, que lo había llenado todo de mierda. Esas imágenes que siempre regresaban a ella cuando olía orina o excrementos.

Poco después de pasar Sankt Pölten, Bertl Puch se ha aliviado dentro del ataúd de nogal; su miedo puede olerse. Hace veinticinco años escasos, Blum había querido huir corriendo de ese hedor. Con ese olor empezó todo. Con ese olor terminará ahora. En lo más íntimo de su ser, Blum sabe que no puede seguir así eternamente. En realidad no quiere creerlo, pero sus ángeles de la guarda la han abandonado, ya no están. El cielo ha vuelto a girar. Blum siente un mareo. Todo lo que ha ido encajando sin necesidad de costuras empieza a desmoronarse ahora. Poco antes de Salzburgo la hacen frenar. Va demasiado deprisa. Un joven agente quiere que baje la ventanilla. La música a todo volumen en el coche, y Blum que se apea en lugar de bajar el cristal. No tiene otra opción. Cierra la puerta a toda prisa tras de sí, la música del interior del vehículo debería amortiguar los gritos y los golpes. Porque se ha puesto a gritar otra vez. Porque da patadas contra la tapa del ataúd.

Una patrulla de paisano que la venía siguiendo, un policía que la obliga a salir de la autopista. A detenerse en un área de descanso. Ella sube la música y espera que no lo oiga. A Bertl Puch. Blum intenta sonreír. Pasar por alto que el policía es un capullo.

—Documentación del coche y carné de conducir.

—Iba demasiado deprisa, ¿verdad?

—¿Sabe que iba demasiado deprisa? Eso quiere decir que ha obrado con premeditación, que no ha hecho caso de las limitaciones de velocidad y con ello ha puesto en peligro a otros usuarios de la vía pública a sabiendas.

—Lo siento muchísimo, iba completamente distraída.

—¿Distraída? ¿Ha bebido algo?

—Quería decir que no me he fijado en las señales de velocidad. Estaba pensando en mis cosas.

—Pues le saldrá caro. El carné de conducir podrá recuperarlo en Salzburgo dentro de un mes.

—Por el amor de Dios, no, eso no puede ser.

—Lo que puede o no puede ser lo decido yo. Pasaba usted el límite de velocidad por casi cincuenta kilómetros hora.

—Es imperdonable.

—Aquí no se trata de perdón, se trata del importe de su multa y de que va a tener que llamar a una grúa.

—No, por favor, ¿no ve lo que transporto?

—Es un coche fúnebre, ¿verdad?

—Sí. Pompas Fúnebres Blum, de Innsbruck.

—¿Un coche fúnebre blanco?

—Sí. Mi padre quería este modelo a toda costa.

—¿Su padre es el dueño de la funeraria?

—Mi padre murió, por desgracia, y yo heredé la empresa.

—Es usted una mujer.

—¿Y qué?

—Que no es profesión para una mujer.

—Si usted lo dice.

—¿Por qué lleva la música tan alta?

—La música me lo pone más fácil. Como mujer, naturalmente, no me resulta muy agradable ir conduciendo con un cadáver por ahí. Por eso pongo música.

—¿No le parece que es muy poco respetuoso?

—Supongo que debería meditarlo.

—Sí, debería.

—¿No podría hacer usted la vista gorda y dejarme conservar el carné? La multa la pagaré sin protestar, pero tengo que llevar el cadáver a Innsbruck, los familiares me están esperando.

—¿A quién lleva ahí dentro?

—A una señora mayor, ha estado mucho tiempo en el agua.

—¿Una ahogada? ¿De verdad?

—Sí.

—Nunca he visto a ningún ahogado.

—No se ha perdido nada, créame.

—Me gustaría mucho verla. Ver el cadáver. ¿Puedo echar un vistazo al ataúd?

—¿Cómo dice?

—Que si puedo...

—Me parece que no es buena idea.

—Estoy curado de espanto, créame. Hace poco recogimos a uno de las vías del tren. La cabeza no era más que papilla. Y ese accidente de hace cuatro días junto al lago Attersee. Siete muertos, una auténtica carnicería, joder.

—Debió de ser duro.

—A mí no me importa. Puede enseñarme su ejemplar con toda tranquilidad.

—No lo dice en serio, ¿verdad?

—Pues claro que lo digo en serio. ¿Cuántas veces se tiene ocasión de ver el cadáver de un ahogado? Casi es como si hoy me hubiera tocado la lotería.

—No es buena idea.

—Venga, diga que sí. Usted me enseña el cadáver y nos olvidamos del exceso de velocidad.

—Es que huele que apesta. Por todas partes le cuelgan jirones de piel. Y la cara... Es un horror, de verdad.

—No me importa. Vamos.

—Entiéndame. Para mí, como mujer, no es sencillo. Ver algo así. Al cargarla he vomitado. Lo único que quiero es enterrar ese cadáver de una vez.

—Dueña de una funeraria... y ¿le tiene miedo a un cadáver?

—No me haga esto, por favor.

—Mujeres. Lo que digo yo siempre. Tendrían que quedarse en casa a ocuparse de las tareas domésticas.

—Sí.

—También podría obligarle a abrir el ataúd.

—Por favor, no. Hoy no.

—¿Cuándo, si no?

—Tengo fotos.

—¿Que tiene qué?

—Muchísimas fotografías de cadáveres. Se ve de todo, decapitados, ahorcados, atropellados, amputados, cuerpos después de una autopsia. Tengo una buena colección, créame. Miles de fotos, y puede mirarlas todas con tranquilidad. Venga a Innsbruck y le enseñaré cosas que le garantizo que no ha visto en su vida.

—Suena bien. Suena muy bien, incluso.

—No lo lamentará.

—¿También tiene fotos de ahogados?

—Algunas, sí. Jóvenes, viejos, todo se documenta. Y la ventaja es que así no apestan.

—Eso me gusta.

—Me alegro.

—Iré a verla a Innsbruck.

—Pompas Fúnebres Blum. Cuando quiera, será bienvenido.

—Genial.

—Sí. Creo que será lo mejor para todos.

—Lo de la multa lo olvidamos.

—Gracias.

—Iré a verla.

—Sí.

—No corra.

—No lo haré.

- Y piénseselo bien otra vez.
- ¿El qué?
- Ser ama de casa es más agradable.

Menudo psicópata. Cómo sonrío. Cómo sigue Blum sin moverse del sitio. Cómo sube a su coche ese asqueroso policía de mierda y se aleja. Blum está a punto de explotar. El poli ha estado a punto de abrir el maletero, ya tenía la mano en el tirador, un momento más y habría oído que el cadáver del ataúd gritaba pidiendo ayuda. Ella lo ha puesto todo en peligro, lo ha arriesgado todo. Su vida. Las niñas. La idea de que se quedarían solas es peor que cualquier otra cosa. Ha estado a punto de acabar con todo. Blum grita. Por dentro. Casi se le escapa de las manos. Se ha puesto ella misma en esa situación, ella misma la ha provocado. Ha secuestrado a un hombre a plena luz del día. No lo ha drogado, ha tomado la autopista con él. Iba demasiado deprisa, con la música demasiado alta. Sin pensar. Se odia por ello, quiere recuperar el control, volver a llevar el timón, no debe correr ningún riesgo más. A partir de ahora, nunca más. Ningún riesgo más. Ni un minuto más. Por eso lo hace. Enseguida. Quiere que deje de gritar. Que nadie más pueda oírlo. Callarlo y punto. Enseguida.

Golpea cinco veces. Muy seguidas, sin darse tiempo a tranquilizarse. Golpea. Sin control. Con el gato del coche, con todas sus fuerzas contra la cabeza del hombre. Hasta que se queda callado. Una vez. Le da antes aún de que comprenda lo que ocurre. Una segunda vez. Y una tercera. No tiene compasión, toma impulso. Una cuarta vez. Con todas sus fuerzas. Un ruido sordo, metal sobre piel y huesos. Una quinta vez. Su cabeza llena de sangre, el hedor es espantoso. Blum vuelve a colocar deprisa la tapa sobre el ataúd y la atornilla. Bertl Puch ya no grita. Durante un momento parece que todo está en orden. Ella cierra el maletero y se vuelve. Una pequeña área de descanso en la autopista. El corazón de Blum va a mil. Nada está en orden. Blum mira al frente. Blum no está sola.

Todo se ve desde arriba. El aparcamiento, el coche fúnebre, junto a él una mujer en el suelo. Su rostro sobre el asfalto, está tumbada, inmóvil. Tiene la boca abierta, el sol brilla. No se mueve, no puede, no quiere, no es posible. Tiene los ojos abiertos, miran al vacío, no se aferran a ningún punto, todo se desvanece. Su cuerpo, encogido. Ya no puede ir a ninguna parte, recorrer ni un metro más, se ha quedado ahí tirada. Ya no es posible. Junto a la autopista, como una niña que tiene frío, que espera a que la tapen. Simplemente se ha quedado tumbada. Blum. Desamparada y sola.

Siempre adelante en dirección al abismo. Y de pronto él estaba ahí. Blum no se ha dado cuenta de cuándo ha llegado al área de descanso, pero lo ha visto todo. Cómo ha hecho callar a Bertl Puch. Un hombre. Se ha metido en su coche de un salto cuando ella se ha dado la vuelta. Se ha reincorporado a la autopista a toda velocidad, Blum no ha tenido oportunidad alguna de reaccionar, no ha podido hacer nada. El destino le ha dado una patada en el estómago. Siente una violenta sacudida al comprender que alguien la ha visto mientras mataba. Con brutalidad, sin titubeos. Ese hombre lo ha visto todo.

Un testigo. Alguien. Un desconocido. O alguien a quien conoce. Blum no lo sabe. Un conductor que quería detenerse un momento a vaciar la vejiga. O tal vez alguien que sabía lo que iba a suceder. Se ha marchado, la ha dejado sola. Con Bertl Puch cubierto de sangre y esa sensación en el estómago, esa impotencia espantosa. Blum ya no sabe dónde está la derecha y dónde la izquierda, qué debe hacer. Lo que es bueno para ella, lo que es malo. No tiene ayuda, solo impotencia. Ha perdido el control. Y ese dolor que la ha obligado a caer de rodillas. Fulminante. De repente se ha quedado sin fuerzas. Blum era pequeña y débil. Hagen, que la obligaba a realizar la siguiente tarea. Allí no hay nadie que le diga que todo saldrá bien. Sería sencillísimo describir su coche. No pasarían más que un par de horas y ya tendría a alguien en la puerta de su casa que lo estropearía todo para siempre. Uma y Nela, que gritan cuando ella sube al coche patrulla. Sus rostros, los ojos interrogantes, los brazos que quieren retenerla, ayudarla. Blum lo ve ante sí. Lo que sucederá. Cómo se desintegra todo, cómo se desdibuja ante sus ojos.

Tiembla. Está tirada en el suelo. Ha arremetido contra él. Le ha destrozado la cabeza. Sangre, excrementos y orina. Debe levantarse y ocuparse de ello, debe seguir camino. Debe impedir lo peor, conseguir que no sea más horrible aún. Debe hacer retroceder el reloj todo lo que pueda, conseguir que todo desaparezca en una tumba. Bertl Puch. Debe regresar con las niñas, debe abrazarlas, decirles que las quiere, enseguida. Darles un beso, reírse con ellas, actuar como si todo fuera bien. Debe hacerlo. Esperar que no suceda nada. Que nada las separe. Darlo todo por conseguirlo. Hacerlo todo. Mentir, negar, incluso matar. Poco importa nada, ahora Blum se levantará y subirá al coche. No hará caso del olor y seguirá camino a Innsbruck. Se retirará a la sala de preparación. Bertl Puch desaparecerá. Ella limpiará el ataúd y pondrá el contador a cero. Eso primero. Todo lo demás después.

De la impotencia al coche fúnebre. Del aparcamiento a la autopista. De Salzburgo a Innsbruck. Blum agarra con sus manos los hilos invisibles de los que cuelga. Tira de ellos y se levanta, alza su brazo, pone una mano en el volante, aprieta el pie sobre el acelerador. Después marca el número. Busca amparo. Massimo.

—¿Dónde estás? ¿Qué ocurre?

—Solo quería oír tu voz.

—¿Estás en el coche?

—Da lo mismo donde esté, ¿no?

—¿Qué ocurre, Blum?

—Las niñas. ¿Y si a mí me pasara algo?

—¿Qué habría de pasarte?

—Podría morir.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—También Mark está muerto. Yo podría morir, como él. Y las niñas se quedarían solas.

—No debes pensar en eso, Blum.

—Sí, sí que lo pienso. Y me da miedo.

—No lo hagas.

—Irán a un orfanato si muero.

—Tienes que dejar de hablar así. No va a ocurrirte nada, yo cuidaré de ti, confía en mí.

—¿Te acuerdas de esa mujer con la que se veía Mark?

—Sí, ¿por qué?

—Está muerta.

—¿De qué estás hablando?

—La sacaron del Eno. La vi en el Anatómico Forense.

—¿Cómo sabes que era ella? Si tú no la conoces.

—Vi una fotografía suya. Mark le había hecho fotos, estaban en su móvil. Sé cómo era. Y está muerta, Massimo. Se ahogó. Dicen que fue un accidente. O un suicidio.

—Ay, Blum, no deberías cargarte con todo ese peso. Eso no tiene nada que ver con tu vida.

—Tenía que ver con la vida de Mark.

—Pero Mark está muerto. Tienes que dejarlo ya, Blum. Esa mujer era una indigente, seguramente estaba borracha y cayó al río. Tal vez ya no quería seguir viviendo. Tal vez le puso fin a todo.

—Tengo miedo, Massimo.

—No te preocupes, Blum, por favor. Lo investigaré, te lo prometo. Descubriré cómo murió. Pero tienes que prometerme que dejarás de imaginarte lo peor.

—Te lo prometo.

—Todo irá mejor, Blum.

—No, cada vez va peor.

—¿Puedo ir a verte, cuando las niñas duerman?

—Sí.

Blum cuelga. La idea de estar entre sus brazos le ayuda. La idea de decirle la verdad es tentadora. Cómo le gustaría rendirse, ponerlo todo en sus manos, dejar que siga remando él. No mentirle más. Massimo. Aunque está segura de que nunca será más que un amigo, al mismo tiempo ansía que sí lo fuera. Que pudiera ser como con Mark. Que pudiera reír con él, mostrarse cándida. Massimo y Blum. La alternativa a la soledad. Atracción y sentido común. Quiere que él vaya. Quiere que él acuda, que esté cuando lo necesite. Quiere contárselo. Todo sobre Dunja, sobre Schönborn, Jaunig y Puch. No quiere seguir sola en esto. Tirada sola en el suelo de un aparcamiento cualquiera junto a la autopista. Massimo. Llegará cuando las niñas duerman. O antes. Si es que alguien ha denunciado a Blum. Si alguien ha informado de que ha golpeado a un cadáver con un gato de coche.

Una bicicleta de niña bajo el manzano. Nela, que hace pompas de jabón en el aire. Uma, que duerme en su cochecito. Y Blum, que aparca el coche fúnebre detrás de la casa y arrastra el ataúd hasta la sala de preparación. Un día de finales de verano. La vida normal en el jardín. Karl poda los groselleros, Blum saca a Uma del cochecito y la despierta con un beso. Alborotan por toda la casa, juegan al pilla-pilla. Blum se esfuerza por olvidar al cocinero, por retrasar lo inevitable. Durante dos horas. Luego, de vuelta al ataúd. Al cadáver de Bertl Puch.

Lo que sigue a continuación es trabajo rutinario, y eso le ayuda. Ponerse ella misma manos a la obra con el cadáver es más fácil que mirar mientras lo hace otro. Blum se enfunda en plástico. Manos, brazos, piernas, zapatos. No quiere tocar nada de él. Ni sangre ni carne. Nada de él. Lo prepara todo. Aspirador, sierra, bolsas de plástico, formol. Calcula que lo tendrá despedazado dentro de tres horas, quiere darse más prisa que con Schönborn. Quiere regresar al jardín. Jugar al pilla-pilla con las niñas. Actuar como si no pudiera sucederle nada. Blum pasa la correa bajo su cuerpo, lo iza con la grúa y lo coloca en la mesa de preparación. El cocinero. Le corta la ropa, la retira, lo vuelve hacia un lado y tira de la tela. Lo echa todo a la basura. Cómo yace ahí desnudo. Inocente, a primera vista. Nada en él delata que era un asesino, un violador. Habría podido ser un buen padre de familia. Su piel no desvela nada, ni su cuerpo. Tal vez lo habría hecho su rostro, pero guarda silencio. Bertl Puch habría podido ser inocente. Si Blum no lo hubiera sabido, si no hubiera visto los vídeos y no hubiera hablado con él, dudaría y tendría remordimientos. Así, no obstante, sabe que tiene razón. Lo que hace es necesario.

Pone música. Muy fuerte. Rocía desinfectante, elimina el olor a excrementos, quiere deshacerse de la suciedad lo antes posible. Igual que con Schönborn, le abre el torso y extrae los órganos. Cuanto menos lo embadurne todo, mejor; quiere reducir la limpieza al mínimo, la sangre tiene que acabar en el alcantarillado, no en el suelo. Trocear y empaquetar, igual que hacía el carnicero cuando Blum era pequeña. Hagen solía comprar caza y el carnicero le troceaba las piezas. Herta hacía porciones y paquetitos. Luego los congelaban. Corzo, ciervo, a veces también un ternero. Solo carne y huesos. Un cerdo. Bertl Puch. Blum le sierra los brazos. Luego las piernas,

sus miembros quedan tirados en el suelo. Ella lo deja caer todo, no para, sigue serrando. El tronco en varias partes, separa también la cabeza, que cae justo cuando la puerta se abre.

Tenía la música demasiado alta. No lo ha oído llegar, se le ha olvidado cerrar con llave, pasar el cerrojo, ponerse a salvo, proteger a los demás de esa imagen. De convertirlos en cómplices, de tener que presenciar un crimen. Blum ha cometido otro error, una vez más ha perdido el control. Imperdonable. ¿Y si hubiera sido Nela quien ha aparecido en la puerta? Blum se ha distraído. Está ahí de pie y lo mira. Él la mira a ella. Brazos, piernas y cabeza en el suelo. Un baño de sangre, Bertl Puch cortado en pedazos, un desastre, un crimen. Blum quiere que se la trague la tierra, desaparecer, no sabe qué decir, se está ahí quieta, mirándolo. Reza. Cómo le echa un vistazo a la escena, cómo recorren sus ojos toda la sala queriendo entender lo que tiene ante sí. Cómo da un paso al frente, cierra la puerta y gira la llave. Cómo, sin decir una palabra, se enfunda en plástico. Mandil, guantes, dos pares, uno encima de otro. Reza se prepara, se dispone a trabajar. Pasa por alto que Blum quiera impedirselo. Simplemente sigue por donde ella lo ha dejado. Le quita la sierra de la mano y prepara el tronco de Bertl Puch para empaquetarlo.

—¿Qué estás haciendo, Reza?

—Eso debería preguntar yo, ¿no?

—Pues pregúntame.

—No.

—Es complicado, Reza.

—Sí, eso parece. Pero lo conseguiremos. Quieres empaquetar los trozos del cadáver, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y luego enterrarlos?

—Sí.

—Tenemos que almacenar los trozos provisionalmente en algún sitio. Aquí solo hay un ataúd y ahí dentro no nos cabrá todo.

—Sí.

—¿Me has entendido, Blum?

—Sí.

—La última vez los ataúdes pesaban demasiado.

—¿Cómo dices?

—Los cargaste demasiado. Los operarios se dieron cuenta. Yo les dije que era por los nuevos modelos de ataúd. Más madera, todo más sólido.

—¿Lo sabías?

—No, no lo sabía.  
—¿Volviste a abrir el ataúd?  
—Como te digo, pesaba demasiado.  
—¿Y no dijiste nada?  
—No.  
—Todo está hecho un lío. Todo se va a pique. No sé cómo ha pasado, Reza.  
—No tienes que explicarme nada.  
—Sí, tengo que hacerlo.  
—Seguro que tenías tus motivos.  
—Sí, los tenía.  
—Con eso me vale.  
—Cierra los ojos y vete de aquí.  
—No. Ahora lo limpiaremos.  
—Puedo explicártelo todo.  
—No tienes que hacerlo.  
—Lo de Mark no fue un accidente.  
—¿Qué quieres decir?  
—Que lo mataron, Reza.  
—¿Quién?  
—Este de aquí. Y cuatro más. Lo atropellaron a propósito, nos lo arrebataron. Apagaron de golpe la vela del pastel.

Reza no dice nada. Levanta del suelo el brazo derecho de Bertl Puch y lo mete en una bolsa de plástico. Le añade formol y lo empaqueta bien. Envuelve el fardo con cinta adhesiva. Casi herméticamente cerrado, el brazo de Bertl Puch. Reza empaqueta un trozo de cuerpo tras otro, pieza a pieza va desapareciendo mientras Blum le cuenta toda la historia, desde el principio. Las conversaciones grabadas, Dunja en el supermercado, Schönborn en el bosque, Jaunig en el barco, Dunja en el Anatómico Forense, el vídeo del actor cantando, el hombre del área de descanso. Todo lo que ha ocurrido. Una historia de terror. Una pesadilla de la que Blum ya no despierta y a la que empuja a Reza. Toma impulso para saltar a una piscina sin agua. Desde hace semanas ya. Y Reza salta con ella. Los dos dados de la mano, a la de tres. Porque no hay ninguna otra posibilidad, tampoco para Reza. «Estoy aquí para lo que necesites», dice. Le sale sin titubear. Asume la situación, en su rostro no hay emoción alguna, sigue empaquetando la cabeza del cocinero con toda tranquilidad. No tiene miedo. Sencillamente lo hace. Lanza con todas sus fuerzas la cabeza al rincón, con los demás paquetes.

—Lo conseguiremos, Blum.

—Lo siento mucho, Reza. De verdad que no quería involucrarte en todo esto.

—Para lo que sea, Blum. Estoy aquí.

—He matado a tres personas.

—En mi caso fueron diez.

—¿No me juzgas?

—No, Blum. A este de aquí lo enterraremos y luego nos encargaremos de ese actor.

—¿Nos?

—Sí, nos. Tú y yo.

—Gracias, Reza. Eres maravilloso.

—No digas eso.

—Sí, Reza. Sienta muy bien hablar de todo esto. Que me quieras ayudar. Aunque sea una locura que lo hagas. Yo en tu lugar saldría corriendo. Me iría muy lejos.

—Jamás permitiría que te ocurriera nada malo.

—¿Y el hombre del área de descanso? Seguro que ha llamado a la Policía.

—Todo saldrá bien, Blum.

Reza. Ahora. Lo dice y sienta bien. Está ante ella, le toca la cara con las manos. Con cariño, con ternura. Las palmas de sus manos apenas perceptibles sobre sus mejillas. Reza. Cómo le infunde valor, la tranquiliza, quiere despertarla de esa pesadilla. Le dice que todo continúa, que la vida es así y que no se detendrá. Que Uma y Nela no perderán a su madre. De algún modo conseguirán acabar con ello, dice. Reza y Blum en la sala de preparación. El tronco sigue despedazado sobre la mesa. La cercanía que ha surgido de repente, la intimidad, la unión. El cocinero que cada vez se desvanece más, y la ayuda que de pronto tiene y que sienta tan bien. Reza. Trozos de cadáver y sangre por todas partes. Se quedan inmóviles y se miran. Sin muchas palabras, dos asesinos.

**D**urante un par de horas todo va bien. Esa sensación de no estar sola, la esperanza de que hayan podido evitar lo peor. Juntos. En el sofá de Blum, en el apartamento de arriba. Blum y Reza. Le ha dicho que suba después de terminar el trabajo. Han comido algo, han abierto una botella de vino. Han charlado. Largo rato. Solos él y ella. Las niñas duermen, Karl sigue en el jardín. Casi ha vuelto todo a la normalidad. Casi ha regresado. Un sentimiento pequeño, discreto. Seguridad. Algo que le hace aferrarse a Reza, no dejarlo marchar. El uno junto al otro sentados en el sofá, cansados. Reza echa la cabeza hacia atrás en algún momento y cierra los ojos. Todavía está despierto cuando Blum se acurruca contra él. Solo la cabeza, que queda posada sobre su pecho. Solo su mano, que se agarra a él con suavidad. Solo un amigo que está ahí por ella. Un amigo que le tiende los brazos, que la atrapa en el aire, que impide que se estrelle contra el suelo de la piscina. Blum aterriza con suavidad. Él no la toca, sus manos siguen quietas donde estaban. Simplemente la acoge. Un huésped de su cuerpo, Blum.

Qué agradecida está. Qué bien le sienta. Cómo se eleva y desciende otra vez el pecho de Reza. Se ha quedado dormido. Blum sigue ahí tumbada sin hacer nada y lo percibe, lo huele. Quiere seguir despierta. Esa unión, esa cercanía, su discreción. Todo lo que le es extraño y familiar. Lo conoce desde hace años. Es una buena persona, un colaborador, un amigo. Tocarlo no se le habría ocurrido jamás, echarse en sus brazos. Reza es esquivo. Reza es como un animal salvaje que se esconde en el bosque. Ni una palabra de más. Siempre en silencio. Es como una sombra. Una sombra en la que ella se oculta.

El uno junto al otro en el sofá. Fuera se oye a Karl, que corta el césped. Está oscureciendo, no hay nada más que hacer. El miedo a que la vida se detenga de pronto queda de momento muy lejos. Solo existen Reza y ella. Y Massimo, que sube la escalera sin hacer ruido. Tan en silencio que ella no lo oye a tiempo. Karl debe de haberlo dejado pasar, Blum se había olvidado de él por completo. De que quería ir a verla, de que le había ofrecido su hombro. De que ella le había dicho que sí. Oye sus pasos, cierra los ojos, se hace la dormida. Sus párpados se abren tan solo un resquicio mínimo. Lo ve. Inmóvil en la puerta del salón mirando hacia el sofá. Cómo piensa

qué debe hacer, si debe decir algo, despertarla. Massimo con los ojos muy abiertos. Su rostro es el de un perro apaleado. Blum puede verlo. Su decepción, la humillación que le supone. El hecho de que ella se haya echado en los brazos de otro hombre y no en los suyos. Massimo mira fijamente. Ve a dos personas dormidas. No sabe que Blum está despierta y que se avergüenza. Que lo lamenta. Que le hubiera gustado ahorrárselo.

Massimo. Los contempla mucho rato. En la mano izquierda lleva una botella de vino. Quería bebérselo con Blum, consolarla, quitarle el miedo. No ha ido a detenerla, a interrogarla. No sabe nada de lo que ha ocurrido en el área de descanso. Quien sea que la ha visto no la ha denunciado. Si no, ya haría rato que se habrían presentado los de uniforme, se habrían llevado a Blum de la casa, la habrían sacado de la sala de preparación. Si no, Massimo no habría traído vino. Está herido, se siente rechazado. Ella lo percibe. Entre ellos hay diez metros, pero lo percibe.

Ningún sonido. Los observa durmiendo durante dos minutos. Después se va. Baja la escalera, desaparece. Blum abre los ojos. Le habría gustado ahorrárselo. Oye cómo encaja el pestillo de la puerta en la cerradura, cómo apaga Karl el cortacésped para preguntarle por qué no se queda. Blum se lo explicará, le dirá que estaba cansada, que se sentía sola, que no ha tenido importancia. Pero Massimo no querrá escucharla, no la creerá. Él ha visto lo que ha visto. Blum y Reza. Esa cercanía que de pronto existe entre ambos. La ha visto. La cabeza de ella sobre el pecho de él, su mano. Blum sigue tumbada, no quiere levantarse ni salir corriendo tras él, quiere quedarse con Reza. Toda la noche. Con él. No con Massimo.

La noche. Sueña muchas cosas, cosas feas. No hace más que despertar, y cada vez se alegra de que él siga ahí, de que la abraza. Ella no hace más que moverse, apartarse, volverse, de nuevo se acurruca contra él y sigue durmiendo. Intranquila. Hasta que en algún momento sus ojos se abren y comienza el día. Tiene a Uma delante, que sonrío y pide. «Mamá. Cacao, por favor». Blum se sobresalta. Se vuelve hacia la izquierda, hacia la derecha, busca a Reza. Pero Reza ya no está. Solo hay una manta sobre ella y cojines por todas partes. La ha tapado, ha protegido a las niñas. No quería que lo vieran tumbado en el sofá con su madre sobre el pecho. Reza se ha ido. Abajo, a su apartamento, a la sala de preparación, a alguna parte. Ahí solo están Uma, su sonrisa y su deseo de cacao. Nada más.

Desayuno en el jardín. Es sábado, las niñas no tienen que ir a ninguna parte, juegan.

Blum está sentada a la pequeña mesa que hay bajo el cerezo. Lee el periódico, bebe café. Todo parece ir bien por el momento. Todo está limpio, recogido. Ya no hay heridas abiertas, nadie que sospeche de ella, nadie que vaya tras ella. Lo único que la inquieta es Massimo. Lo llamará, le mentirá y esperará que la crea. Porque tiene miedo a que le vuelva la espalda. A que ya no esté ahí cuando lo necesite. Massimo.

El sol de la mañana es resplandeciente. Blum seguirá sentada un rato más y luego preparará las bolsas de la playa. Les ha prometido a las niñas que irían al lago, que pasaría el día solo con ellas. En el agua, leyendo cuentos en la hierba. Nada de trabajo, nada de muertos. Nada de un día frente al ordenador. Eso tendrá que esperar hasta la noche. Lo buscará con Reza. Buscará el nombre de ese rostro. El rostro del cazador. El vídeo. Cómo se quita la máscara. Cómo sonrío. Y cómo cruza la entrada el Mercedes.

Un chofer y Johannes Schönborn. Solo Schönborn se apea. Sábado por la mañana, su rostro iracundo bajo el cerezo. En su mano, un sobre. Se acerca una silla y se sienta con ella, igual que hizo Blum dos semanas antes. Le deja el sobre delante. Luego se reclina en el asiento y vuelve su rostro hacia el sol.

—Está usted de mierda hasta el cuello.

—No. Estoy sentada bajo un cerezo. Se está muy bien aquí.

—Tiene serios problemas, señorita.

—¿Los tengo?

—Sí, así es. Y por eso sería mejor para usted que empezara a hablar.

—¿Qué quiere?

—Dígame ahora mismo dónde está mi hijo. O iré con las fotografías a la Policía.

—¿Qué fotografías?

—Las del sobre.

Blum lo abre. Fotos de una mujer. Un gato de coche en la mano. Se ve un vehículo, el maletero está abierto. Se ve un ataúd y a la mujer, que lo golpea. Blum. Treinta o cuarenta fotografías, su ira documentada. Todo lo que sucedió, impreso. El asesinato de Bertl Puch a todo color. Blum y las fotografías bajo el cerezo. Johannes Schönborn frente a ella. Blum mira las fotos, no sabe qué decir. No sabe cómo las ha conseguido el hombre. Si ha sido él mismo quien las ha hecho. Él o uno de sus esbirros, un detective privado. Alguien que la vigilaba, que la ha seguido. Alguien que la ha visto salir del piso de Bertl Puch y hacerlo entrar en el aparcamiento subterráneo. Perder el

control. Blum. No tiene palabras. Casi no puede respirar. Las niñas alborotan por ahí, Schönborn se inclina hacia ella. Blum intenta serenarse, reaccionar, que se le ocurra algo. Está mareada. Casi vuelve a caer. Se sostiene erguida con todas sus fuerzas.

—Dígame ahora mismo dónde está mi hijo.

—Tiene que dejarme en paz.

—Nadie sabe nada, nadie lo ha visto. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Márchese.

—He denunciado su desaparición, pero la Policía tampoco tiene ninguna pista. No pueden hacer nada, su pasaporte ha desaparecido. Dicen que todo parece indicar que se ha ido de viaje. Pero no se ha ido de viaje. Yo lo sé.

—Me trae sin cuidado dónde se ha metido su maldito hijo.

—Sé que usted ha tenido algo que ver. Ya puede rezar para que esté sano y salvo.

—Ha hecho que me sigan.

—Exacto. Y, por lo que parece, ha sido una buena idea. El olfato nunca me ha fallado.

—Largo. Llévase sus fotografías de mierda y márchese. No quiero volver a verlo por aquí. No en mi jardín, no con mis hijas.

—Pienso quedarme hasta que me diga dónde está mi hijo.

—Que se marche.

—Si me marchó ahora, iré directo a la Policía. ¿Es eso lo que quiere?

—Yo no he hecho nada.

—Pues en las fotos parece otra cosa.

—¿Qué es lo que parece en las fotos?

—Que ha matado a alguien.

—Lo único que se ve ahí es a una mujer con un gato.

—Pegando golpes.

—Estaba furiosa, acababa de pinchar una rueda y me había resultado difícil cambiarla.

—Lo ha matado.

—¿A quién?

—A Bertl Puch.

—No.

—Él estaba en el ataúd.

—¿Quién dice eso?

—El hombre que ha hecho las fotos.

—Ese hombre miente.

—Ha visto cómo Bertl Puch desaparecía en el mismo aparcamiento en el que ha entrado usted.

—Coincidencia. No conozco a ningún Bertl Puch.

—Era amigo de mi hijo. No es ninguna coincidencia. Jaunig está muerto, Puch está muerto. Quiero saber qué ha hecho con mi hijo.

—¿Por qué no va a la Policía y punto? Busque ayuda. Aquí se equivoca. Yo no tengo nada que ver con todas esas personas. Nada de nada.

—Estuvo en el piso de Puch.

—¿Ah, sí?

—En las fotos se ve cómo entra en el edificio donde vive él.

—Otra coincidencia.

—Está muerto, ¿verdad?

—¿Quién?

—Mi hijo.

—Si usted lo dice...

—Acabará con usted. Se lo quitaré todo. La casa, sus hijas, su vida. Pagaré por esto.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Me parece que no. ¿Y sabe por qué? Porque es usted un viejo al que le pone el poder. No permitirá que un escándalo lo haga descarrilar. Quiere llegar a presidente del estado del Tirol, lo sé. No hará nada que ponga eso en peligro. Y, además, sabe que su hijo es un cerdo asqueroso.

—¿O sea que está vivo?

—Ni idea. En cualquier caso, me gustaría mucho enseñarle una cosa. Espere aquí. No tardaré ni dos minutos.

Blum se levanta. Entra en el garaje. Saca las fotografías, los retratos del sótano. Las ha escondido muy al fondo, junto a las viejas cruces de tumbas, en una caja que hay en el suelo. Regresa con una carpeta, vuelve a sentarse. Le pone las imágenes en las manos sin decir nada.

—¿Qué es esto?

—Es arte.

—Esa es la marca de agua de mi hijo.

—Exacto, lo es. Un proyecto fotográfico de su retoño.

—¿Y qué más?

—Mire con atención. Mire en los ojos de esas mujeres. Y del chico. ¿Qué ve?

—¿Qué quiere que vea?

—El infierno.

—¿Cómo dice?

—Miedo, horror, dolor, sufrimiento.

—No puedo y no quiero quedarme aquí oyendo críticas sobre el trabajo de mi hijo. He venido por las otras fotografías, no por estos retratos.

—Créame, eso no es así. Ha venido aquí precisamente por estos retratos, por nada más.

—Ya basta. Si no empieza a hablar ahora mismo, iré a la Policía.

—Por mí... Pero entonces llévese las fotografías de su hijo y dígalas a los agentes que secuestró y tuvo encerradas a esas mujeres. Que las violó mientras les hacía esas fotos. Durante cinco años. Su hijo es un monstruo.

—Pero ¿qué está diciendo?

—Esta mujer de la fotografía me lo explicó.

—No diga disparates.

—No son disparates. O sea que, si cree que debe hacer públicas mis fotografías, yo también haré públicos los retratos de su hijo. Contaré la historia que me explicó la mujer de la foto. Se llamaba Dunja.

—¿Dónde está?

—Abusaron de ella durante cinco años. Sufrió como no es usted capaz de imaginar. Y luego la mataron. Simplemente. Para que su hijo pudiera divertirse.

—Mi hijo jamás haría algo así.

—¿Está seguro de eso?

—Conozco a mi hijo.

—No tan bien como cree. Su estupendo hijo se ha largado a Sudamérica. Me parece que no quería acabar en la cárcel.

—No.

—Sabe que tengo razón.

—Por favor, dígame que todo esto no es cierto.

—No puedo, por desgracia.

—Pero es que no es posible.

—También yo lo creía.

—¿Y usted? ¿Qué tiene usted que ver con ello?

—Su hijo también es responsable de la muerte de mi marido. Y por eso es mejor que ahora se marche de aquí, no remueva más las cosas. Y, como se le ocurra dar la voz de alarma, vaya despidiéndose de sus planes de futuro.

—No sé qué decir.

—También hay un vídeo.

—¿Qué vídeo?

—Un vídeo en el que se ve más, no solo sus caras.

—Por el amor de Dios.

—Retire a ese tipo que me ha sacado las fotos. Si me siguen observando y fotografiando, todo habrá acabado. ¿Lo ha entendido?

Asiente. Johannes Schönborn. Se levanta y se marcha. Deja las fotos ahí. Las suyas y las de Blum. Se sube al coche y le hace una señal al chofer para que arranque. Tiene la cara blanca. Se ha rendido. Se ha decantado en contra de su hijo. Solo ha pensado si debía luchar por él brevemente, y al instante ha tomado la decisión de dejarlo caer. Negar a la sangre de su sangre, distanciarse. Johannes Schönborn se marcha. Sale del jardín, se aleja de Blum. El peligro está controlado, la tormenta ha pasado, el barco no ha sufrido daños.

Blum. Está sentada bajo el cerezo y bebe agua. Si el hombre se ha creído o no que su hijo se ha marchado a Sudamérica sin despedirse es un misterio. Da lo mismo. No supone ninguna diferencia. Johannes Schönborn actuará con serenidad. No hará nada que pueda poner su carrera en peligro, no se expondrá a los focos. No desvelará ante el mundo quién era su hijo en realidad. Nadie sabrá nada. Johannes Schönborn tiene las manos limpias. Johannes Schönborn ascenderá en su carrera política. Johannes Schönborn guardará silencio. Y Blum preparará las bolsas. Colchonetas, toallas, bañadores. Blum nadará y no se estrellará contra el fondo de la piscina. Se zambullirá y nadará.

—Estoy con las niñas en el lago.

—Siento mucho no haber podido ir a verte ayer. Ahora mismo tenemos un buen jaleo aquí montado.

—No te preocupes. Ya nos veremos después.

—¿Me echaste de menos?

—Estuvimos trabajando hasta tarde, Reza y yo. Después nos tomamos una copa de vino. Me quedé dormida en el sofá.

—Qué lástima.

—¿El qué?

—Todo.

—¿Qué quieres decir?

—El trabajo, no llego a más, me gustaría mucho verte. Tocarte. Pero ahora mismo todo se está complicando.

—¿Qué ocurre?

—No quiero cargarte con eso.

—Venga ya.

—Desaparecen personas, Blum.

—¿Qué quieres decir?

—Que está desapareciendo gente. Sin dejar rastro. Uno tras otro. Y nadie sabe por qué. Ni dónde acaban.

—¿Quién ha desaparecido?

—Jaunig, por ejemplo. Todavía seguimos buscando el cadáver. Solo ha aparecido su coche. Lo han encontrado poco antes de llegar a la frontera italiana, pero de su cadáver no tenemos ni rastro. Nadie sabe nada, nadie ha visto nada.

—Qué extraño.

—Y luego ese fotógrafo. Es hijo de un ministro del estado federal. Desapareció de pronto, así, de la noche a la mañana. Hace ya quince días. Es como si se hubiera esfumado. Y también un cocinero famoso de Kitzbühel está en paradero desconocido. Se ha perdido. Sin despedirse, sin avisar a nadie.

—¿Han denunciado sus desapariciones?

—Sí.

—¿Sospechas que puede tratarse de crímenes?

—Empiezo a preocuparme en serio. Ya no estoy seguro de que no tuvieras razón.

—¿Con qué?

—Con lo de esa mujer que viste en el Anatómico Forense.

—¿Qué tiene que ver esto con ella?

—Sabes que te prometí que volvería a investigar.

—Sí, ¿y? ¿La asesinaron?

—Fue muerte natural, pero he vuelto a repasar las actas de entonces. Lo que explicaba esa mujer se ve hoy bajo una luz muy diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Hablabas de un sacerdote, de un fotógrafo y de un cocinero.

—¿Eso tiene relación?

—No lo sé, pero debo seguir indagando. Por lo visto Mark acertó en su día con esa corazonada. Tal vez tenía razón y todo lo que explicaba esa mujer era cierto.

—¿Qué explicaba?

—Ya lo sabes, Blum.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Mark grabó sus conversaciones con ella. Y tú has escuchado esas conversaciones.

—Sí.

—Sé sumar dos más dos, Blum.

—Tal vez demasiado tarde.

—Sé que debería haber hecho caso de tu intuición, Blum.

—Mark tenía razón.

—Eso parece, sí.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Quién ha matado al sacerdote? ¿Dónde están los que han desaparecido?

—No lo sé, Blum. Pero aquí hay alguien que se está vengando.

—¿Una venganza?

—Sí. Sabes lo que sucedió en ese sótano. Si lo que contaba esa mujer es verdad, entonces alguien tiene motivos de sobra para lanzar una campaña de venganza.

—Pero ¿quién?

—Esa mujer.

—Se llamaba Dunja.

—Mató a los tres hombres y luego se suicidó.

—¿Tú crees?

—¿Se te ocurre alguna otra explicación?

—No.

—Y hay algo más, Blum.

—¿Qué?

—Mark.

—¿Qué pasa con él?

—Es posible que su muerte no fuera un accidente.

—¿Qué quiere decir eso?

- Creo que todo está relacionado, de alguna forma.
- ¿No fue un accidente?
- No.
- Y ¿entonces...?
- Lo asesinaron. Es posible que estés en peligro.
- ¿Yo?
- Deberías ir con cuidado, Blum.
- ¿Qué quieres decir?
- Que tal vez quieran matarte a ti también.

Schrettl. Primero Massimo, luego él. «Tal vez quieran matarte a ti también. Deberías ir con cuidado, Blum». Todavía oye las palabras de Massimo. En el lago, mientras ella remolcaba a las niñas, que flotaban felices en el agua. Patitos de goma, balones inflables, el teléfono entre la clavícula y la barbilla. Blum sostenía a Nela sobre el agua mientras Massimo temía por ella. Qué conmovedora era la imagen que se había formado. Blum como siguiente víctima a la que querría asesinar el mismo que también había matado a Jaunig, el mismo que tal vez era responsable de las desapariciones de Schönborn y Bertl Puch. Massimo creía sinceramente que estaba en peligro, quería que Blum se tomara en serio su preocupación. Pero ella está a salvo. ¿O no?

Nela hace sus primeros intentos de bucear, Una juega con un cocodrilo de plástico verde. Blum ha colgado y se ha sentado en el borde de la piscina infantil. Vigila a las niñas. Qué cándidas, qué felices están en el agua. Finales de verano. El gordo del bañador rojo se sienta a su lado. De repente está ahí. Demasiado cerca. Casi piel contra piel. Le habla en voz baja, casi susurra. Schrettl. Un parásito, una sanguijuela que se le pega para succionarla. Un gorrón, un codicioso, un incordio. Gustav Schrettl. Es jefe de una agencia de detectives, dice. Y que en el marco de su último encargo ha presenciado algo muy interesante. Está sentado junto a ella y le dice lo que sabe mientras Nela le salpica y se ríe. El gordo que está al lado de mamá. Un pobre desgraciado, un interesado que ha olido algo de dinero. «Tiene usted una villa muy bonita», dice. «Tiene una vida muy bonita. No querrá que esa vida tan bonita termine de pronto. No quiere eso, ¿verdad?». Chantaje junto al lago. Resulta irreal. Solo lleva puesto un bañador, a nadie se le ocurriría que ha ido allí a estropearlo todo. A amenazar a Blum. Qué situación más grotesca. Si Blum hubiera visto esa escena en una película se habría reído. Qué ridículo, habría dicho. Un cliché, un chiste malo. Pero Schrettl es real. Y no se marcha. Dice que vio a Bertl Puch, que el cocinero levantó el torso un momento antes de morir. Es cierto que no tiene ninguna foto, pero lo ha visto. Que estaba en el ataúd, que todavía se movía antes de que ella le golpeará. Schrettl mete los pies en el agua. Quiere que le dé medio millón de euros. Se ríe de Blum, se burla de ella. «Ya podría vender esa casa tan bonita. O su precioso coche fúnebre americano. O pedirle ayuda a ese amigo suyo, el policía. Seguro que él comprende su situación». Schrettl sonrío de oreja a oreja. Ufano, seguro de la victoria

con su bañador rojo.

Ella guarda silencio y lo deja hablar. En algún rincón de su fuero interno sabía que ocurriría algo así. Que el viejo Schönborn no podría hacer callar tan fácilmente al autor de esas malditas fotos. Schrettl quiere el premio gordo, encaja a la perfección en el cuadro. Detective malvado es testigo de un crimen. En lugar de denunciarlo, quiere que le paguen por su silencio. Material para un novelón. Un hombre medio desnudo que le exige medio millón de euros. Un hombre como un chiste. «Si quiere ponerse en ridículo, vaya a la Policía», dice ella. Se inclina hacia él y lo mira. Tiene la cara del hombre muy cerca. Su voz es clara y nítida. «Y, ahora, déjeme en paz», susurra. No tiene ningún as guardado contra ella. No puede hacerle nada. En absoluto. No es más que una sanguijuela que se le ha pegado al cuerpo. Una sanguijuela que Blum arranca y vuelve a lanzar al agua.

Se pone de pie, recoge a las niñas y se marcha. No quiere estar ni un minuto más sentada a su lado, oler su aliento, oír su voz. Quiere alejarse de él; si pudiera, le sumergiría la cabeza en el agua, le cortaría las piernas para que no pueda seguirla. Ese pequeño cabrón codicioso. No le traerá problemas, solo quiere un pedazo del pastel, recoger un par de migajas del suelo. Blum da media vuelta y se marcha. Regresa a la ciudad con el coche. No quiere alimentarlo. Poco importa lo que suceda, Schrettl no jugará ningún papel.

El coche de ese hombre abajo, en la calle. Hace dos días que Blum mira por la ventana escondida tras la cortina y piensa. Qué sucederá. Cómo lo hará. Si sale, a pie o en un vehículo, él la seguirá y continuará importunándola. Schrettl y también el hombre del coche de la Policía. Está aparcado cinco plazas por detrás del detective. Hace dos días que está ahí, para protegerla. Massimo ha insistido. Protección policial para Blum. Dos hombres en dos coches. Frente a la casa de Blum. Dos hombres que le impiden ir a por él. Benjamin Ludwig.

El actor. Reza lo ha encontrado mientras Blum estaba en el lago. La ha recibido con un asentimiento de cabeza y se la ha llevado al ordenador. Un vídeo de YouTube les ha dicho su nombre, una escena de un reportaje sobre su vida privada. Reza ha entrado en numerosos vídeos, escenas de sus películas, entrevistas, su vida es pública. La ZDF fue a visitar a Benjamin Ludwig a su casa y a echar un vistazo. Su rostro en la pantalla. El hombre que se quitó un momento la máscara, el rostro conocido. Y esa voz. Cualquiera puede verlo sentado en su salón, cantando. *'O sole mio*. Sonríe

radiante a la cámara, su mujer y sus dos hijos están sentados con él y lo miran con admiración. El actor de series Benjamin Ludwig y su familia, teatro ante las cámaras de televisión, la representación de un mundo íntegro. Es el programa alternativo a la grabación del sótano: la misma canción, el mismo fervor. Ludwig. Hace dos o tres años que interpreta a un guarda forestal, todos los jueves sale a recorrer los bosques, su amplia sonrisa. Amor y dolor arrastran a millones de espectadores ante sus televisores. Un líder de audiencia. El cazador. Cómo apuntaba a Youn con la escopeta. Cómo abraza a su mujer y la besa para la televisión. Benjamin Ludwig. Dentro de poco irán a por él, de alguna forma lo conseguirán.

Blum en su casa. Mira hacia abajo. Tienen que llegar hasta Benjamin Ludwig. Blum está atascada. Allí está Schrettl en su coche. Y la patrulla de paisano. Massimo la ha encerrado, quiere protegerla. El bueno de Massimo. Aunque las cosas se han enfriado entre ambos no la ha abandonado, le ha puesto vigilancia las veinticuatro horas. Hasta que sepa qué está ocurriendo, el agente seguirá montando guardia ante su puerta. El agente al que le lleva café. El agente que al mismo tiempo y sin saberlo impide que Schrettl siga importunándola.

Tregua. Tiempo para reflexionar. Hace dos días que no sale de casa. Blum piensa, tiene que encontrar la fórmula. Blum y Reza. Una forma de ponerle fin a todo, juntos. Porque también Reza insiste en ayudarle. Hace dos días que planean su siguiente paso. Han descubierto dónde vive Benjamin Ludwig, dónde está esa villa feudal que aparece en el reportaje. Un lugar idílico en una ladera, un emplazamiento solitario, lo han estado viendo por Google Earth. Y han descubierto que en estos momentos no está de rodaje. Que está en su casa. De vacaciones familiares, dicen. Reza y Blum. Han llamado por teléfono y han mentido, dos noches han estado sentados juntos en el sofá, tramándolo. Han planificado su excursión a Múnich hasta el último detalle. Lo que harán con Schrettl y con el agente. Lo que le sucederá a Benjamin Ludwig. Todo muy arriesgado, una locura. Sin embargo, Blum lo quiere así. Mira abajo, a la calle. Reza está a su lado. «Salgamos ya», dice ella.

A toda velocidad. Antes de que Schrettl y el agente puedan poner en marcha el motor, ellos ya no están. Recorren la calle con un aullido. Blum conduce, Reza la abraza, se agarra a ella con fuerza. «Ni hablar», le ha dicho al principio, pero luego se ha dejado convencer. Blum y Reza en la Ducati. Cruzan la entrada a toda mecha y pasan de largo por delante de Schrettl y del agente. Demasiado deprisa para que los detengan. La moto sale de la nada y desaparece sin más. Su destino es un misterio. Schrettl seguramente reniega, el agente llama a Massimo y le dice que ha salido. Que se ha ido a algún sitio con un hombre de paquete en la moto. Que los brazos de él se aferraban a sus caderas. Los ojos de Reza muy abiertos. Van adelantando coches, Blum está exultante, conduce deprisa. Acelera, sabe dónde están los radares, sabe dónde debe tener cuidado. Solo ella y la autopista. Y esas manos en su barriga. Velocidad y calidez. Durante una hora y diez minutos.

Innsbruck-Múnich. Ningún control de carreteras, nadie los ha detenido. Van al aeropuerto y dejan la moto en el aparcamiento. Son las diez de la mañana, han entrado en el metro y se han acercado a la ciudad, han tomado el autobús hacia el barrio de Bogenhausen. Aquí viven los ricos, aquí vive Benjamin Ludwig. Poco equipaje, solo una mochila con lo imprescindible, por la noche quieren estar de vuelta en Innsbruck. Dentro de doce horas todo debería haber terminado. Todo lo que han planeado. En el metro, uno al lado del otro como dos niños que juegan a ir en transporte público. Una aventura en la que Blum ya no está sola. La sensación es buena, parece lo correcto, ella lo acepta sin reparos, Reza es un regalo. Un hombre silencioso. Hace años que lo conoce. Nunca había estado tan cerca de ella. Blum sabe que no dudaría ni un segundo si las cosas se pusieran serias. Que Ludwig hablará, ha dicho Reza. Se lo ha prometido, que se encargará de que ella conozca el resto de la historia. De que sepa quién estaba al mando. Dará con los cinco hombres. Solo entonces habrá paz.

No hablan, surcan todo Múnich como turistas. Reza y Blum. De camino a la casa de Ludwig. Ya están en la ladera con vistas a su jardín. Escondidos como ladrones detrás de los árboles. Durante horas, porque Ludwig no está. Ahí no hay nadie. Ni niños ni mujer, solo una casa vacía en Bogenhausen. La información que les han dado en la

productora no es cierta. El plan entero fracasa. Surgen dudas, pasa el tiempo, la cosa empeora de hora en hora. Solo pueden esperar, no hacer nada, solo esperar. De vez en cuando llama Massimo; ella rechaza la llamada, cada vez. Está preocupado por Blum. Llega la tarde, empieza a hacerse de noche y ellos siguen escondidos. Se quedan ahí hasta que cae la oscuridad, todavía esperan que la familia esté a punto de regresar de su día de compras, que aparezcan por la esquina y ellos puedan hacer por fin lo que tenían previsto. Pero no sucede nada. La casa sigue vacía. Y Blum tiene hambre. Le preocupan las niñas, está cansada e impaciente, quiere quitárselo ya de encima. Empieza a detestar el silencio de Reza. Que no diga nada. Ni una palabra en casi todo el día. Está sentado a su lado, vigilando la casa. Blum no tiene ni idea de lo que le pasa por la cabeza. Reza no comparte su disgusto por haber desperdiciado un día entero. Su rostro sigue en calma chicha, no hay olas, no hay viento. Reza tiene una misión. Esperar a Benjamin Ludwig. Hasta que aparezca. No moverse, no dar ni un paso. Hasta que haya cumplido su propósito. Blum sabe que es capaz de pasarse ahí la noche entera, por eso lo levanta del suelo y lo obliga a caminar. Con ella, colina abajo, en busca de un hotel, un restaurante; Blum quiere descansar. Dejar de pensar un momento en Ludwig, en Dunja, en Mark. Quiere respirar un poco, hablar un poco con Karl por teléfono y beber algo. Tiempo muerto. Descanso. «Mañana será otro día», dice.

Reza y Blum en la recepción de un pequeño hotel. Blum no lo piensa, simplemente lo hace, sigue su instinto. «Una habitación doble, por favor. Para una noche». Un pálpito le dice que es lo correcto. No quiere estar sola, apartarse de Reza. Él está a su lado. No dice nada. Un acuerdo tácito. Reza sigue con Blum. Junto a ella en el bar, porque Blum todavía no quiere dormir, porque está preocupada por las niñas. Ha hablado con Karl por teléfono, le ha dicho que volverá tarde y le ha pedido que se ocupe de ellas esa noche y también al día siguiente. Karl no ha dicho enseguida que sí, como hace siempre. Duda, Blum le ha sorprendido. Hay algo que no encaja. Karl tenía otros planes para mañana. Ella lo nota. Pero el hombre no quiere inquietar a Blum, no quiere negarle nada, quiere apoyarla en todo lo que pueda. «Ya haremos algo», dice. «Tú no te preocupes, Blum. Encárgate de lo que tengas que encargarte y luego vuelve». Entonces cuelga y la deja sola con Reza.

Juntos en el bar, porque ella todavía no quiere dormir. Blum no quiere subir aún a la habitación, tumbarse a su lado. No hablan de ello. De la habitación, de su deseo de no estar sola. Reza se lo pone fácil, actúa como si fuera lo más natural del mundo, como si solo fuesen dos amigos que comparten una habitación. Nada más. Pide una copa de vino para Blum y una cerveza para él. Con cada trago su boca se abre un poco más, se ha tomado muy en serio la petición de Blum de no hablar de Ludwig. Reza habla

de las niñas, de la nueva colección de ataúdes y de que tendrían que renovar la sala de preparación. Un rato agradable. En un hotel de algún lugar de Bogenhausen. Charlan, beben, Benjamin Ludwig no es importante. Nada es importante. Lo que comentan es irrelevante. Nada duele, nada los amenaza. Una copa tras otra, beben, todo es fácil y sencillo. Reza hace reír a Blum. Recuerdan casos de muertes estrambóticas, últimos deseos extravagantes y seres queridos agotadores. El día a día del trabajo les ayuda a pasar la velada. Lo que comparten desde hace siete años, las horas en la sala de preparación, las incontables recogidas de cadáveres, las horas en el cementerio. Reza siempre ha estado ahí. Reza pide vino y cerveza. Reza sonríe. Y esa risa sienta bien. Lo que los une es algo más que el trabajo. Blum lo abraza. «Venga, baila conmigo», dice.

En el pequeño bar del hotel. Entre sillas y mesas. Aunque Reza no sabe bailar, se deja convencer. Se resiste un poco, intenta librarse pero luego accede. Blum le sonríe. Bailar y ya está. Cerrar los ojos. Dejarse llevar por él. Escuchar la música entre sus brazos. Sentir si él es capaz de abrazarla. Reza. Si puede ser algo más que su empleado, que un amigo, el protegido de su marido. A Blum nunca se le había ocurrido. Ni por un segundo. Que es un hombre. Uno que puede tocarla. Abrazarla. Su respiración, muy cerca. Dan vueltas. Lentas, largas. Reza se mueve con cuidado entre el mobiliario del bar, agarra a Blum con fuerza, tiene su cabeza en el hombro. Se sienten bien juntos.

Escalera arriba, con una botella más de vino en la mano. Les da seguridad. Cruzan la puerta de la pequeña habitación. Reza y Blum. Cómo desaparece ella unos instantes en el baño y él se sienta en la cama. Cómo ha caído la noche en Bogenhausen. Cómo sale Blum del baño. Cómo se queda de pie ante él. Reza no se mueve. Sostiene con fuerza la botella de vino. No dice nada. No hace nada. Solo la mira. A Blum. Desnuda.

Solo habla ella. Benjamin Ludwig debe escuchar. Si abre la boca, uno de sus hijos morirá. Él ha comprendido que Blum lo dice en serio. Reza ha disparado contra el árbol que hay junto a Ludwig. Una bala en el tronco. La corteza herida, solo un impacto breve, apenas audible pero suficiente para transmitirle a Benjamin Ludwig la sensación de que los dos desconocidos de la colina no bromean. Dispararán a uno de sus hijos. A ambos. Si no guarda silencio. Que solo escuche. Blum le dice lo que tiene que hacer, con detalle, le deja bien claro que no bromea. Le explica lo que sabe, pone las cartas sobre la mesa. Con pocas palabras le infunde un miedo atroz. «Primero mataré al niño», le dice. «Luego a la niña. Luego a tu mujer. Luego a ti».

Una familia feliz en el jardín. Reza y Blum no han tenido que esperar mucho. Ludwig ha aparecido hace diez minutos, poco después de que ellos llegaran otra vez a su árbol. Llevaban cinco minutos vigilando la casa, y entonces los niños y la mujer han bajado del coche. Los niños han corrido al columpio. Su mujer ha entrado directa en la casa.

Ludwig se ha quedado de piedra. Los niños lo llaman, quieren que vaya con ellos, que los columpie bien alto. El buen padre que se ocupa de sus hijos. El buen padre que ha violado a un niño. Tenía diecisiete años cuando llegó al sótano. Youn y Ludwig. Blum lo ha escuchado todo otra vez. Todo lo que Dunja explicó sobre él, todo sobre el cazador. Lo que les hacía. Benjamin Ludwig, que escucha lo que dice Blum. El teléfono en el oído, sus ojos buscan por la ladera, no dice nada, ni una palabra. Solo escucha, no quiere que caiga otro disparo. Una pistola con silenciador, nadie ha oído nada, nadie puede ayudarle. Solo existe la voz de Blum, que le dice que prepare una bolsa y busque el pasaporte. Que se despida de su mujer y de los niños. Que se invente algo, que improvise un motivo para su marcha precipitada. «Miéntele», dice Blum. «Ahora entrarás en la casa, recogerás tus cosas, te despedirás y volverás a salir. Después subirás a ese coche que tienes».

Blum casi se queda sin aire cuando lo ha visto. Cuando ha aparecido en la calle. El Rover. Vuelve a estar ahí. No había contado con eso, con que volvería a verlo, con

que ese coche no hubiera desaparecido del mapa. Cómo se ha apeado él ante su casa. Cómo han bajado los niños de los asientos de atrás. Ese hombre con el teléfono en la mano. Ludwig. Blum cuelga y Ludwig desaparece en el interior de la casa, durante unos minutos se quedan solos Reza y ella. Ahí hay ira. Y odio. Y, de repente, la respuesta a una pregunta. Quién iba al volante. Quién mató a Mark. Tras una noche bonita, la certeza de que no fue un sueño, de que ese coche existe de verdad, oculto en Baviera, parte de un mundo intacto. Ante ella. Y Ludwig, que sale a la calle.

El asesino de su marido. Está sentado delante de Blum, en el asiento trasero hay una bolsa de viaje. Ludwig ha hecho lo que ella le ha dicho. Ha tardado cuatro minutos en salir otra vez de su casa, su mujer estaba en la puerta y se ha despedido de él con la mano. Benjamin Ludwig quería marcharse lo antes posible, tenía que alejar a los niños del punto de mira, protegerlos, y a su mujer. Tenía que hacer lo que había ordenado Blum. Se ha quedado quieto mientras ellos subían al coche. La pistola en la mano de Reza. Blum no sabe de dónde la ha sacado. Hablaron de ello y de pronto estaba ahí. «Yo me encargo», ha dicho Reza. Ahora tiene el arma en la mano y obliga a Benjamin Ludwig a conducir en dirección a Starnberg. Todavía tiene que guardar silencio, Blum no quiere oír nada, ninguna mentira, ninguna excusa, no quiere oírlo suplicar, gimotear ni lamentarse. Ni una palabra. Solo la pistola contra su espalda. Reza y Blum juntos. Y todo lo que ocurrió.

Toda la noche. El cuerpo desnudo de Blum contra el de Reza. Ella simplemente se recostó sobre él. Quería sentir su piel, estar cerca. Más cerca todavía. Blum quería desvestirlo, desaparecer en él, sumergirse en él, dejarse caer. Lo habría hecho. Habría dejado que sucediera sin un ápice de mala conciencia, lo habría aceptado todo, lo habría dado todo. Porque creía que ya estaba preparada. Que había llegado el momento de devolverle algo. Algo como por ejemplo amor, un sentimiento de gratitud. Y curiosidad. Blum quería saber cómo olía, quería descubrir a qué sabía su lengua, cómo se movía dentro de su boca. Qué hacían las manos de él sobre ella, cómo la penetraba. Quería sentirlo, a todo él. Seguir bailando con los ojos cerrados. Como si no hubiera un mañana. Solos él y ella. Solo ese momento. Diez horas antes, y los ojos de él que decían *no*.

Benjamin Ludwig cruza la ciudad con el coche. Reza le da indicaciones, tienen que hacer una parada, ir a por algo antes de seguir camino hacia el lago. Cajas de cartón, film transparente, cinta adhesiva. Ocultos entre incontables coches en el aparcamiento de un establecimiento de materiales para la construcción, Reza le pone el arma en la mano a Blum y entra a comprar. La deja sola con Ludwig sin decir una

palabra. El actor y la enterradora. Solos ellos dos durante diez minutos. Diez minutos de silencio. Él no se vuelve, tiene miedo, siente la pistola en la espalda. Blum la presiona con fuerza. Quiere apretar el gatillo y listos, cargárselo, enviar al hombre sin tacha al infierno, decirle al mundo que es un cerdo. Contar lo que ha hecho. Matarlo. Ya. En un aparcamiento perdido en un polígono industrial de Múnich. Quiere hacerle daño, decirle que ella amaba a ese hombre. El hombre al que atropelló y mató. Que él lo era todo para ella. Mark. El padre de sus hijas. Cómo jugaba con ellas por todo el jardín. Una familia que ya no existe. Solos Blum y Ludwig. Solo ellos dos en ese coche. Un segundo y habrá muerto. Solo un disparo y todo habrá acabado. Ahora, ya. Antes de que Reza vuelva y lo meta todo en el maletero. Antes de que suba al coche y le diga a Ludwig que arranque.

Como si fuera lo más normal del mundo, dejan que Benjamin Ludwig sea su chofer. La estrella de la tele conduce y los lleva a Starnberg. Despacio, bordeando el lago. El verano casi ha terminado, hay muchas casas vacías. Villas de gente rica, casetas de botes, residencias vacacionales. Reza sigue indicándole, buscan la casa ideal, la entrada ideal en la que poder desaparecer. Con naturalidad, a plena luz del día, sin que nadie se fije en ellos. Simplemente un coche caro que aparca frente a una casa cara. Algo cotidiano en el lago. A nadie le llama la atención. Tres personas que se apean y atraviesan el gran jardín para bajar hasta la caseta de botes. Solo una valla que hay que saltar, solo una mochila, bolsas y cajas que llevan consigo. Reza, Blum y Ludwig. Cómo los precede él a ambos. Cómo no hace más que volverse. Cómo busca una escapatoria. Porque sabe que ha terminado. Todo.

Reza se quedó dormido en algún momento. Sus dedos quedaron inertes sobre Blum en algún momento. Agotado, borracho, cansado. Ella no se movió, quería seguir ahí, no alejarse ni un centímetro de él. Reza le sentaba bien, dormido, despierto. Que la rechazara fue bonito. Que no la poseyera sin más, que no aceptara su oferta, su cuerpo, su boca, sus pechos. Ella lo habría hecho, lo deseaba. Había salido del baño y estaba dispuesta. Reza solo la tomó de la mano y la miró. Blum pudo ver lo mucho que le gustaba. Que él la deseaba pero se contuvo.

Ayer. Ahora ya no. Sin reservas, sin pudor. Reza simplemente está en marcha. Como una máquina, el fiel soldado de Blum. Lo prepara todo, revienta la cerradura y abre la puerta. No hay alarma, solo es una vieja caseta de botes, aunque preciosa, hace semanas que nadie pasa por ahí, el lugar perfecto para hablar con Ludwig. Nadie lo oirá, también la casa vecina está desierta, y al otro lado de la caseta no hay más que bosque. Poco importa lo mucho que grite. Ni cuánto tiempo. Reza cubre el suelo con

lonas. Como si estuviera poniendo la mesa. Saca los instrumentos de la mochila, deja la cinta adhesiva y el film transparente a mano. Todo sucede en apenas unos instantes, Ludwig no tiene tiempo para pensar en lo que han planeado hacer con él. Se lo pregunta, Blum lo ve. Su miedo, no se está quieto, quiere salir de ahí. Echar a correr, de prisa y lejos, pero hay un arma en la mano de Blum. «Dispararé», dice.

No ha dormido en toda la noche. No quería. Que esa sensación desapareciera, que Reza se levantara, se marchara. Solo quería sentirlo el mayor tiempo posible, hasta la mañana, hasta que él abriera otra vez los ojos. Cómo volvieron sus dedos a moverse sobre la espalda de ella. Reza siguió por donde lo había dejado. Hasta que ella dijo que ya era hora. De regresar otra vez. A la casa, a esa pesadilla. Regresar para contemplar cómo Reza lo derriba con un remo. Cómo lo inmoviliza con la cinta adhesiva. Lo ata de pies y manos. Blum y Reza. La noche se confunde con el día, la vida sin Mark con la vida que tiene ahora. Esta vida en la que mueren personas. Cuando ella quiere.

Blum está quieta y mira. Como si no tuviera nada que ver con todo eso, como si fuera un transeúnte que se ha acercado a un accidente. Una cotilla que sacia su curiosidad. Un bote de remos, una pequeña lancha a motor eléctrico y Benjamin Ludwig, que grita. Vuelve en sí y siente la cinta adhesiva, comprende que no tiene escapatoria. Ya no puede contenerse, tiene que hacer algo. Primero reniega, quiere liberarse con palabras, los insulta. Después se tranquiliza, respira hondo, se recompone. El actor que hace ejercicios antes de salir a escena para interpretar su papel, para decir la verdad. Para hablar y salvarse, porque sospecha lo que viene a continuación, porque sabe que los demás están muertos, que han desaparecido. Sabe que esos dos van en serio. Blum. Se le ve en la cara, no hay en ella nada que dé esperanzas, lo único que puede hacer Ludwig es hablar. No mentir. Solo la verdad. «Si mientes, estás muerto». Ella se sienta en el suelo a su lado. Pistola en mano. Está muy cerca. Aprieta el cañón contra la frente del actor.

Blum habla con él. Reza se retira. Blum susurra. «Contesta mis preguntas. Sé breve y conciso. No preguntaré dos veces». Pasa por alto sus intentos de salvar la vida. Las preguntas de él no reciben respuesta. «¿Qué tiene pensado hacer conmigo? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué hace esto? ¿Dónde están Schönborn y Puch? Los ha secuestrado. ¿Siguen vivos? ¿Están muertos?». Ninguna respuesta, solo preguntas. La pistola contra su frente y la verdad. Breve y conciso, todo sobre ese sótano, dónde se encuentra, cómo llegaron tan lejos, por qué decidieron cinco hombres dejar a un lado todos sus escrúpulos. Ser como animales. Brutales, sin reglas. Blum quiere saberlo,

algo en su interior quiere entender lo inconcebible, comprender cómo puede llegar a suceder algo así. Cómo una idea tan atroz pudo convertirse en realidad. Un lugar en el que todo estaba permitido. Sexo con un niño. Violencia, humillación, castigo y penitencia. Durante cinco años. Respuesta a respuesta. «El sótano está en Kitzbühel. Debajo del restaurante. La casa es mía. Era nuestra casa de vacaciones. La reformamos. Fue idea de Puch. Estábamos borrachos. Él lo planeó todo. Una buena comida y, después, placer en el sótano». Cinco hombres que habían hecho realidad un sueño. Cinco hombres felices.

Palabra a palabra. Cada vez crece más en Blum el deseo de apretar el gatillo y punto, de hacerlo callar. Pum. Un tiro y fin. Pero quiere más. Quiere saber dónde está el chico. Si todavía vive. Qué han hecho con él. «No lo sé», dice él. «De verdad que no lo sé. El sótano está vacío. Los muebles acabaron en la basura, las jaulas. Todo ha desaparecido, todo está vacío. Allí no queda nada. No sé dónde está el chico. No lo sé. Tiene que creerme. De pronto un día ya no estaba». Respuestas en la caseta de botes. En Kitzbühel no queda nada que ella pueda encontrar. Nada que demuestre que sucedió de verdad. Solo fotografías y películas. Y lo que dice Benjamin Ludwig. La triste realidad, la confirmación de lo que ella ya sabe. Que él los cazaba. Que les disparaba. Que siempre cantaba esa canción. Que siempre empezaba por el principio. El infierno para Dunja. Para Ilena. Para Youn. Porque esos hombres en algún momento habían empezado a cruzar fronteras. Habían traspasado una línea y ya no podían volver atrás. Por eso seguían adelante. Integraron la locura en sus vidas, la justificaron. «Siempre los alimentamos bien. Que los drogáramos era bueno para ellos. Así no les dolía. Allí de donde venían no habrían estado mejor. Nosotros cuidábamos de ellos. No les faltaba de nada. Con nosotros estaban bien».

Blum quiere levantarse y emprenderla a patadas. Con toda su rabia, hasta que se calle. Quiere hacerle sentir que lo que hizo estuvo mal. Que fue increíblemente cruel. Todo, cada día, cada encuentro con sus víctimas. Blum quiere que lo diga. Que lo lamenta. Que también él ve el monstruo que yace en el suelo de la caseta de botes. Castigarlo. Aniquilarlo. Blum quiere más aún. Quiere la respuesta a la última pregunta. El final de la confesión, la verdad sin esperanza de perdón. Lo que hizo él. Si fue él. Si él iba al volante. Si fue él quien mató a Mark conduciendo su Rover hace tres meses. Benjamin Ludwig o alguien más. Blum quiere saberlo.

—Tú mataste a mi marido.

—¿Cómo dice?

—Sabes muy bien quién soy.

—No.

—Dime que lo sabes. Ya mismo, o estás muerto.

—Sí. Sé quién es usted.

—Fue tu coche.

—Pero yo no maté a su marido.

—Deja de mentir.

—No miento.

—Fue tu coche.

—Pero yo no conducía.

—Entonces, ¿quién?

—Yo no.

—¿Quién?

—No le gustará.

—O hablas de una vez o mueres.

—Conducía él, no yo.

—¿El payaso?

—Sí. El payaso.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarlo? Dilo de una vez, joder.

—Él es el responsable de todo. No yo. Él mató a la chica. Y también a su marido. Dijo que tenía que ser así. Nosotros intentamos convencerle para que no lo hiciera, tiene que creerme.

—Su nombre.

—Él quería que lo hiciera yo, pero le dije que no podía. Matar a su marido. Atropellarlo a sangre fría. Pero él insistió. Dijo que iríamos todos a la cárcel si seguía con vida.

—Tienes diez segundos más.

—Fue culpa suya, no mía.

—Que dejes de decir tonterías de una puta vez y me des su nombre.

—Yo no quería que muriera nadie. Solo le dejé mi coche. No soy responsable de nada, yo nunca mataría a nadie.

—Cinco segundos.

—Es que no tiene ni idea de a quién se está enfrentando.

—Tres.

—También la matará a usted.

—Dos.

—No dudará ni un segundo.

—Uno.

—Se llama Massimo. Y es policía.

Blum dispara. Su dedo índice aprieta el gatillo. Qué fácil es. La cabeza del hombre, que se vuelve hacia un lado. «Se llama Massimo». Benjamin Ludwig. Unos segundos antes todavía respiraba, ahora yace en el suelo y está muerto. «Se llama Massimo. Y es policía». Blum lo ha oído. Aunque yace muerto ante ella, lo sigue oyendo. «Se llama Massimo». Ese nombre la devora y le abre un agujero por dentro, muy hondo y muy deprisa, la vacía, le quita todo lo que todavía le queda. Lo estropea todo. Y más aún. «Se llama Massimo. Y es policía». Blum se sienta. No es capaz de pensar, siente náuseas. Que haya pronunciado ese nombre. Massimo. Había esperado cualquier cosa, pero eso no. Blum en el suelo. Apoyada contra una pared de madera, lo sigue oyendo. «Es policía». Regresa una y otra vez, aunque ella ha apretado el *stop*. «Se llama Massimo». Blum no se mueve. No puede hacer nada. Está ahí sentada mirando a Ludwig muerto. Cómo intenta entender lo que le ha dicho. Cómo oye esa frase una y otra vez. Sigue sentada y mira. A Ludwig, ahí tirado. Cómo se arrodilla Reza frente a ella. Despacio. Toma su rostro cuidadosamente con las manos. «Lo conseguiremos», dice. Sus dedos sobre las mejillas de Blum. Impiden que caiga.

La cabeza le da vueltas. Lo que ha dicho Ludwig. «También la matará a usted». Massimo. Y Reza. Le da un beso en la frente y se pone de pie. «Quédate sentada», dice. Después empieza a ocuparse de Ludwig. Paso a paso, tal como habían planeado. Con tranquilidad, Reza lo descuartiza y lo empaqueta. Sin prisas. La sangre se vierte en el lago. En la caseta de botes reina el silencio. No hablan, Blum no puede. No es capaz de levantarse, de ayudar a Reza, no es capaz de moverse. Porque lo siente a él. Muy dentro de sí, a Massimo, sus manos sobre el cuerpo de ella, su lengua. Cómo ha hurgado en su interior, cómo le ha mentado, cómo ha penetrado furtivamente en ella. «Se llama Massimo. Y es policía». El mejor amigo de su marido, uno de los cinco hombres. El payaso. «El peor de todos», dijo Dunja. Blum se ha acostado con él. Blum se ha dejado tocar por él. Blum no se mueve.

Reza sierra una pierna de Ludwig. Con un serrucho, luego se ayuda con un hacha. Un trabajo duro, no hay máquinas, no hay electricidad, Reza suda. Que Blum no pueda echarle una mano no parece molestarle. «Yo me encargo», dice. Cubre la pierna con film transparente, cinta adhesiva, luego a una caja y más cinta. Un paquete tras otro. Brazos, tronco, cabeza. Reza lo empaqueta. Después limpiará y se llevará las cajas al coche, dejarán la caseta de botes tal como la han encontrado. Nada hará pensar que allí ha muerto un hombre. No quedará ningún rastro. La sangre va al lago. Solo un candado forzado, habrán sido unos chicos que se han colado dentro, nadie sospechará nada. Nadie se enterará jamás de lo que ha ocurrido. Benjamin Ludwig, el actor.

Preparado para ser enviado por mensajería. Los paquetes van dirigidos a la funeraria, Reza ha escogido una empresa de transportes que hay cerca del aeropuerto. Pasarán por allí antes de dejar el coche de Ludwig en el aparcamiento subterráneo. Se pondrán guantes, no dejarán ninguna huella en el vehículo. Luego montarán en la moto y regresarán a Innsbruck. Y mañana Ludwig será entregado. Lo almacenarán en la cámara frigorífica y se irán deshaciendo de él pedazo a pedazo. Lo repartirán como a los demás, en diferentes ataúdes. Ludwig desaparecerá sin dejar rastro. Ante los ojos de Massimo.

¿Lo sospechará? ¿Lo sabrá? Que es Blum. Que es ella la responsable de la desaparición de los cuatro hombres. Debió de ver a Dunja en su casa, sabe que Blum no ha dejado de escarbar. ¿La creará capaz? Blum no puede saberlo. Si la patrulla de paisano que había frente a su casa estaba ahí para vigilarla, y no para protegerla. Massimo quería saber qué estaba haciendo, quería tenerla controlada, la ha llamado un sinnúmero de veces durante las últimas horas. Le ha dejado mensajes de preocupación en el buzón de voz. Cariñoso. El asesino de Mark. La está buscando. A Blum.

En la autopista. Reza conduce. Blum va detrás. Se abraza a él, apoya la cabeza en su espalda, llora por dentro del casco. Todo está vacío, quiere volver a casa, quiere lavarse para quitárselo de encima, no quiere que sea él. Que resulte tan fácil. Qué tonta ha sido, qué ciega ha estado. Cómo no lo ha entendido antes... Por qué desapareció Dunja después de que él se acostara con ella. Tal vez se asomó un momento a la habitación de las niñas, debió de verla allí antes de marcharse. Tumbada en una cama infantil, la mujer de la que había abusado durante años. Una amenaza. Dunja lo habría estropeado todo. Igual que Mark. Massimo la ejecutó. Le metió la cabeza bajo el agua. Y luego besó a Blum.

Uma en el regazo del hombre. Nela lo abraza desde atrás. En la habitación de las niñas están contentos. Al principio Blum piensa que es Karl. Le extraña que no estén arriba, en su piso, que él haya bajado a jugar con sus nietas en su habitación. Blum ha recorrido el pasillo a hurtadillas, quería darles una sorpresa, levantarlas en alto, tomarlas en brazos. Después de todo lo que ha sucedido, un breve instante de seguridad, de familia, la inocencia de las niñas, nada más. Risas infantiles y animales de peluche de color rosa, nada de asesinos.

Blum aparece en la puerta. «¡Mamá ha vuelto!», exclama. De pronto se calla. Se queda quieta y lo mira fijamente. Massimo. Cómo le sonrío y deja a Uma en el suelo. Cómo intenta ella devolverle la sonrisa. Está paralizada. El pánico la ha invadido, pero aun así reacciona. En una fracción de segundo. «Menuda sorpresa», dice. Blum no se mueve del sitio, extiende los brazos y acoge a las niñas. «Mamá, mamá, mamá». Se arrodilla y las abraza; a él no lo mira. Ningún contacto visual, solo abrazos para sus hijas. No sabe qué debe hacer, reflexiona, quiere ponerlas a salvo, apartarlas de él. Salir de la habitación, de la casa, irse muy lejos. Las manos de él sobre las niñas. Ese cerdo asqueroso de mierda. No debe darse cuenta de nada, no puede notar que algo ha cambiado, que ella lo sabe. Blum debe mentir, actuar como si todo fuera igual que siempre. Sin miedo, sin temblores, hasta que él haya salido de la casa. Hasta que esté sola. Mentir. «Qué bien que estés aquí», dice. Entonces se levanta y le da un abrazo. Aunque todo en ella se resista, lo hace. Ternura para el asesino de su marido. Para el asesino de Dunja. Lo hace por las niñas. Habría sido capaz de cualquier cosa con tal de que se marchara. Con tal de que no se convirtiera en una bestia y mostrara su verdadero rostro. De cualquier cosa. Por eso le sonrío y hace teatro, para él. Deja a las niñas sentadas delante del televisor y se lo lleva al salón.

—¿Qué haces aquí, Massimo?

—Karl me ha llamado, tenía que ir al dentista.

—No me había dicho nada. No sabía que tuviera que salir.

—Ya sabes que lo hago encantado. Me gusta estar con las niñas.

—Tenía que cuidarlas Karl.

—Ya te he dicho que lo hago encantado. Pero mejor dime dónde estabas. Me he preocupado mucho.

—Tenía que salir de aquí, he ido a dar unas vueltas, no soportaba más esto.

—¿El qué?

—Todo.

—¿Y has pasado la noche fuera?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—El agente de la puerta me ha dicho que Reza iba contigo.

—Solo lo acompañé a la ciudad. Luego seguí camino.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Reza.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Hay algo en él que no me cuadra.

—¿Qué no te va a cuadrar?

—¿Adónde lo llevaste?

—¿Me estás interrogando?

—No.

—Entonces deja de preguntar. Solo quería estar sola unas cuantas horas. Todo va bien con Reza.

—Y yo quería que estuvieras segura, Blum. Ya te he dicho que probablemente estás en peligro. ¿Cómo voy a cuidar de ti si te largas de esta forma?

—No me pasará nada.

—Tus hijas te necesitan.

—Ya lo sé.

—¿Me has entendido, Blum?

—Sí.

—Te he llamado un montón de veces.

—Lo siento mucho.

—No quiero que también tú mueras, Blum.

—No moriré.

—Cuidaré de ti, Blum.

—Ya lo sé.

—Pase lo que pase.

—Ahora tengo que ocuparme de las niñas. Te llamaré. Te lo prometo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Me gustaría que estuviéramos juntos un rato, Blum.

—Yo también quiero verte.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Qué haremos?

—Todo lo que tú quieras.

—¿Todo?

—Sí, pero preferiría que enviaras a casa al agente de guardia. Con que estés tú ya me basta.

—¿Mañana, a qué hora?

—Cuando las niñas estén dormidas.

—¿Dónde?

—Te llamaré.

—Bien.

—Gracias por cuidar de ellas.

—No desaparezcas más, por favor.

—No, no desapareceré más. Me quedaré aquí en casa como una buena chica hasta que los malos estén encerrados.

—¿Blum?

—¿Qué?

—Ya sabes que podría dejar a Ute en cualquier momento.

—Sí, lo sé.

—Tus hijas necesitan un padre. ¿Por qué no me dices nada?

—Tengo que pensarlo.

—Eres maravillosa, Blum.

—Ahora tienes que irte. Por favor.

—¿Mañana?

—Sí, mañana.

«Cerdo asqueroso». Qué sonrisa más amplia, cómo le gustaría penetrar en la mente de Blum. Cómo la amenaza sin decirlo, cómo quiere amedrentarla. Le asegura que no la perderá de vista. «Cerdo asqueroso». Más aún. Blum apenas es capaz de tenerse en pie, lo ha dado todo, ha reprimido su ira, ha fingido, ha dicho cosas por las que ahora se odia. «Lo siento mucho», ha dicho. «Tus hijas necesitan un padre», ha dicho él. «No quiero que también tú mueras, Blum. Eres maravillosa, Blum. Cuidaré de ti, Blum». Cerdo mentiroso. Cómo baja la escalera. Cómo abre la puerta de la casa y sale. Cómo corre Blum junto a las niñas. Ese hombre no volverá a tocar a Uma. A Nela jamás volverá a tenerla en brazos. Blum no seguirá temiendo por ellas ni un segundo más. Massimo no volverá a ver a las niñas. Uma y Nela. Ojos infantiles que miran fijamente el televisor. Quieren seguir en ese mundo de colores. Toleran a regañadientes los besos de Blum. No hay tiempo para preocupaciones, para lágrimas, para el miedo. «Un poquito más, mamá. Ha sido muy poco rato, mamá. Más, por

favor». Solo unas niñas que ven la tele. Todo lo demás no las alcanza, allí no hay nada que deban temer. Todo es tal como debería, es un día como cualquier otro, no hay nada que las inquiete. Massimo forma parte de su vida, es un amigo de sus padres, ha estado muy a menudo en su casa, se han sentado infinidad de veces en su regazo. No les da miedo, le han dado un beso en la mejilla para despedirse. Todo va bien. Las niñas no quitan ojo a los pingüinos de la pantalla, Blum vuelve a tenerlo todo bajo control. Massimo se ha ido, ha salido de la casa y no volverá a poner un pie en ella.

Blum. Que inspira. Que espira. Se queda ahí de pie solo un momento. Piensa en qué debe hacer, qué sucederá. Cómo lo hará. Y dónde. Qué tiene que ocurrir antes. Qué le dirá a ese detective privado repugnante. Porque el hombre sigue allí, porque sigue aparcado delante de su casa, porque sigue queriendo dinero. Schrettl, el hombrecillo gordo del bañador rojo. Mientras baja la escalera, busca las palabras que conseguirán hacerlo desaparecer. Mientras las niñas siguen sentadas y fascinadas frente al televisor, ella se deshará de ese pequeño problema. Blum. Atraviesa el jardín, cruza la entrada y sale a la calle justo donde Mark murió. Schrettl sigue en su coche, ella dará unos golpes en el cristal y se lo dirá. Que, si se queda, morirá.

Una única frase. «Si no desapareces, te mataré». Nada más. Solo una frase. Porque lo siente, porque está furiosa, porque sería capaz de destrozarlo todo, porque Massimo ha tocado a sus hijas, porque se ha acostado con él, porque Mark está muerto, porque ya nada es como era. Porque antes todo iba bien. Porque era feliz antes de que llegara ese coche. Por eso esa única frase. Solo su rostro, su cabeza que busca una forma de meterse en el coche. Blum ataca. Blum no espera a que vuelva a suceder algo más, se inclina hacia delante. Lo amenaza. Le dice que lo matará. Tal cual, después de haberles dado un beso a sus hijas. Tal cual, porque la situación lo requiere. Porque no tiene más remedio, porque necesita librarse de él. Y no solo por el momento, sino para siempre. Porque no quiere pagar. Porque odia a las personas como él. Schrettl. «Si no desapareces, te mataré». Fría. Directa al grano. Furiosa, dispuesta a todo.

En la calle, frente a su casa. El rostro de él cuando ella lo dice. Sus ojos interrogantes. Cómo se asusta. Duda. Cómo lo sabe ver en la boca de ella. Que lo dice en serio, que no es ninguna broma, que es capaz. Schrettl y Blum. Se miran el uno al otro. Diez segundos de silencio, después Blum vuelve a sacar la cabeza del coche y se marcha. Entra de nuevo en su casa sin volverse. Tras ella, un motor que arranca. El coche de Schrettl, que se aleja por la calle.

Blum. Cómo sube la escalera y se sienta con las niñas. Cómo está a punto de estallarle la cabeza porque en ella dan vueltas cientos de ideas, porque por dentro está gritando, porque tiene que actuar, deprisa. Blum se sienta junto a sus hijas en el sofá a ver la televisión. La abeja Maya vuela. Massimo es un asesino. Blum debe actuar. Debe hablar con Reza, tienen que ponerle fin, para siempre, hacerlo desaparecer. Porque él intuye algo, porque sospecha de Reza, porque tenía esa duda en la mirada. Porque tal vez sepa más de lo que ha dado a entender. Porque cada día que siga vivo duele. Su existencia es como un veneno. Solo con pensar en él. Que él le ha quitado a Mark. Que le ha arrancado el corazón a Blum. Con sus manos desnudas. Massimo.

El último de los cinco hombres. Todo lo que Blum ha oído sobre él. Todo lo que no sabía de él, de Massimo, el hombre de la máscara de payaso, el hombre que se burlaba de sus víctimas. Lo que Dunja explicó de él sobrepasaba todo lo demás. Su brutalidad, su violencia. Él no llegó hasta pasado más o menos un año, y con él el sótano se hizo más oscuro. Los cuatro torturadores pasaron a ser cinco. Dunja lo describía como el peor de todos. Como la cabeza del monstruo, a él era a quien más temían. Cuando llegaba, sabían que el programa incluiría dolor. Dolor e ira. Massimo. El policía encantador, el amigo de la familia siempre dispuesto a ayudar, el admirador de Blum, el marido desgraciado, el hombre cariñoso, el hombre de quien jamás habría creído algo así. Ni por una fracción de segundo. Que fuera capaz de hacer eso, pegar a mujeres, violarlas, a una mujer embarazada, hasta que casi murió del dolor. Hasta que casi perdió a su hijo. Dunja se lo explicó. Primero a Mark, luego a Blum. Cómo lanzaba puñetazos contra la barriga de Ilena. Un puñetazo tras otro, contra ese niño que tal vez incluso fuera suyo. Todo estaba en el móvil de Mark, detalles, cosas que Dunja no lograba olvidar, un horror indescriptible. Un payaso. Iba allí a humillarlos, a apalearlos. A veces no los violaba, solo les pegaba. Los atacaba. Arremetía y se reía. Como un loco, completamente fuera de sí, gritando sin control. Agarraba a Dunja de la cabeza y la golpeaba contra el suelo. Porque sí. Solo porque ella no le sonreía. Solo porque no satisfacía sus deseos. «Que me sonrías, guarra. Te he dicho que sonrías. ¿Es que no soy lo bastante bueno para ti? Sonríe de una puta vez». Entonces le agarraba la melena y le estrellaba la cabeza contra el suelo de moqueta roja. Con fuerza. Hasta que Dunja perdía el conocimiento. Después la dejaba allí tirada. Y se marchaba.

Massimo. Un buen tipo. El hombre que se ocupa de que imperen la ley y el orden. Cuántas veces no se pasó la noche entera con Mark, sentados los dos en el garaje bebiendo cerveza. Dos hombres después del trabajo. Dos hombres que se abrazaban y se divertían juntos, dos niños, dos amigos. Blum sigue sin hacerse a la idea, no lo entiende. Por qué se alió con Jaunig, con Schönborn y Puch. Con Ludwig. Por qué se

encerró con esos hombres en un sótano, por qué fue capaz de todo aquello. Esa ira, el monstruo tras la máscara. No un payaso simpático, sino un asesino. No les hacía reír. A Dunja. A Ilena. A Youn. Su risa solo les hacía daño.

«Cerdo asqueroso». Blum no encuentra otras palabras. Una y otra vez le vienen a los labios, en voz baja, mientras el zángano Willi se atiborra de miel a lametazos en la pantalla. Mientras Uma y Nela sueltan risitas y se acurrucan contra ella. «Cerdo asqueroso. Massimo. Así sea lo último que haga. Morirás».

Abre los ojos despacio. Muy despacio, porque intuye lo que vendrá. Porque sabe que no quiere ver lo que hay ahí. Porque puede olerlo. Y oírlo. El desinfectante, el motor de la refrigeración, el zumbido de los viejos fluorescentes en el techo, a su izquierda la grúa con la que iza los cadáveres hasta los ataúdes. Blum sabe dónde se encuentra. No sabe cómo ha llegado ahí, pero sabe que está tumbada en la sala de preparación. Que alguien la ha derribado, la ha desnudado y la ha atado a la mesa. Frío, el aluminio contra su piel. No puede moverse, tiembla, tiene la boca tapada, sus ojos están abiertos. Intenta formarse una imagen. Comprender lo que ha sucedido. Lo que sucederá. Lo único que se mueve es su cabeza. La vuelve a un lado y a otro, sus ojos buscan ayuda, quiere gritar, pero lo que oye son solo gemidos. Sus labios bajo la cinta adhesiva, su boca desesperada, que grita en busca de ayuda. Porque no quiere aceptarlo. Que ha ocurrido. Que él está tumbado a su lado.

Reza. La sangre en la mesa, su tronco sin brazos. Sin cabeza. Reza está muerto, Reza no se mueve, Reza ya no puede ayudarle. Solo queda un despojo. Carne. Lo que dijo la última vez. Cómo la abrazó. Cómo se tocaron sus manos. Las de él y las de ella. Cómo están ahora ahí tiradas. En el suelo, como si sus brazos fueran basura. Sus piernas. Mutiladas. Lo que Blum ha hecho, se lo ha hecho él a Reza. La ha imitado. En su sala de preparación, en su casa. Blum grita bajo la cinta adhesiva, con fuerza, pero nadie la oye. No hay nadie, no lo ve, ahí solo están el tronco de Reza y ella misma. Sola, poco importa cuántas veces lance la cabeza hacia uno y otro lado, no consigue verlo. Si él estuviera en la sala tendría que oírlo, pero hay demasiado silencio. Está en algún lugar de la casa, quiere esperar a que ella despierte, está con las niñas, con Karl. ¿Qué hace con ellos? Blum lo imagina. Quiere soltarse, no quiere que él las toque, que les haga nada, tiene que protegerlas, sus pequeños ángeles. Karl. No. Eso no puede ser. Ni hablar. Que haya llegado tan lejos. Que de repente lo oiga. Que esté en la sala. Que se levante de una silla y camine hacia ella.

De pronto pasos, la respiración de él, que se acerca. Salido de la nada, despacio. Se toma su tiempo, quiere que ella sienta miedo, que sufra, quiere torturarla, dejarla en la incertidumbre. Se queda quieto, juega con ella. La observa. Cómo se eleva y desciende su torso, cómo late más deprisa su corazón, cómo se retuercen sus

muñecas, sus dedos buscan una salida. Blum. Desnuda sobre la mesa. Su piel indefensa, sus pechos. ¿Cuánto tiempo hace que está ahí tumbada, cuánto hace que la observa? Blum se pregunta si la habrá tocado. Qué habrá hecho con ella mientras estaba inconsciente. Su ropa, él la ha desvestido, se la ha cortado para quitársela. La ha desprendido trozo a trozo, tal vez la haya envuelto como un regalo. Todo duele, cada idea, el hecho de que está en sus manos. De que no puede hacer nada más. De que ya no lleva el timón. El barco va a la deriva en mar abierto.

Blum sabe que morirá. Blum se rinde. Su cabeza deja de moverse, se queda quieta. Ya no intenta escapar, se queda ahí tumbada sin más. Mira el techo y espera. A ver qué ocurre. Qué verá. Qué sentirá. Blum intenta no pensar en las niñas. No quiere. No puede. Ahí solo está ella, a las niñas les va bien, a las niñas no les hará nada. Ahí solo está el ruido de la refrigeración. El zumbido de los fluorescentes, la mirada fija en el techo de la sala de preparación y el deseo de recordar. Algo bonito. No importa lo que suceda, no importa lo que le ocurra, ahora quiere pensar en algo bonito. Pensará en Mark. En lo que dijo poco antes de que Nela viniera al mundo. En cómo sus dedos le acariciaban la barriga. Cómo estaban tumbados en la cama. Mark y Blum.

—Tengo miedo, Mark.

—¿De qué?

—De lo que llevo en mi vientre.

—No tienes por qué.

—Pero así es.

—Estamos juntos, Blum. No puede ocurrir nada. Nada de nada.

—Que sí.

—¿El qué?

—Todo cambiará.

—El cambio es bueno.

—¿Por qué?

—Cuando el invierno termina y los árboles vuelven a brotar.

—¿Qué pasa entonces?

—La primavera.

—¿Y qué?

—Tu vientre es como la primavera.

—¿De verdad?

—Sí.

Mark. Qué bien le sienta. Pensar en él. Lo que le decía. Cómo la miraba hace cinco

años y medio. «Tu vientre es como la primavera». Y cómo la besaba. Por todas partes, cada centímetro de piel. Por todo su cuerpo, el amor de él, sus labios, el ruido que hacía su boca. Blum lo oye. Miles de besos y más. Primavera porque él estaba allí. Primavera también ahora. Poco importa lo que venga. Mark está con ella. A su lado, muy cerca. Poco importa lo que ocurra, él la abraza con fuerza.

Recupera esas imágenes con violencia. La mirada fija hacia arriba. Porque él se acerca. Porque se inclina sobre ella. Su enorme sonrisa, la colorida boca de plástico abierta. Solo sus ojos, que le dicen que ha sido demasiado lenta, que las tornas se han vuelto. No es él quien yace en la mesa, sino ella. No es ella quien gana la partida, sino él. El payaso. Massimo. Un desconocido. Solo dos ojos, una máscara. Con qué intensidad la mira. Cómo se acerca más aún y le susurra. En voz baja, lo justo para que pueda oírlo. «Todo podría haber terminado bien, Blum. Nada de esto tendría que haber sucedido. Nada, ¿lo entiendes? Todo habría salido bien. Solos tú y yo». Massimo y Blum. El miedo de ella y esa voz familiar. Cómo se despide de Blum. Casi con cariño. Cómo le dice que se ha terminado. Que le va a poner fin. Casi se despide con cariño. Que la ha querido, dice. Que habría hecho cualquier cosa por ella. Massimo. Cómo se quita la máscara y le agarra bien fuerte la cabeza con las manos. Cómo la sostiene. La besa. Sus labios sobre la cinta adhesiva. Como puñetazos. Durante veinte segundos mantiene su boca presionada contra la de ella. Entonces la apuñala. Blum no se mueve.

Estación terminal. Lleva toda la noche ahí tumbada. En la mesa de preparación. Blum. No se mueve. Pero respira. Su torso se eleva y desciende con regularidad. Cuando inspira. Espira. Blum tiene los ojos abiertos. Lo que ha ocurrido, lo que él ha hecho con ella se lo ha imaginado durante toda la noche. Ha pasado la tarde con las niñas, ha cenado con ellas y con Reza, después se ha tumbado. Ha cerrado la puerta con llave y se ha tumbado. A solas con sus pensamientos. Lo ha visualizado. Cómo hurgaba él con el cuchillo en ella. Cómo había descuartizado a Reza. Blum se ha preparado para lo peor. Cómo sería, qué le haría; una pesadilla que se convertirá en realidad si no actúa para impedirlo. Si no reacciona enseguida. Debe hacerlo, no puede esperar más, no puede arriesgar nada, no averiguará cuánto sabe él, cuánto no sabe. No debe darle ocasión de escarbar más hondo, de sospechar de Reza, tiene que ponerle fin. Antes de que apriete sus labios sobre los de ella. Antes de que sea demasiado tarde. Blum tiene que llamarlo. Quedar con él. En cuanto se haga de día hablará con Massimo. Dentro de dos horas. Tiene que mantener el control, atacar, tiene que adelantársele. Ella y Reza. Ellos dos serán más rápidos que él. O ambos morirán.

Las cinco de la madrugada. Lleva horas como muerta sobre la mesa. Junto a ella, en la segunda mesa de preparación, una anciana desnuda. Primero debe ocuparse de ella. Mientras mete algodón por los orificios nasales de la mujer, mientras le lava el pelo, lo seca y le retira la suciedad de debajo de las uñas, va pensando en cómo lo hará. Cómo puede hacerle sufrir. Porque no quiere que muera y punto. Blum quiere castigarlo. Ejecutarlo. Mentalmente busca un lugar en el que pueda hacerlo desaparecer. No quiere que vuelva a pisar otra vez su casa. Ni hablar, tiene que haber otra opción. En algún lugar, de algún modo. Mientras cose la boca de la anciana, planea el final de Massimo. Hablará de ello con Reza en el desayuno, juntos encontrarán la forma de hacerlo. Tumbarán a la anciana en su ataúd y esperarán a los allegados, que quieren despedirse de ella. Dejarán pasar el día y esperarán a la noche. Blum les leerá a las niñas un cuento antes de dormir y les dará un beso en la frente. Se asegurará de que estén a salvo. Uma y Nela. Para siempre. Y por eso hará lo que sea necesario. Por eso marca el número de Massimo. El día ha empezado, fuera hay claridad. Inspira y espira tres veces. Después aparece la voz de él. Cariñosa, mentirosa, ansiosa.

—Blum, qué alegría.  
—Sí.  
—No pensaba que fueras a llamarme tan pronto.  
—Ya te dije que tenía ganas de verte.  
—¿Cuándo?  
—Me gustaría que fuera ahora mismo, pero todavía tengo que trabajar. Luego están las niñas. ¿Por qué no quedamos esta noche? ¿Tienes tiempo?  
—Para ti, siempre.  
—Tengo ganas de estar a solas contigo.  
—Eso me alegra, Blum.  
—Pero ¿dónde? No quiero que las niñas te encuentren en mi cama.  
—¿En mi casa?  
—¿Y Ute?  
—No está.  
—¿Dónde está?  
—Se ha ido.  
—¿Qué quieres decir con eso? ¿Adónde ha ido?  
—Se bebió dos botellas de aguardiente y luego intentó suicidarse.  
—¿Cuándo?  
—Hace una semana.  
—¿Y no me lo habías dicho?  
—No.  
—¿Por qué?  
—No habría cambiado nada.  
—¿Cómo fue?  
—En la bañera. Las arterias de las muñecas.  
—¿Dónde está ahora?  
—En el psiquiátrico.  
—Lo siento mucho.  
—No lo sientas.  
—¿Cuándo vuelve a casa?  
—Eso no lo sabe nadie.  
—También podemos dejarlo para más adelante, Massimo. Comprendería que ahora prefirieras estar solo.  
—Ven esta noche a mi casa.  
—¿Estás seguro?  
—Sí.  
—¿A las nueve?  
—Me haces muy feliz, Blum.

- Me gusta hacerlo.
- No lo lamentarás.
- Un beso. Hasta luego.

Después cuelga. Quiere morderse la lengua, arrancarse la lengua de la boca por lo que acaba de decir. Se detesta por cada una de sus palabras amables. «Me gusta hacerte feliz. Un beso». Él pagará por cada palabra que ella ha pronunciado. Cómo lanza el teléfono con toda su rabia contra la pared. Cómo se estrella en el suelo. Y el grito que reprime, porque no quiere que nadie la oiga. Se lo traga, ni un solo sonido, solo el deseo de que haya terminado. De ponerle fin a todo. De ponerle fin a su existencia. El bueno de Massimo.

Igual que la anciana tumbada en la mesa de al lado. Blum la ha embutido en un traje regional. La blusa blanca, el mandil, un collar de perlas en el cuello. El pelo se lo ha recogido en una corona trenzada. Con sus labios ha formado una sonrisa. Solo una anciana muerta. Solo la voz de él al teléfono. Y cómo duele esa voz. Tan unidos, Mark y Massimo. No debe sospechar, no debe intuir nada ni imaginar por un segundo que algo no cuadra. Que se trata de otra cosa, y no de follárselo con desenfreno en su cama de matrimonio. De joder en la mesa del comedor, en esa bañera en la que Ute casi muere desangrada, donde sea. Lo principal es que el cerdo asqueroso meta la polla en la pequeña Blum, la muy tonta. Lo principal es que consiga lo que quiere. Hasta el fondo, el santo grial, la mujer de su mejor amigo, por fin toda para él. Su Blum. Ella nota cómo la desea. Lo caliente que está, esa ansia obscena. Massimo. «Me gusta hacerte feliz. Besarte». Puerco asqueroso.

La confrontación. Ya no puede dar marcha atrás. A partir de ahora no. Ya solo existe lo que viene a continuación. La posibilidad de ganar. De perder. El riesgo de que alguien la vea, de que algo se interponga en su camino. De que su plan demencial no dé resultado. Puede suceder cualquier cosa. Que muera, que la juzguen y la encierren para siempre. Todo es posible y, aun así, lo hace, Blum lo quiere de ese modo, no tiene ninguna duda de que es lo correcto. Tampoco Reza. Él hará lo que haga falta. Por Blum. Por Mark. Está tumbado en la parte de atrás, tapado con una manta, y espera a que el vehículo se detenga. En coche fúnebre directos a casa de Massimo, Blum al volante. No con el Cadillac, sino con la furgoneta. Para no llamar la atención. Cargados con un ataúd, el más barato que tienen en el catálogo, un cajón de madera de pino sin tapa. Porque él tiene que verla. Porque Blum quiere hablar con él antes de que muera. Ver sus ojos. Su miedo.

Despacio hasta las afueras de la ciudad. Una urbanización. Allí se construyeron la casa no hace ni siete años. Ute y Massimo. En aquel entonces el mundo aún parecía marchar bien. Ute todavía no bebía, creían en una cama elástica en el jardín, en un futuro juntos. En hijos. Cuántas veces no estuvieron allí Mark y Blum, compartiendo barbacoas, pasándolo bien con ellos durante las tardes de verano. Sin complicaciones. La casa de unos amigos. Todo muy natural. Cómo sigue la casa allí plantada, Blum la ve desde lejos. Ute insistió en pintarla de verde. La fachada destaca entre las demás, el garaje está abierto. Blum ha vuelto a llamarlo y le ha pedido que le abra la verja. Le ha dicho que no quiere que la vean. No después de lo que ha ocurrido con Ute. No quiere desatar rumores, llamar la atención. Llegar. Marchar.

Apaga el motor y cierra la verja desde dentro. Reza se quedará en el vehículo. Mientras Blum entra en la casa, mientras Massimo la abraza. Después Reza bajará de la furgoneta, se colará dentro y atacará. Con una barra de hierro contra su cabeza, lo dejará inconsciente y tirado en el suelo. Lo atarán con cinta adhesiva y lo amordazarán, después lo tumbarán en el ataúd, lo taparán con mantas y llenarán con ellas el cajón, lo asegurarán bien, envolverán todo el ataúd con cinta adhesiva. Se encargarán de que no pueda moverse, de que no pueda soltarse. De que no pueda salir cuando vuelva a despertar. Sus gritos no los oírán nadie. Todo sucederá muy deprisa,

cargarán el ataúd en la furgoneta y se marcharán.

El primer paso. Aparcar y apearse. Ahora. Sin miedo a lo impredecible. A que él pueda saber que no está sola. Porque Massimo tal vez cuenta con que Reza la haya acompañado. Porque es policía, porque se huele cuándo algo no va bien. Por unos instantes regresa esa duda, ese miedo. ¿Y si él está preparado, y si la recibe empuñando un arma? Porque podría ocurrir cualquier cosa. Podría oír llegar a Reza mientras ella intenta distraerlo. Massimo podría zafarse de Blum y esquivar el golpe. Blum lo imagina. Cómo vuela la barra de hierro por el aire, cómo se protege Massimo, cómo puede con Reza, cómo lo abate.

Blum abre la puerta. Mejor no pensar. Seguir adelante. Recorrer el pequeño pasillo que conecta directamente con la casa. Grita su nombre, tiene miedo, el corazón le late con fuerza. Lo oye. Su corazón y la voz de él, que llega desde la cocina. «Pasa. Nos he abierto una botella de vino tinto del bueno». Blum lo ve. Cómo se planta ante ella. El cordero devoto al que nadie creería jamás capaz de lo que ha hecho. Massimo, la botella en la mano, el abridor con el que saca el corcho y dos copas que llena mientras Blum sigue en la puerta. Ella sonrío, vence su resistencia, luego se acerca a él y lo abraza. Le da un beso en la mejilla, no se apresura, él no debe sospechar nada, tiene que sentirse seguro. Con ternura, los labios de ella sobre su piel repugnante. «Qué bien que estemos solos». Blum se lo susurra y vuelve a apartarse enseguida. Ni un segundo de más tan cerca. No debe perder tiempo, no debe arriesgarse. Mira a su alrededor con discreción, busca algo que le diga si acecha el peligro. Algo desacostumbrado, algo diferente a como suele estar. Lo busca también en su rostro, lo mira a los ojos, no aparta los suyos. Todavía puede huir, echar a correr. Todavía no hay ahí ninguna máscara, ninguna boca sonriente que la devore. Todo va bien aún.

Massimo pasa al salón, Blum lo sigue. Tiene que convencerlo para que ponga música, no puede haber tanto silencio. Se oiría cuando la puerta se abra, cuando Reza entre en la sala. Música. Se lo ruega, quiere crear ambiente. «Música y velas», dice. Después se quita la cazadora. La tira por ahí y Massimo aprieta el botón. Música. «Más alta», pide Blum, y se acerca a él. Lo aparta del paso de la puerta, lo lleva de la mano al centro de la sala, lo hace girar. Ni por un segundo parece estar pensando él en nada malo, Massimo no imagina nada, solo la mira, la siente, nota lo cerca que la tiene de pronto, la desea, la toca. Le acaricia una mejilla con la mano, retrocede un instante, quiere verle la cara. «Eres preciosa», dice. Luego vuelve a acercarla hacia sí. Su cabeza muy cerca, ella retrasa el momento en que tendrá que besarla. Todo lo que pueda. Hasta que llegue Reza, hasta que pueda oírlo acercarse, verlo entrar en la sala

de puntillas. Un poco más. Hacerle esperar, soportar su avidez solo unos segundos más. Hasta que esté segura de que Reza se lo quitará de encima, de que le sacará la lengua de su boca. De que lo derribará. Lo destrozará. Solo un poco más. Él, la música y ella. En su casa, en su salón, dos amantes. Cómo bailan y se olfatean, cómo la huele él, cómo la desea. Cómo cuenta Blum los segundos y piensa en que no deben dejar rastros, sangre, nada que desvele a los compañeros de Massimo que ahí se ha cometido un crimen. Que un policía ha sido abatido y secuestrado. Nada de eso. No encontrarán nada. Massimo simplemente se desplomará. Porque ahora ella lo besará. Conseguirá que cierre los ojos. Durante un momento. Ya.

Con todas sus fuerzas contra su cabeza. Reza golpea. Justo en el momento en que los labios de ella se posan en los de él. Por última vez. Porque Reza está ahí de repente, su rostro, su furia y la barra de hierro que todo lo borra, cualquier imagen, el miedo de Blum, todo. Solo ese ruido sordo. Massimo cae hacia atrás, cae apartándose de ella como si Reza hubiese accionado un interruptor. *Off*. El payaso pierde el conocimiento, se queda ahí tirado, y ellos ejecutan su programa, no tienen tiempo para reflexionar, para sentir, para notar cómo todo se vuelve más sencillo. Todavía no. No pueden quedarse quietos, tienen que seguir adelante, llevarlo al garaje, meterlo en el ataúd. Todo según el plan, tal como lo han ideado. Massimo en el cajón de pino, Reza lo ata bien. Sin tapa, para que pueda ver a Blum cuando vuelva en sí. Sin titubeos, sin contratiempos, todo sale según lo previsto. Blum regresa a la cocina, vacía el vino en el fregadero y limpia las copas. Frota a conciencia todo lo que ha tocado, apaga la música y la luz, sale. La puerta se cierra. Atrás queda una casa vacía. Nada más.

Apenas cinco kilómetros. Nadie los detiene, no es más que un coche fúnebre. Todo como siempre en el semáforo, nada fuera de lo común, nadie sabe que ahí dentro llevan a un policía en un ataúd, bien atado con cinta adhesiva, indefenso. Todo es como debe ser, Reza conduce, Blum en el asiento del copiloto, acatan todas las normas, no van demasiado deprisa, no llaman la atención. Tranquilos y furtivos, atraviesan la ciudad porque todo es como siempre. Transportan un cadáver. Massimo Dollinger, esposo de Ute Dollinger, sin hijos, agente de Investigación Criminal. Solo ellos saben que va a morir. Pronto. Durante la siguiente hora, el final. Reza y Blum. El uno junto al otro, no deben hablar, no hacen caso aunque él ha vuelto en sí y da patadas contra las paredes del ataúd. No tiene ningún sentido. Que gima ahí atrás no es relevante. Poco importa lo fuerte que grita, lo inmenso que es su miedo. El de Dunja lo era más. Los de Ilena y Youn también. Mucho más grandes, amplios, profundos. Más largos. No duraron solo un breve trayecto por la ciudad. Cinco kilómetros hasta que Reza apaga el motor. Cinco minutos en los que ella vuelve a recordarlo. Los puños de él en sus caras, su polla abriéndose paso en ellos. Todo lo que Mark desenterró, lo que Dunja explicaba. Todo lo que les hizo. A Dunja y a los demás. Lo inconcebible. Que sea él. Massimo.

Poco antes de medianoche en el aparcamiento. No hay nadie más, nadie se percata de que están ahí, aparcan muy cerca de la verja, como siempre. Algo rutinario, las entregas de cadáveres también se producen fuera del horario comercial. Los de la funeraria tienen llaves, entran, descargan y se marchan otra vez. Pero hoy no, hoy el coche fúnebre estará un rato más en el aparcamiento. Nadie imaginará nada, nadie pasa por ahí de noche. Todo transcurre con calma, se encuentran en terreno conocido, Reza lleva mucho tiempo ayudando en esas instalaciones y se ha ganado algo con ello. Reza las conoce como la palma de su mano, sabe que solo hay cámaras en la entrada principal. Sabe que estarán solos toda la noche. Es viernes, el fin de semana todo está vacío. Ahí no hay nadie. Nadie los molesta. Nadie oye cómo se debate. El bueno de Massimo, que todavía no sabe dónde está, adónde lo han llevado, vocifera. Quejidos bajo la cinta adhesiva, porque no puede hacer más, no puede soltarse, porque lo colocan sobre un carro y lo empujan por un pasillo hacia la sala principal. Porque poco a poco va entendiendo lo que le ha ocurrido. Con qué desesperación intenta incorporarse. Cómo abre los ojos de pronto al ver los hornos. Al oír lo que

dice Blum. «Estación terminal, cerdo asqueroso».

El crematorio, Innsbruck. En los límites del polígono industrial, un edificio apartado donde los muertos se convierten en ceniza. Arden dos horas y media, después sus restos se sacan del horno. Clavos, tornillos, marcapasos y articulaciones artificiales se localizan mediante un imán y se desechan, todo lo demás va a parar a un molino. Trozos de hueso que no se han calcinado por completo, durante dos minutos el ruido de un molinillo de café, después ya solo quedan unas cenizas finísimas. Dos kilos aproximadamente, según el peso y la estatura del difunto. Cenizas con las que se llena una urna. Todo muy limpio. Sin casquería. Sin sangre. Solo con apretar un botón se abre la puerta del horno. Apretando un botón más vuelve a cerrarse. Reza sabe cómo funciona todo. Se sienta un momento al ordenador e introduce una cifra, el número consecutivo utilizado en la última incineración; vuelve a usarlo y punto. Nadie se dará cuenta. El número 19 654 aparece dos veces, ya está. Sonríe porque sabe que el director del crematorio volverá a poner el sistema en marcha el lunes. Se beberá su café, leerá tranquilamente el periódico y luego sacará el primer cadáver de la cámara frigorífica. Introducirá el siguiente número consecutivo en el programa, colocará el ataúd en la plataforma elevadora y apretará el botón. No sospechará. De Massimo Dollinger no quedará nada.

El cajón de pino. Lo empujan desde el carro a la plataforma elevadora. El ataúd en movimiento, Massimo. Blum ve su desesperación, la ira, el miedo, Massimo quiere salir de ahí, lanza su cuerpo a un lado y a otro, el ataúd se tambalea mientras él asciende. Se detiene a la altura del pecho de Blum. Massimo vuelve la cara roja hacia ella y la mira. Un monstruo con ojos enormes, indefenso, presa del pánico. Solo puede mover la cabeza, nada más. Quince centímetros hacia la izquierda y quince centímetros hacia la derecha. No saltará sobre ella, no la atacará, no puede. Por mucho que quiera no puede. Blum está a salvo. Lo único que le queda a Massimo es hablar, decir la verdad. Hacerse pequeño. Suplicar perdón. Porque Blum se le acerca mucho, porque se lo susurra. Porque le dice que está a punto de morir. «Dentro de cinco minutos arderás. Puedes seguir gritando o hablar conmigo. Tú decides». Entonces su cabeza se retira de nuevo. Se queda ahí de pie y lo mira mientras se obliga a tranquilizarse. Qué rápido es. Solo siete segundos después de que ella se lo haya dicho y ya está en silencio. Ni un sonido, se queda tumbado en calma y espera a que ella le arranque la cinta adhesiva de la boca. Massimo sabe que debe obedecer sus órdenes, sabe que no puede equivocarse en nada, no puede provocarla. Su mirada va de un lado a otro, a ella no la mira, está pensando. Febril, Blum lo conoce. Sería capaz de cualquier cosa por salvar el pescuezo, dirá lo que sea para seguir vivo, ella solo tiene que darle el pistoletazo de salida.

—¿Por qué, Massimo?

—Lo siento muchísimo, Blum.

—Eso no quiero oírlo.

—Si pudiera, lo desharía todo.

—No vayas por ahí.

—Tienes que creerme, Mark era mi amigo.

—Por última vez, no quiero oír eso.

—¿Y qué quieres oír?

—¿Por qué el sótano?

—Sucedió y punto, Blum.

—¿Sucedió?

—Fue casualidad.

—Casualidad.

—Recibimos la llamada de unos vecinos, yo estaba en Kitzbühel por una vigilancia, quise quitarle trabajo al agente de servicio y me acerqué.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro años y medio.

—¿Estabas solo?

—Fue en plena noche. Ya que estaba despierto, me dije que perfectamente podía pasar a echar un vistazo.

—¿A qué?

—Los vecinos habían oído gritos.

—¿Y?

—Llamé al timbre, luego con golpes, después me colé dentro. Una de las ventanas del sótano estaba abierta.

—Sigue.

—La habían violado. Cuatro hombres. Con máscaras y los pantalones bajados. Se habían dejado la ventana abierta por descuido, la chica gritaba tanto que se la oía desde la calle.

—Sigue. El tiempo corre.

—No dejaba de gritar, yo no sabía qué hacer, tenía que reducir a cuatro hombres, estaba completamente sobrepasado. Era una situación excepcional, Blum.

—¿Qué hiciste?

—Le di un golpe con el arma en la cabeza a ella.

—¿Por qué?

—No tenía otra opción.

—¿Le golpeaste en lugar de ayudarla?

—Quería que se callara, tenía que controlar la situación, me daba miedo que los cuatro hombres la emprendieran conmigo. Llevaban máscaras, estaba asustado, Blum.

—Tenías un arma.

—Sentía pánico.  
—¿Quién era? ¿Dunja o Ilena?  
—Ilena.  
—No le ayudaste.  
—No, no lo hice.  
—¿Por qué no?  
—No lo sé.

Blum lo escucha. Lo que dice. Escucha cómo intenta explicarlo, cómo intenta justificarse. Su decisión de quedarse, de no llamar para pedir refuerzos, de ponerse a hablar con esos hombres. Arriba, en el restaurante, sin máscaras, sentados a una mesa mientras Ilena yacía abajo, inconsciente y vejada. Igual que los otros dos, encerrados en jaulas. Arrinconados, drogados, heridos y desamparados. Massimo los dejó ahí sin más, cerró las puertas y la ventana y regresó al mundo exterior. Cerró los ojos y se dejó seducir. Vio ante sí el país de Jauja, un lugar secreto en el que todo estaba permitido, en el que nadie le decía lo que tenía que hacer o dejar de hacer. Nada de lamentos de que si Dios los había abandonado, que si una vida sin hijos no tenía sentido. Ningún rechazo más. Massimo. Le habla de Ute. Que no le permitía tocarla, que le hacía sentir que era culpa de él. Un fracasado, un hombre incapaz de engendrar un hijo. Se lo decía todos los días, no paraba. Lo humillaba, le hacía la vida imposible. Ute. Siempre. Allí no quedaba nada hermoso. Que solo por eso sucedió, dice. Solo por eso tomó la decisión equivocada en aquel momento. Entonces, en aquel sótano.

Massimo. Cómo sigue tumbado en su cajón de pino. Casi parece que llorara. Cómo se abre y se cierra su boca, y cómo lo mira Blum. Un buen amigo, encantador, solícito, simpático. Tal como ha sido siempre. Su voz casi es tranquila, casi parece sereno, jamás lo creería nadie capaz de lo que hizo. De que simplemente se quedara allí, entonces. De que se comprara una máscara de colores y regresara. De que llegara a un acuerdo con el sacerdote, con el cocinero. Los tenía a todos ellos en sus manos. Al cazador, al fotógrafo. Ellos hacían lo que él quería, aceptaron al nuevo compañero de juegos sin ofrecer resistencia. Los cuatro se convirtieron en cinco. Solo porque se habían olvidado de cerrar una ventana. Solo porque Ilena había gritado muy fuerte. Durante años. Hasta que murió.

Los ojos leales de Massimo. Quieren aferrarse a ella, trepar por ella, salir del ataúd. Unos ojos pequeños y tristes, discretos, como todo lo demás en él. Por un momento el monstruo está tranquilo, por un momento regresa el bien, por un breve instante a

Blum le da incluso lástima. Que él sea así. Que haya tenido que hacer todo eso. Solo un momento. Un segundo, dos. Es el recuerdo de antes, de ese mundo intacto que ella quiere rememorar por entre las palabras de él. Pero de aquello ya no queda nada, todo se ha derrumbado, se ha venido abajo, está destrozado. Tras esos ojos dormita un animal salvaje. Camina de un lado a otro, escarba la arena con sus pezuñas, está dispuesto a lanzar una dentellada. Directo al cuello de ella, sin dudarlo. Un solo mordisco y estaría muerta, Blum lo sabe. Él ya casi no es capaz de contenerse, querría saltar y derribarla.

Porque intuye que no sirve de nada. Porque en la cara de ella ve que da lo mismo lo que diga. Que se ha terminado. Lo sabe con cada nueva palabra que sale de su boca. Blum no bromea. Blum quiere que muera. Qué fijamente lo mira. Qué frialdad, no tiene escapatoria. No podrá evitarlo. Y por eso el viento se levanta de nuevo. De un momento a otro estallará una tormenta. Poco a poco regresa su furia. Poco a poco despierta ese animal al que ella matará dentro de nada.

—¿Qué ha pasado con los demás, Blum?

—Han muerto.

—No te creo capaz.

—Justo ese ha sido tu error.

—¿Los has matado?

—Los he enterrado.

—No es verdad.

—Sí.

—¿Y crees que eres mejor que yo?

—Sí.

—En eso te equivocas.

—Le diste una paliza a Ilena, la emprendiste a patadas hasta que perdió a su hijo. Murió desangrada. Después la tiraste a saber dónde.

—Y tú le has cortado la cabeza a un sacerdote.

—Sí. Y ahora a ti te quemaré.

—No te atreverás.

—Ya lo creo.

—No.

—Por Mark.

—Esto es ridículo, Blum.

—Tú eras el peor de todos.

—Eso te ha explicado tu amiguita, ¿verdad?

—Sí.

—Si hubiera tenido la boca cerrada, todavía estaría con vida.

—No tenía vida. Vosotros se la arrebatasteis.

—Solo le sostuve la cabeza bajo el agua. Fue muy fácil. Durante un minuto, o dos, después se la llevó la corriente del Eno. Igual que al chico.

—Maldito cerdo.

—Qué lástima que tuviéramos que cerrar nuestro pequeño club. Tu marido y ese coñito tuvieron que jugar a hacerse los héroes.

—Ya basta.

—Me lo pasé en grande con Dunja. Era la joya de la corona. Qué tonta fue al escaparse. Esa boba guarrilla.

—Déjalo.

—Me sorprendió mucho encontrarla en la habitación de las niñas. Después de haber follado contigo. No había manera de dar con esa pequeña alimaña.

—Que lo dejes.

—Era muy buena, puedes creerme. Seguro que Mark también estaba entusiasmado con ella.

—Ya vale.

—No, todavía no vale ni de lejos.

—He dicho que vale.

Ni una palabra más. Ninguna tormenta más. Ni viento ni olas, Blum aprieta el botón. No quiere oír nada más, saber nada más, quiere que desaparezca para siempre. Lo que dice, lo que ha hecho. Solo su dedo índice sobre un botón, y él, que empieza a chillar. Cómo se abre la puerta del horno y se introduce el ataúd en él. Con los pies por delante, Massimo vocifera. La insulta, reniega, grita, pero nadie puede oírlo, nadie le auxilia. Solo Blum y Reza están ahí. Se colocan juntos, se dan la mano y miran. No se mueven, no hacen nada por impedirlo. Por dar marcha atrás. Nada, solo sus dedos entrelazados, muy unidos, no se mueven ni un centímetro, todo sucede sin más. El ataúd, sus manos y la puerta del horno que vuelve a cerrarse. Cómo grita. Massimo, un segundo más. Un breve instante. Y luego todo queda en silencio. Ya solo están ellos dos, de pronto.

Noche cerrada. Hay tiempo para hacerse a la idea. De que todo irá bien. De que ha terminado. Arde durante dos horas. El uno junto al otro se han sentado en el suelo, frente al horno, a esperar. Reza y Blum. No hablan, siguen dados de la mano. De vez en cuando Blum se levanta y mira por la ventanilla. Observa cómo desaparece Massimo. Setecientos cincuenta grados y la sensación de que todo será más fácil. Poco a poco. Cuando salgan de nuevo a la noche y tomen la autopista con la furgoneta. La sensación de que seguirá viva. Lo percibe en algún momento en un área

de descanso. Vivirá. Porque ya solo quedan cenizas. En una bolsa de plástico. Massimo. Cómo la vacía Blum en un váter mugriento. Y cómo tira de la cadena.

## Ocho años antes

—¿Blum?

—Sí.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—Después no podemos volver a hablar nunca de ello.

—¿De qué?

—Sabes que estoy de tu parte. Siempre, pase lo que pase, pero ahora tienes que decirme la verdad.

—Me das miedo, Mark.

—Todo va bien, Blum.

—¿De verdad? Suenas raro. ¿Qué ocurre?

—Quiero saber si tenías un motivo.

—No te entiendo.

—Si se lo merecían.

—¿De qué estás hablando?

—De tus padres.

—¿Qué pasa con mis padres?

—Que murieron ahogados. ¿Se lo merecían?

—¿Qué quieres decir?

—Solo quiero que me digas si tenía que ser.

—De verdad que no entiendo adónde quieres ir a parar.

—Dímelo, por favor.

—¿El qué, por el amor de Dios?

—Que se lo merecían. Dímelo. Es lo único que quiero.

—Déjalo ya, Mark, por favor.

—Te quiero, Blum. Lo sabes. Pero tengo que saberlo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero tener miedo.

—¿De mí?

—Sí, de ti, y si me dices que había un motivo podré entenderlo. Entenderte. Que lo hicieras. Por favor, Blum.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo supe desde el principio. Hace cuatro meses, cuando te abracé. Cuando subí al barco. Lo vi en tus ojos.

—Eres policía...

—Soy tu hombre, y precisamente por eso tengo que saberlo. Te prometo que no volveré a sacar el tema. Solo esta vez. ¿Por qué?

—Se ahogaron.

—Quiero estar contigo, Blum. Y algún día quiero tener hijos contigo.

—Y ahora quieres estar seguro de que no soy ningún monstruo.

—Sí.

—Tenía cientos de motivos, Mark. Y sí, tenía que ser. Se lo merecían.

—¿De verdad?

—Es mejor que estén muertos. Créeme.

—Entonces está bien.

—¿Está bien?

—Sí, Blum.

—¿No te marcharás?

—No, no me marcharé.

—¿Te quedas a mi lado?

—Sí.

# Gracias

*Ursula Aichner.* Eres mi hogar, mi amor, mi felicidad. Sin ti, muchísimas páginas de mi vida estarían vacías.

*Michael Weiß.* Vamos a desmelenarnos, dijiste.

*Ferdinand Treffner.* Un amigo, un buen amigo...

*Bernhard Geiler...* es lo más bonito que existe en el mundo.

*Tatjana Kruse.* Me explicaste cómo funciona el negocio.

*Verena Zankl.* Un gran trabajo con el texto (1). Fue fascinante.

*Georg Simader.* El agente más guay del mundo.

*Caterina Kirsten.* Un gran trabajo con el texto (2). *Grazie mille!*

*Regina Kammerer.* En cuerpo y alma desde el principio.

*Christine Pernlochner-Kügler.* Tú me abriste el mundo de los muertos.

*Funeraria J. Neumair.* Un aplauso. Los mejores de Innsbruck.

*Toni Walder & Toni Hörhager.* Mis policías preferidos sin lugar a dudas.

*Katharina Altmayer-Girardi.* Gracias a ti Blum tiene un barco.

*Judith Geiler.* La mejor niñera (Titi) de la historia.

*Ludovico Einaudi.* Suya es la banda sonora.

*Philipp Poisel.* Y suya también.

BERNHARD AICHNER



BERNHARD AICHNER (Innsbruck, Austria, 1972). Trabaja como escritor y fotógrafo en Innsbruck, Austria. Escribe novelas, piezas radiofónicas y obras teatrales, y sus trabajos le han valido numerosos premios literarios y varias becas.

*La dama de los muertos* (2014) es su primera y sorprendente novela, que llega a España precedida por el éxito en Alemania, donde se mantuvo en las listas de los libros más vendidos durante semanas.

Los derechos de traducción se compraron en países como Estados Unidos e Inglaterra antes incluso de su publicación en alemán, y también se han vendido los derechos cinematográficos. Para documentarse, trabajó durante medio año en una funeraria.

*La dama de los muertos* (*Totenfrau*) forma parte de una serie de la que se ha publicado también *Totenhaus* (2015), siendo un éxito de ventas en Austria y Alemania.